

Una novela de

MARLON BRANDO

y DONALD CAMMELL

Fan Tan



*Ella era la pirata más famosa
de los mares de China.
Él no tenía nada que perder.*







Digitized by the Internet Archive
in 2016

Fan Tan

Una novela de

MARLON BRANDO
y **DONALD CAMMELL**

Fan Tan

*Ella era la pirata más famosa
de los mares de China.
Él no tenía nada que perder.*



Título original: *Fan Tan*

D.R. © herederos de Marlon Brando y herederos de Donald Cammell, 2005

D.R. © de la introducción, China Kong, 2005

D.R. © del epílogo, David Thomson, 2005

D.R. © de la traducción, Amado Diéguez Rodríguez, 2005

D.R. De esta edición: © Santillana Ediciones Generales S.A. de C. V.

Av. Universidad 767, Col. del Valle

C.P. 01300, Teléfono 54-20-75-30, México D. F.

www.sumadeletras.com.mx

Todos los derechos reservados

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Imagen de cubierta: Getty Images

Diseño de interiores: Raquel Cané

Primera edición: julio de 2006

ISBN: 970-770-487-X

Impreso en México

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.



INTRODUCCIÓN

1 982 fue el año; el sitio: Tetiaroa, Tahití, la isla de Marlon, su refugio, el lugar donde podía ser él mismo. A diferencia de lo que ocurría en Los Ángeles, en Tetiaroa no hacían falta disfraces.

Yo conocía al excéntrico y entusiasta Marlon desde que era niña, aunque, por supuesto, no intuía entonces el enorme actor en que habría de convertirse, así que no me sorprendió encontrarle de pronto en Tetiaroa con mi marido, Donald Cammell, escocés, escritor y director de cine de propia y controvertida reputación, una persona con quien Marlon sentía una afinidad especial.

Eran amigos desde que se conocieron en París a finales de los cincuenta. Marlon era ya un actor de prestigio y, con poco más de veinte años, Donald era un retratista con una carrera muy consolidada. Simpatizaron de inmediato, pero su amistad no cobró una forma más definida hasta que, años después, Marlon asistió a una proyección de *Performance*.

Donald había escrito el guión y codirigido *Performance* en el Reino Unido. Era una película que rompía con las normas cinematográficas establecidas, sobre todo en lo que respectaba

al montaje. Donald jugaba con el tiempo, lo fracturaba de manera sistemática (*Pulp Fiction*, de Quentin Tarantino, constituye un ejemplo del mismo método no lineal de contar historias). *Performance* fue, para muchos, un filme revolucionario y entró a formar parte de la historia del lenguaje del cine. Marlon fue una de las personas que advirtió el calado de la nueva revolución y llamó a Donald con el fin de proponerle algunas ideas en las que ambos pudieran trabajar.

Su amistad se prolongó durante cuatro décadas de infinitos proyectos y pasó por varios estados de desesperación — como Liz Taylor en sus matrimonios, Marlon y Donald ansiaban encontrar la llave maestra, la combinación secreta—. Era evidente que sentían un gran respeto el uno por el otro. Su relación era muy singular y personal, «cosa de familia», como le gustaba decir a Marlon.

Tetiara era un paraíso, de eso no hay duda, pero un paraíso creado a satisfacción de Marlon: chozas de paja con techos perfectamente anudados y postes y vigas unidos sin un solo clavo, conchas gigantes a modo de lavabo, sábanas tan suaves que daban ganas de quedarse en la cama todo el día y, sobre todo, un magnífico chef francés. Un paraíso de fantasía muy refinado.

Marlon y Donald, a los que yo me unía a modo de apéndice, se reunían todas las mañanas. Desayunábamos a base de papaya, mango y los frutos más dulces de la isla, que desempeñaban un papel muy importante en el proceso creativo. A continuación, ellos se ponían a trabajar.

Escribían todos los días y también charlaban, interpretaban, grababan, daban vida a los personajes.

Verlos a los dos corriendo por la pista del aeródromo privado de la isla era muy divertido: recuerdo sus siluetas, una delgada y la otra un poco más corpulenta, y que Donald solía llevar un sombrero de paja y Marlon, aunque algún lector no lo crea, una camiseta ajustada al estilo de *Un tranvía llamado deseo*. A Donald le encantaba correr y le daba igual que lloviera o luciera el sol. Y mientras corrían, durante lo que ellos consideraban su tiempo libre, hablaban del argumento y de los personajes de *Fan Tan*, de este libro.

Marlon fue verdaderamente feliz en Tetiaroa, de manera que verlos trabajar era delicioso. Donald y él compartían gustos singulares, a ambos les fascinaban la cultura y las mujeres asiáticas. En realidad, este libro constituye una pequeña incursión en ese deslumbramiento, una de las perlas en que fructificó su colaboración.

En pocas ocasiones vi a Marlon tan satisfecho. Aquellos días nos permitieron disfrutar de sus mejores virtudes, de su pícara naturaleza, de la misma persona que yo había conocido cuando era niña.

Era amigo de mis padres y los niños de ambas familias formábamos una gran pandilla. «La tripulación» nos llamaba Marlon, que se divertía colándonos en los cines que proyectaban películas para mayores de edad (él se disfrazaba con una peluca rubia) y llevándonos a Disneylandia. Le encantaba el monoriel y, a veces, nos despertaba en mitad de la noche y nos llevaba a dar una vuelta. Supongo que los empleados del monoriel le hacían un favor especial porque en ninguna de aquellas ocasiones vi a nadie más en el tren. No se cansaba jamás: ida y vuelta, ida y vuelta, o quizá fuéramos nosotros los que no nos cansábamos y lo que a él le gustaba era observarnos.

Espero, lector, que disfrutes de este libro y te dejes arrastrar por su espíritu. Es un cuento de amor y aventuras en el más audaz y grandioso de los sentidos, un libro que te permitirá saborear un trozo del paraíso. Una historia vertiginosa y emocionante a la altura de sus autores.

China Kong



LA PRISIÓN

Bajo un cielo negro, la prisión, y dentro de la prisión, un rebelde brillante. Los muros eran asombrosamente altos y parecían, aunque tal cosa no fuera posible, curvarse hacia dentro y combarse hacia fuera. Estaban rematados por una luminosa escarcha de cristales rotos. Desde la residencia de verano del gobernador de la Real Colonia de Hong Kong, situada en la cima de un modesto cerro llamado Pico Victoria, debía de tener un aspecto imponente.

—Si el sol llega a lucir alguna vez —le dijo Annie al portugués—, es muy probable que ese cristal emita destellos. Parecerá un collar de diamantes, Lorenzo. O un enorme margarita... en copa cuadrada.

El sol no lucía desde noviembre y estaban a 2 de marzo «del año de Su Señor de 1927», como decía Annie. Una inmensa nube de varios cientos de kilómetros de diámetro —y, seguramente, de aproximado grosor— se había instalado sobre la deslucida isla y descargaba sin cesar sobre la prisión. Para Annie Doultry (bautizado «Anatole» por Monsieur France, el novelista) transcurría el centésimo octogésimo día de una condena de seis meses. Había nacido en Edimburgo en

1876 y aparentaba cada uno de los minutos de vida que había dejado atrás.

Su padre, escocés de inclinaciones románticas, había sido linotipista y amante de los juegos de palabras, los retruécanos y las tragedias: *El rey Lear* y *Edward Lear**. Su madre fue peculiar: amable y encantadora, pero poco respetable. Una MacPherson con cierta vena frívola, tan aficionada a coleccionar amantes como otros a acumular mascotas. Pese a haber sido educada en la lógica, el sentido común y la más estricta frugalidad, de vez en cuando se entregaba a juegos absurdos como, por ejemplo, casarse con su marido. Al cabo de los años, los Doultry emigraron a Seattle con el chico y con su abuelo paterno, cosa que hacían muchas familias de Midlothian en aquellos días —en los que, al menos, aún había algún lugar al que emigrar—. Pero Annie, que no era muy dado a reflexionar sobre su vida, mantenía la historia de su infancia en terreno brumoso. Sus recuerdos eran como un calcetín viejo: de color indeterminado y lleno de agujeros.

Por el contrario, dedicaba mucho tiempo a pensar en el futuro.

—Y ése, Lorenzo, es uno de los rasgos que me caracterizan —aseguró, dirigiéndose directamente al trasero del portugués que ocupaba la litera que estaba encima de la suya y quien, como él, debía de estar sumido en sus propias cavilaciones. Pero Annie hablaba en voz alta por convicción, para hacer frente al riesgo de hundirse en el silencio de los pensamientos. Un exceso de reflexión sólo podía terminar, sin duda, en una espiral de regresiones potencialmente peligrosa, una clase de pasatiempo de la que uno debía cuidarse en el penal Victoria, donde tantos acababan locos.

—Si piensas como un preso —dijo Lorenzo—, toda tu vida serás un preso.

—No caeré en ese error —repuso Annie Doultry.

—Eso ya lo veremos. De momento, aquí estás, encerrado en una celda —afirmó el portugués. Era innegable. Annie Doultry,

* Edward Lear (1812-1888), pintor, humorista y poeta. (*N. del T.*)

ese hombre independiente, espontáneo e impredecible, estaba encerrado. En eso no se diferenciaba en nada de cualquier otro recluso de la isla.

— Pronto te harás viejo — se burló Lorenzo —. Aquí se envejece muy deprisa.

La advertencia caló, lo cual explicaba la mirada abstraída de Annie. En la cárcel, casi todo había sucedido en otra época, en un pasado remoto. Apenas había tenido tiempo de preguntarse: «¿Cuál es tu lugar en el mundo? ¿Qué has de ser: hombre libre o pájaro enjaulado?». Tenía la esperanza de ser, de haber sido, lo primero, pero era ya demasiado viejo para perder el tiempo con esperanzas. Podría decirse que fue la prisión la que le convirtió en un apasionado fatalista, la que hizo de él un hombre peligroso.

Tenía la nariz ligeramente torcida hacia la izquierda. Y esto es lo que había escrito a lápiz el día 1 de marzo, su ayer: «Dicen que has de hacer lo que te dicta tu olfato. Si yo he de seguir lo que me dicte mi torcida nariz, acabaré por convertirme en un díscolo, en un rebelde. Claro que mi nariz sabe muy bien quién manda aquí». Esa reflexión lo insinuaba: un nivel por encima de los meros juegos de palabras, la nariz se alzaba sobre su gastado cartílago como una suerte de homenaje a un nombre que podría haber honrado a cualquier bella escocesa. «Annie Doultry rima con *poultry**», repitió varias veces con el fin de comprobar la eficacia de los tapones de cera que se había metido en los oídos. Por lo demás, sus orejas, que carecían de defectos reseñables, tenían los lóbulos como péndulos — lo cual, según los chinos, es señal de sabiduría — y los pabellones muy compactos y situados justo por debajo de las bisagras de una mandíbula que remataba un semblante notorio por su insensibilidad. «Una cara para hundir mil barcos», dijo Annie como prueba final, sonoramente y con la satisfacción de quien ya no puede oírse a sí mismo sino a través de las notas de chelo de sus propios huesos.

Y, ahora, pasamos de la vida interior de un hombre a su situación tridimensional: la litera baja de una celda del bloque D,

* *Poultry*, en inglés, «aves de corral». (N. del T.)

de dos metros y medio por uno ochenta, con el habitual y mugriento mobiliario, el cubo para las heces y la innoble ventana sin cristal pero con gruesos barrotes y situada a un metro ochenta del suelo de cemento, para que ningún chino pudiera asomarse. No tan inhóspita para Annie Doultry, sin embargo, porque era alto y recio en todo: ancho torso, gruesos pulgares, pobladas cejas, fuertes muñecas y rodillas firmes, característica muy valiosa para un hombre violento que ya había dejado atrás esos años de elástica y resistente juventud en los que verse echado a patadas de un bar o arrojado escaleras abajo habían sido poco más que divertidas anécdotas. También su barba era muy poblada. Había librado una batalla moral con quienes habían intentado afeitársela —el barbero, el celador jefe y el mismo alcaide— y había vencido. Así que le habían rasurado el pelo de la cabeza, pero no el de la barba, para que pudiera jugar con ella. En consecuencia, sus cabellos crecían más orgullosos y, es preciso admitirlo, también más grises. Un gris, sin embargo, poco habitual, con el matiz cobrizo característico del bronce cuando adquiere lo que los herreros imperiales llamaban «pátina acuosa».

Antes de quedarse sin él, Annie solía mirarse mucho en su espejo de metal, no demasiado antiguo. Un espejo de acero inoxidable de diez por diez centímetros atravesado por un agujero —del que se podía colgar—, fabricado probablemente en Pittsburgh y que Annie había empleado para comerciar con los nativos polinesios. Un espejo tan amable y perspicaz como los amigos más raros, que acentuaba por igual la engañosa juventud y petulancia de la boca del señor Doultry y la inefable y titubeante belleza de sus ojos. Titubeante, sí, porque jamás le devolvían la mirada ni en aquél ni en ningún otro espejo. Ojos cautos porque Doultry no quería que revelasen nada de él. Hermosos porque, presumiblemente, los había heredado de su madre, y es que su padre era feo, o quizá porque contrastaban con la ruina rústica de su nariz.

Por supuesto, su cabello no era tan recio como el resto de su cuerpo y lo tenía repulsivamente corto en la nuca y en las sienes. Era el estilo de moda en la prisión. Había que negar espacio vital a una comunidad de piojos pobre y superpoblada.

A continuación, era preciso ponerse los calcetines en las manos correctamente. Los talones debían encajar en el pulpejo de la mano por mucho que, en la lastimosa penumbra, parecieran huecos gigantes e inabarcables. Pero era necesario llevar a cabo esta tarea. No existía ninguna otra protección contra las cucarachas.

El portugués gemía. Es decir, se había dormido. Ningún tapón de cera habría sido capaz de guardar a Annie de aquel sonido.

—Está en el temible umbral de un sueño jesuítico —susurró. Le dieron ganas de escribir la ocurrencia en su libreta. Pero no podía, ya se había puesto los calcetines—. Aunque también es posible que esté rezando.

Lorenzo quería evitar la condenación eterna a cualquier precio, eso le había dicho a Annie. Pero sus gemidos resultaban impresionantes sobre todo a causa de su armónica coincidencia con un tipo de quejido chino que, procedente de una garganta, salía en sí bemol en primer lugar a través de una boca abierta para, en segundo lugar, atravesar la ventana también abierta de un hospital. En efecto, el pozo de los padecimientos se encontraba en la planta baja del bloque A, cruzando el patio. Quien gemía había sido azotado hacía tres o cuatro días y aún tenía heridas en carne viva. Ahora bien, es preciso aclarar que el problema de Annie no era emocional o espiritual. Sencillamente, no podía dormir porque todas las dependencias de la prisión estaban tan próximas entre sí que, en todo el recinto, la acústica era excelente.

Annie estaba echado de espaldas con los calcetines en las manos. Sobre su peludo pecho se erguía, ajena a la mirada de los vigilantes, una taza de esmalte azul moteado de oscuras perforaciones que anunciaban que lo peor estaba por llegar. Pero para Annie, aquella taza era como un tesoro, su única pertenencia dentro de la tumba de la prisión. Lo demás —un encendedor sin mecha, el espejo metálico que ya hemos mencionado, una hebilla de latón decorada con una cabeza de camello— lo había perdido en las carreras de cucarachas. Además, a Annie le gustaba mucho el té y el cabo retirado Strachan, celador jefe

del bloque D, le servía ración doble precisamente en esa taza. En aquellos momentos, sin embargo, la taza, vacía, parecía tan inútil como un pecado sin recompensa. Annie la cogía con sus manazas, grises como la roca, *manos de piedra**, en realidad, de nudillos salientes y dedos pasmosamente delicados a juzgar por lo que habían atravesado — y no advierta el lector en esto retruécano alguno.

Annie permanecía quieto. Alrededor de la taza, su pecho estaba decorado con bolitas de sorgo aderezado con jengibre, un sabor muy apreciado por las cucarachas. Sobre su ancha tripa, un reguero de estas bolitas bajaba hasta su ombligo y discurría a través de sus mugrientos pantalones de lona hasta sus pies desnudos. Los dedos gordos se apoyaban con cansada dignidad sobre el pie herrumbroso de la cama, y a lo largo de éste, como la mecha de un barril de dinamita, proseguía la fila a modo de tentadora carnada para cucarachas.

Annie Doultry aguardaba a su presa con la escrupulosa atención de un cazador de tigres o de leopardos, sólo que, en lugar de a un tembloroso ternero, él mismo se había puesto como cebo. Porque éste era el punto esencial de su plan: el atractivo que su persona tenía para los bichos en cuestión. Si hay un plato que las cucarachas chinas prefieran por encima del sorgo con jengibre es la piel seca de los pies de un blanco. Ni siquiera sueñan con devorar la epidermis viva — esos insectos no buscan problemas —, pero se deleitan con los callos con tanta fruición como un rabino hedonista con un plato de arenque ahumado. Esgrimir esto en su contra — es decir, en contra de las cucarachas — no sería más que un rancio prejuicio.

En fin, lo único cierto es que Annie había desprovisto a uno de sus pies de su protección natural. Y esto, es preciso decirlo, era en el caso del señor Doultry mucho más peligroso, porque, en medio de sus aletargadas guardias nocturnas, las cucarachas también le mordisqueaban los dedos — oh, con cuánta delicadeza masticaban las cascarillas de las yemas —. Además, nunca le despertaban. Evidentemente, la circunspección era el lema

* En español en el original. (N. del T.)

de aquellas criaturas. Sin duda, el temible tamaño de Annie les daba que pensar: «No le despertéis», debían de susurrarse unas a otras al tiempo que satisfacían su apetito. Por eso se ponía Annie los calcetines en las manos.

Y esperaba con calma. La oscuridad crecía, la negra nube se adensaba con la proximidad de la noche. Y bajo la negra nube, la prisión.

La celda del señor Doultry no difería ni por su forma ni por su tamaño de las otras trescientas doce, pero por estatus y al igual que un antiguo y resplandeciente vagón ruso adornado con las letras «Primera Clase», formaba parte de un grupo selecto. En efecto, desde la planta más alta del penal se divisaba el Pico Victoria y la residencia de verano del gobernador, en la que, en medio de su húmedo entorno, ondeaba la Union Jack a modo de orgulloso paño de cocina. El rancho también era mejor: cerdo dos veces a la semana, es decir, el doble del que recibían los reclusos de las demás plantas. Pero en las otras plantas había chinos, esto es, seres pertenecientes a una raza inferior que, de acuerdo con la doctrina colonial, precisaban una dieta más escasa en carne. (¿Y quién se atreve a contradecir esa doctrina? Ingerido en exceso, el cerdo acaba por pudrir la ropa interior del colon y el tapizado del corazón).

La planta superior del bloque D recibía el nombre de Sección E, lo cual evitará confusiones a todo aquel estudiante que recuerde que la tal «E» significa «Europa» o «Europeo». Había en aquella planta muchas señales con una exaltada E que también engalanaba, estampada en rojo sangre sobre una flecha, el uniforme oficial de Annie Doultry. Dependiendo de quién la mirase, la flecha señalaba a la letra con orgullo o incriminación. En el caso de Annie, a estos sentimientos se sumaba la indignación. Y es que el señor Doultry era americano, americano de pura cepa desde, más o menos, los cinco años (por mucho que, en el fondo de su corazón, supiera que siempre sería un celta de la tierra de las brumas y un vagabundo).

Doultry no era el primer yanqui que lucía la gran E. Como muy pacientemente le había explicado el alcaide, la E no constituía una etiqueta geográfica, sino racial, y desde el punto de

vista de los funcionarios de la prisión, un americano blanco debía, nadie tenía de ello la menor duda, llevar una E. En marzo del 27 había, incluidos los presos que estaban en espera de juicio, quinientas «aes» y catorce «es» en el penal, una proporción que se correspondía sorprendentemente con la del conjunto de la población de la colonia, lo cual, de nuevo, podría contemplarse con orgullo, para quien quisiera considerarlo una señal de la excelentísima imparcialidad de la justicia británica, o con vergüenza, por razones obvias.

Pero basta de especulaciones morales y volvamos a los hechos, más ciegos aún que la justicia. Annie estaba tendido en su litera, con los calcetines en las manos y cubierto de cebo para cucarachas, amenazando su rostro curtido la litera superior, muy combada y con el colchón apretándose como un enorme hongo bajo el cuerpo del portugués. Con cada respiración de aquel granuja, el somier oxidado se convertía en un instrumento que parecía emitir canciones quejumbrosas. Una gran mancha que recordaba a Australia presionaba sobre los ojos de Annie con todo el peso de aquel sustancioso continente que, por otro lado, el señor Doultry había visitado en numerosas ocasiones a lo largo de sus erráticos viajes. ¡Y pensar que lo que veía no era más que la parte inferior del colchón! Cómo debía de estar el otro lado, pegado a la indefinida espalda del portugués, a sus apergaminadas nalgas, a su goteante esfínter.

Más valía no pensar en ello.

Aunque cierto alcaide quisiera engañarse pensando que el penal Victoria debía su nombre a la soberana sobre cuyos dominios el sol jamás se ponía, la verdad era muy distinta. En realidad, ese nombre, como algunas esposas, era de tercera mano y estaba inspirado en la ciudad de Victoria, que se erigía desordenadamente sobre la isla de Hong Kong. El proyecto, por otra parte, gozó de muy escaso orgullo imperial. En realidad no tenía más propósito que el de que unos cuantos súbditos de Su Majestad agachasen la cabeza. Tiempo después de haberse decidido la construcción del penal y viendo que los ingleses no se decidían, los escoceses habían intervenido con su

peculiar astucia. En efecto, eran ellos quienes gestionaban la colonia, los que engrasaban la rueda de la burocracia, los que poseían las empresas más prósperas, quienes dominaban los muelles y manejaban los motores de los barcos que surcaban los mares de China.

Por su parte, aunque fuera oriundo de Escocia, a Annie Doultry le importaba muy poco el futuro de la colonia y mucho menos el futuro del mundo. Era su propio futuro el que le quitaba el sueño. La realidad que le aguardaba, los hechos en que ésta se concretaría. Ahora bien, ¿de verdad existían los hechos futuros? Buena pregunta para el señor Wittgenstein. El sentido común respondía «Sí», la lógica clamaba «¡No!». Al infierno con la filosofía, se dijo Annie. En primer lugar, ¿qué si no un exceso de reflexión había dado con sus huesos en la prisión? Un exceso de reflexión y la más completa falta de acción.

— ¡Si le hubiera pegado un tiro a ese bastardo — dijo, ensañándose con el colchón del portugués — en lugar de quedarme allí parado sopesando los pros y los contras! Dios me castigó por ser demasiado compasivo... ¡Eh, Señor! ¿Me oyes ahora? ¡Haz algo, malditas sean tus entrañas! ¡HAZ ALGO!

La taza danzó sobre su panza al ritmo de sus recriminaciones y el gran sollozo que Annie reprimía resonó contra su fondo esmaltado. Una vez reprimido, se transformó en una especie de suspiro o de resuello.

— Ah, y además aquella estupenda pistola. Una Luger 9 milímetros Parabellum, tan letal como un 45 y de un aspecto magnífico y aterrador... Pero, dicho esto, he de añadir que no hay armas como las Smith & Wesson — dijo, acariciando el oscuro esmalte de la taza —. Del color de la noche. Verás, Lorenzo (el portugués se llamaba Manuel, pero ¿qué más daba?), hay perlas que destacan lo mismo que una mancha de tinta sobre un delantal de cuero.

El portugués seguía dormido, gimiendo en los pantanos de sus sueños.

Ésta también era grande, de unos diez centímetros. Estaba inmóvil sobre el pie oxidado del catre de Annie. Lo miró antes

de encaminarse, muy circunspecta, hacia uno de los dedos de sus pies. Annie se los había lavado lo mejor que había podido, para que estuvieran lo más apetitosos posible. Pero la criatura ignoró los manjares que se le ofrecían. *La criatura...* ¿Era hembra o macho? ¿Cómo demonios saber el sexo de una cucaracha! (En fin, Hai Sheng sí sabía cómo averiguarlo. Aquélla en cuestión, le aclararía más tarde, era macho).

A ojos del insecto, el pie de Annie debía de parecer el de algún Buda tallado en las gargantas gris pálido de las montañas de Tailandia. Sus callos y durezas ya habían sido pulidos por anteriores visitantes, así que estaba liso y tierno como el de una doncella. El bicho continuó pantalones arriba y cruzó la Cumbre Rodilla antes de descender hacia el Cañón Entrepierna, donde unos bocados de sorgo, que Annie había humedecido para que ganasen adherencia, se acumulaban en una arruga. Pero la cucaracha pasó por alto también este festín. Con paso cauto pero decidido descendió por los riscos cubiertos de cáñamo hasta llegar al borde de la Garganta Braqueta, esa falla en la cordillera del mundo que (pensó Annie con respeto) una cucaracha común habría evitado dando un rodeo. El abismo se abría ante el bicho tras enroscados zarcillos, desvergonzadamente y sin botones (Annie los había quitado todos). Las espléndidas antenas de la criatura captaron el húmedo éter y su caparazón, del color del alquitrán recién echado, destelló como la armadura de Belcebú. El bicho se asomó a las sombras y lo que vio debió de darle vértigo porque, al parecer, no escuchó el susurro de Annie.

—Es usted una maleducada, señora —dijo Doultry, para que luego nadie pudiera decir de él que había actuado con alevosía y nocturnidad, que el suyo había sido un gesto a traición. A continuación, la oscura sombra de la taza de té descendió como una mortaja sobre el orgulloso paquete sobre el que se paseaba la cucaracha, convirtiendo al bicho también en recluso.

Las carreras de cucarachas se desarrollaban en un canalón de unos ocho metros de largo que atravesaba el patio donde los reclusos hacían ejercicio. Por convención, el canalón mar-

caba también la frontera entre Asia y Europa. Era de cemento, medía treinta centímetros de ancho por cuatro de profundidad y estaba cubierto de un vello verdoso que a Doultry le gustaba llamar «césped esmeralda» o, a veces, «la pista del gran y viejo Epsom». Comprenda el lector: Annie hacía ímprobos esfuerzos por parecer británico.

Cuando sonaba el gong de salida, que algún recluso tocaba con un plato de latón, los propietarios soltaban a sus animales en medio de un gran tumulto y no pocas exhortaciones. Normalmente, las cucarachas se ceñían a la pista, alentadas por las patadas y los pisotones que retumbaban a ambos lados. Si el viento soplaba a favor, los mejores ejemplares podían alcanzar los veinticinco kilómetros por hora, es decir, la velocidad de un hombre al que siguiera el diablo. Era preciso recuperar a las criaturas antes de que desaparecieran por el sumidero, situado a un metro escaso de la línea de meta. A veces, sin embargo, la pereza de uno de los corredores convertía su muerte bajo la suela de un apostador decepcionado en su destino más probable y el sumidero se convertía en su refugio y salvación.

—Son increíbles —dijo Annie a Hai Sheng, otro criador—, prefieren el deshonor a la muerte.

Hai Sheng escupió ruidosamente a modo de aprobación. Hablaba pidgin, la lengua franca comercial del lejano Oriente, pero comprendía el inglés bastante bien. *Ave de la Esperanza*, su peludo purasangre, aún no había perdido una carrera. Aunque tenía pocas semanas de vida, sólo en aquella temporada sus ganancias superaban los diez dólares. En el penal Victoria las lluvias no arreciaban hasta octubre, así que una buena cucaracha podía reportar pingües beneficios.

La mayor parte del patio donde se encontraba el canalón estaba reservado para los internos chinos condenados a trabajos forzados. Los llevaban a cabo por turnos. Se dedicaban a deshilar sogas viejas, kilómetros de sogas viejas. El cáñamo desmadejado, o estopa, se había empleado antaño para calafatear las fisuras de los cascos de roble de los navíos de Su Majestad. Pero en la época en que se sitúa nuestro relato, 1927, la Marina británica llevaba más de cincuenta años construyendo

sus barcos con hierro. Al parecer, las autoridades del penal Victoria pretendían almacenar la estopa en previsión del día en que las antiguas cuadernas emergieran de nuevo de los fondos marinos de Trafalgar y de la bahía de Tientsin, donde, en 1857, una fragata había sucumbido bajo los viejos cañones de las fortalezas del emperador Dragón.

La recogida de estopa, por tanto, era absurda por mucho que fingiera no serlo. Su denominación oficial era Trabajo Forzado Número 2. En el extremo oriental del patio, la *crème de la crème* de los condenados llevaba a cabo el Trabajo Forzado Número 1 o Instrucción con Balas. No tenía propósito alguno, salvo mantener a los reclusos ocupados.

Los «reclutas», como llamaban a los presos que cumplían con aquella tarea, se pasaban el día caminando en círculo. En cuatro puntos situados sobre la circunferencia que describían los internos se alzaban otras tantas pirámides de balas de cañón de veinticuatro libras, separadas por no menos de cinco pasos. Eran balas de hierro, negras como el dorso de la mano de la muerte. Durante tres siglos habían constituido la munición secundaria de la armada de Su Majestad y los proyectiles básicos de su ejército. Posteriormente, de la noche a la mañana, la tardía adopción del cañón estriado las había dejado obsoletas. El zumbido de las bombas giratorias fue su canto fúnebre.

Y así, las balas se acumulaban por millones. Como una enorme y despreciable población enfrentada a un genocidio, se apiñaron en pirámides grandes y pequeñas repartidas por los confines del Imperio y los niños empezaron a mear en ellas. En la vieja penitenciaría de Hong Kong correspondía al alcaide encontrarles un destino. Allí, la sombra de la reina Victoria, esa dama anciana e irrefutable, se levantaba las enaguas por última vez para revelar a los desmemoriados que aquellas balas de cañón todavía no eran impotentes, que todavía podían romper el corazón de algunos hombres.

La tarea de los condenados al Trabajo Forzado Número 1 consistía en coger una bala de una pirámide y trasladarla en cinco pasos hasta la siguiente pirámide, donde debían depositarla con sumo cuidado. A continuación, tenían que dar otros cinco

pasos hasta la tercera pirámide, coger otra bala, llevarla a la cuarta pirámide, dejarla allí, y vuelta a empezar. Y así una y otra vez en turnos de dos horas hasta completar ocho horas al día.

Por supuesto, la bala no se podía dejar en la pirámide de cualquier manera. El equilibrio de la figura era importante, se exigía gran precisión y un ritmo coordinado. La disciplina era férrea en la rueda de los chinos culpables (mientras estuvo en el penal Victoria, Annie Doultry jamás vio que condenaran a un europeo al Trabajo Forzado Número 1). Sus celadores eran indios, hombres fornidos (algunos de ellos eran sijs, con barbas larguísimas anudadas detrás de las orejas) que se paseaban junto al círculo con varas de ratán (dos metros de longitud y tres centímetros de grosor), elegantemente uniformados y maravillosamente imparciales. Aguijoneaban a los reclusos y les golpeaban, animando la instrucción, porque eso era, una instrucción, y ellos, ex soldados profesionales con la fortuna (alentada por antiguas heridas o por alguna enfermedad) de haber encontrado un trabajo cómodo. No eran sádicos, en absoluto, pero cuando a un hombre se le caía una bala, lo azotaban. Formaba parte de la instrucción.

Entre carrera y carrera, Annie se fijaba algunas veces en los «reclutas». Todos los convictos chinos llevaban sombreros de paja de la misma talla —norma de la prisión—. Se conseguía con ello un efecto armónico y agradable a la vista: los sombreros puntiagudos y pálidos inclinándose en las cuatro esquinas del círculo, el tintineo de las balas de cañón, la formación de las pirámides, su desaparición, las espaldas dobladas, las mentes sometidas. En cierta ocasión se dijo, en voz alta:

—Annie, eres un cabrón con suerte.

Según el señor Andrew O'Gormer, su abogado defensor, los seis meses de la sentencia no fueron más que un tirón de orejas. Ni siquiera lo habían condenado a trabajos forzados, sólo a la simple encarcelación. Aparte de las carreras de cucarachas, lo más duro que Annie tenía que soportar eran los paseos arriba y abajo después del desayuno por espacio de una hora. En silencio, por supuesto. Pero había entablado amistad con el cabo

Strachan y solían caminar a la par, enfrascados en una charla discreta. En resumen, Annie sabía qué hacer con su tiempo. Dominaba la situación.

Naturalmente, O’Gormer le había sacado a Annie hasta el último céntimo. En caso contrario, el acusado podría haber sido condenado a una pena de diez años de prisión en virtud de la Ley de Armas y Munición de 1900. Nadie sabe lo que puede suceder en el despacho de un juez si hay una tónica con ginebra de por medio. Annie había introducido en Hong Kong, con un respeto escrupuloso por la legalidad —en su diario de a bordo había escrito, de su puño y letra: «Cargamento verificado y en tránsito a Tientsin, provincia de Shantung, República de China»—, una modesta cantidad de armas de fuego que había recogido en Manila procedentes de fuentes cercanas al excelente ejército que el Tío Sam mantenía en la región. Más en concreto (estaba todo especificado, negro sobre blanco): mil novecientos doce fusiles Garand del Ejército norteamericano en buen estado y con bayoneta; dieciocho ametralladoras Maxim de calibre 50 (ya usadas) y nueve ametralladoras pesadas Hotchkiss en excelente estado; doscientos mil proyectiles de calibre 300 (para los fusiles); veinte cajas con veinticuatro granadas Mills; y varias armas auxiliares: varias automáticas Colt 45 del Ejército (el modelo clásico de 1910) y algunos revólveres (sobre todo de calibre 38), amén de algunos morteros llenos de grasa y abolladuras.

De acuerdo con las leyes coloniales, bastante liberales en este sentido, no hacía falta ninguna licencia, sello o precinto siempre y cuando el destino definitivo del cargamento no fuera Hong Kong. Respecto a las armas, a Hong Kong le gustaba ser intermediario, no cliente. El problema surgió cuando cierto caballero polaco abordó a Annie en el bar de Torrance y le ofreció una enorme suma de dinero a cambio de media docena de automáticas Colt y de algunas cajas de munición del 45 para probarlas.

—Me sentí insultado, señor —le contó Annie al juez—, y le dije que se guardara su maldito dinero, porque, señor, yo sabía muy bien que, en Hong Kong, es delito vender armas sin la

autorización expresa del capitán superintendente de la policía de la ciudad. Lo sabía perfectamente. Hay comunistas por todas partes, señor, y no vamos a dejar que pongan sus sucias manos en las armas americanas, que son estupendas. En este punto coincido plenamente con usted —dijo Annie, suponiendo que con esta declaración se ganaba a la mayor parte de la audiencia. El juicio se había desarrollado en el Tribunal Supremo y ante un jurado.

—Por favor, señor Doultry, llámeme «señoría» —dijo el juez.

—Sí, señoría —dijo Annie.

Pero una cosa había llevado a la otra. Aunque Annie mantenía que alguien había robado de su barco las armas en cuestión mientras Bernardo Patrick Hudson (su primer oficial) sufría un terrible ataque de malaria causado por la ingestión de cerveza china, el jurado, que por otro lado sentía por el acusado cierta simpatía, no quería creerle. Los ladrones (o compradores) no habían sido apresados; las armas habían desaparecido; la policía marítima contó una por una las que quedaban a bordo. El emisario del cliente legítimo de Annie, el mariscal Sun Chuan-fang, caudillo en aquel tiempo de Nanchang y de las regiones del sur del Yangtsé, fue de poca ayuda. En realidad, estaba muy molesto, porque, a raíz de lo ocurrido, las autoridades habían cancelado la entrega de las armas que le llevaba Annie y, de acuerdo con la letra de la ley, la policía de Hong Kong había requisado todo el cargamento. A continuación, el codicioso ejército del mariscal se había visto envuelto en varios frentes de guerra de baja intensidad con Chiang Kai Chek. Los detalles resultan fatigosos, pero el caso es que era muy natural que al Hong Kong británico le disgustaran los artículos del *South China Weekly News* sobre el papel de la colonia como bazar de armas abierto a ambos bandos —o, para ser más precisos, a todos los bandos, puesto que en aquellos días había en China más de una docena de ejércitos independientes combatiendo entre sí—. En teoría, además, estaba en vigor un embargo de armas internacional que se remontaba al 5 de mayo de 1919. Lo habían impulsado las autoridades americanas de

Shanghai y se habían sumado a él Reino Unido, Francia, Rusia, Japón... todo el mundo salvo los alemanes, que tenían enormes intereses armamentísticos en China. Poco después, los rusos quebraron el acuerdo suministrando armas a la alianza nacionalista-comunista y, muy pronto, el embargo se convirtió en papel mojado. Estados Unidos abasteció de maquinaria el principal arsenal de los nacionalistas, situado en Cantón, con el fin de que éstos pudieran fabricar ametralladoras británicas Vickers y munición para los fusiles rusos (setecientos mil cartuchos al mes). En Hong Kong se podía comerciar con cualquier cosa, incluidos aviones y máscaras de gas. Sólo estaba prohibida la publicidad indiscreta.

Annie sabía todo esto y comprendía lo que arriesgaba, las sutilezas de la situación. Resultaba deprimente tener que mantenerse al corriente de la catástrofe china, cada vez más acentuada, pero lo cierto es que con quién si no con los chinos hacía negocios. Por otra parte, aunque la comida del país no le agradaba, las mujeres le parecían extraordinariamente atractivas —también le gustaba rumiar sin descanso por qué era tan sensible a sus encantos—. No, Annie no era ningún ingenuo. Para echar sal en la herida, Barney (Bernardo Patrick) Hudson no había dejado de insistir en el peligro de venderle armas al polaco y cuando tenían ya la mierda al cuello, se había obstinado en repetir «Ya te lo decía yo, ya te lo decía yo» y en reírse de forma histérica. Pero había tenido la suerte de evitar el banquillo de los acusados.

Por otro lado, Annie tenía la impresión de que se estaba ablandando. Sabía muy bien que le habían tendido una trampa, pero se empeñaba en considerar el asunto desde un punto de vista filosófico, desde el siguiente punto de vista filosófico: el problema estaba en la apuesta, había hecho una mala apuesta. El juego estaba amañado, los dados trucados y las bebidas del crupier las había pagado el adversario. Y sin embargo, era en la cárcel donde Annie había llegado a convertirse en un auténtico jugador.

Un cambio profundo se había operado en él desde el 4 de septiembre, día en que había recibido su gran E y la flecha roja.

Nunca había estado en chirona y, desde luego, era ya demasiado viejo para una primera vez. También por primera vez en su vida se había visto empujado a una forzada proximidad con los chinos: los chinos de los callejones y de los grandes y pestilentes suburbios, los culis, a quienes los blancos del exterior miraban como si fueran otra especie. Poco a poco, había nacido en él cierta simpatía, un asomo de piedad. Podría haber sido asco, pero no, parecía piedad.

Digámoslo claro, Annie siempre se había llevado bien con los británicos, un comportamiento impulsado por su nostalgia de una Escocia que casi no recordaba y su pernicioso talento para la imitación, que le había conducido a fingir que era inglés por puro placer (era capaz de imitar el acento *cockney* casi tan bien como el escocés). Pero su tolerancia hacia los británicos, raza extraña que (como los chinos) vive con la certeza de su superioridad sobre todas las demás, podría haber convertido en irresistible su tentación de dar por saco a los ingleses. Annie no les guardaba rencor alguno a raíz de su condena y encarcelación. Le habían cogido con las manos en la masa, como tan acertadamente había señalado el inspector detective Kenneth Andrews; había jugado y había perdido. Pero todo perdedor encarcelado es un animal susceptible de revolverse contra la autoridad responsable. Si el Imperio Británico le restringe a un hombre la cara contra su propia mierda durante seis meses, a ese hombre no le quedan más que dos opciones: o cambia de opinión sobre su mierda o cambia de opinión sobre el Imperio. Por otro lado, hay que añadir al mejunje la aversión que sentía Annie a la autoridad en todas sus formas. Demostrar los orígenes de su antipatía requeriría peregrinar hacia una infancia que todos, y Annie más que nadie, tenemos olvidada. Pero estaban ahí, en el modo en que un hombre de su tamaño insistía en que le llamaran por un nombre de niña. La cuestión es que lo que hasta ese momento no había sido más que un granito de rebeldía se hinchó en el penal Victoria hasta convertirse en forúnculo, en un forúnculo en el reverso del alma con una cabeza ardiente y fiera casi a punto de reventar.

—Demasiado glande —dijo Hai Sheng, el conocido criador chino, cuando Annie Doultry se disponía a participar en la carrera de las tres y cuarto—. *Ave de la Espelanza* cole mucho porque tiene pie pequeño.

En efecto, *Ave de la Esperanza*, la cucaracha de Hai, que aquel día le había reportado enormes ganancias, no era todavía más que un potrillo, o al menos eso decía el propio Sheng, que sí entendía de cucarachas. De su saber daba prueba una extensa colección de monedas de varios países, alfileres, aspirinas, botones, cepillos de dientes, vendas y polvillo de opio, a la que había que añadir la hebilla del cinturón de Annie, ésa que estaba adornada con una cabeza de camello.

—¿Qué nombre le has puesto a tu goldo? —preguntó Hai Sheng con escepticismo.

—*Dempsey*. —Sobre el brillante caparazón de su enorme animal, Annie había marcado a su animal con una gran «D» de cal.

—¡Ja! Dim-si ya no campeón.

Larga pausa. Doultry se preguntó si aquel hombre se había vuelto loco.

—¿Qué?

—Jackie Dim-si ha peldido con chico joven.

Annie se frotó la mejilla, que tenía el tacto de un neumático viejo.

—¿Cómo?

—Jackie Dim-si ha peldido con Chin Tun-hi*.

Annie se percató de dónde venía la confusión del chino. Gene Tunney, un tipo que había pertenecido al Cuerpo de Marines, se había hecho famoso tras la paliza que le había propinado Harry Grez, aunque éste ya estaba en las últimas. No era más que un listo, un niño bonito. Además, lo que decía el chino no podía ser cierto, porque Tunney era un peso semipesado. Había retado a Jack el verano anterior y el campeón se había reído en su cara.

* Jack Dempsey perdió el título de los pesados ante Gene Tunney el 23 de septiembre de 1926 en Filadelfia. Además, también perdería la revancha, en un combate celebrado en Chicago el 22 de septiembre de 1927.

—Shengy, viejo amigo —dijo Annie con una sonrisa—, el que te ha dicho eso quería reírse en tu cara.

Hai Sheng, que era bajito y regordete, apretó los labios y le devolvió la sonrisa a Annie por mera cortesía. Annie y él estaban sentados el uno al lado del otro en la letrina de la parte trasera de los lavaderos, un retrete de tres agujeros donde fluían las conversaciones y se cerraban los tratos.

—No sé quién te habrá contado esa milonga —insistió Annie—, pero quería reírse de ti.

Hai Sheng le aseguró que era cierto. Chin Tun-hi había disputado varios combates antes de optar al título mundial; Dim-si había peleado como un viejo. La velada se había celebrado al aire libre, en mitad de la lluvia; los puños del chico parecían rayos. Hai Sheng estaba enterado porque en Hong Kong todo el mundo había apostado algo. En realidad, en Hong Kong todo el mundo apostaba algo a todo todo el tiempo. Por su parte, Hai Sheng mantenía las orejas bien pegadas al suelo.

Annie acabó por aceptar que el destino había alcanzado a Manassa Jack. Por su parte, que los chinos tenían grandes conocimientos en cuestiones de destino era algo que jamás había discutido. Al contrario, hubiera dicho que estaban especializados en la materia.

—Le habrá sucedido lo que a todos los hombres de carne y hueso —dijo, asintiendo con resignación y con el gesto sombrío a causa de los recuerdos—. Era un tipo peculiar, el terror del cuerpo, el enemigo declarado del hígado y las costillas. —Hai Sheng asintió, sin despegar los labios—. Pero una cosa es cierta, era un artista de la mano derecha. Los pegadores corrientes suelen tener un buen gancho de izquierdas, pero nada más. Es lo que me pasa a mí.

La justicia poética universal decretó que *Dempsey* la cucaracha venciese en la carrera de las tres y cuarto por cuatro cuerpos de ventaja sobre *Ave de la Esperanza*. En realidad, hizo algo más grande que ganar: escapó. Aquella bestia veloz se lanzó hacia el sumidero nada más cruzar la línea de meta, burlando el saco que la aguardaba en el canalón. Nadie intentó pisarla. Las perdedoras sí podían morir espachurradas, las que

se fugaban pertenecían a una categoría muy distinta. *Dempsey* rodeó con una maniobra espléndida al hombre del saco y desapareció por el desagüe.

—Era una virtuosa, una exhibicionista —dijo Annie, que sufrió una sensación de pérdida muy aguda. Pese a todo, no quiso echar las culpas a nadie, y mucho menos a la noble criatura. No era raro que una cucaracha sacase a relucir cuanto de bueno había en un hombre. Hai Sheng apoquinó como todos los demás. Doultry recaudó cerca de un dólar, además de dos alfileres, una aspirina de opio y su hebilla. Hai Sheng sacudió sus carrillos con un gesto de solidaridad. Lamentaba sinceramente que la victoria de Annie se viera acompañada de una pérdida irreparable.

—Así es la vida —dijo Annie, dando al chino una palmada en el hombro. Era un gesto que, para enfatizar sus opiniones, solía acompañar de un pequeño puñetazo genial en las costillas. El chino detestaba aquella manía, pero jamás dijo nada, lo cual divertía todavía más a Annie y daba pie a su insistencia.

Con la excepción de las celdas de castigo, el único lugar en que las «es» hablaban con las «aes» era el canalón del patio. Vaya a saber por qué, pero lo cierto es que las normas lo prohibían. ¿Acaso temían las autoridades algún tipo de transmisión clandestina de información, alguna charla revolucionaria, la contaminación de los corazones o de las mentes? Tan sólo a la hora de las carreras se pasaban por alto las normas. Era la mentalidad inglesa: el deporte es el deporte. Los celadores también apostaban, todo el mundo apostaba. El canalón separaba y unía al mismo tiempo a las «es», a las «aes» y a los guardias sijs, con sus largas barbas anudadas en la cabeza. La fragilidad humana respiraba dulcemente entre las cucarachas, cuyos caparazones iban adornados con su marca: *Demonio de la Ribera Izquierda*, *Capullo de Manzana*, *Ave de la Esperanza* y, antes de su diestra evasión, *Dempsey*, la campeona de enormes trancos.

—Sheng —dijo Doultry al día siguiente—, tanto tú como yo somos hombres de mundo. Compartimos el mismo interés por el deporte, ¿no es verdad?

—Sí, es veldad.

—Por supuesto. Bueno, pues has de saber que quiero hacerte un favor, amigo. Estoy pensando en hacerte una oferta por *Ave de la Esperanza*.

—*Ave de la Espelanza* yo no vendo.

Mentira, mentira y gorda. Las negociaciones se prolongaron tres días. Annie obedecía con aquella operación a un impulso impreciso. Podría haber intentado cazar a otra campeona mundial, pero su cabeza le decía que había tenido suerte y que esa suerte estaba a punto de cambiar. Pero existe otra posibilidad: Hai Sheng había decidido vender su bicho y, mediante el sutil arte del camelo, consiguió que Annie le hiciera una oferta.

—Así que ahora sí que quieres vender esa bastarda, ¿eh, granuja? —dijo Annie, bufando—. ¿Porque ha perdido una carrera? Ja, era de esperar.

Pagó la cucaracha con oro. El metal procedía del empaste de una muela que le habían extraído hacía algún tiempo: sus ahorrillos para tiempos de escasez o por si surgía, como era el caso, una buena inversión. El empaste se lo sacó de la boca la bayoneta del cabo Strachan y fue pesado en presencia de ambas partes por el propio dentista. Cuatro granos de oro cuyo valor rondaba los cinco dólares americanos, esto es, diez dólares de Hong Kong al cambio de aquella época. Toda una fortuna.

—Mañana la traigo a usted, señol Annie. En su caja de muela de Jonkau —dijo Hai Sheng, estampando su elegante marca en el recibo de Annie.

Los reclutas continuaban caminando en círculo alrededor de las pirámides de balas de cañón como los fieles de un purgatorio sumido en la niebla.

Ocurrió la noche siguiente a la venta de *Ave de la Esperanza*, la noche anterior a la entrega del bicho en su caja de Jonkau. Hai Sheng decía que, en un pasado remoto, la cajita había guardado una gran perla engastada en un anillo de esmeraldas que había formado parte de la dote de Tzu Hsi, la emperatriz Dragón, y que uno de sus ilustres antepasados la había robado en Tientsin. Annie estaba echado en el catre. Estaban a punto de dar las ocho y ya era de noche.

Chupaba su pastilla de opio. Era igual que un caramelo de menta por tamaño y duración, sólo que negra y no podía tragársela. Sabía a rayos, como una píldora de mierda de rata, pero esto endulzaba todavía más la embriaguez posterior. Además, había que añadir el placer de la reciente soledad, y es que al portugués lo habían trasladado al hospital. El matasanos opinaba que tenía tisis —es decir, tuberculosis— en estado muy avanzado. En aquellos días, algunos médicos sostenían que los latigazos causaban esta enfermedad —y es posible que el peligro les ayudase a curar muchos cuerpos—.

En cualquier caso, fuera cual fuese el mal que le aquejaba, el portugués no tardaría mucho en reunirse con sus antepasados. A propósito, le llamaban «portugués» aunque tenía tres cuartas partes de chino, pero en Macao, de donde era oriundo, esto era ser portugués. Muy posiblemente, todo era una manifestación de esnobismo. Aunque la mayoría de los habitantes de Macao se habían acogido a la fe de Cristo y al tutelaje del Papa, había entre los más pragmáticos algunos que continuaban venerando a sus antepasados. El portugués que vivía encima de Annie era uno de ellos. Su E debía de ser una cortesía del gobernador de Macao.

Annie dio sus más sinceras gracias a *Dempsey*, la *Gran D*, por la pastilla que estaba saboreando. Pero no le pesaba el corazón tan sólo porque la cucaracha y él hubieran seguido caminos distintos; también echaba de menos al portugués. Por otra parte, en aquellos momentos, los celadores infligían a uno de los reclusos una paliza a base de latigazos. Constituía una enorme falta de sensibilidad por parte de los chicos de la pandilla imponer un castigo tan tarde, pero, como es lógico, no eran más que un hatajo de insensatos. En el preciso momento en que uno alcanzaba cierto nivel de tolerancia y de compasión por ellos, te salían con ésas. Un castigo nocturno, qué faena. Como decían los ingleses, seguramente se habían propuesto meterles el miedo en el cuerpo a todos los internos.

Las palizas frecuentes eran una amenaza para la salud mental de Doultry. El castigo se imponía en un pequeño patio reservado a tal fin, pero el penal era pequeño y nadie era ajeno a los

gritos. Los celadores aplicaban la vara de ratán (con cada paliza se estrenaba una) sobre las nalgas de los chinos con toda la fuerza de que eran capaces y dejaban en la piel heridas tan profundas que, inevitablemente, el recluso tendría cicatrices de por vida. Nada aborrecían más los internos chinos que este aspecto del castigo. Mantenían una teoría: cuanto más chillase el castigado, más probabilidades había de que el médico ordenase al verdugo que aflojase un poco. Naturalmente, esta teoría nada tenía que ver con la realidad, así que algunos acababan por no soltar ni un gemido.

Mientras estaba tumbado en su cama, Annie se esforzó por comprender el punto de vista de los chinos. Por un lado, eran ellos quienes sufrían los azotes, pero, por otra parte, nadie había infligido más latigazos que ellos en toda la historia universal. Los chinos se habían azotado los unos a los otros sin piedad desde tiempos inmemoriales, así que ni Annie ni los celadores encargados de aplicar el castigo experimentaban al respecto el menor sentimiento de culpa. Uno de esos celadores era galés; el otro, un londinense de Stepney, uno de mejores jugadores de dardos de Hong Kong, a quien Annie ya conocía de antes. No obstante, se mirase por donde se mirase, el asunto era de lo más desagradable para cualquier persona sensible o para todo aquel que lo contemplara sin prejuicios. Mucho peor, sin embargo, era para quien lo oía. El castigo no se practicaba a una hora fija. Podía infligirse al amanecer o después del té y para Annie era igual que un paseo por la calle del Dolor. «Que Dios nos ayude a todos en nuestra hora de necesidad».

Annie Doultry dijo al cabo Strachan:

—Dame un respiro, Stew, descansa y déjate de latigazos por lo menos un día de la semana.

El cabo Strachan respondió:

—A mi sí que no me importaría descansar.

Strachan era de Carlisle, de la frontera. Lo habían licenciado del 52 Batallón de Escoceses de Argyll y Sutherland con el grado de soldado raso tras veinte años de servicio. Había ascendido al grado de sargento en dos ocasiones y en dos ocasiones le habían desposeído de todos sus galones. Era soldado

raso, pero todos le llamaban «cabo», incluido el mayor Bellingham, el alcaide, por una suerte de respeto por la historia. Tenía en la cadera una bala afgana que de vez en cuando le daba problemas y una colección de medallas obtenida en sitios cuyos nombres llenaban de lágrimas todos los ojos escoceses. Nombres como el sangriento Somme, donde dos terceras partes de los hombres del gran Batallón 52 se habían dejado sus desgraciadas vidas. Además, Strachan tenía un problema con la bebida.

Para el cabo Strachan, la horca era el pan nuestro de cada día. Llevaba años ejerciendo de verdugo y valoraba el cadalso por el dinero extra que le reportaba —una libra y quince peniques por condenado—. Por lo demás, era muy aficionado al humor negro, y la horca del penal Victoria era un ejemplo excelso de humor negro. Todos los malditos días, los presos europeos se la echaban al hombro: dos veces, una a la ida y otra a la vuelta. Y todo porque al constructor del corto puente de cemento que unía los bloques C y D le había dado por ahorrar. El puente en cuestión comunicaba las celdas con el patio de ejercicios y, justo en medio —en esto consistía el ahorro—, tenía una trampilla que se abría sobre un callejón que pasaba cinco metros por debajo.

—Stewart, no me parece bien —dijo Annie—. Hay que exigir un poco de respeto. Y no por los hijoputas que son colgados, sino por los cabrones que los cuelgan. —Con Strachan, Doultry siempre hablaba con rudeza, le parecía lo apropiado cuando se dirigía a un escocés. Por lo demás, en presencia del celador era incapaz de refrenar la lengua. Hablaba por él. «Por lo que me queda de corazón, habla mi lengua», dijo en una ocasión, enseñándole a Strachan el miembro culpable: tuberoso, de un gris polvoriento por encima pero de un rosa encantador por debajo, y con la punta gorda pero aguda y delicada como la de una doncella—. El último castigo, así lo llaman, muchacho. Tienen que hacerte una horca como es debido. Ese maldito agujero es una letrina. Cada vez que lo veo, me dan ganas de ponerme en cuclillas y echar un zurullo —comentó, provocando la carcajada de Strachan.

La mitad de los que, en 1927, colgaron en aquel agujero eran piratas. La pena por piratería era la muerte, una condena para la que no había circunstancias atenuantes. Un pirata sorprendido *in fraganti* o en el momento de planear su fechoría o un cómplice de piratería en cualquier grado o manera eran condenados a la horca sin remisión. Lo merecían por ser una especie bárbara y cruel y demasiado numerosa en los mares de China.

A las cinco y cuarto, cuando en Singapur el sol debía de estar saliendo, Annie despertó de un sueño destructivo que no nos entretendremos en describir. En Hong Kong, la ignominiosa acumulación de nubes que se cernía sobre la prisión se tiñó de un amarillo tan pálido y desvaído y de tan leve intensidad que ni siquiera se podría decir de él que era el resplandor que precede al alba. Annie se despertó en aquel momento porque así lo había decidido antes de quedarse dormido. Era una de sus habilidades, de sus dones, otra de las facultades de aquel hombre de mucho talento y escaso éxito. Daría golpes con la cabeza en la pared, con bastante fuerza, uno por cada hora, y una palmadita para el cuarto de hora de más. Lo calculó con acierto. En cualquier caso, la ejecución le habría despertado, pero para entonces la diversión habría concluido.

Aunque el rito de la horca era en el penal Victoria tan rutinario como los latigazos, era menos frecuente y varios «es» —los que más energía tenían— se despertaban temprano para verlo. Podían hacerlo porque el «puente de los suspiros» se encontraba justo debajo de la sección E, así que si se subían al cubo de la mierda, gozaban de una perspectiva privilegiada. Las pisadas de las botas eran la primera señal, un ruido hueco y lúgubre que resonaba en la bóveda de cemento como los tambores de la muerte en una cloaca. El suave graznido de las órdenes del señor Hugh Llewellyn, el carcelero jefe, se elevó desde la penumbra. A continuación, Strachan hizo su cálculo valorativo.

—Cincuenta y cinco kilos más o menos, señor. Le daré a la sog a unos veinte centímetros de más.

Annie arrastró el caldero de las heces hasta el lugar preciso. Suponer que la tapa resistiera su peso no era más que un acto

de fe. Pese al insuficiente y repugnante rancho de la prisión, que le había hecho perder una considerable cantidad de grasa, Annie debía de sobrepasar los cien kilos. Por otro lado, aquella tapa había soportado ya muchas vigiliās por los pecados de otros. Entre los barrotes de la ventana, Annie se fijó en el cielo humeante. La pútrida fosforescencia de la gran nube revelaba su palpable desmoronamiento. Moriría por exceso de humedad. Debajo, la lujosa mansión del gobernador se divisaba con claridad. La bandera, cargada de vapores, parecía un colgajo a media asta. A media asta por el alma de Li Weng-chi.

El chino tenía un rostro asimétrico: había recibido un golpe tremendo a edad temprana. Era una cara llena de rabia y, por eso mismo, memorable. La rabia no era un rasgo frecuente en los condenados que morían ejecutados en el penal Victoria, aunque eso de que, como dicen algunos, los chinos son capaces de aceptar la muerte con mayor serenidad que los blancos carece de fundamento. Muy al contrario. Annie Doultry tenía motivos para creer que los chinos se enfrentan al ritual definitivo con mayor espanto y fascinación que cualquier católico o musulmán.

Tras su captura, Li Weng-chi había sido trasladado desde la isla de Lantau por un pelotón perteneciente a la cañonera HMS *Thames Ditton* y había pasado no más de una semana en prisión, completamente aislado, antes del juicio. Doultry no le había visto en su vida. Lo llevaban encadenado dos guardias punjabíes de pantalones recién planchados y turbantes escrupulosamente atados para la ceremonia matinal —por lo demás, tenían la mente puesta en el desayuno—. Strachan llevaba un saco negro y polvoriento. Parecía apropiado para guardar patatas irlandesas, pero él fingía que era un capuchón. Li Weng-chi lo rechazó con un gran y luminoso escupitajo que cayó sobre la trampilla del cadalso. Y empezó a hablar, o quizás a cantar, un himno en su lengua, fuera ésta cual fuese (desde luego no era cantonés, sino un dialecto de la lengua de Chung Chia, que se habla en las regiones salvajes del sur). El capellán, el reverendo Edwin Trevor, de la Iglesia anglicana, hizo caso omiso de esta oración pagana y encomendó el alma de Li Weng-chi al Dios de los judíos.

Annie dejó de mirar a Trevor. Le ofendía su insignificancia, su cuello antaño blanco y ahora vacío de fe y mugriento, sobre todo al compararlo con el impecable atuendo de los guardias indios. Annie prefirió estudiar la rabia acumulada en los ojos de Li Weng-chi. Muchos chinos tenían una mirada un tanto inquietante, como si sus ojos se sumergieran en el cráneo. El modo en que, protegido por los huesos, el globo ocular se hundía en las órbitas le sugería a Annie que para los chinos nada hay más prioritario que la supervivencia y que para ellos la violencia es algo inevitable. Es cierto que muchos boxeadores profesionales también poseen esa mirada, pero después de cincuenta combates; los chinos nacen con ella. Mientras observaba a Li Weng-chi, esta idea, junto con otras igualmente pesimistas, se le agolpó a Annie en la boca del estómago. Además, opinaba que los chinos veían bajo el sol cegador mejor que ningún blanco. La ciencia podría sin duda demostrar la falsedad de esta opinión, pero ¿acaso había podido constatar la probada superioridad de la vista de los chinos en la mar o la decisión con que los escoceses se manejan en las salas de máquinas? ¿Y no era esto motivo para albergar acerca de la ciencia dudas razonables? Annie sentía un gran respeto por la ciencia, por eso le había dolido tanto el acoso de su pusilánime moralina, mucho peor que la de la religión.

En aquellos momentos observaba desde los barrotes de su celda, desde la tapa de su pequeño retrete, que Li Weng-chi no rezaba. No oraba, no, por el contrario, lanzaba imprecaciones en un cantonés inteligible.

El chino estaba ya sobre la trampa, con la soga, que Strachan ajustaba con dedos diestros, alrededor del cuello. Se dirigía al doctor Cathcart, el oficial médico, que llevaba veinte años viviendo en la colonia y hablaba cantonés con fluidez. En aquellos momentos, escuchaba con la máxima atención. El jefe Llewellyn preguntó, irritado, qué demonios estaba diciendo el condenado.

—Sigamos adelante, doctor. A no ser que el recluso no se encuentre bien. —Es preciso que un hombre esté en perfecto estado de salud para poder ahorcarlo.

—Desea decir unas palabras, señor Llewellyn. Desea dejar una declaración por escrito.

—Olvidémoslo, doctor. No es momento de declaraciones.

—He creído entender que quiere hacer una denuncia.

—Lo único que quiere es ganar un poco de tiempo —dijo el cabo Stachan—. Sigamos adelante.

—Lo que usted diga, señor Llewellyn —repuso el doctor Cathcart—, pero el recluso dice que, en estos momentos, un importante pirata está pasando algún tiempo a la sombra precisamente en este penal. Me parece que se ha propuesto denunciarlo.

Annie observaba la escena como si se tratase de una película. Apretó los dientes ruidosamente, señal de que estaba impresionado. Sobre el puente de los suspiros, el señor Llewellyn sacó su reloj para mirar la hora.

—¿He de entender que el recluso ha pedido un aplazamiento de la ejecución?

—No, Hugh, no es eso.

Aclarado este extremo, Llewellyn accedió a recoger por escrito la declaración del preso. El doctor Cathcart cogió un portaminas y tomó nota en el dorso del certificado médico. Bajo la penumbra cada vez más clara de aquel frustrado día, el médico aguzaba el oído para precisar las meditadas frases de Li Weng-chi. En cierto momento, pidió una aclaración, y el chino se la dio. Escuchaba atentamente, absorto en aquel reto lingüístico. A continuación, giró la cabeza hacia el guardián, que se sonaba la nariz con impaciencia.

—De acuerdo, ya está —afirmó el médico y procedió a leer en voz alta, con no poco orgullo y esforzándose por ser fiel al original, la declaración del chino—: «Si los lobos del mar han de morir...», no, perdón, es mejor «ser destruidos»; sí, eso es. «Si los lobos de mar han de ser destruidos... a manos de los sifilíticos perros extranjeros, de esos perros callejeros, entonces, quien se hace llamar Hai Sheng ha de sufrir la muerte de los diez mil cortes. Porque es jefe de sesenta...», un teniente, supongo... «que se agrupan bajo la divisa de Montaña de Riqueza, que traicionó a los hombres del río occidental». Su-

pongo que se refiere a la Banda del Río Oeste, ¿no les parece? «Que se pudran sus testículos. Que los gusanos rojos aniden en las tripas de sus hijos». Una frase llena de fuerza, ¿qué opinan ustedes? —dijo el médico, modificando un adjetivo con su portaminas.

—Cabo Strachan —dijo el carcelero jefe—, firmará usted en calidad de testigo.

Strachan así lo hizo.

El pirata Li Weng-chi sonreía, cosa rara en él. La sonrisa era ajena a su fisonomía: su piel carecía de inflexiones y se adaptaba a ella con dificultad. Había ya luz suficiente para que Annie pudiera ver aquella sonrisa lúgubre. En el mismo instante, el cabo Strachan tensaba el nudo de la soga. Pocos segundos después, aquel escocés guerrero, viejo y borracho, dio una patada a la cuña que sujetaba la trampilla y la fuerza de la gravedad se encargó de dar fin a la vida de otro malvado.

Cinco minutos después, subido a una escalera que el cabo sostenía, el doctor Cathcart tomó el pulso del recluso, que se balanceaba suavemente sobre el callejón. El cuello de Li Weng-chi estaba estirado hasta el absurdo y de sus pies desnudos gotearan excrementos, pero su expresión no había cambiado. Pese a todo, aún le latía el pulso. No era raro. Cinco minutos más y estaría irrefutablemente muerto.

Sobre el horizonte, el sol se elevaba como un gong de bronce. Por primera vez desde noviembre, su luz bañó directamente el penal. Un rayo solitario perforó el callejón (que estaba orientado de este a oeste) y embalsamó para siempre la sonrisa de Li Weng-chi en el recuerdo de los privilegiados que fueron testigos del momento. A continuación, la luz se retiró de nuevo detrás de la nube negra y la tapa del cubo de las heces de Annie cedió con un crujido justo por la mitad. Annie hundió el pie desnudo en un litro de pis tibio, que era cuanto el recipiente contenía a hora tan temprana.

Con el pie humillado y la tripa vacía, Annie adivinó que ahora tenía posibilidad de intervenir, de entrar en el juego. ¿Por qué? ¿Por qué un hombre entrenado durante cincuenta años en la mera supervivencia se presentaba voluntario? ¿En

aras de la verdad o porque consideraba que estaba ante una gran oportunidad?

—Señoría—dijo Annie—, Hai Sheng no es un pirata. Me estremezco sólo de pensarlo.

La conversación tenía lugar en el despacho del alcaide, que tenía peores vistas que la celda de Annie. Anthony Bellingham, mayor retirado, estaba sentado detrás de su mesa, los ventiladores zumbaban y las paredes estaban cubiertas de moho. El recluso número 43141/E, Anatole Doultry, estaba ante él en posición de firmes y el doctor Cathcart se sentaba en otra silla con la mirada perdida. En la puerta había un ordenanza y, afuera, caía una lluvia fina.

—Doultry, haga el favor de no llamarme «señoría». Con «señor» es suficiente.

—Señor, Hai Sheng era mi cocinero en el *Sea Change*; una goleta, señor, una goleta mercante de noventa y seis toneladas. Un barco magnífico, señor, le encantaría. Ese hombre fue mi cocinero desde mayo hasta finales de enero. No conocía los rudimentos de su oficio, señor, pero me ahorró mucho dinero en provisiones. Hacía caso omiso de las quejas de la tripulación y era un buen marino. Yo mismo le enseñé el arte del *porridge*, señor.

Annie se entretuvo en decir todo esto con acento escocés. Se hacía pasar por nativo de Clydeside, región pródiga en personas hábiles en aburrir a su audiencia. Por lo demás, algo se había hecho en la pelambrera que le adornaba la cara para abundar en el engaño: un toque de cera en el bigote, que se proyectaba hacia ambos lados como dos lanzas de punta amarillenta. Se mantenía muy erguido, con el peso del cuerpo apoyado en una pierna y la otra adelantada, y separaba los pies como un gaitero. Tenía las manos metidas bajo el cinto.

—Así que ese hombre es su cocinero. Pues según todos los indicios es un cocinero muy violento—dijo el mayor Bellingham.

—¿Violento? No saqué yo esa impresión. Tenía carácter, eso sí. Si se te ocurría criticar sus fideos, por ejemplo, si le decías que parecían un calzón retorcido y pringado de pegamento, Shengy sacaba el cuchillo. La crítica más benévola era

jugarte la vida. ¿Sabe una cosa, señor? Podría haberle encerrado mil veces por intento de asesinato —dijo Annie, y se rió. Su carcajada era un contrapunto a su pesadez—. Y si su cuchillo no te mataba, lo hacía su guiso de anguila. Pero, hablando en serio, mayor —añadió, mirando a todos los presentes—. ¿No creerá que ese cocinero loco es un pirata? Creo que fue a finales de enero cuando Shengy quedó retenido en el barco de la señora Trentham-Smith por un marinero del HMS *Suffolk* cuyo nombre no recuerdo. Era fogonero, eso sí. Y ése fue el primer problema en el que mi Hai, yo lo llamaba «mi Hai», ¿sabe usted, señor?, el primer problema en que mi Hai se vio metido en toda su vida. No es que me gusten los chinos, señoría, pero un hombre no puede quedarse quieto cuando ve cómo se pervierte la justicia por las calumnias absurdas de un cabrón que se caga por las patas al subir al cadalso.

—Modere su lenguaje, Doultry.

—Perdón, señor. Estoy un poco alterado, Shengy es un buen cocinero.

—Doultry, yo tenía entendido que era usted americano, pero tiene usted un acento muy raro.

Annie suspiró, negando con la cabeza, como si le resultara difícil encontrar las palabras adecuadas para verbalizar un asunto tan emotivo.

—Señor, soy británico de nacimiento, señor. Nací en Edimburgo, Marina Real a los quince, serví en el Atlántico norte durante la guerra, señor. Dragaminas HMS *Derry Castle*, señor. Fue torpedeado cuando yo me encontraba a bordo. Veintiséis supervivientes. Tuve suerte, señor. Conservo los papeles de mi licenciamiento y mis medallas, señor.

Hubo una pausa. El mayor Bellingham enarcó sus cejas color pajizo de un modo muy particular, con tanto ímpetu que se quedó sin frente. Echó la cabeza hacia atrás para mostrar su escepticismo, se le estrecharon los orificios de la nariz y los carrillos se le estiraron sobre la camisa almidonada. Desde un ángulo bajo (Bellingham medía más de uno noventa) aquellas cejas parecían una excreción antinatural del cabello de la cabeza, porque el hombre era calvo como una bola de billar.

Desde esta postura miró a Doultry, sin bajar las cejas. «Con una cara tan normal como la tuya, a ti te resultaría imposible poner las cejas así», se dijo Annie, cuyo siguiente embuste pendía ya de la punta de su lengua.

—Pero tiene usted pasaporte americano, ¿o no?

—La familia vive en Seattle, señor. Guardo muy buenos recuerdos de esa ciudad tan hermosa. Perdóneme usted por los insultos de antes. Se me han escapado, señor. Es que estoy sorprendido de que las sucias mentiras de un condenado que, obviamente, hablaba por despecho puedan perjudicar a mi buen cocinero. Mi Hai me ha contado que ese granuja de Li como se llame organizó una buena en un local de *dim sum*. Se emborrachó y se le cruzaron los cables. Mi Hai trabajaba a tiempo parcial, en la trasera, ¿sabe usted?, mientras mi barco estaba en el dique seco de Whampoa, en el muelle 11, para limpiarle el casco. El caso es que se vio obligado a perseguir a ese matón de Li cuchillo en mano. —Nueva pausa—. Shengy es un tipo duro, señor. Sabrá usted cómo vino a parar aquí, ¿no? Auténtica mala suerte, señor. Se metió en problemas en una casa de mala reputación, le podría haber pasado a cualquiera. Lo cierto es que no me hizo caso. Fue un impulso del subconsciente, señor, perdió los estribos y...

El mayor Bellingham interrumpió aquel torrente de palabrería.

—¡Qué estupidez más absoluta, Doultry! —dijo, señalando el informe de admisión de Hai Sheng—. «¡Graves daños corporales!», «¡Asalto con arma mortal!». ¡Jesús! ¡Le sacó el ojo a un hombre... con la tapa de una lata de sardinas! Recuerdo el caso perfectamente.

—En fin, como le he dicho, es un tipo duro. Pero no un maldito pirata. Eso es una sucia mentira, señor.

El doctor Cathcart levantó la mano para hablar, como hacen, o hacían, los niños en el colegio.

—Sí, David, ¿qué quieres? —dijo el mayor.

—En mi opinión, el condenado decía la verdad, Tony.

«Este capullo se debe creer el mismísimo autor de la declaración —se dijo Annie—. Estará orgulloso de su traducción».

—¿Quién o qué es esta «Montaña de Riqueza», David?

—No lo sé. Supongo que se trata del jefe de una banda. El hombre empleó la palabra *Tao-shou*, que es arcaica. Creo que se refiere a eso, a un caudillo o comandante.

—David, tendrías que haberle preguntado. «Montaña de Riqueza» es un nombre demasiado melodramático.

El doctor Cathcart encendió un cigarrillo con un gesto que dejó traslucir su irritación.

—Llewellyn tenía prisa, Tony. Quería acabar cuanto antes. Yo me limité a ofrecerle mis servicios, pero él seguía diciendo «Sigamos adelante, sigamos adelante». ¡Demonios!

El médico dejó escapar el humo con un sonoro suspiro. Doultry también suspiró, al mismo tiempo que Cathcart, pero mucho más alto.

Alguien llamó a la puerta. Otro ordenanza.

—El número 294991/A está aquí, señor.

Hai Sheng entró en el despacho y se cuadró ante el mayor.

—Buen hombre, me han dicho que es usted un pirata.

—Yo no pilata, yo cocinelo.

Annie le había puesto sobre aviso. No era difícil transmitir mensajes en el penal Victoria si sabías cómo. Más difícil de explicar era la causa, qué motivos tenía Annie para iniciar su asombroso intento de salvar el pellejo de un chino al que conocía tan sólo del oscuro mundo de las carreras de cucarachas. ¿Acaso abrigaba una simpatía perversa por los piratas chinos, una disposición amable hacia aquellos sanguinarios lobos de mar, que era como a ellos mismos les gustaba llamarse? La respuesta es no, en absoluto, de ningún modo. Él sí era un lobo de mar y los piratas eran sus enemigos naturales. Debía de haber actuado en virtud de un palpito o llevado por su profundo aburrimiento. ¡Y eso que no se cansaba de repetir que no le gustaban los riesgos!

Sólo el año anterior, entre diciembre de 1925, con el secuestro del *Tung Chou*, y el 27 de enero de 1927, fecha del secuestro del *SS Seang Bee*, un carguero de 3.784 toneladas que navegaba entre Singapur y Hong Kong, los piratas habían abordado catorce vapores en el mar de China Meridional, amén de un número muy

elevado de juncos. Desde el final de la Gran Guerra, el número de barcos atacados no había dejado de aumentar. Lo que empezó siendo un pequeño contratiempo acabó por convertirse en una razia ininterrumpida que cada vez causaba más bajas. En 1924, todos los vapores costeros habían sido dotados de defensas especiales y viajaban con un grupo de guardias armados que o bien reclutaban las propias navieras o bien, tras la entrada en vigor de la Ley de Prevención de la Piratería, aportaba la policía de Hong Kong. Al año siguiente, sobre todo a raíz del asalto al SS *Hong Wha*, un navío con bandera de Singapur, se adoptaron las mismas precauciones en los barcos transoceánicos que navegaban entre Indochina, Malasia y las Filipinas.

Al *Sunning* le sucedió algo muy interesante. Este buque, en el que viajaban tan sólo cien pasajeros, de los cuales, dos eran europeos y viajaban en primera clase, zarpó de Shanghai el 12 de noviembre de 1926 y el día 15 hizo escala en Amoy, donde embarcó más pasajeros y nuevas mercancías. Siete horas después de salir de Amoy fue abordado por veinticinco hombres, de los que uno iba armado con una metralleta Thompson. El asalto se produjo a las cuatro de la tarde, hora en que los guardias cambiaban de turno. La radio, primer objetivo de los piratas, quedó destruida. Hubo un gran tiroteo, pero sólo un guardia resultó herido. Los piratas pensaban que el *Sunning* transportaba medio millón en plata, pero en realidad este metal había sido embarcado en otro navío. Pese a todo, el *Sunning* llevaba a bordo un valioso cargamento en seda y los asaltantes saquearon a los pasajeros y la caja de seguridad del buque.

Lo más interesante de la historia del *Sunning* es que William Orr y Andrew Duncan, segundo y tercer maquinistas, no quisieron resignarse. Orr cogió una sonda de plomo y, después de golpear a un pirata armado, le arrebató la pistola y, acompañado por Duncan, se hizo con los dos revólveres que guardaba en su camarote.

Orr y Duncan dispararon sobre otros dos piratas y recuperaron el puente de mando, liberando al primer oficial, Beatty, y al segundo oficial, Hurst. Durante varias horas, estos cuatro hombres rechazaron los repetidos ataques de veinte piratas experi-

mentados que, entretanto, trataron de avanzar empleando como escudo a George Cormach, jefe de máquinas, y a un par de grumetes chinos. Cormach resultó herido en ambos brazos y cinco pasajeros chinos murieron o sufrieron heridas de gravedad.

Después, a las tres de la madrugada, los piratas incendiaron las salas situadas por debajo del puente con la intención de hacer salir a los resistentes. Los piratas se habían apoderado de la sala de máquinas, pero, por supuesto, no sabían cómo gobernar el navío. Se levantó un temporal. El viento propagó el fuego, que quedó fuera de control, y los piratas decidieron abandonar el barco. Mataron al telegrafista, un británico que les había servido de intérprete, y se alejaron en dos botes salvavidas dejando atrás cuatro muertos y cinco heridos.

El *Sunning*, que tenía paralizados los motores, se convirtió en un infierno en llamas, pero sus oficiales consiguieron desembarcar un bote salvavidas medio quemado al mando del segundo oficial, Hurst. Al cabo de nueve horas de lidiar con un mar endiablado, el bote fue recogido por un carguero noruego, que envió un mensaje por radio a Hong Kong. Los británicos enviaron varios buques de guerra a la zona. Uno de ellos, el HMS *Bluebell*, divisó uno de los botes en que huían los piratas y apresó a siete de ellos. Algunos se arrojaron por la borda —sabían qué destino les aguardaba.

El *Sunning* recibió la ayuda del SS *Ka Yid*, que consiguió remolcarlo. Estaba casi consumido por las llamas, pero consiguió regresar a Hong Kong. En conjunto, el asalto de los piratas costó la vida a trece personas. Desaparecieron cinco chinos que estaban al mando del sobrecargo y todos supusieron que habían actuado en connivencia con los filibusteros. A los héroes se les ofreció una gran cena y el segundo oficial Bill Hurst y el jefe de máquinas George Cormach recibieron la Orden del Imperio Británico.

Li Weng-chi no se encontraba entre los siete piratas capturados, los cuales fueron juzgados y colgados antes de Navidad. Pero, a causa de una vieja rencilla, fue señalado por uno de los convictos. Li Weng-chi era un forajido bien conocido. Lo detuvieron en la isla de Lantau el día de Año Nuevo cristiano.

Annie estaba ya en la cárcel cuando sucedieron estos hechos, pero conocía bien la zona en que habían ocurrido, porque desde la primavera de 1925 la había surcado en numerosas ocasiones para recoger cargamentos de armas en Filipinas. Era en esos viajes donde había hecho sus contactos y donde un pequeño operador podía obtener algún dinero extra (extra y, en ocasiones, sucio). En realidad, Annie se encontraba en los mares de China, a miles de millas de distancia de las islas San Juan, Estado de Washington, el lugar al que llamaba su casa desde hacía ya casi dieciséis años, con el único propósito de hacer dinero. Como es lógico, estaba al corriente de la plaga de piratería que asolaba la región. Tenía incluso un viejo conocido, el primer oficial Hans Eriksen, a quien el verano anterior, tan sólo un mes antes del encarcelamiento del propio Annie, habían herido en el asalto al SS *Sandviken*. Eriksen estuvo a punto de perder un brazo, lo cual mereció la condena y los insultos de Annie, como los habría merecido de todos los hombres de mar decentes de la región por muy oscuros que fueran los pecados de la víctima.

Así pues, ¿cómo no iba a asombrarse Annie de haber asomado su recio cuello para salvar el pellejo de un posible pirata? ¿Por qué inventar la epopeya de un cocinero imaginario y una historia personal ficticia con un propósito tan perverso?

No podía haber otra explicación que la de que Annie sentía debilidad por Hai Sheng, cosa que, por otro lado, no habría admitido aunque viviera mil años. Ya podrían haberle aplastado las rodillas contra una pared con un tractor oruga que lo más que habría aceptado es que el asunto le divertía. En tal caso, ¿por qué no aceptar su palabra?

A Annie no le avergonzaba su perversidad, inmensa y sin motivo. La espartana recompensa que podría obtener de un arte o vicio menor —el embuste por el placer del embuste— era riqueza suficiente para él, pobre en casi todo lo demás. La mentira era un violín con el que tocaba como un Paganini del engaño. Mentía porque disfrutaba mintiendo y ponía en ello tanta devoción como otros pretenden poner en la iglesia.

Pero basta de especulaciones sin propósito, quién sabe qué resortes movían los engranajes de una mente como la de Annie;

bien hacia delante, bien hacia atrás, tal vez hacia los lados. Así pues, deslicémonos de nuevo, furtivamente, en el despacho del alcaide. La lluvia caía ahora copiosamente y la ventana se había empañado con la atmósfera viciada por el cigarro del doctor Cathcart.

El médico era consciente de que, para el alcaide, poco importaban la mentira y la verdad, o el tal vez sí y el tal vez no. Para el mayor, el trabajo era una condena que no tenía sentido alguno, había mejores lugares donde pasar la mañana que su maldito despacho, que los grilletes de la prisión: la bolera Kowloon, por ejemplo. El mayor tenía delante de las narices la gran E del raído atuendo de Doultry y su cara, curtida por la sal pero con un contumaz matiz sonrosado o, mejor, con una contumaz ausencia de matiz, porque no en vano era un blanco. Aunque Annie era un pecador y un granuja, Li Weng-chi, el pirata de la bahía de Daya Wan, era una criatura de mucho peor estofa cuyo cadáver, del color de la grasa, estaba ya de camino a la Facultad de Medicina, donde le esperaba un destino que la mentalidad china contemplaba con mayor espanto que el sencillo cadalso, un espanto plenamente pragmático, porque a un cuerpo desmembrado y privado de vísceras le aguardaban tiempos difíciles llegado el momento de su reencarnación. En cuanto a Hai Sheng, que era en aquellos momentos el objeto inmediato de su análisis, el carcelero jefe le había informado de que parecía un tipo respetuoso que se aplicaba con fruición al trabajo forzado de encuadernar libros. Y allí estaba, ante él, inmóvil, con su lisa y redonda frente cubierta de gotas de lluvia y una leve sonrisa que amenazaba con formar unos hoyitos en sus mejillas, y lo miraba con perplejidad y pena. No, lo cierto es que no parecía un pirata.

—Olvidémonos de los cargos —dijo, con un suspiro, el alcaide.



ANNIE EN LIBERTAD

El alcaide tenía la siguiente opinión de Anatole Doultry: estaba mal de la cabeza. Tras disolver lo que poco antes había definido como «embrollo completamente absurdo», se quedó unos minutos en su despacho desgranando con cierto detalle la personalidad de Doultry junto al doctor David Cathcart, mientras su criado le abrillantaba las botas. Quería tenerlas impecables en el momento de hacer acto de presencia en el bar del Kowloon Bowling Green Club.

Era innegable que Doultry era un personaje ridículo incluso para los parámetros del penal Victoria. Contenido y circunspecto, y empeñado todo su corpulento ser en el esfuerzo de resistirse a la vileza del lugar (porque, que nadie lo dude, el penal Victoria era vil hasta el hastío), el bueno de Doultry era motivo de burla. Y sin embargo, él no daba señales de darse cuenta. El propio mayor Bellingham solía deleitarse con las mofas de Annie —para describir al alcaide baste decir que era un hombre genial pero indudablemente retorcido—. Por su parte, al doctor Cathcart, que estaba provisto de una mente más especulativa, Annie no le inspiraba ninguna confianza. ¿Cómo confiar en la oronda y torpe bondad de aquel falso

escocés? No le hacía ninguna gracia las versiones diversas y fantasmagóricas que Doultry elaboraba de su historia personal dependiendo del día de la semana en que se le preguntara. En efecto, tras la entrevista con Annie Doultry, David Cathcart se sintió profundamente incómodo. En presencia del recluso, el médico había notado en la nuca el picor de la incipiente furia de Annie, una furia en estado de hibernación, como un oso demente en el tronco hueco de aquel corpachón inmenso que con tanta ligereza e indolencia se desplazó desde las oficinas del penal hasta su cubil del bloque D. El mayor de todos los celadores, un ex desollador de mulas de Peshawar, iba detrás de Annie, pero, en comparación con Doultry, parecía diminuto. En el camino se cruzaron con el dentista bengalí, que se dirigía a su clínica, y Cathcart (les observaba desde la venta del despacho del alcaide) vio que Doultry le daba una palmadita en el hombro y le guiñaba un ojo. Le pareció una señal elocuente del inevitable declive del Imperio Británico.

En la armería, una sala pequeña y adusta, varias hileras de fusiles Lee-Enfield Mk II apoyados en la pared les protegían.

—Hora de tomar una copita —dijo Strachan, sacando del bolsillo un frasco azul de leche de magnesia Phillips y sirviendo un poco en la preciada taza de té de Annie—. Y dime, ¿adónde piensas ir?

—Volveré a mi barco —repuso Annie, y echó un trago a su Johnnie Walker al tiempo que leía con atención los titulares del *Hong Kong Weekly Press and China Overland Trade Report*, un periódico casi tan pesado como su nombre. Las noticias sobre la guerra de China eran tan incoherentes como siempre, pero parecía que el Ejército Revolucionario Nacional, el Ejército del Kuomintang, comandado por el generalísimo Chiang Kai Chek, estaba ganando la partida. Antaño, el generalísimo había establecido su cuartel general muy cerca del penal Victoria, en Cantón, la inmensa Ciudad del Sur —célebre por la diversidad de sus mercaderes, por su cocina y por su corrupción—, de la que, en tiempos pasados, Hong Kong no había sido más que un parásito. Pero hacía pocos meses,

el ilustre Comandante del Sur había avanzado hacia el norte, ganando muchas batallas reales e imaginarias.

Changsa había caído, el mariscal Wu Pei-fu se había retirado y el generalísimo había tomado Wuhan, la Ciudad de las Tres Ciudades, que se asentaba en la encrucijada de aquella nación inmensa, en el punto donde el Yangtsé atravesaba el ferrocarril que discurría hacia el norte. En Wuhan y para fastidio de los nacionalistas, sus aliados del Partido Comunista de China habían establecido su propio gobierno. Chiang Kai Chek no les perdonaría esta afrenta, por mucho que cuando el hecho se produjo se deshiciera en sonrisas y, apretando los dientes, les felicitase. (Con el fin de apaciguar su cólera, hundió a un destructor británico).

Políticamente hablando, Annie sólo quería saber dos cosas:

Uno: ¿Y los rojos? ¿Continuaban luchando o no? (Esto desde el punto de vista de un sensato hombre de negocios, preocupado por sus contactos y abierto a los cambios que pudieran producirse).

Dos: ¿Qué le había ocurrido al mariscal Sun Chuan-fang, su principal cliente?

Bajo el mando de sus peculiares y disparatados generales, sobre quienes, al menos nominalmente, mandaba el mariscal Chang Tso-lin, los Ejércitos del Norte sufrieron en 1927 un serio revés. El mariscal Chang llamaba a su ejército de ejércitos el Ankouchun, nombre precioso que, más o menos, significa «Gran Ejército para la Pacificación del País». Su cuartel general estaba en Pekín, capital de la fragmentada república. La tradición, que era cuanto quedaba de la mayoría de las cosas, todavía sostenía que quienquiera que se sentase en Pekín ostentaba el gobierno de China.

En el perímetro de todas las ciudades, mientras las trincheras se cavaban y volvían a cavar y la artillería continuaba bombardeando, los ubicuos mariscales cerraban tratos junto a la puerta trasera de sus vagones privados. Se negociaba y se pactaba, se traicionaba a los antiguos aliados, se mercadeaba el derecho de pillaje de las ciudades que todavía no habían sido saqueadas, se compraban y se vendían batallones harapientos, formados por

hombres envilecidos por la guerra interminable. Era una caricatura de la China más p rfida, un pozo infecto de venalidad y corrupción en el que se amontaban, sobre ásperas llanuras y tristes canales, los cuerpos de soldados dementes y de campesinos desesperados, en el que la gangrena se propagaba como la peste por los hospitales de campaa. Y así había sido durante años. El Imperio del Dragón había tardado dos siglos en hacerse pedazos. All  estaban esos pedazos, pulverizados y convertidos en una exhausta mismidad pero firmes y quietos como un nauseabundo coágulo, acumulándose en cada nueva edición del *Hong Kong Weekly* que, gru so y lleno de gotones de tinta, Annie Doultry sostenía sobre sus rodillas, intentando ver el futuro.

— Así pues, el generalísimo ha dado el paso fatal.

Strachan limpiaba un cañón Maxim que constituía el orgullo de la armería de la prisión; un arma concebida para segar hordas enteras.

—  Qu  ha hecho el generalísimo, Annie?  D nde est ?

— Ha declarado traidores a todos los rojos, Stewart, traidores a la nueva nación china. Ha echado a su amigo Chu En-lai, le ha dicho «Ahí te quedas, camarada» a Joe Stalin.

Annie no compartía el odio de Strachan por los rojos. No sabía qué pensar de ellos. Por lo demás, las etiquetas no le gustaban. Pero la realidad no tenía vuelta de hoja.

— Los comunistas han llegado al final del camino, Stew. Su enviado, el señor Borodin, la ha cagado y se ha vuelto a Rusia.  Qu  traición! Esos *ruskis* se estarán comiendo sus botas.

Strachan se frotó la nariz con satisfacción. Leer no era su fuerte, así que la noticia era nueva para él.

— Antes del generalísimo, ningún ejército chino había llevado botas, pero  compraron las botas la lealtad de esos *bolchis*, Annie?  Jam s! Si es por los chinos, las botas no sirven para otra cosa que para comprar la traición, s  señor. En esta tierra, la traición crece como el diente de león en Dumfries-shire.  Te acuerdas, Annie? — dijo Strachan, a punto ya de apurar su frasco de leche de magnes a.

— Creo que los rojos están acabados, Stew. En China no tienen futuro.

* * *

Pero además estaba, por supuesto, el mariscal Sun Chuan-fang, el cliente favorito de Annie.

Si alguna vez existió un caudillo guerrero sin más lealtad que la guerra misma, ése era el mariscal Sun. Contaba con un ejército que oscilaba entre los cincuenta mil y los doscientos mil hombres, dependiendo de los vientos y de las mareas del conflicto. Había ocupado Shanghai en 1925 y la había saqueado sistemáticamente. Desde sus concesiones, los extranjeros le habían observado, atónitos ante su tortuosa iniquidad. Nominalmente, era aliado del mariscal Chang Tso-lin y del Ejército de Pacificación, pero el mariscal Sun viajaba con un vagón privado lleno de concubinas y sólo era fiel al oro. Sus doscientos mil fusiles se vendían al mejor postor. Además, era magistral en el terreno táctico, el mejor general de Asia. El consorcio de banqueros de Shanghai y los príncipes mercaderes de Hong Kong le habían entregado enormes cantidades de oro para que protegiera sus intereses, esto es, para que luchara contra los rojos. Así, el mariscal Sun se había hecho famoso por su odio a los rojos. Por los demás, sus amantes se habían multiplicado y había iniciado la formación de una fuerza aérea privada. Los aviones se caían —eran estupendas cafeteras francesas—, pero las mujeres no.

Las tropas del mariscal Sun recibían su paga puntualmente —podía permitírselo— y en el año 1926, su ejército había obligado a detenerse al propio Chiang Kai Chek. Luego, en 1927, bruscamente, el mariscal emprendió la retirada. Hubo una gran batalla por Nanchang, con enormes bajas por ambos bandos, pero corría el rumor de que el generalísimo había firmado un trato con el arrogante mariscal y la batalla sólo pretendía guardar las apariencias. Sun Chuan-fang, hábil manipulador del oro y de la guerra, se había retirado en orden. Muchas de sus mujeres (que en su mayoría eran francesas, rusas blancas y americanas) llevaban sombreros parisinos de última moda. A continuación, los nacionalistas habían entrado sin oposición en la ciudad de Shanghai. Los hombres del mariscal Sun ayudaron

a los recios soldados de Chiang Kai Chek, que hicieron acopio de un gran botín a expensas de los rusos, a masacrar a los comunistas que infestaban la metrópoli y se llamaban a sí mismos proletarios. Los testigos de la matanza casi sintieron lástima por ellos.

—Pero hay que reconocer que esos malditos rojos tienen redaños —dijo Annie, con el hocico pegado al periódico—. Creen en algo. Los demás venderían a su propia madre. Los chinos no tienen fe, su religión es un camelo. Y tampoco tienen fe en la naturaleza humana. Son un pueblo desesperado.

—Mejor vender a tu madre que ser *bolchi* —dijo Strachan.

Annie Doultry fue puesto en libertad al día siguiente y regresó a su barco. A Strachan le entregó *Ave de la Esperanza*, en su caja de madera de Jonkau, diciéndole que era el regalo de un amigo de la prisión.

Annie no volvió a ver a Hai Sheng. Después de vender a su famoso animal, Shengy no volvió a aparecer por el gran y viejo Epsom. Al parecer, desde el grosero asunto de la denuncia, este individuo taciturno se mantenía alejado de todos. Annie no recibió ningún mensaje de gratitud, aunque junto con *Ave de la Esperanza*, el chino le envió un ovillo de papel de periódico que contenía tres de los botones de su bragueta. Annie no tardó en olvidarse de su imaginario cocinero, volvía a tener la mente puesta en su futuro.

Después de dejar el penal Victoria, Annie estrechó la mano del señor Llewellyn o, más bien, los extremos de sus dedos, y le dijo, sin fingir acento alguno, sino con su normal deje americano:

—Hugh, esto es un adiós. Qué triste, ¿no te parece? Te echaré de menos, lo juro. Quiero que sepas cuánto he disfrutado cada minuto de mi estancia en este encantador lugar. Quiero felicitarte sobre todo por la cocina. Me hubiera gustado dejar algo para el chef pero, por desgracia, he olvidado mi chequera. Sin embargo, para ti sí tengo algo.

Annie vestía su traje marrón príncipe de Gales. Después de seis meses de inactividad, estaba muy arrugado, pero Doultry tenía una figura magnífica. Había regalado su corbata de

lunares al dentista, deseando corresponder a su tacto y amabilidad (hay lugares a los que uno nunca sabe si va a regresar) y confeccionado un sustituto a partir de un banderín, una pequeña enseña norteamericana de gran calidad que guardaba en su maleta por si surgía alguna emergencia. Bajo el brazo llevaba enrollado el otro regalo.

Llewellyn, que no había preparado ninguna despedida, no encontró palabras, pero aceptó el obsequio.

Se trataba de un bonito dibujo a lápiz del patio de ejercicios. Annie había incluido al cabo Strachan, al que había colocado junto a la puerta de las letrinas. A la derecha se veía el callejón; y el puente estaba muy bien recogido. De él, colgaba un cuerpo que bien podría ser el de Li Weng, aunque estaba demasiado lejos para precisarlo. La figura que apoyaba los brazos en el pretil y sonreía al espectador era, evidentemente, Llewellyn: el ancho rectángulo de su rostro era inconfundible gracias a su bigotillo rojo. Annie lo había coloreado con una gota de su propia sangre. El artista había puesto en aquella obra una gran parte de sí mismo.

Llewellyn aceptó el dibujo y dijo:

—Muchas gracias, Doultry.

El papel iba firmado: «Anatole Doultry, para Hugh, con mis mejores deseos». Llewellyn continuaba mirándolo sin decir palabra cuando Annie salió, dedicando una amplia sonrisa a los guardias y a cuantos funcionarios estaban trabajando en aquellos momentos. Llevaba su paraguas y su maletín en piel de imitación. También llevaba un Rolex falso. Al cruzar la puerta principal, hizo un pequeño saludo con su sombrero antes de calárselo. Era un sombrero de fieltro de San Francisco que estaba en un estado excelente pese a su edad. Tenía un pequeño agujero de bala en el ala, a la izquierda, que más parecía un elemento decorativo que un desperfecto y, como excusa, era magnífico para entablar conversación.

Había dejado de llover, pero hacía más fresco que de costumbre para marzo. El traje de Annie resultaba apropiado, en las oficinas le habían devuelto (en el mismo calcetín en que los había dejado) los cuarenta pavos (veinte dólares americanos)

con los que había ingresado en septiembre. Aunque China sufría una inflación galopante, en Hong Kong tendrían más valor que nunca. Mientras caminaba por Chancery Lane para alquilar una calesa en Hollywood Road, advirtió que el número de mendigos había aumentado. Había cierta sensación en el aire, cierta presión.

Avanzaban cuesta abajo, con el freno de la calesa echado. El culi estaba de buen humor y, por practicar su cantonés y su autoridad, Annie le daba indicaciones en voz alta. Siguiendo sus instrucciones, el chino se detuvo delante de Borsalino's, una tienda de sombreros. Annie volvió a sentirse él mismo: un capitán. Al dar la vuelta a la esquina en Ice House Street, vio sobre un muro de piedra las cuatro palabras que tanta curiosidad le habían despertado en una ocasión. Un chino se las había traducido: ME ATREVO A DESAFIAR, decían. Era un mensaje dirigido a los demonios que pudieran sobrevolar Queens Road en busca de una víctima. De acuerdo con la mentalidad china, el demonio se daría cuenta que los habitantes de aquella casa le opondrían resistencia y, girando a derecha o a izquierda, se alejaría en busca de víctimas más fáciles.

Annie dijo al culi que tomara un camino un poco más largo, por Statue Square. El culi se detuvo y estuvieron discutiendo una tarifa suplementaria durante algunos minutos. Señaló que Annie era muy corpulento y muy pesado, cosa que éste tuvo que admitir, pero preguntó al culi si le había hecho alguna vez alguna rebaja a un hombre bajito —es decir, a un enano, que en China siempre han abundado— o quizás a alguna muchacha bajita y delgada. Annie describió a esa muchacha con las manos y el culi se echó a reír. Lo pasaba en grande con Annie, pero no pensaba darle una respuesta directa.

—Sí —dijo—. Yo siempre lleval muy lápido a gente pequeña.

Annie empleó una gran energía mental en la discusión. Explicó que quería ver la estatua del duque de Connaught. Cuando llegaron a un acuerdo, continuaron.

Ya en la plaza, Annie bajó de la calesa y estiró las piernas. El lugar estaba lleno de niños y de niñeras. Todo parecía normal,

pero cuando Annie estudió el semblante de bronce del duque, se percató de que el gran hombre había cambiado de expresión. El duque de Connaught había sido sobrino de la reina Victoria y un hombre informado y de su tiempo. Por su parte, el propio Annie se creía lo suficientemente informado acerca de la visión china de las cosas para saber que, los chinos más perspicaces, esos hombres tan filósofos e intelectuales, opinaban que en la estatua del duque habitaba un demonio. De qué naturaleza era este demonio era motivo de conjeturas, porque el asunto jamás se comentaba en presencia de extranjeros. No obstante, que Annie estuviera al corriente de la opinión de los chinos revela un lado inquisitivo en su naturaleza.

Aquel demonio le intrigaba. Evidentemente, debía de formar parte del duque, al menos hasta cierto punto. Por ejemplo, ¿compartía sus recuerdos? ¿Compartía algún otro aspecto de su carácter, famosamente cívico y observador? El capitán Doultry miró a los ojos del duque de Connaught.

—¿Qué está ocurriendo, duque? —le preguntó.

Un par de niños ingleses de corta edad jugaban delante de los grandes pies de bronce de la estatua con un acorazado de metal de veinte centímetros de largo mientras los ojos del duque respondían a Annie. El culi también miró a Annie, acariciándose el labio y guardando las distancias. Su pasajero le inspiraba un nuevo respeto —posiblemente, mayor del que merecía.

La gran nube, aquel castillo de nubes, se había hecho más brillante por su extremo occidental. Annie estudiaba los indicadores meteorológicos mientras descendía en la calesa por Hennessy Road, entraba en el barrio de Wan Chai y giraba a la izquierda junto a la parada del tranvía para entrar en Lun Fat Street. Los bares comenzaban a encender sus luces, las chicas prestaban su calidez a las calles, en los puestos de comida se acumulaban brillantes estufas hechas con latas de queroseno y los trabajadores iniciaban un bien merecido descanso mientras Annie iba al tajo.

El Bar Restaurante Stoffer's era mucho menos distinguido de lo que sugería su nombre, pero Annie estaba más interesado

en su comida que en la categoría del establecimiento. Tenía un cocinero alemán y un menú excelente. Annie Doultry sólo probaba la comida china cuando no le quedaba más remedio, no apreciaba el revoltijo de sabores que la caracterizaba. Se había pasado seis meses pensando en Stoffer's, aunque su interés por aquel lugar no se limitaba a la comida.

El local se esforzaba por reflejar la atmósfera típica de una cervecería alemana con la fe propia de los expatriados. Servían cerveza de barril Tsingtao, que, procedente de una ciudad nortea de ese mismo nombre, estaba fabricada al modo alemán. Dos marinos, un noruego y un suizo que parecían sumergidos en el mencionado líquido, discutían en inglés a propósito de un caballo. Doultry conocía al suizo, marino experto a pesar de sus chistes. Ah, el sencillo placer, nunca suficientemente valorado, de estrechar la mano de los viejos conocidos.

Atendía la barra alguien a quien Doultry no había visto jamás. Un mestizo muy educado.

—Y dime, Pete —dijo Doultry tras su segunda Tsingtao—, ¿conoces por casualidad a un tipo llamado Fred *Philly* Olson?

El barman sonrió. Sus mejillas eran como granadas en sazón y tenía unas paletas enormes, aunque los demás dientes iban disminuyendo de tamaño hacia los lados, como si siguieran la disposición de un collar.

—¿Señol Fled? —dijo, y le brillaron los ojos. Annie asintió—. No, señol. Ninguno señol Fled viene aquí. Ninguno, señol.

Annie se sentó en el fondo del local, pidió la cena en la que llevaba pensando seis meses y la engulló.

El restaurante se fue llenando, pero era evidente que el negocio no iba precisamente viento en popa. Stoffer apareció cuando Annie tenía el asado a la mitad y le dio la bienvenida de su largo viaje. ¿Qué tal por Java?, le preguntó. Por supuesto, sabía dónde había estado, pero Bernardo Patrick Hudson había hecho correr la voz de que estaba en Java, interesado en un negocio relacionado con perlas. Annie le dijo que el tiempo había sido horrible y Stoffer repuso que aquel invierno, lluvioso y oscuro, había sido el peor que había pasado en Hong

Kong. Se dieron unas palmadas en la mano. Luego, Stoffer envió una botella de aguardiente de la marca Stummelpfenning a la mesa de Annie con sus mejores deseos. Cuando le sirvieron queso de Münster, Annie estaba ya en disposición de pensar en China.

¿Servía de algo azotar a los chinos? A Annie le gustaba hacerse preguntas y, después, proceder a responderlas. El ayer ya estaba asumido y no había motivo para volver una y otra vez sobre los acontecimientos del pasado. Era el único modo de abordar cuestiones como la de los azotes. De otra forma, y esto Annie lo sabía por experiencia, las preguntas acababan por atragantársele para a continuación acumularse en el fondo del cerebro, donde se fabrican y almacenan los sueños. Si te enfrentabas a ellas con suficiente antelación, no pasaban del territorio de la razón, de ser, en el peor de los casos, preguntas sobre el futuro. No había otra manera de burlar los sueños.

Mientras estaba inmerso en la solución a aquella pregunta, entró en Stoffer's Filadelfia Fred. Pasó algún rato antes de que se advirtiera la presencia de Annie. Se quedó en la barra junto a un hombre que parecía italiano. En realidad, con su traje a rayas también el propio Fred parecía italiano. Tenía un aspecto próspero y saludable —y dan ganas de añadir: «hasta que vio a Annie»; pero lo cierto es que su magnífica apariencia no cambió—. Al ver a Doultry, su sonrisa se hizo más exagerada, como la que se pone cuando se visita a un viejo amigo a un hospital. Por su parte, Annie, que también sonreía, dio unos golpecitos en su mesa, sobre la que tenía a la mitad un delicioso *apfelstrudel*. Era una invitación que Olson no podía rechazar.

Fred Olson pensó sin duda en emprender la huida, algo que se le habría ocurrido a cualquiera en su situación. Pero mientras sopesaba la idea, las convenciones le arrastraron irremisiblemente en dirección a Annie. Tras su sonrisa exagerada, el pánico florecía con fragancias cada vez más intensas. Cuando llegó a la mesa de Annie, se apoyó en ella y tendió su mano. Annie la estrechó entre sus dedos grandes y afables. Al mismo tiempo, pensó: «esto es algo que he aprendido de los chinos».

En efecto, un año atrás, Annie Doultry no habría aceptado la mano de Fred Olson.

—Siéntate, viejo amigo. ¿Sabes? Precisamente me estaba diciendo: «Chico, seguro que el viejo Philly, a quien me encantaría ver, se pasa por aquí esta noche» —dijo, y cuando notó que Olson intentaba retirar su mano, lo impidió apretando un poco más—. Tómame una copa conmigo, amiguito —añadió, empujando con la mano izquierda la botella de Stummelpfening—. Y dime, ¿dónde te habías escondido?

—Annie, me encantaría aceptar —repuso Philly Fred—, pero estoy con ese hombre, un cliente. Me alegro de verte, chico. Cuánto tiempo, ¿no? —Tras decir esto, Olson, comprobando que no podía soltar la mano de su anfitrión, se sentó—. ¿Y si nos vemos mañana? ¿Qué te parece?

—Fred —dijo Annie—, los chinos viven en un universo de apariencias. Para ellos, el mundo es un escenario.

Fred asintió.

—Shakespeare —dijo.

Annie asintió a su vez.

—Fred, estoy intentando extraer algunas conclusiones sobre esta gente. Fíjate, por ejemplo... —dijo, y se detuvo para llenar el vaso de Fred—. Fíjate, por ejemplo, en el trullo, cuando se les suben los humos, les dan unos cuantos latigazos. Algunos, bastardos insubordinados, se niegan a trabajar, a dar vueltas en círculo cargando una bala de cañón —dijo Annie, y trazó con el dedo un círculo sobre la mesa. Fred lo miraba con atención, tratando de saber dónde quería llegar—. Así que les pegan, Fred, les azotan. Pero fíjate, he hablado del asunto con alguna gente de allí. Tendría que repugnar al Imperio Británico, que, según se supone, es la parte civilizada de toda esta historia —añadió, metiéndose en la boca el último trozo de *apfelstrudel*—. Puedo demostrarlo. Hace treinta años podían darte hasta ciento cincuenta latigazos, luego bajaron a un máximo de sesenta, luego suprimieron el látigo y pasaron al ratán, y ahora lo han dejado en treinta y seis y todo castigo que pase de doce debe autorizarlo el juez, uno de esos jueces de tercera clase que tienen por aquí. ¿Te das cuenta? El castigo disminuye, pero, si te fijas en la tendencia, da

la impresión de que ni se les pasa por la cabeza abandonarlo. En general, y lo digo por experiencia, no puede decirse que los ingleses sean unos sádicos, salvo con sus propias familias, por supuesto. Además, no les faltan las viejecitas que se quejan del asunto, ¿te das cuenta de dónde quiero ir a parar?

Philly Fred asintió, prestando toda su atención.

—Pero, a pesar de todo eso, continúan azotando a esos malditos chinos. ¿A qué se debe, Fred?

Breve pausa.

—Supongo que se trata de meterles el miedo en el cuerpo, Annie —dijo Fred, con convicción, aunque sólo había aventurado la respuesta.

Annie arrugó la nariz y negó con la cabeza al tiempo que movía el dedo índice como un metrónomo.

—No, Fred, no. Es por humillación. Miran a los chinos y se preguntan: «¿Por qué se azotan los chinos desde tiempo inmemorial?». Ni siquiera se molestan en construir cárceles, nunca lo han hecho. Prefieren los azotes, el hierro al rojo, las amputaciones, etcétera —dijo, y se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Es por humillación, Fred. Cuando los chinos azotan a alguien, lo hacen en público. Le dejan el culo al aire y le azotan, le dan latigazos. Pero no se trata de que sienta dolor, de que sufra. ¿Y sabes por qué?

—No —respondió Fred.

—Porque a un chino no le importa el dolor, le parece irrelevante, lo que le importan son las cicatrices, las marcas de la humillación que se llevará a la tumba y más allá, adonde haya decidido que tenga que pasar su siguiente vida. En el cielo o como lo llamen, le van a preguntar: «Eh, amigo, ¿por qué te azotaron? ¿Qué hiciste, muchacho? ¿Qué demonios hiciste?» —dijo Annie, y se interrumpió por un momento—. Y así es como puede nacer de nuevo convertido... en una cucaracha. ¿Sabías eso, Fred?

—No —contestó Fred.

—Cuando pierdes así el culo, pierdes también la cara —dijo Annie—. La gente habla de «la fachada», pero no sabe lo que significa. Para el chino medio, es como el edificio entero. La

fachada es su vida. La vida es apariencia. Los chinos ponen el orgullo por los cielos, Fred. Muy bien, ya sé lo que vas a decirme: «¿Es que eso es excusa suficiente para que los inglesitos, que se califican a sí mismos de nación civilizada, vayan por ahí dando latigazos a los chinos a pesar de que estamos en 1927? ¿Lo es? Pues es una cosa muy poco civilizada, porque hace ya años que incluso en la Marina se prohibieron los latigazos».

Fred negó con la cabeza muy lentamente.

—No iba a decir eso, Annie. Todo el mundo sabe que con los chinos hay que tener mano dura... todo el mundo lo sabe.

Annie miró a su alrededor sin prestar atención a lo que veía. Luego, se frotó la cara y apuró su vaso de aguardiente.

—Supongo que tienes razón, Fred. Es eso, además del temor de Dios.

Fred, alentado por estas palabras, asintió. Annie llenó su vaso hasta el borde, recuperando su ánimo introspectivo.

—¿Sabes, Fred? Me has ayudado a comprender mejor al Imperio Británico. Tienen miedo a lo que pueda suceder si dejan de azotar a los chinos, eso es. Saben que los chinitos dirían: «Estos bárbaros de pelo rojo se están ablandando, son un puñado de nenazas, vamos a cortarlos en pedacitos» —dijo con una sonrisa solemne a la que Fred se sumó con entusiasmo redoblado.

Annie se limpió la boca y la nariz con la servilleta y se levantó.

—Fred, tengo que irme. Estaré aquí mañana por la noche. Veámonos mañana, ¿te parece, amigo? Quiero contarte algunas cosas de Java.

Fred le devolvió una sonrisa bobalicona.

—Claro, amigo, claro —dijo, asintiendo.

Annie se levantó y, tras apoyar la mano amablemente sobre el hombro de Olson, se alejó, pasó junto a la barra y se marchó. No pidió la cuenta, sabía que Fred ardía en deseos de invitarle.

Ya en la calle, Annie se caló el sombrero. Una ligera llovizna suavizaba el resplandor de las farolas, semejante a la sucia luz naranja que se apagaba por el oeste, donde el sol abandonaba el mundo sin obstáculos.

Annie giró por el callejón contiguo a Stoffer's. Lo conocía bien. Había en él un puesto que los lugareños frecuentaban más que Stoffer's. Estaba especializado en anguilas y en todo tipo de pescados exóticos. Bajo el toldo se sentaban algunos caballeros bajitos ataviados con amplias túnicas azules. Llenaban el estómago y hablaban de negocios ante cazuelas de anguila humeantes mientras el cocinero partía en trozos un pescado con un enorme cuchillo. Bajo su carro ambulante vivía una familia de gatos. En realidad, había gatos y tripas de pescado por todas partes y dejaban un aroma que a cualquier amante de Hong Kong debía de resultarle familiar.

Annie se quedó mirando unas galletas de hojaldre. Nunca las había probado. Asustaban menos que el plato de anguilas y parecían sabrosas —cualquier niño se habría dado cuenta de que no eran más que una masa hueca rellena de mermelada de ciruela—. Annie levantó el paraguas y consultó el reloj. A continuación, levantó un dedo para llamar la atención del cocinero y compró seis galletas. Aún tenía un hambre voraz. Las galletas de hojaldre estaban deliciosas. Pidió otra media docena. El peligro le despertaba el apetito.

Nadie prestó atención a Annie. Siguió de pie, cubierto por su sombrero y su paraguas, disfrutando de aquella delicia. Preguntó el nombre de las galletas, pero el cocinero no entendió la pregunta y, sacudiendo la cabeza, respondió:

—Mañana, mañana.

Un chico que trabajaba en Stoffer's se asomó a la puerta de la cocina y, con una sonrisa, dio a Annie la solución a su acertijo.

Philly Fred Olson pagó la cuenta del capitán Doultry sin chistar y, una vez recobrada la calma, se dirigió al lavabo de caballeros. Físicamente no era gran cosa, pero bajo su traje italiano barato se ocultaba un cuerpo ágil y resuelto. Se desabrochó la bragueta según entraba, deseoso de aliviar la presión de la vejiga. El local era conocido por sus azulejos verdes, importados de Delft o de algún otro sitio, y sus urinarios grandes y elegantes, hechos de gruesa porcelana color crema, con cisterna y amarronados por la humanidad de un modo muy reconfortante.

Freddie atendió a sus asuntos con un largo suspiro. Su alivio era sobre todo emocional: llenó de calidez el aire acre del lugar. Un chino anciano se sentaba en una banqueta colocada junto a una mesa de mármol con frascos de colores llenos de cepillos y otros objetos. Estaba a sus anchas, leyendo el periódico cerca de un lavabo sobre el que colgaba un espejo cuadrado con marco de latón bien iluminado. Su objetivo era mirar a los clientes y obligarlos a desviar la mirada hacia el espejo, porque en cuanto lo hacían, todos se sentían impelidos a darle dinero: cinco céntimos, diez, un dólar si acaso. Después de echar una meada, su imagen en el espejo les resultaba en extremo satisfactoria.

La puerta de uno de los dos retretes se abrió para dejar paso a Annie. Degustaba el último pastel de hojaldre, que acababa de sacar de una bolsa de papel.

—Hola, Freddie —dijo, con voz aguda y simulando sorpresa y alegría—. ¡Qué bien te veo!

Freddie, que orinaba a plena potencia, repuso:

—¿Quién eres?

—Tu amigo —dijo Annie, sin abandonar la voz aguda.

—Yo no tengo amigos —replicó Freddie, sin molestarse todavía en mirar a su espalda. Annie arrugó la bolsa de papel y la tiró en la papelera que el anciano tenía al lado.

—Uno por lo menos sí —dijo Annie, tranquilamente, entregando al viejo, que llevaba una levita verde con botones dorados, un billete de cinco dólares. El hombre asintió para demostrar su gratitud, pero sin exagerar. Fred, que se estaba subiendo la bragueta, se dio la vuelta y vio a la persona con quien estaba hablando—. Me he imaginado que estarías aquí —comentó Annie. Tenía la boca manchada de mermelada de color rosa—. Todavía no he conocido a nadie que no tenga que mear después de cagarse de miedo.

Freddie se movió, pero era demasiado tarde. Annie sabía que su viejo camarada haría intención de coger la pistola que llevaba bajo el brazo. Tan seguro estaba de ello que su mano coincidió con la de Freddie. El golpe favorito de Annie era el gancho de izquierdas y, sorprendiendo a Fred en una situación

tan vulnerable, le asestó un puñetazo en el costado, justo a la altura del hígado.

El fallo de Annie, si es que se le puede llamar así, fue no pensar que Fred Olson podía llevar una pistola debajo de *cada* brazo. Su puño impactó sobre la de repuesto, un arma de calibre 32 envuelta en una cartuchera de cuero, con el consiguiente dolor en los nudillos. Pero la pistola se le había clavado a Fred en las costillas, rompiéndole un par de ellas, así que al granuja se le cortó la respiración por unos momentos. Annie se vio obligado a emplear exclusivamente la mano derecha para acabar con él, tarea más larga y difícil de solventar de lo que había previsto. Fred mantenía la cabeza agachada (no era la primera vez que le golpeaban) mientras Annie le sacudía desde abajo, primero con el puño y luego con ambas rodillas, duras como leños. Cuando Fred empezó a derrumbarse, Annie le sostuvo con su mano dolorida y le dio un limpio gancho que habría merecido la aprobación del mismísimo Manassa Jack. Fred cayó en un dulce sueño.

Tal vez soñara que Annie lo arrastraba hasta el urinario y metía su hinchada cabeza en la taza. Y lo que era un sueño para Fred, era para Annie un verdadero placer. Como placer era tirar de la cadena y observar que una oleada de colillas empapadas hacían estragos en la pronunciación de Fred mientras trataba de respirar y, en sueños, suplicaba piedad.

—Despierta, Freddie —dijo Annie, jadeando y examinándose los nudillos—. Despierta, quiero hablar contigo.

Borboteos y borboteos salían procedentes de la garganta de Philly Fred Olson. Annie puso el pie en el cuello de su viejo amigo para que no apartase la cabeza del urinario. Y apretó.

—¿Fred! ¿Me oyes? ¿Me oyes, Freddie?

—Era o tú o yo, Annie —eso dijo pero, en realidad, casi no se le entendió.

—¿Dónde está la pasta que conseguiste a cambio de jugar-mela?

—No la tengo, le he perdido —repuso Fred—. En el Valle de la Felicidad. —Qué excusa tan original. Annie aplicó otros

veinte kilos de presión sobre el cuello de Freddie—. Oh, Annie. Oh, Annie. Me haces daño. Afloja un poco.

—De eso nada. Quítate el cinturón, seguro que lo llevas repleto de billetes. —Annie parecía firme e implacable, así que Fred consiguió quitarse el cinto, con dedos temblorosos, aunque seguía con la cabeza metida en el retrete. El cinturón era grueso y pesado y, en cuanto estuvo desabrochado, Annie se inclinó y tiró de él como si fuera una raíz de hiedra. Desabrochó los botones del interior y sacó algunos billetes doblados—. Quédate como estás, Fred, porque si te mueves, voy a romperte todos los huesos de tu pequeño y asqueroso cuerpo. Lo digo en serio.

En el cinturón había doce dólares y dos boletos de lotería. Decepcionante.

Annie se desabrochó la bragueta y sacó la verga. Le entraron unas ganas desesperadas de mearse en la cara de Fred y de ahogarlo en orín como a un perro sarnoso. Pero la maquinaria de su cuerpo, anegada de licor y cerveza, se negó a responder a las demandas de su cabeza. Con su enorme pene colgando sobre la cabeza de Fred, aumentó un poco más la presión sobre el cuello. Por su parte, Olson iniciaba ya su agotador camino de vuelta hacia la lucidez mientras el anciano chino que estaba al cuidado de los lavabos continuaba leyendo el periódico sin prestar atención a los dos blancos. En esos momentos, alguien entró, sin duda para aliviarse, pero volvió a cerrar la puerta de inmediato. Annie, concentrado en lo que estaba haciendo, ni siquiera se volvió. Tiró de la cadena con un brillo vengativo en los ojos pero, por alguna razón, el mecanismo se negó a funcionar. Intentó tranquilizarse y, mientras buscaba la trémula mirada de Fred, pensó en grandes jarras de cerveza.

El truco funcionó.

Bañó los diversos orificios faciales de Fred. Su amigo trató de mantenerlos cerrados, pero como tenía que tomar aire, acabó por respirar orín. Annie sintió una enorme satisfacción, muy distinta a su primer y, admitámoslo, mezquino deseo de humillar a su viejo camarada. Era la satisfacción que proporciona la conquista del cuerpo y de la mente. Del propio cuerpo y de la propia mente.

Era una especie de sensación meditativa situada fuera del yo que se concretaba en el esfuerzo por mantener la presión sobre su prisionero, que se retorció con desesperación.

—¿Sabes, Freddie? No hay nada peor que un soplón —dijo Annie, meditativo—. Si hay una próxima vez, no me limitaré a mearte encima.

Cuando Annie se dispuso por fin a abandonar el lavabo de caballeros, el anciano lo miró a los ojos y a continuación a Freddie, que no se había movido.

—¿Qué le pasa? —preguntó el chino.

—Está bebiendo una bebida que no sirven en el bar —respondió Annie, colocándose el sombrero ante el espejo y comprobando su aspecto. Por cinco pavos, se dijo, tenía derecho a tomarse el tiempo que quisiera.

Cuando Annie subió a bordo del *ferry* para cruzar a la orilla de Kowloon (esto es, al continente), la noche había vuelto a caer con todo el peso que posee en aquellas regiones remotas y la suave llovizna servía de recordatorio de la gran nube negra, que aún seguía allí. Pese a ello, era muy agradable para Annie volver a coger el *ferry* de la compañía Star. Un barco es siempre un barco y volver a sentir el mar bajo los pies, un placer. Sacó un billete de primera clase (diez céntimos), porque deseaba navegar en la cubierta superior, para embeberse mejor de las fragancias del puerto, uno de los mayores del mundo y lleno hasta el asombro de embarcaciones de todo tipo. La imagen del puerto Victoria jamás palidecía y, de noche, adquiría el matiz de lo maravilloso, porque hasta el sampán más pequeño estaba obligado por ley a llevar una luz. La policía marítima, que contaba con elegantes lanchas de vapor con las que aparecía desde cualquier parte en el momento menos pensado, era muy estricta al respecto.

El *ferry* tenía proa por ambos extremos, así que no tenía que virar para emprender la travesía de regreso. Apoyado en la borda de estribor, Annie se preparó para observar con todo detalle la extraordinaria mole que dominaba la rada de la armada (siguiendo una pintoresca moda de la Marina Real

británica, había sido bautizada con el nombre de HMS *Athena*). El inmenso y extraño buque que allí atracaba era el primer portaaviones concebido como tal que Doultry y el resto del mundo habían conocido. Bajo la luz llena de destellos de la noche, la oscura silueta del HMS *Hermes*, confusa a causa de la niebla y de la lluvia, aparecía inefablemente poderosa y llena de misterio. Las luces de los juncos y los sampanes se arracimaban junto al portaaviones en el lugar elegido para iniciar las transacciones con algunos miembros de la tripulación, práctica que las autoridades observaban con recelo pero sancionada por la costumbre en la primera noche que pasaba un barco en puerto, ya que a los hombres no se les permitía bajar a tierra hasta la mañana posterior. Por lo demás, a los británicos les ardía ya la entrepierna (aunque no hay por qué ocultar que unos cuantos se extrañaban de ese ardor y no esperaban encontrar en tierra nada que no tuvieran ya) el contrabando de hembras chinas a bordo de los buques de Su Majestad, y especialmente en los del tamaño del *Hermes*, no representaba ningún problema si había oficiales a bordo —y siempre había oficiales a bordo, no en vano eran los primeros en probar la mercancía—. Esa primera noche, las chicas hacían un gran negocio. Eran muchas tanka, el pueblo que vivía en las embarcaciones de los puertos marítimos y fluviales y que, en principio, los chinos despreciaban por considerarlo una casta primitiva, pero al que también temían porque integraba las flotas piratas y vivía aparte de todos los demás. Hasta el tercer emperador manchú, a los tanka no se les permitió vivir en tierra firme ni enviar a sus hijos a la escuela. Por otra parte, en sus manos estaba una gran parte de la actividad comercial cotidiana de China, basada en el tráfico por mares, ríos y canales.

A aquella hora, el *ferry* llevaba pocos pasajeros en primera clase —los chinos preferían la cubierta inferior, más económica—, pero algunos observaron con interés la enorme montaña flotante que era el *Hermes*, impresionados quizá con los presagios que suponía. Había atravesado medio mundo para unirse a la Escuadra de China y combatir a los piratas, que por otra parte ya tenían espías a bordo, jodiendo con su tripulación.

* * *

Había en el barrio rojo de Mongkok algunos de los locales más sórdidos que uno podía encontrar en toda la tierra. El local en el que Annie se deslizó aquella noche, el cual, por lo demás, solía frecuentar antes de dar con sus huesos en la prisión, era oscuro como el pecado y mucho más temible. Sólo la tenue luminiscencia de las caras que se volvieron al advertir su ominosa presencia suavizaba la penumbra del lugar. Eran rostros surcados por cicatrices, hombres tuertos, individuos de mirada torva uniformemente inmersos en la tarea de olvidar el tedio de sus miedos, su aprensión al terror de la vida. Desde la estancia que se intuía al otro lado de una cortina llegaba el inconfundible aroma del opio, que se mezclaba con los demás olores como el estiércol en evaporación.

—¿Dónde está el gordo? —preguntó Annie al barman, que, muy lentamente, limpiaba un vaso con un paño. Devolvió la mirada de Annie con ojos que parecían gorgojos en mitad de un queso holandés del tamaño de un tambor. No era chino. Por sus facciones, se diría que era de algún archipiélago situado en las aguas fecales del gran océano sin nombre que los chinos siempre aborrecieron y despreciaron y que algún explorador occidental imbuido de sentimientos religiosos llamó Pacífico. Annie repitió su pregunta, esmerándose en la pronunciación. El barman hizo con la cabeza un gesto inmensamente lúgubre para señalar la parte trasera del local.

El gordo estaba sentado en una banqueta, fumando un puro mientras una filipina de corta estatura le daba un masaje en la cabeza. Por los palitos que llevaba en el moño de su cabello enaceitado cabía deducir que era barbera. El gordo estaba envuelto en un paño y las exhalaciones de su enorme cigarro, que se asomaban al humo que formaba el opio como un eje grasiento a través de un tanque lleno de aceite, adensaban su oscura figura. Al ver a Annie, sonrió. Su sonrisa era inconfundible, y no cesó cuando, con grandes esfuerzos, el capitán le dirigió una pregunta en su rudimentario cantonés. Cerca de las paredes de la sala, estrecha y sin ventanas, se adivinaban las formas de otras personas que estaban fumando opio. Dos o

tres chicos correteaban por aquí y por allá como roedores, atentos a las necesidades de los clientes.

— Está arriba — contestó el gordo.

Tenía los ojos pequeños, brillantes y alegres, y los movía hacia arriba sobre su eje. Annie se dirigió hasta las escaleras que conducían a la planta superior con paso leve y ligero, como una gran criatura peluda que no quisiera perturbar el sueño de las demás criaturas que dormitaban entre aquellas paredes. Las escaleras eran estrechas. En la parte alta había una puerta sobre la cual se adherían muchas capas de oraciones, signos y señales de color rojo, negro y rosa que invocaban a los dioses protectores. Annie se acercó y llamó.

Abrió la puerta una mujer. Llevaba un *qipao* que era una caricatura: ceñido como los pliegues de su tersa carne, la prenda se abría a la altura de la cadera, dejando adivinar un cuerpo voluptuoso. La mujer se apoyó sobre una pierna de tal forma que su piel tersa apareció por la abertura como un trozo de mantequilla apretado entre dos rebanadas de pan. Annie observó el gesto por el rabillo del ojo mientras, tras mirar a la mujer a los ojos, esbozaba una amplia sonrisa.

— Hola, princesa, ¿cómo estás?

La mujer respondió con un sopapo en los morros. Tenía la mano pequeña y suave, pero su postura, amén de anunciar sus encantos, debía de haber servido para favorecer el golpe, porque consiguió sacar de sus goznes la famosa mandíbula de Annie, quien, casi sin pretenderlo, puso una mano sobre el lugar afectado con tanta delicadeza como violencia había empleado la mujer. Por lo demás, como demostraban sus atractivos ojos, impregnados de una mirada de dolor bastante decorosa, la sorpresa de Annie había sido mayúscula.

Mientras estaba en la puerta, la reluciente cara de Yummee le pareció hostil: ancha como una canoa filipina entre las cinceladas mejillas y más estrecha por arriba y por abajo, formando un rombo que recordaba a una fruta exótica. Por lo demás, no había dejado de resoplar por la nariz y había retraído tanto sus rellenos labios que tenía los dientes manchados de lápiz de labios barato. Cuando habló, hubo veneno en cada una de sus

palabras, que, al mismo tiempo, dejaban traslucir que ya estaba harta de ese lenguaje que las circunstancias de su profesión la obligaban a emplear.

—Llegas talde —dijo.

—Lo siento, nena. Tuve un problema con el barco.

—Medio año talde. ¡Capullo apestoso!

La mujer hizo ademán de pegar a Annie otra vez, pero se conformó con que guiñara los ojos y optó por reorientar hacia el lenguaje la violencia que la embargaba. De su angelical boca, que se llenó de protestas e insultos, salieron las palabras a borbotones. Su perlada saliva le salpicó las mejillas como un rocío envenenado.

—¡Dijiste: «Vuelvo mañana»! ¡Ah, dan ganas de claval un cuchillo! ¡Vas a tenel muchos ploblemas! ¿Dónde está mi dinero? ¿Dónde, dónde, dónde? —La mujer volvió a amenazarle. Tenía la mano perfumada de madera de sándalo—. ¿Dónde está mi dinero, capullo goldo y apestoso?

—Lo llevo en los calzoncillos —dijo Annie, con la encantadora sonrisa burlona que tan buenos resultados le había dado en la batalla que había librado contra las mujeres en los últimos cuarenta años. (Más o menos eso había sido, una batalla. Era demasiado viejo para ser un niño y demasiado obsceno para ser un santo).

—¡No lías de mí! ¡Tú quieles leíl de mí todo el tiempo, pelo ahola lío yo! ¡Ahola lío yo, oh sí! ¡Un día vas a levantal con tu polla golda coltada en tlocitos! ¡Oh, sí, Annie, oh, SÍ!

A Yummee la idea le agradó tanto que, sin querer, se sumó a la risa de Annie. Tenía una sonrisa deliciosa para cualquiera y, por supuesto, también para Annie, que aprovechó la oportunidad para pasar, rozando con su tripa los redondos pechos de la mujer, a la habitación, una estancia que le resultaba muy familiar.

—Eso suena bien —murmuró, fijándose en las cortinas de seda que colgaban por todas partes para ocultar la decrepitud de las paredes—. Suena muy bien, maravilloso. —Una pequeña lámpara verde iluminó su sonrisa con un resplandor misterioso. Se dejó caer en la cama, que se combó bajo su peso, y se echó de espaldas con un profundo suspiro de satisfacción—. ¿Cuándo empiezas?

—Ya he empezado.

Yummee era rápida como un cuchillo de desollar. Sabía que Annie no tardaría en anunciar que estaba hambriento. Lleno hasta los bordes o poco más que un pozo vacío, el estómago de aquel hombre era la madre de sus gestos y los genitales el padre del resto, al menos en opinión de Yummee. Baste recordar que la mayoría de las personas expuestas al comportamiento de Annie lo consideraban de todo punto impredecible para hacerse idea de la astucia de la filipina.

—Oye, nena, tengo hambre —dijo Annie.

—Sólo tengo matalatas.

—Me parece bien. Por favor, cariño, un plato de matarratas y una botella de aguardiente —dijo Annie, con una sonrisa, desde la penumbra de la cama, medio tapado por unas cortinas que caían de forma caótica—. Yummee, preciosa, si no me das un buen plato de rancho, voy a darte un mordisco en el culo —añadió, rezumando saliva. En filipino, Yummee pensó: «Este granuja es incorregible. Mi madre me advirtió contra los tipos como él, y también la diosa Tsai-ah-Mieu». Con este pensamiento, cerró la puerta y cruzó lentamente la pequeña habitación hasta la cama. Mirando a Annie desde arriba hacia abajo, ángulo que prefería en sus relaciones con todo hombre, villano o bondadoso, cogió un cordón que había junto a la cama y accionó un timbre.

Un dedo largo y lánguido se posó como una mariposa sobre el aterciopelado muslo que dejaba ver la abertura del *qipao*.

—Quita sucias manos de encima —dijo Yummee con un susurro.

—Princesa, puedo explicártelo todo.

—Quita sucias y apestosas manos de encima.

—Mi princesita —insistió Annie. Sus dedos, escrupulosamente limpios y cepillados para la ocasión, con la uñas cortadas y perfectamente limadas, comenzaron su sucio trabajo—. Mi pequeña Yummee, te he echado de menos. ¿Sabes? Ninguna de las mujeres que he conocido olía tan bien como tú. Busqué tu perfume en Java en muchos sitios, pero no pude encontrarlo. Me di cuenta entonces de que no es el perfume, sino

tú. Yummee, dime algo bonito. He recorrido dos mil millas sólo para oírte decir algo bonito. Estaba muy cansado...

(Pausa. La mariposas se hicieron más pesadas, pero también más suaves. La mujer, bajita y de generosas carnes, se quedó inmóvil. La mano de Annie se había vuelto invisible, hundida hasta el codo en la abertura del *qipao*, inventado en Hong Kong expresamente para estos propósitos).

—Estaba fatigado, nena, pero en cuanto te he visto, se me ha pasado el cansancio.

La cama crujió y sus viejos muelles se hundieron bajo el peso del codo de Annie, que entró en acción para saciar un apetito de meses. Con un diestro giro de muñeca —por lo demás, diseñada para trabajos más duros—, separó los pliegues del *qipao* para descubrir la nalga de Yummee, que parecía una bola de mantequilla. Sin movimiento perceptible, ella había separado las piernas. Sus músculos parecían blandos y no ofrecían resistencia, como si fueran incapaces de soportar su peso. En cierto sentido, parecía flotar en el rancio aire de la estancia como un globo. Evidentemente, los diestros lamidos en la parte interior de su rodilla izquierda la ayudaban a mantenerse en pie, aunque pronto contribuiría a su caída.

Cuando se produjo, más pareció un vuelo que una caída. Annie tenía la mano izquierda completamente ocupada y cada uno de sus dedos, apoyado en las delicadas complejidades de la vagina de Yummee, tocaba una melodía distinta, de modo que debió de ser la derecha la que se deslizó por debajo de ella y, cogiéndola por el culo, la levantó y la trasladó flotando hasta la cama o, más precisamente, hasta el propio Annie, hasta su ancha panza, que, totalmente relajada, le proporcionó el confort de aquella carne celta que, mullida como un colchón, tan familiar le resultaba. Al acomodarse encima de él, Yummee profirió un murmullo ininteligible. Pudo haber sido una imploración a una de sus diosas o, tal vez, una amenaza.

Entró un chico en la habitación. Llevaba un maquillaje muy elaborado y vestía un pijama de seda verde. Tenía el cabello inopinadamente largo y liso, señal inequívoca que lo identi-

caba como homosexual. Yummee ya estaba desnuda y se sentaba a horcajadas sobre la amorfa forma de Annie, que no se había movido a pesar de que la mujer le había desabrochado todos los botones de la camisa y del pantalón. Estaba tendido con las piernas separadas, expuesto al aire cálido y a sus frescas manos como un pez grande y amoroso abierto en canal por los dedos de una sirena de Oriente. Con voz grave, pidió al solícito muchacho un plato de *chop suey* y un par de botellas de Tsingtao.

Era, sin discusión, una mujer bajita y rellena. Pero su refinamiento, su flexibilidad y su dedicación al arte de la carne, y a lo que podríamos llamar sus facetas espirituales, la investían a ojos de Annie Doultry de un inmenso atractivo. Desde su más tierna infancia y a lo largo de una vida dedicada sin interrupción a la práctica del sexo, Yummee estaba tan acostumbrada a hacer el amor que en el universo del deseo y la lujuria se sentía como en casa — como un pescador en el mar o como un granjero en sus campos —. Por otro lado, si, por circunstancias, no podía hacer el amor ocho o diez horas al día, se transformaba en una mujer irritada e irascible. Que Annie la hubiera tenido esperando desde las siete, hora a la que había prometido llegar, y no se hubiera presentado hasta las diez era, sin duda, el motivo de su ánimo colérico de aquella noche. Esas tres horas de impaciente inactividad — que podría haber aprovechado para follar — eran más culpables de su mal humor que los seis meses de presunta espera a los que ella atribuía su estado de ánimo.

Annie hizo cuanto pudo para compensarla y tuvo éxito. Yummee le dijo que sólo la rabia era la causa de sus insultos y amenazas, que no los sentía, que sólo había dicho lo que había dicho porque estaba profundamente dolida. No dijo que le quería, pero sí otras cosas que lo sugirieron. Y, además, le dio un baño.

En el baño de Yummee, Annie buscó Australia en las estupendas decoloraciones del techo. Satisfecho de no encontrarla, su mirada vagó por otras imágenes familiares: la luz rosada que

iluminaba un nudo de cañerías que daba verdadero miedo, el retumbante calentador y su llama de gas, más propia de un dragón y claramente visible si uno tenía la temeridad de asomarse a su boca. Yummee había instalado aquella modernidad para impresionar a la clientela. Fue la primera sugerencia de Annie en cuanto trabaron amistad. Le había costado mucho dinero, pero él tenía razón: el negocio había subido como la espuma. Poco después de aquello comenzaron los polvos gratuitos —aunque no siempre lo eran—. A Annie le resultaban de lo más gratificante, sobre todo porque tenía la sensación de que los tenía bien merecidos. En la casa de la calle Lun Fat, Yummee tenía a tres o cuatro chicas trabajando. La mujer crecía físicamente pero también sus negocios. Al fin y al cabo, debía de estar a punto de cumplir los treinta y merecía el éxito. Habían sido muchos los años de dedicación exclusiva a una profesión en la cual la había introducido su padre, un granjero de Luzón que la vendió durante la gran hambruna de 1906. El hecho de que hubiera escapado de un burdel de Manila (aunque más probable es que hubiera comprado su libertad) era una señal de que su diosa la observaba con ojos benevolentes.

Otra señal había sido un marino noruego que la había tratado con dignidad y ofrecido la clave para entender a una raza extraña. Gracias a él, Yummee había aprendido que, a diferencia de sus clientes chinos, malayos o filipinos, los blancos buscaban en las prostitutas no sólo sexo, sino también afecto, o un remedo de afecto. Al parecer, era entre ellos una tradición, relacionada, quizá, con la religión cristiana y sus exhortaciones al amor, aunque tal vez tuviera más que ver con sus madres. Claro que también era posible que fueran las mujeres blancas quienes, con mentiras, hubieran inoculado en sus hombres aquella necesidad, la necesidad del afecto. En cualquier caso, Yummee había investigado el fenómeno y aprendido a interpretar los ritos que aquellos hombres tan secretamente deseaban. Así pues, les proporcionaba cariño, envuelto en caricias asiáticas.

Por supuesto, Annie sabía todo esto, porque Yummee era poco dada a la introspección, pero cuando estaba en su bañera,

una vieja tina de esmalte de color verdoso surcada de venas de óxido y moho semejantes a las de la carne vieja, pensaba a veces en las mujeres con una perspectiva monumental, como si fuera un gran pintor paisajista. En otras ocasiones se tumbaba en la bañera bajo el resplandor del dragón y pensaba, atento esta vez a las particularidades, en aquellas mujeres especiales y memorables que habían contribuido, con su ayuda o poniéndole trabas, a que fuera lo que era.

Yummee también tenía sus sensibles manos en la bañera, bien sumergidas en las aguas turbias. Como si se hubiera propuesto ayudar a Annie a indagar en sus recuerdos, en aquellos momentos acariciaba suavemente su enorme si bien todavía relativamente flácido apéndice sexual. El jabón le picaba en la nariz, la mugre hervía. El rugido del dragón, el chorro caliente que salía por el grifo de bronce, verde en sus junturas como los huesos de un marino. El dedo índice de Yummee nadó como un pez por debajo de su escroto, lo que sirvió para que saliera a flote el conjunto del motor que, gracias a Dios, poseía una gravedad particular, ligeramente más pesada que la unidad. En alguna que otra ocasión, Annie había observado los órganos sexuales de otros hombres mientras flotaban sin vergüenza en el agua de los barreños donde se daban un baño y había sentido una especie de gratitud al ver que estaba hecho de un material más pesado. Una vez, en una casa de baños japonesa, había observado toda una legión de penes bastante pequeños cabeceando en el agua como botes de pesca en aguas comunales. ¡Qué imagen tan ridícula! ¡Cuánto se habían reído Barney y él! Si bien pocos días más tarde había divisado, en la mismísima bañera de Yummee, la punta negra de la verga de Barney flotando flagrantemente sobre la superficie del agua.

Las aguas del perdón derramaron sus favores sobre Annie copiosamente. La pastilla ovoide del jabón de brea de marca Wright era en manos de Yummee instrumento de inconfesables placeres. El vapor. El piano del deseo. El motor de Annie vibrando placenteramente.

Yummee trepó a la bañera y, poco a poco, se sentó en el pilar de la sabiduría de Annie.

—Qué puta eres —susurró él en su oreja húmeda. El agua cayó sobre las baldosas. Sobre la isla de Hong Kong, la gran nube negra también se abrió en canal y dejó pasar la luz de las estrellas.

En la cama, Annie le dijo:

—No podría vivir sin ti. He pensado mucho en ti, Yummee. He soñado contigo —le aseguró, cogiendo la cerveza que había dejado en el suelo—. He soñado que eras un mango con alas de polilla. —Volvió a tumbarse y bebió un trago. Estaba cómodo, en paz. Yummee tenía la cabeza apoyada en su hombro. Suspiró—. Me entristece pensar que tenga que volver a irme tan pronto. Voy a echar de menos tu risa. Voy a echar de menos ver cómo se cimbreas tu culo cuanto te levantas y vas corriendo al váter.

—¿No piensas demasiado glande? —preguntó Yummee.

—Pues claro que no —repuso Annie. Le cabía la mitad en una sola mano—. Yummee, te debo, ¿cuánto? ¿Seiscientos dólares?

—¿No vas a pedirme más?

Annie guardó silencio un rato. Terminó la cerveza y la dejó caer al suelo. La botella rodó sobre las tablas. Debajo, en la sala del opio, unos ojos estupefactos se volvieron hacia el techo: el administrativo de un banco creyó que era un trueno lejano.

—¿Y si me prestases otros doscientos? —dijo Annie—. Son para arreglar el motor. El del barco, quiero decir.

—¡Qué celdo eles! —dijo Yummee, pero poco después le entregó un puñado de billetes manoseados. «¡Algún día!», se dijo.



EL SEA CHANGE

A la mañana siguiente, cuando Yummee dormía sobre él como una muñeca despatarrada, Annie deslizó su corpachón de debajo de su delicioso cuerpo. Por grande que fuera la tentación, no la despertó. Tenía un deber que cumplir y doscientos dólares para hacerlo. Porque Annie daba por sentado que Barney Hudson, su compañero, fiel pero de poco fiar, había descuidado su barco mientras él languidecía en la prisión. Porque un lobo de mar como Annie no era el mismo sin su barco y ahora, después de que Yummee le hubiera desperezado los huesos, era consciente de que lo necesitaba.

«¡Señor!», se dijo a cien metros de su barco —había divisado sus esbeltas líneas desde el puerto y su visión había removido su interior tanto como cualquier recuerdo de Yummee—. El *Sea Change*, una goleta de dos palos de veintisiete metros de eslora y ocho de manga, había sido construido en Gloucester, Estado de Massachussets, en 1892. Es posible que hubiera barcos más rápidos y de líneas más estilizadas, pero no pertenecían a Annie Doultry. Annie había adquirido el *Sea Change* en Portland, Oregón (era una ganancia de juego, pero

ésa es otra historia), después de que el barco hubiera doblado el cabo de Hornos en 1897 para dirigirse al Klondike durante la fiebre del oro.

Cuanto más cerca estaba Annie del *Sea Change*, más se le hundía el corazón. Supuso que no había salido al mar más de diez días en seis meses, y un barco tiene sus recuerdos. El *Sea Change* estaba envuelto en tristeza, como si de sus lacios aparejos colgaran enseñas de luto. La pintura del casco estaba resquebrajada y a la cubierta no se le había sacado lustre ni una sola vez. Las velas parecían harapos. ¿Y el motor?, gruñó Annie mordiéndose los labios. El motor era el corazón del barco.

—Al asqueroso motor no le pasa nada, Annie —respondió Barney, con su típica mala lengua y su arrastrado acento sureño. Bernardo Patrick Hudson era un negro de gran estatura nacido en Tupelo, Estado de Misisipí, y educado en el río de este nombre. Más tarde, en Nueva Orleans, se metió en problemas y tuvo que emigrar. Annie lo había recogido en las islas Salomón, donde lo había encontrado bastante enfermo y en mala forma. Es posible que, como aseguraba, no tuviera más que cuarenta años, pero parecía mucho mayor.

Annie lo enroló como grumete. Siendo la clase de cabrón que era, trató de convencerse de que lo había hecho por caridad pero, en realidad, lo hizo porque Barney sabía afinar un piano y también tocarlo.

Se encontraban a bordo del *Sea Change*, que estaba atracado en el malecón norte de Yaumatei, una especie de puerto artificial contra tifones rodeado de altos rompeolas de granito que había sido construido recientemente. La rada estaba atestada de juncos de lo más variopinto. Cada uno de ellos daba para vivir a una familia entera —y algunas veces a dos o a tres, a todo un clan—, tanto en el sentido físico como en el económico. En realidad, aquel refugio de tifones se había transformado ya en una atestada aldea de juncos con algunas lorcas —pequeños mercantes portugueses con aparejos de estilo chino y velas de estera— y unas pocas, muy pocas, embarcaciones occidentales. Las lanchas de vapor no solían atracar en Yaumatei. Era un atracadero para juncos, para pescadores... y para

los tipos que, como Annie Doultry, no podían permitirse amar en Wan Chai.

El cielo estaba completamente despejado. La nube negra había desaparecido. El aire era cálido y, como de costumbre, excesivamente húmedo. A causa de la humedad que la nube negra había dejado como recordatorio, un inmenso manto translúcido colgaba sobre los objetos y las personas. La piel negrísima de Barney, que no llevaba camisa, brillaba con los destellos de un reptil. Era enjuto. No tenía un átomo de grasa.

Annie Doultry se sentó en el pasamanos y contempló su nave, que para él era su padre y su madre. Tenía un aspecto sórdido. También la olió. Y su semblante se volvió oscuro como el infierno.

—Hijo de puta —le dijo a Barney entre dientes—. Por lo menos podías haber limpiado los metales.

Barney se echó a reír. En la mano tenía un martillo con el que estuvo a punto de reducir una lata a dos dimensiones. Era la vigésima lata de aquella mañana, pero no se cansaba. Sus golpes se acompasaron con sus carcajadas que, en todo caso, tenían un eco metálico.

—¡Eh, Annie! —gritó—. Pero si es mi jefe, mi capitán. ¡Alabado sea Dios! Ni siquiera me enviaste una postal, capitán —dijo, al tiempo que aplastaba la lata, sosteniéndola con un par de alicates. Al lado, en un junco del que colgaban varias cuerdas llenas de peces puestos a secar, varios tanka observaban la escena que se desarrollaba en el barco de los blancos con evidente fascinación.

—Eres un hijo de puta —dijo Annie—. Podrías haber ido a visitarme. Es lo menos que podrías haber hecho.

Barney continuó aporreando latas. Tenía un saco lleno. El sudor resbalaba por su frente y bajaba por sus desvaídas patillas, acumulándose en las cavidades rocosas de sus clavículas. Todo su cuerpo parecía hundido bajo un océano ubicuo y tremendo.

Annie frotó la brújula con el índice y la miró como una vieja doncella comprobando el polvo del aparador. Se desplazó hasta la puerta del camarote principal y bajó los escalones para asomarse. Olisqueó un poco y entró. Aquél era su hogar. Las cartas

marinas, su silla especial, su sextante, sobre un armario, su litera, las tarjetas postales, las fotografías de sus hijos. Su piano.

—Has estado traficando con opio, ¿verdad, Barney?

Los martillazos proseguían. Annie olisqueó de nuevo. Para un lego, la mezcla de olores —el hedor de la sentina, situada unos metros más adelante, la peste a alquitrán, a gasolina, a pintura, a parafina, a madera podrida— podría haber enmascarado cualquier olor particular.

Annie salió del camarote, se acercó a Barney, que ya no se reía, aunque seguía concentrado en su tarea.

—Tuvimos una larga discusión, Barney, ¿te acuerdas?, e hicimos un pacto: nada de opio. No en mi barco, Barney, no en mi barco. Ya tengo bastantes problemas —dijo Annie. Su jovialidad, nacida de la bendición de la libertad, empezaba a dejar paso a su estado de ánimo habitual: el mal humor. Los hombres de mar se inclinan con facilidad al mal humor. Debe de ser porque su vida es muy dura.

Barney se puso en pie. Medía casi dos metros. Con el martillo en la mano, su nervudo cuerpo brillando al sol y sus facciones de ashanti surcadas de cicatrices, por no mencionar su expresión indignada, parecía la viva imagen de la ferocidad. Si algún gen blanco polucionaba sus cromosomas, su fisonomía lo mantenía en secreto.

—¿Tu barco? ¿Tu maldito barco? ¿De qué coño estás hablando? Este barco es *mi* barco, tío. ¿De qué mierda estás hablando? —dijo. Annie se le quedó mirando. Barney se dio palmadas en el pecho—. Éste barco es *mi* maldito barco, tío.

—Barney, ¿qué te ocurre? ¿Es otro de tus ataques?

—No, no es otro de mis ataques. Me diste el barco, cabrón. Te lo apostaste. ¿Vas a decirme ahora que este puto barco no es mío?

Annie miró a Barney con perplejidad. Sus ojos decían: «Barney, te has vuelto loco, estás para que te encierren».

Barney sacudió la cabeza, ofendido por la mirada y por su significado.

—No, no, de eso nada. Tú quieres jugármela, pero no pienso tragar, cabrón. Me diste el barco, firmaste un contrato, Annie.

Te dije que te iban a joder, te dije que esos cabrones te iban a vender a la puta pasma. Carajo, me las olí y te lo dije, te lo dije.

—«Te lo dije, te lo dije» —remedó Annie, burlonamente. Aquella conversación empezaba a gustarle.

Barney apuntó hacia el cielo blanquecino con su martillo.

—El Señor es mi testigo: este tipo se apostó el puto barco. Eh, Señor, este tipo ha perdido una apuesta y no quiere pagar, ¿qué demonios hago con él? A ver, dime, ¿qué hago con él? —Sus ojos ardían en llamas exigiendo una respuesta. Es posible que recibiera alguna, porque no tardó en tranquilizarse. En efecto, acto seguido, se quitó el sombrero, levantó la cinta que lo adornaba y sacó un trozo de papel doblado. Estaba arrancado del cuaderno de notas de Annie y tenía algo escrito a lápiz. Barney lo alejó cuanto pudo de sus hocicos y lo leyó, con dificultad. Puso una voz de predicador que resonó en todo el muelle—: «Prometo pagar un barco a Bernardo Patrick Hudson si no le da a Bernardo mil dólares de Hong Kong después del trato con el mariscal Sun... Sun... Sun como se llame». —Pausa—. Y pone: «A. Doultry».

—Ésa no es mi firma. La has falsificado.

—¿Que ésta no es tu firma? —dijo Barney, restregando el papel ante las narices de Annie. Con un ademán asombrosamente rápido de su mano izquierda, Annie lo agarró y lo escondió en el puño.

—No, no es mi firma. Parece el garabato de un borracho y es un hecho de todos conocido que yo no me emborracho nunca. ¿O no es verdad?

—¡Dame eso! —exigió Barney, entre susurros, esgrimiendo el martillo con gesto grotesco.

—Cómo no —dijo Annie, y tiró el papel, hecho una bola, por la borda.

Barney se quedó congelado en su violento gesto como un héroe del África negra ataviado con sombrero hongo. A ambos costados del barco, los habitantes de los juncos se agolpaban en las bordas para disfrutar del espectáculo.

—Barney, Barney —murmuró su capitán—. No estarías pensando en quitarme el barco, ¿verdad? ¡No puedo creerlo,

no puedo creerlo! Mi barco en manos de un maldito negro —dijo, negando con la cabeza y con los ojos bañados en lágrimas (¿cómo lo había hecho? ¿Estaba disimulando o era verdadero disgusto?)—. Mierda. Siete años... Mira lo que he hecho por ti. Te salvé el culo muchas veces. No tenías ni orinal en que mearte. —Barney bajó el martillo y se sentó en la bóveda que cubría la cocina del barco—. ¿Y qué has hecho tú por *mí*? —preguntó Annie, con una mirada de reproche que no pasó desapercibida para ningún miembro del público. Un murmullo de compasión se extendió entre los tanka que, como sucedía con tantos pueblos de China, hablaban un idioma propio—. Jamás me has dado nada.

Barney lo miró.

—¿Y por qué iba a darte algo? Eres un blanquito, Annie. No le he dado a un blanco en toda mi vida. Y ningún blanco me ha dado nada a mí. —Annie sacó una cajetilla de cigarros Woodbine. Prendió uno—. ¿Y sabes una cosa? —prosiguió Barney, que parecía contento de tocar el asunto—. Ni los dientes te prestaría aunque te estuvieras muriendo de hambre. ¿Qué me has dado tú, cabrón? ¿Un maldito catre lleno de cucarachas? Ah, pero yo tenía que afinar tu asqueroso piano. ¡Durante siete años! Y reírte las gracias y contar chistes —insistió, con un temblor en la voz— y hacerte la comida. ¿Y cuánto me has pagado por todo eso? ¡Diez céntimos por dólar! Me debes dinero, cabrón. Toma, aquí lo tengo... por escrito.

Annie se apoyó en el palo mayor y suspiró. A partir de aquel momento, no sucedería más que lo predecible. Siempre pasaba lo mismo: Barney volvía a quitarse el sombrero —que parecía fosilizado y conservado en sal— y sacaba del forro, que estaba descosido a propósito, un bloc de notas azul diminuto y arrugado y con las hojas amarillentas. A Annie se le agotaba la paciencia y cuando Barney abrió la boca para iniciar su retahíla de agravios económicos, señaló vagamente hacia Hong Kong con un ademán y dijo:

—Falta muy poco para que te pague. Te pagaré en cuanto cobremos algo.

—De eso nada. Este barco es mío. Estás en mi barco y te pido por las buenas que firmes los papeles, los papeles del barco, porque este cabrón es mío, entiende, *mío*. La apuesta fue legal, totalmente legal.

—Barney, amigo mío, en qué mundo crees que vives. En Hong Kong no hay leyes que defiendan a los negros. Podría pegarte un tiro ahora mismo y dejar tu sucia carroña a la puerta de la comisaría del puerto y los chinitos, esos chicos tan buenos, se limitarían a sonreír y a mirar hacia otro lado. Sí, podría pegarte un tiro, nada me lo impide.

—Nada excepto mi navaja.

—Podría pegarte un tiro mientras duermes.

—No tienes huevos.

El sol se había elevado ya por encima del aire blanquecino y lo convertía en un vapor traslúcido. A Annie, que seguía apoyado de brazos cruzados en el palo mayor, le goteaba el sudor por la nariz. Si antes parecía un entramado de nervios, ahora se había convertido en un saco de huesos negros y viejos. Estaba sentado, mirando al este, más allá de los tejados de Kowloon, al resplandor que señalaba el océano.

—Voy a marcharme a Los Ángeles ahora mismo —dijo—. Allí venderé el barco. O puede que vaya a San Diego, conozco a un tipo en San Diego. Voy a vender el barco y me voy a marchar a mi tierra y me voy a comprar una casita en los pantanos. Sí señor, me voy a comprar una casita en Dead Dog Bayou* —afirmó. Annie no dejaba de mirarlo. De vez en cuando, Barney tenía arrebatos así. Era como si se volviera loco—. No pienso quedarme aquí —susurraba, dirigiéndose a los niños tanka que se asomaban a la barandilla del junco lleno de peces puestos a secar—, no señor, no pienso acabar en uno de esos cuartuchos de opio. No señor, quiero irme a casa.

—Eres un imbécil —dijo Annie—. Te dije que lo dejaras.

—¿Y de dónde sacamos dinero?

—Esas armas podrían haber sido el negocio del siglo —dijo Annie.

* Pantano del Perro Muerto. (*N. del T.*)

—Eres un cabrón. Eran robadas, ¡robadas! Se las robaste al Ejército americano —repuso Barney—, pero la gallina volvió a buscar a los polluelos.

Barney sabía afinar el piano. Y también sabía tocarlo. Se sentaba a los graves y Annie se sentaba a los agudos y, a veces, cuando el mar estaba en calma, pasaban la tarde tocando a cuatro manos. Pero el calor y la humedad eran muy perjudiciales para el instrumento, un Brinkerhoff fabricado en Jackson, Estado de Michigan, con un timbre metálico maravilloso que se acomodaba muy bien a la acústica del camarote principal. Y esto era lo gracioso: hasta que se metió en problemas, Barney había pasado su juventud tocando el piano en los vapores del gran río, y era él quien tenía oído, pero le daba absolutamente igual que el piano estuviera afinado o no. Era a Annie a quien le molestaba que no lo estuviera.

—Barney, no hay al oeste de San Francisco ningún cabrón que toque el piano como lo tocas tú. Ningún cabrón, te lo juro, tenga el color que tenga —dijo Annie.

—No me vas a adular. Puedes hablar del piano, pero que sepas que es *mi* piano. Que lo sepas, cabrón.

Annie advirtió desde mucha distancia la pequeña y en apariencia ciega mujer que parecía encaminarse directamente hacia él. ¿Por qué? Para empezar porque era pálida y brillante como la luna después de la lluvia, pero también porque su falta de visión parecía tener muy poco que ver con el modo en que se aproximaba a él, con tanta seguridad como si estuviera atravesando un banco de arena.

—El capitán Dowtry —dijo nada más chocar contra él. No se trataba de una pregunta, sino de una aseveración, como si ya supiera con quién se había topado.

—¿Qué ocurre? —repuso Annie. De cerca, se percató de que la mujer era más vieja de lo que le había parecido.

La mujer extrajo del bolsillo interior de su chaqueta una caja de tabaco de pipa.

—Para usted —le dijo, con un susurro.

—Yo no fumo, señora —replicó Annie.

—No es tabaco —dijo la vieja.

No lo era. En cuanto Annie aceptó el regalo, la mujer se marchó tan deprisa que se preguntó si la caja no sería una bomba de relojería a punto de estallar. Cuando la abrió, encontró en ella a un viejo amigo: el cadáver de *Dempsey*, su cucaracha, pintado de bronce. Toda una reliquia. Y al lado de aquel cuerpo perfecto, un rollito de papel.

Annie desenrolló el papel y leyó, escritas a mano y en inglés, con tinta negra, las siguientes instrucciones: «Capitán, reclamamos su entrada en la Casa de los Sueños Extraños, Soarez Street, Macao. Le estaré esperando».

Resuelto a no asustarse, Annie subió a bordo del *ferry* de Macao sonriendo por el modo en que cualquier construcción oscura se abría paso en aquella ciudad temible, la ciudad más desenfundada de Oriente, en la que cualquier cosa podía ocurrir. En Macao, el juego parecía acechar a la vuelta de cada esquina y en la impasibilidad de todos los rostros. Se encuentra a tan sólo sesenta kilómetros al oeste de Hong Kong, pero Macao, al menos en la época en que transcurre este relato, parecía su antítesis. Si Hong Kong pretendía observar el orden propio de los británicos, Macao era tan informal y hedonista como los portugueses que la poseían. Era la colonia europea más antigua de Asia, y también la más siniestra. No existía hombre o mujer que se hubiera aventurado hacia el este que no tuviera cicatrices, tesoros y negras anécdotas que siempre terminaban con la misma palabra, «Macao», que se aducía a modo de explicación.

Igual que la bola de una ruleta, Annie no tuvo que encontrar el camino por sí solo. Un niño de nueve o diez años que no tenía orejas (a consecuencia, sin duda, de una crueldad muy corriente) se acercó a él en cuanto puso los pies en tierra. Le cogió por el brazo y lo condujo a través de calles atestadas. Al cabo de cinco minutos, el niño y él estaban en la puerta de la Casa de los Sueños Extraños. A Annie le asombró que, de entre las muchas que en aquel momento circulaban por la calle, ninguna persona reparase en su bien escenificada entrada.

Se quedó de pie en el vestíbulo, en el que había un puesto de cambio y de empeño. El hombre que estaba a su cargo podía dar un precio por el reloj, dependiendo de que fuera para empeñar o para vender, y también por las joyas, cámaras y otros objetos de valor que se le presentaran. Dos muchachas ataviadas con dos *qipaos* bastante chabacanos (el *qipao* se había convertido en el uniforme de las damas con estilo) pedían precio por un par de pendientes. Más allá, había diversas muchachas de todas las formas y tamaños. El pelo a lo paje estaba de moda. Annie avanzó y entró en una sala llena de humo. De la planta superior llegaba el aroma del opio y el apasionado rumor de los apostadores.

Muchos de los jugadores eran muy pobres. Bastantes de ellos eran culis y trabajadores del puerto que destacaban sobre todo por sus magras carnes. Mientras jugaban, dejaban sus sombreros de paja junto a las paredes, en desordenados montones, y apostaban monedas de penique junto a soldados en fuga, granjeros que habían bajado a la ciudad por unos días y viejos y viejas ataviados con ajadas prendas de seda. Ninguno de ellos se molestaba en subir a la segunda planta, reservada a las personas de clase. Sólo por subir había que dar una propina de dos dólares. El muchacho desorejado estaba en las escaleras. Tenía el rostro demacrado pero lustroso y se dirigía a Annie con impacientes señas.

Annie no le hizo caso y se quedó escuchando los murmullos impenetrables, el tintineo de las monedas y el roce de los billetes. Se acercó a la mesa. Sólo había una, pero era enorme, de diez metros de largo. El crupier tenía ocho ayudantes —*loki* los llamaban— que se sentaban a un lado, acompañados de un cajero. El cajero jefe y el propio crupier, ambos muy mayores, se sentaban en uno de los extremos con actitud casi mitológica.

Abriéndose paso en la sala abarrotada, Annie observó a un grupo de marineros europeos que, como si protagonizaran un musical, se inclinaban sobre la mesa con posturas exageradamente agresivas. Todos ellos llevaban pantalones ajustados, prenda que formaba parte del uniforme que los identificaba, por mucho que procedieran de diversos países y de distintos

barcos. Dos de ellos eran franceses: llevaban la boina adornada con borlas rojas. También había un holandés, un par de alemanes, portugueses, escoceses y quién sabe qué más. Estaban enrolados en buques mercantes y, borrachos como cubas, se jugaban la paga rodeados de chinas jóvenes y preciosas, con *qipaos* y pelo a lo paje, que tocaban sus culos enfundados en sus apretados pantalones.

Marinos. La palabra hizo sonreír a Annie.

Le gustaba ver jugar al *fan tan*, aunque él jamás había jugado. En realidad, él jamás jugaba. Era un rasgo que le definía: nunca jugaba a las cartas, nunca apostaba a los caballos. Había apostado a las cucarachas, cierto, pero en la cárcel, es decir, en una situación especial, desesperada. Además, una vez había apostado por un perro, un galgo. Pero eso era otra historia. Una historia muy larga.

Pese a todo, el *fan tan* le había tentado algunas veces, porque era un juego muy bello. Parte de su encanto residía en su límpida simplicidad, en sus rigurosos pactos con las leyes del azar, en su justicia ritual.

Desde el agujero del techo, rectangular y alargado, y del mismo tamaño de la mesa, los ricos observaban a los pobres apoyados en una barandilla. Aquella abertura era otro de los atractivos del *fan tan*. Annie levantó la vista y pudo ver las caras de los jugadores de clase alta. Los empleados del piso superior colocaban sus apuestas en pequeñas cestas sujetas por cuerdas. En medio del caos, o del presunto caos —hasta que el sonido de la campana imponía un punzante silencio y el crupier principal levantaba la copa plateada e iniciaba su fatídica cuenta—, las cestas caían como aves abatidas para posarse justo delante de los ayudantes del crupier, que tenían delante un plato de cobre de lados numerados —1, 2, 3, 4— y manchado con la tinta de los billetes que lo habían lamido a lo largo de los años. Las cestas caían así porque los empleados no las descolgaban, las tiraban. Era un lanzamiento lleno de destreza que sólo frenaba la cuerda, parecido al de los salvajes de Nueva Guinea que saltan desde la cima de un acantilado de setenta metros atados a una enredadera que mide sesenta y siete y que, de cuando

en cuando, se matan. Cuando la cesta caía, el empleado que sostenía la cuerda —siempre un viejo, a veces demasiado viejo— cantaba con voz característica dónde había que colocar la apuesta —«¡*Fan!*», «¡*Ching!*», «¡*Kwok!*»—, amén de algún que otro melodioso detalle. Qué palabras más maravillosas, pensó Annie.

El semblante de la mujer que lo miraba no era especialmente bello para una china, pero al fin y al cabo las chinas hermosas son, sin la menor duda, las mujeres más hermosas del mundo, de modo que pedir que aquélla lo fuera habría sido pedir demasiado. Pese a ello, se dijo Annie en cuanto la vio, era una mujer extraordinariamente atractiva. Estaba cuatro metros por encima de él, en la penumbra de la planta superior, apostada junto a uno de los crupieres más veteranos de Macao —que debía de estar disfrutando de su noche libre—. Él era gordo, pero ella era muy esbelta. Una mujer esbelta y pequeña que miraba a Annie Doultry.

Le llevaron a una habitación unida por un pequeño puente a Yung Chung, la casa de *fan tan*. Se acordó de la horca del penal Victoria. La estancia era pequeña y anodina y estaba forrada de madera pintada de negro. Encima de una mesa había un ábaco. Al cabo de unos minutos, un criado con el tradicional atuendo negro se acercó a él y lo condujo a una sala larga y estrecha en cuyas paredes colgaban cuadros pintados sobre seda. Había también porcelana, colocada correctamente: Luang Hsi, Chen Lung y Ming; y otros objetos de valor —entre ellos destacaba un elefante de jade con incrustaciones de esmeraldas—, pero la estancia no estaba sobrecargada. Era evidente que quien la había decorado no había pretendido hacer ostentación de riqueza salvo, tal vez, por el biombo que ocultaba uno de sus extremos. Se trataba de una pieza fabricada por el virrey de uno de los primeros emperadores Ming —el virrey Fukien, muy probablemente— y decorada con una pintura en la que aparecía un dragón sobre un fondo marino.

La mujer entró en la estancia sola. Annie la esperaba con las manos entrelazadas en su espalda, contemplando con

cierta solemnidad el elefante de jade. Había dejado la gorra sobre una mesa.

—Siéntese, señor Downtly.

—Me llamo Doultry, señora. Rima con *poultry*.

La dama ni siquiera intentó repetir el nombre correctamente. Más tarde sí podría haberlo intentado, pero continuó llamándole «Downtly», a pesar de que hablaba el inglés extraordinariamente bien, sobre todo cuando quería impresionar a los idiotas.

—¿Sabe quién soy?

—¿Miss Butterfly? —dijo Annie con gesto serio, enarcando las cejas como lo hacía el mayor Bellingham. Miss Butterfly o, en mandarín, Hu Tieh, era la estrella de cine más famosa de China. Era preciosa, había nacido en Cantón y tenía contrato con la Star Motion Picture de Shanghai. La mujer pequeña y esbelta casi sonrió. Annie pensó: «No existe en el mundo una mujer inmune al piropo».

—Soy Madame Lai Choi San —dijo ella. Y Annie supo que había encontrado a alguien de su talla, a un igual, a una mujer que, algún día, podría matarle.

Se sentó en una silla, dejando su gorra en una mesa de madera de endrino elegante y cara, como el resto del mobiliario. Advirtió entonces que la iluminación era suave y agradable; las lámparas no eran de gas, que era lo más habitual en Macao, sino de aceite. La mujer, de mirada inteligente, debía de tener treinta y cinco o treinta y seis años. Estaba sentada frente a él y movía la mano sobre la mesa de forma muy curiosa, como si contase unas monedas. Llevaba un vestido de seda blanco de corte tradicional adornado con dragones verdes en las mangas y collar, pendientes y horquillas de jade. Su piel era oscura, bronceada en exceso para lo que cabía esperar en una mujer como ella. Bajo la luz pálida que reflejaba su vestido, brillaba como el bronce. Annie adivinó que se trataba de una mujer de mar.

—¿Es un pariente? —preguntó, señalando el dragón del biombo, que exhalaba un fuego azul sobre un velero británico o portugués. La pregunta era un cumplido al que la mujer respondió con una sonrisa y una inclinación de cabeza propia

de una viuda china, que es lo que era. En la mano izquierda llevaba sortijas de oro, algunas con esmeraldas, pero en la otra no llevaba nada. Annie se fijó en que tenía las uñas muy cortas y los pies, estrechos y enfundados en unas zapatillas verdes, sin atar, como los llevaban las campesinas o las mujeres que pertenecían a los pueblos del mar.

—Sí, soy tanka —repuso la mujer—. Mi padre era, y el padre de mi padre, y su padre, y hasta que no tengo memoria —explicó, con un ademán de la mano enjovada. Sus gestos estaban impregnados de autoridad y elegancia, como los de un muchacho arrogante—. Somos tanka y poseemos muchos barcos. Y ahora me toca a mí preguntar. Capitán Downtly, ¿qué desea beber?

Annie pidió aguardiente. La china no había oído hablar de este licor en su vida, pero pidió a una doncella (una muchacha muy guapa, se dijo Annie, al verla entrar) que fuera a buscar una botella.

—Señor Downtly —prosiguió—, es usted una persona muy amable. Ha hecho usted un regalo a mi criado. A un sirviente llamado Hai Sheng, maestro de navegación de un barco mío —dijo, con una sonrisa momentánea—. Maestro de navegación de un barco mío, no cocinero del capitán Downtly, ¡oh, no, no, no! —repitió, moviendo el dedo índice. Annie se echó a reír—. ¿Por qué ha hecho usted ese regalo? ¿Por qué ha regalado la vida a Hai Sheng?

—Me debía una cucaracha —respondió Annie.

La doncella volvió con una bandeja en la que llevaba un frasco de porcelana y tres copas pequeñas y exquisitas como cáscaras de huevo. Detrás de ella entró un chino de corta estatura que podría tener la misma edad que Annie. Llevaba un traje de estambre muy bien cortado de color gris oscuro y rayas muy discretas y una pajarita azul con lunares idéntica a la que Annie le había regalado al dentista del penal Victoria. Annie se arrepintió de su regalo.

Madame Lai le presentó al hombre. Se llamaba Chung Hou.

—Es mi administrador —dijo—, aunque nosotros lo llamamos «maestro de escritura».

El hombre estrechó la mano de Annie con cordialidad. Sus gafas tenían una pieza de perlas grandes y curiosas que compensaban la ausencia de puente de la nariz. Era improbable que fuera boxeador o lo hubiera sido, se dijo Annie, así que aquel rasgo tan raro debía de ser de nacimiento. Además, Annie advirtió un bulto que sobresalía de su pecho, en la parte izquierda. Llevaba un traje que estaba demasiado bien cortado para que tales excesos no se notaran.

—Por favor, dale al capitán lo que merece —le dijo Madame Lai en inglés.

Cuando el señor Chung hizo intención de coger lo que él tomaba por una pistola, Annie metió la mano debajo de su chaqueta y, antes de que el chino pudiera desenfundar su arma, sacó su Walther de nueve milímetros del cinturón. El señor Chung no se inmutó y continuó el ademán, a pesar de que Annie había quitado el seguro de su arma con el pulgar. La viuda se echó a reír como una concubina loca. Dio palmas y gritó con júbilo y, para esconder sus grandes dientes y sonrosadas encías, se tapó la boca con un gesto propio de una doncella. El señor Chung sacó tranquilamente una bolsa llena de monedas de oro del bolsillo interior de su chaqueta y la dejó en la mesa de endrino sin mover una pestaña (en todo caso y como les ocurre a muchos manchúes, no tenía pestañas dignas de tal nombre).

—Lo siento, amigo —dijo Annie, levemente abochornado, y volvió a guardar su pistola—. Ya sabes cómo son estas cosas.

El señor Chung hizo un ademán que parecía una imitación del de su señora, pero ni siquiera se molestó en decir: «No importa, no se preocupe». Su inglés, como Annie habría de descubrir muy pronto, no era ni mucho menos tan bueno como el de Madame Lai.

La doncella sirvió el licor y el señor Chung dijo:

—Paciencia, pol favol, capitán. Plonto bebel agualdiente. Ahola bebel este vino chino muy bueno.

El contable tenía algo de ridículo, pero su sangre fría era digna de admiración. Había estado a una fracción de segundo de recibir una bala en el cerebro.

De la bolsa de oro no se hizo mención hasta que Annie aceptó el vino en un vaso de porcelana. Madame Lai explicó que contenía cien soberanos ingleses y dio unos golpecitos sobre ellos. Un gesto bastante vulgar, en opinión de Annie.

—Mil dólares. Es mi regalo, capitán Downty. Por haber regalado la vida a Hai Sheng. Tengo muchos capitanes —dijo con un gesto que remedaba el de la cola del dragón que decoraba el biombo—, muchísimos, pero me gusta cuidar a mi gente.

Annie bebió el licor. Estaba asqueroso. Trató, por así decirlo, de redirigir su asco hacia la bolsa de oro. Dejó la copa en la bandeja y cogió un soberano.

—Señora Lai —dijo, dominando sus emociones—, un millón de gracias, pero no puedo aceptar su regalo.

—Oh, pero tiene que aceptarlo. Yo insisto.

—Señora Lai, jamás he recibido un dólar por salvarle el culo a nadie. Por liquidar a alguno que otro, sin duda, pero no por lo contrario. Yo quería esa cucaracha. Iría contra mis principios recibir dinero por comportarme con cierta humanidad —dijo Annie. Al tiempo que estas palabras salían de su boca, podía oír en su interior el grito: «¿Principios? ¿Pero qué tontería es ésta? Annie, ¿es que quieres volver a apostar? ¿Es que estás pensando en jugarte uno de los grandes por otro de tus estúpidos pálpitos?».

—Tome más vino, por favor —dijo Madame Lai, señalando la botella con un brillo en los ojos. Annie rechazó la oferta con un gesto, con un educado gesto. Podía leer los pensamientos de la china: «¡Demonios! —o como se dijera en chino—, si este tipo no quiere oro británico ni vino chino, ¿qué demonios quiere?».

Silencio, un silencio como el eco persistente de un gong.

Luego:

—¿No gusta vino chino muy bueno? —dijo el señor Chung, arrugando su curiosa nariz.

De pronto, Annie comenzó a exasperarse.

—Señor maestro de escritura, me encanta —dijo—, es la mejor copita de colibrí que he probado en mi vida.

Como si fuera un actor que hubiera estado esperando su pie para entrar en escena, el criado alto ataviado con un elegante traje negro entró en aquel momento con una botella de cuarto de litro de aguardiente Stummelpfenning. Annie se sintió mucho mejor.

El señor Chung, maestro escritura de Madame Lai, hizo una exagerada reverencia y salió en silencio, llevándose la bolsa de oro, por si a Annie se le ocurría cambiar de opinión.

—Sí, estuve observando a usted —dijo la mujer—, quería ver si iba a jugar al *fan tan*.

—Pues estará decepcionada, señora —dijo Annie, llenando su cáscara de huevo con aguardiente por cuarta vez.

—Sí, lo estoy —repuso la mujer, cuya expresión no insinuaba nada más que una continua actitud vigilante.

Annie negó con la cabeza y miró a su alrededor. No sentía ningún aprecio en particular por la porcelana china o por los biombos o por las flores de jade oscuro incrustadas en espejos de metal. Había poseído un espejo de metal, algo oxidado en la parte de atrás, pero más funcional que el que Madame Lai tenía sobre la mesa de palisandro situada delante del gran biombo. Tenía mil años de antigüedad y su superficie, aunque muy reflectante, era peculiar.

—Yo nunca apuesto, señora Lai —dijo—, salvo a las cucarachas.

—¿Nunca juega a cartas?

—No.

—¿Nunca apuesta a caballos?

—No —. Annie podía pasarse días mintiendo.

—¿Nunca apuesta a nada de nada? *Oh, là, là!* —dijo Madame Lai. A saber dónde se había contagiado de aquella expresión, desde luego no había sido en París. Con cada «là», su puntiaguda lengua chasqueaba con esfuerzo contra el dorso de sus dientes de tigresa pero, pese a ello, el «là, là» sonaba más a «ga, ga». Madame Lai advirtió que Annie sonreía y desviaba la mirada al tiempo que ella lo taladraba con la suya, con un esfuerzo por adivinar lo que él estaba pensando que no dejaba de

fatigarle. Sus ojos parecían los rayos de la muerte de H. G. Wells*. Su expresión no cambiaba.

—Una vez aposté por un perro —dijo Annie.

—Por favor, hábleme de ello.

Pausa.

—Yo sabía que apostaba por un perro —explicó Annie, con paciencia—, pero no que se trataba de una carrera. Suponía que apostaba por su vida. —Nueva pausa—. Me engañaron.

—¡Ah! —dijo Madame Lai—. ¡Ah, sí! —Sus ojos brillaban como balas de níquel—. He oído de ese perro, sí —dijo, asintiendo con energía. Habría continuado, pero Annie levantó la mano, su ancha mano de palma rosada, impeliéndola a parar, a desistir, a darle un respiro, un imperativo al que ni siquiera aquella mujer con ojos de bala, uno de los gánsteres más célebres de Asia, pudo oponerse.

—Me engañaron —repitió Annie—. Un amigo mío muy estúpido quiso jugarme una mala pasada —(Ese amigo era Bernardo Patrick Hudson, ese maldito negro).—. Pues bien, este amigo mío me indujo a creer que yo estaba apostando unos cuántos dólares por la vida o la muerte de ese perro, un perro que estaba enfermo. Fue él quien me habló de aquel granuja con un perro enfermo.

Madame Lai miraba a Annie con atención. Comprendía el fondo de la cuestión. El hombre que tenía delante apostaría con gusto por un perro enfermo en cualquier momento. Annie asintió varias veces para confirmar sus pensamientos. Madame Lai había comprendido.

—Pero no hay necesidad de entrar en detalles, ¿verdad? —dijo Annie—. Al final no se trataba de la rabia, sino de una carrera como otra. Me engañaron.

Madame Lai asintió.

—Le engañaron —dijo y chascó la lengua. Annie volvió a asentir. En realidad, le daban ganas de dar media vuelta y marcharse, pero debía seguir adelante, continuar la conversación. Milagrosamente, Madame Lai le echó una mano—. Comprendo.

* De su novela *La guerra de los mundos*. (N. del T.)

Salvo a las cucarachas, no le gusta apostar a carreras de animales; ni le gusta jugar a cartas, ni a *fan tan*. ¿Y la bolsa? ¿Le gusta jugar a la bolsa de Hong Kong?

—No, nada de bolsa —dijo, cambiando el asentimiento por la negativa. Le pesaba la cabeza, que parecía haber adquirido un ritmo propio. Con un gran esfuerzo de voluntad, fue capaz de alterar su dirección y longitud de onda—. Nada de póquer, nada de *backgammon*.

—Pero por la muerte de un perro sí apuesta.

—Si es cuestión de vida o muerte, sí.

—La vida de un perro. ¡Ja! —rió Madame Lai, y advirtió la simetría y lo que significaba. Era una estudiosa de la lengua, una alumna maravillosa. Pero había nacido sabiéndolo todo de los hombres.

—Lo has entendido, cariño —dijo Annie.

Detrás del biombo en el que el gran dragón devoraba los barcos de los bárbaros se sentaba el señor Chung, el contable, el maestro de escritura, silencioso como una esfinge. Se distraía con un solitario incomprensible al que jugaba con una baraja vieja y frágil de cartas con el dorso dorado. La baraja parecía francesa, pero ¿y el juego? ¿Lo había inventado el propio señor Chung? Utilizaba como mesa la última edición del *Atlas del Mundo* de Rand McNally, que había colocado sobre sus rodillas, y escuchaba atentamente la conversación que su señora mantenía con el capitán Doultry, a quien de vez en cuando observaba a través de una de las delgadas aberturas del biombo.

—Es usted un verdadero jugador, señor Dowlty.

—Bueno, no sé. —¿A qué demonios venía todo aquello? El aguardiente empezaba a afectar a su sistema límbico. Definitivamente, había llegado el momento de echarse una siestecita—. Digámoslo de este modo: no me gusta apostar en ningún juego organizado, nena. Apuesto a cosas desorganizadas. A favor o en contra, eso no me importa. Lo intento, me gusta divertirme un poco.

Madame Lai desvió la mirada, lo cual bastó para que Annie se diera cuenta de que ya se había hecho una idea sobre él y deseaba pasar a otra cosa.

—Capitán Downtly, es usted un hombre muy interesante. Gracias por su visita, pero, si permite, tengo asuntos que resolver —dijo Madame Lai, levantándose de su silla con decisión y flexibilidad, como un gato cuando se estira antes de salir de ronda.

Annie la miró. Le gustaba mirar a las mujeres desde abajo hacia arriba tanto como a las mujeres les gustaba lo contrario. Fijó en Madame Lai sus suntuosos y necesitados ojos y consiguió que ella, contra su voluntad, volviera a mirarle. Logró que mantuviera sus balas de níquel en las órbitas de su cabeza. Su cerebro decía, con el abotargamiento de la fatiga: «¿Qué demonios quiere esta mujer?». Su boca dijo:

—Creo que todos hemos de mantener cierto halo de misterio. Ésa es mi opinión. —Madame Lai se quedó donde estaba. Otra vez se había enganchado. «Yo también sé jugar a este juego, señora —se dijo Annie—. Es usted una ladrona superlativa, lo sé porque me lo dice con cada uno de sus gestos. Pero yo soy un mentiroso excepcional» —. Es posible que ese halo deba ser mayor en las mujeres, eso no lo sé —prosiguió Annie, desplegando el delicado arte de encontrar una respuesta—. Pero en todo el mundo ha de haber algo que te haga desear saber más, ¿no le parece? Si le contase cuanto sé de mí, no tardaría en aburrirse.

—Tal vez sí tardaría.

—Tiene que ver con la curiosidad. Está en la naturaleza humana ser curioso. Cuando la curiosidad se ve satisfecha, hay que encontrar un nuevo motivo en que fijarla. ¿O no es así?

—Tengo que atender unos asuntos —dijo Madame Lai. Se había puesto nerviosa.

—Tiene usted algo, señora Lai, que me intriga y me interesa. ¿Puedo interesarme por ello?

—Es posible que no le conteste. —Y tenía miedo.

Annie sonrió como queriendo decir «Allá tú, nena».

—Estamos solos, ¿verdad? De modo que cualquier cosa que diga, cualquier cosa de naturaleza personal, quedará entre nosotros. Quiero decir, nadie más puede escucharnos. Aquí estamos solos usted y yo, ¿no es así?

—Sí, así es —respondió Madame Lai, con la mirada fija en Annie.

—Entonces ¿qué hace el señor Chung sentado detrás del biombo? ¿Detrás de mí, a la derecha?

Madame Lai no se inmutó. Ni siquiera apresuró su respuesta, ni siquiera se molestó en sonreír.

—Oh, no es más que un criado. Estoy sola. Estamos solos.

«Buena respuesta», se dijo Doultry con satisfacción, pero no se rindió.

—Nunca había visto a un criado chino con un traje de trescientos dólares hecho por un sastre inglés.

—Está esperando porque tenemos que hablar de negocios. Ahora, tengo que irme.

—Ahora, tengo que sonreír —dijo Annie.

—Sonreír embellece la cara —repuso Madame Lai.

—Sólo si tienes una dentadura bonita.

—Sus dientes están bastante bien. Voy a darle una cosa, algo pequeño que tiene usted que guardar, por favor —dijo Madame Lai, y se acercó a otra mesa de la que sacó un azulejo de *mahjongg* con un signo rojo en su cara vista y una incrustación de jade en el dorso. Se lo entregó a Annie—. Es posible que, más adelante, quiera que nos veamos. Mi criado llevará la misma piedra, la misma exactamente.

Annie miró con detenimiento el objeto. Llevaba la señal de las tres bolas (una elección sagaz, se dijo) y la incrustación de jade retrataba a un tigre de meticulosa ferocidad. Lo guardó en el bolsillo.

—Si no acudo —dijo—, se lo devolveré.

—Guárdelo. Tengo muchos más.

—¿Me va a llevar al cine?

—Quizá. Adiós, capitán Annie Dowltry.

El criado vestido de negro abrió la puerta. Annie hizo una reverencia —anticuada, como es debido— y se marchó.

Asomado a la barandilla de la segunda planta de la casa de *fan tan* se observaba a los individuos que se agolpaban alrededor de la mesa. Se veía también a los cajeros, que con sus

blancas manos manipulaban cien monedas distintas. Había billetes chinos emitidos por una docena de bancos diferentes y cuyo valor estaba escrito en taels. Un tael equivale a una onza de plata, pero en China, como sucedía con todas las unidades de peso y longitud, el tael variaba en peso de una provincia a otra, de modo que los cajeros se veían obligados a consultar una tabla. Los antiguos dólares de plata chinos con el emblema del dragón, los nuevos dólares Yuan Shih-kai emitidos por Pekín y los medios dólares de plata acuñados en Yunán por el gobernador Tang con el busto de Su Excelencia se veían en grandes cantidades. Los dólares americanos, los soberanos británicos y los pesos portugueses también eran bienvenidos y, como es lógico, los dólares hongkoneses eran la moneda dominante, al menos en lo que a cantidad se refiere. Los viejos dólares «comerciales» de plata americanos, los dólares de plata mexicanos y la moneda japonesa, de gran pureza, se exhibían en montones bien visibles para dar más clase al lugar. Las piastras de Saigón eran sometidas a un examen riguroso por miedo a las falsificaciones y guardadas en un cajón. Pero todas esas monedas eran de curso legal en China y, cómo no, también en Macao, y la casa de *fan tan* las acogía con los brazos abiertos.

La tarea de los cajeros no era fácil, por eso había tantos. Después de cada jugada, mojaban sus pinceles en un vaso de tinta y anotaban la recaudación en libros de gran tamaño al tiempo que sus ábacos resonaban sin cesar durante días y noches, porque la casa de *fan tan* jamás cerraba.

Se tardaba entre quince y veinte minutos en colocar todas las apuestas. Los jugadores consultaban sus complejas notas, un empleado repartía tarjetas con columnas con un cero, un II, un III o una cruz que ofrecían una relación de los resultados del día hasta la última apuesta. Esas señales equivalían, respectivamente, a uno, dos, tres y cuatro. Así de simple. El juego en sí sólo era un poco más complicado. Un ayudante del crupier colocaba el dinero en uno de los cuatro lados del plato de cobre sobre el cual estaban inscritos los signos mencionados. El *fan tan* es un juego donde sólo uno de cuatro números puede aparecer; si se gana, el cajero paga cuatro veces la cantidad apostada

(menos el diez por ciento, que retiraba la casa, lo que se traducía en mucho dinero en juego y el ruido incesante de los ábacos, tranquilizador para el alma en carne viva del jugador). Pero los jugadores habituales solían apostar a un par de números. Esta apuesta se llamaba *kwok* y reportaba el doble de lo jugado. También se podía jugar a *ching*, lo cual significaba jugar a un solo número y neutralizar otros dos. Si aparecía el número, un *ching* también proporcionaba el doble de la apuesta y sólo se perdía si salía el cuarto número. Desde el punto de vista de la probabilidad, *ching* era más seguro que *kwok* y era la jugada más recurrente de los jugadores profesionales de *fan tan*.

Había un cuarto tipo de apuesta: *lim*. Consistía en apostar a un solo número, manteniendo neutro un segundo. Sólo se perdía, por tanto, si salían los otros dos. Si se ganaba, se recaudaba el triple de lo apostado. Por motivos místicos, se decía, sólo las personas nacidas en el año de la rata podían apostar a *lim*, porque generalmente ganaban. Los demás solían perder. Todo jugador de *fan tan* había comprobado la invariabilidad de esta regla universal.

Las cestas subían y bajaban. Desde el piso superior, los viejos *loki* cantaban las instrucciones de sus clientes mientras Annie se asomaba a la pulida balaustrada de teca, observando. En su mano izquierda acariciaba la pieza de *mahjongg* que le había entregado Lai Choi San. Un canario gorjeaba en la jaula que colgaba en la ventana más próxima, que tenía los postigos entrecerrados para mitigar el sol abrasador de la tarde de Macao. El bullicio de la calle quedaba silenciado por el murmullo constante de la casa de juego. Allí arriba, Annie se encontraba entre los jugadores de verdad.

Algunos turistas, en su mayoría británicos de Hong Kong, también habían subido. Enfrente de Annie había un ingeniero jefe de rostro redondo y sonrosado y de hombros casi tan anchos como los de Annie. Era un jugador, no era la curiosidad lo que le había llevado allí. Con los chinos, los británicos son los jugadores más obsesos del mundo, circunstancia que, para todo aquel que quisiera tomar nota, apuntaba a cuál habría de ser el futuro de Hong Kong.

La blanca calva del crupier principal relucía como un melón. Delante de él tenía un montón de monedas de cobre a las que los chinos, que fueron quienes inventaron esta denominación, llamaban «metálico». Se trataba de monedas antiguas, con un agujero que permitía llevarlas en un cordón. El crupier recibía señales de sus ayudantes, que le informaban del progreso de las apuestas. Cuando veía dinero suficiente en la mesa, cogía un recipiente metálico de unos quince centímetros de diámetro y rematado por una manecilla de metal y lo empleaba para tapar un montón de metálico con un movimiento diestro y relajado. A continuación, movía un poco el recipiente. Era imposible adivinar cuántas monedas escondía.

El crupier esperaba unos momentos, observando a los jugadores a través de sus implacables lentes. Y llegaba el frenesí definitivo, cuando aquellos que hasta entonces habían vacilado daban un paso al frente o aceptaban su cobardía. Eran instantes muy prolongados, bajo el peso de la inminente revelación. Hechizados por el brillo metálico del recipiente, cuya sentencia guardaba todavía en secreto, los jugadores lo asediaban con la exhortación de sus miradas y, sucumbiendo a la fantasía de una visión sobrenatural, apostaban sumas excesivas. En aquellos últimos minutos en los que el tiempo se estiraba era frecuente que las apuestas que había ya sobre la mesa se duplicaran o triplicaran. Aquel día, Annie observó que el *loki* del ingeniero jefe hizo bajar, en el último momento, su cesta cargada con doscientos dólares a *ching*. Un poco más allá, un joven chino con aspecto de intelectual y ataviado con un fino vestido azul bordado optó por la máxima apuesta: mil quinientos dólares.

El crupier tocó la campana con la palma de la mano derecha. Se hizo el silencio. Annie pudo escuchar el vuelo de las moscas y el roce de los vestidos.

El crupier levantó el recipiente, revelando el secreto. Cogió una varita de marfil semejante a la batuta de un director de orquesta o a un palo chino muy refinado y, con gestos llenos de elegancia, dividió las monedas en tres columnas. A continuación, las fue arrastrando hacia sí en grupos de cuatro con la punta de la vara. Por regla general, solía haber entre treinta y

sesenta. Mucho antes de haber terminado, los ojos de los expertos las habían contado y algunas voces de triunfo o amargura anunciaban el resultado, discutiendo, frenéticamente, en muchas ocasiones hasta que llegaba el momento de la verdad y sólo quedaban en la mesa cuatro, tres, dos o un disco de metal para anunciar qué era verdad y qué vana esperanza.

Y eso es todo, se dijo Annie, irguiéndose y metiendo la pieza de *mahjongg* en el bolsillo del pantalón antes de bajar a la planta inferior. Subió al *ferry* de Hong Kong a tiempo de tomar una buena cena.

Pocos días después, Annie había conseguido organizarse y el *Sea Change* navegaba rumbo suroeste a través del canal del Sulfuro. La intención era rodear West Point y llegar a Aberdeen, en la costa meridional de la isla de Hong Kong.

Aberdeen era la aldea china que originalmente había en la isla. En su puerto, que se encuentra al abrigo de un islote, amarraban diez mil juncos, porque era todavía el cuartel general de las mayores flotas pesqueras de China. A Annie le gustaba fondear en él cuando había pocos negocios que hacer, porque era discreto y porque la tarifa de atraque no pasaba del cuarto de dólar diario ni siquiera para un barco de noventa toneladas.

Annie había instalado el diésel, un Perkins 4, en 1925, un buen año —ésa también es otra historia—. El diésel era muy cotizado en la época; a Annie le situaba a la altura de las lanchas de vapor, con las que tenía que competir en los negocios costeros, y facilitaba sus desplazamientos por el delta de Cantón. Por supuesto, en viajes más largos había que contar con el viento, lo que suponía un gran ahorro y competir dólar por dólar en las cargas que alcanzasen sesenta toneladas, que eran su límite, y pese a todo conseguir unas ganancias apreciables. Además, con una tripulación compuesta por cuatro o cinco chicos y un viejo (prefería a los malayos o a los lascars*, a quienes no les importaba adaptarse a los aparejos occidentales, antes que a los chinos o filipinos, los primeros porque eran díscolos y los

* Con la palabra lascars se denominaban los hombres de Manila. (N. del T.)

segundos porque eran demasiado emotivos), amén de Barney, los gastos no eran precisamente elevados aunque en la bodega no llevara más que algunas docenas de fardos de seda o algunas cajas de té o lo que el agente quisiera ofrecerle. (Annie mantenía tratos con Crawford and Perry, a la que no le importaba los fletes de poca importancia y, cuando uno se ganaba su confianza, hacía la vista gorda con muchas regulaciones estúpidas como las que imponían sanciones por errores y omisiones cometidos al rellenar los formularios). En conjunto, comerciar en pequeñas cantidades tenía muchas ventajas.

Aunque el capitán Doultry había trazado una línea de la que había dejado fuera al opio, no lo había hecho por motivos morales, sino porque, en todo lo referente a esta droga, las cosas se estaban poniendo cada vez más difíciles en Hong Kong. China entera volvía a estar anegada. En las grandes provincias del interior —Yunán y Sechuán, en Hunán, y Guizhou y Shensi—, las adormideras se habían adueñado de grandes extensiones donde antes se plantaba arroz; era el cultivo que dejaba mayores beneficios. Según algunas estimaciones, más del setenta por ciento de la población urbana de China fumaba opio o tomaba pastillas de morfina. En Hong Kong, el nerviosismo de los británicos iba en aumento, y es que el contrabando de opio se les estaba yendo de las manos. La policía, notablemente corrupta a pesar de que muchos agentes procedían de la calle (al fin y al cabo, eran chinos), por fin comenzaba a tomar medidas, como Annie había podido comprobar en el penal Victoria.

Un chico al que Annie había bautizado como McNab estaba al timón. Era de corta estatura y en absoluto estúpido. Era un lascar nacido en Borneo con buenos conocimientos sobre los misterios del diésel que, supuestamente, era el territorio de Barney. McNab era hermano de Sock, que tenía quince años y estaba a cargo del trinquete. Annie era bueno con estos chicos; era eficaz. A veces incluso les pagaba. Algunas veces se portaba con ellos como un abuelo o como un padre, otras era brutal e histérico. Impredecible era su segundo nombre. Pero algo debía de estar haciendo bien, porque los chicos le eran fieles. Y el viejo, un tahitiano, llevaba años con él.

El monótono sonido de un piano tocado de nota en nota flotaba sobre la burbujeante estela que dejaba el *Sea Change*. A tres kilómetros en dirección este las faldas del monte Davis caían casi a pico y, al oeste, surcaba el mar una flota pesquera de unos cuarenta juncos cuyas siluetas se recortaban con claridad sobre el horizonte. Annie estaba sentado en su litera, cosiendo un botón de su segunda mejor camisa. Entretanto, Barney afinaba el piano. El sonido de un piano mientras se afina resulta irritante para muchos, pero a Annie le agradaba: le parecía un símbolo de paz, una concesión a la armonía. Esta armonía debía mucho, sin duda, al dulce y fresco olor a negocio que flotaba en el aire. Barney se había percatado de ello, había señales inequívocas: si Annie estaba cosiendo los botones de sus camisas, es que había negocio a la vista. Para el patrón, coser camisas era como prepararse para la batalla.

Era la primera vez desde que Annie había salido de la cárcel que Barney y él no tenían ganas de romperse la crisma mutuamente. Tal vez fuera la sensación de deslizarse otra vez sobre las aguas.

Annie se puso a cantar:

*Se hicieron a la mar
en un birrioso cedazo,*

Barney sonrió sin poder evitarlo. Llevaba años oyéndole cantar a Annie las canciones cómicas y absurdas de Edward Lear. Annie incluso le había comprado un libro en el que aparecían recopiladas, el libro con el que él había aprendido a leer. El hombre de Tupelo, Misisipí, se sumó a su capitán:

*a pesar de los consejos
de sus amigos más sabios,
con un viento endemoniado,
bajo un cielo negro y agrio,
se hicieron a la mar
en un birrioso cedazo.*

Finalmente guardaron silencio. Annie, que llevaba puestas las gafas, fue el primero en interrumpirlo.

—No lo comprendo —dijo—. Vive en un barrio repugnante, pero tiene una casita de lo más lujosa. Y es muy, pero que muy elegante.

—¿Quieres que afine el piano? Pues cierra el maldito pico.

—Llevaba un vestido de seda blanco... te habría encantado, Barney. Y pendientes, joyas... Ah, una mujer con clase. Y con un cerebro de mangosta —dijo Annie, dando unos toquitos sobre su sien plateada. Su gorra de capitán era una talla menor de la que le correspondía, pero a él le gustaba cómo le quedaba—. Tenía respuesta para todo. No he conocido en mi vida a una chinita que hable inglés tan bien como ella.

—Yo conocí una —dijo Barney, que tocaba sobre un agudo una y otra vez—. Hablaba mejor que yo.

—Es una mujer de negocios —dijo Annie, y cortó el hilo con los dientes—. No es como esas chinitas ricas que nunca ven a nadie. Esa dama sabe por dónde se anda —añadió, bajando los brazos y mirando al gato. El animal se llamaba *Lord Jim*. Al final, resultó que *Lord Jim* no era gato sino gata, pero Annie no quiso cambiarle el nombre. Annie abrió una pipa de melón y *Lord Jim* saltó a su rodilla para engullirla. Era una gata aficionada a las pipas de melón, siempre y cuando se las dieran abiertas, claro.

Muy sabiamente, Annie no había querido decirle a Barney que había dicho que no a recibir uno de los grandes a cambio de nada. Le entraron tentaciones, pero el hombre se habría molestado, no lo habría comprendido. Se habría puesto a dar gritos, a aullar. Por su parte, él todavía estaba tratando de entender y aceptar su decisión, lo cual había sido motivo de muchos silencios prolongados e incómodos. Incluso según los parámetros de impredecibilidad de Annie Doultry, cualquier hombre con un mínimo de cerebro le habría preguntado si había perdido la cabeza. Sólo podía explicar el asunto diciéndose que era otro de sus pálpitos. Una apuesta. Claro que esta explicación le servía para aceptar y soportar cualquier decisión, por absurda que fuera. Sus silencios habían dado paso a pro-

fundas reflexiones acerca del modo en que Madame Lai Choi San era capaz de escudriñar el cerebro de un hombre con aquellos ojos que parecían surgidos de la imaginación de H. G. Wells.

—¿Qué demonios pretende? —preguntó en voz alta, dirigiéndose a *Lord Jim*.

Barney profirió un elaborado juramento.

—¡Cállate ya de una vez! ¿Cómo coño quieres que afine este trasto si tengo que estar pendiente de tus malditos comentarios? —dijo y, girando sobre la banqueta del piano muy lentamente, fijó en Annie sus ojos amarillos—. Pero, vale, de acuerdo, como sé que estás esperando que te lo pregunte, te lo voy a preguntar: ¿te la follaste?

Annie sacudió la cabeza y suspiró, chasqueando la lengua. No era una respuesta negativa a la pregunta de Barney, era una señal de preocupación por las ideas tan groseras que cruzaban por la mente de su amigo.

—Mira, en estos momentos, no digas nada, no me hables. No se te ocurra hablarme cuando le estoy dando de comer al pájaro... digo al gato. No puedo concentrarme.



EL JUEGO DE MADAME

Era hora de reparar el *Sea Change*, antes de fundir los dólares en otras cosas. Una copa aquí y una chica allá (una combinación a la cual, después de probarla y con no poco ingenio, Annie se había referido en alguna ocasión llamándola «cock-tail party»*) y no tardaría en estar otra vez sin blanca. Así pues, compró una vela de segunda mano en buen estado (lona número 2) a un veterano artesano chino que le parecía de fiar y se aseguró de que Barney la colocaba como era debido. Luego se dirigió a los muelles y allí dejó el barco dos días y una noche para que limpiasen el motor y reparasen la radio. Y así fue como el *Sea* recuperó su buen color y el capitán Annie Doultry volvió a quedarse sin un dólar en el bolsillo.

Annie sonrió al pensar en esta sucesión lógica y ordenada de acontecimientos y volvió a sonreír — esta vez para sí, con esa sonrisa que los demás nunca ven — al comprobar que un sampán se acercaba a uno de los costados del *Sea Change*.

* Juego de palabras: *cocktail* es «cóctel», *cock* es «falo, verga». (N. del T.).

—¿Qué quiere? —preguntó a un chino anciano ligeramente menos magro que el estrecho remo con el que gobernaba su embarcación.

—¿Capitán Dowty?

—El mismo.

El viejo levantó el brazo que tenía libre y, en el aire de la tarde, Annie pudo ver un destello blanco. El objeto, muy pequeño, voló hacia él y aterrizó en su manaza sin el menor ruido. Era un azulejo de *mahjongg*, la llamada que Annie había estado esperando. Aunque no sabía si sentir alegría o temor.

—¿Viene? —preguntó el viejo.

—Enseguida, amigo —repuso Annie.

El sampán se abrió paso a través de los diez mil juncos. El anciano manejaba el remo con gran economía de movimientos. Un niño se sentaba en la proa con un sombrero calado hasta los ojos, que tenía fijos en Annie. La luz del cielo se iba disipando.

Annie no sentía aprensión, sino una gran euforia. Aspiró las fragancias a flores y pescado que inundaban el aire y observó con un placer inextinguible el misterioso momento en que los diez millares de juncos encendieron sus farolillos casi como si fueran uno solo. Esta acción marcaba el inicio de la noche. Los imprescindibles palos de incienso se encendieron ante los altares que adornaban embarcaciones grandes y pequeñas: altares a Tin-Hau, diosa del mar y de los tanka. El nombre chino para el puerto de Aberdeen es Heung Kong: puerto de las Fragancias. Quizás el olor del incienso, que se sumaba al de las flores y el pescado, y a comida fuera su origen. Annie recordó que la ciudad flotante que estaba atravesando era en realidad la madre de Hong Kong. Merecía la pena reseñar que los cimientos de aquel lugar fueran acuosos, y así se lo dijo Annie al chico de muchos modos distintos. Avanzando en silencio por las avenidas líquidas, más allá de las modernas moradas de madera de la ciudad, de sus inclinados andamiajes de mástiles y de la estentórea risa del crepúsculo, Annie sucumbió a su vena romántica y encendió un cigarrillo.

Avanzaron rumbo sur por el canal de Aberdeen y pasaron el rompeolas para entrar a sotavento de un islote llamado Ap

Lei Pai donde, al otro lado de los juncos, el accidentado litoral daba paso a las llanuras pantanosas de la pequeña bahía de Tai Shue Wan. Era el límite de la ciudad del agua, guardado por grandes juncos transoceánicos que fondeaban en soledad en lugar de borda con borda. Cruzaron un tramo de mar abierto, abandonando el estuario de la ciudad del agua, y la noche cayó de pronto. Llevaban una hora remando cuando Annie vio luces y el bulto de un gran navío apareció en medio de la oscuridad con extraña brusquedad. Annie se preguntó si, durante unos instantes, se habría quedado dormido.

Era el junco más grande que había visto en su vida. Grande o mayor que los de los viejos comerciantes de Fuzhou que, procedentes del norte, todavía recalaban en Hong Kong de cuando en cuando. Se trataba de un *mi-ting*, un mercante de tres mástiles construido a la manera tradicional cantonesa, aunque con casco de hierro, cosa rara en aquellos días. Quizás fuera muy viejo, eso era imposible de precisar, porque los chinos no habían cambiado el estilo ni los métodos de construcción de sus barcos desde hacía doscientos años o más. El castillo de popa se elevaba ocho metros por encima del agua y la pala del timón, enorme, estaba perforada por unos agujeros cuadrados que le permitían incrementar su movilidad. Tenía, aproximadamente, la misma eslora que el *Sea Change*, pero era mucho más ancho. Mientras subía por la escala para llegar a cubierta, Annie calculó que debía de desplazar unas doscientas cincuenta toneladas.

Vio a pocos hombres de la tripulación. Los barcos de aquel tamaño tenían varias cubiertas y todas bastante espaciaosas. A proa y a popa se veían algunas luces debajo de los toldillos. Junto a la escala había un hombre de corta estatura pero muy fornido que llevaba al cinto una pistola máuser de cañón largo y dos cinturones de cartuchos cruzados sobre el pecho. Sonrió. Más allá pudo distinguir la silueta de unos diez hombres que rodeaban un par de braseros de carbón junto a los que estaban cenando. El tintineo de los boles de arroz y el alegre sonido de las voces le parecieron tranquilizadores. No se molestaron en mirar a Annie, que se fijó en la popa. Allí, en el castillo, ante la

luz que subía de los camarotes, divisó la inconfundible silueta del señor Chung, el maestro de escritura, que llevaba un traje blanco luminoso como un pájaro. Sus gafas emitían destellos.

Tampoco le pasaron desapercibidos, era imposible, los doce cañones, seis por costado, que estaban amarrados a la cubierta y ocultos por gruesas planchas de hierro que, sujetas por unos cables situados justo sobre los macarrones, tenían sin duda el fin de protegerlos y de disimularlos. La mayor parte de las piezas parecían viejos cañones de doce libras de los que se cargan por la boca, pero, al acercarse a la popa, Annie se fijó en que al menos cuatro de ellos eran modernos cañones de setenta y cinco milímetros, constituían la artillería de campo básica del ejército chino (y eran copia de los Schneider franceses) y estaban instalados sobre cureñas especiales para adecuarlos a su nuevo papel. No tuvo tiempo de observar nada más, porque el señor Chung se aproximaba a él. Desde el castillo de popa, unas figuras en sombras se giraron para mirarlos.

—Capitán Downtly —le saludó el maestro de escritura con una reverencia. Su aspecto era impecable. «Menudo sastre tiene este tipo», pensó Annie, levantándose la gorra con semejante educación—. ¿Qué tal va todo, capitán?

—Estoy algo confuso, señor maestro de escritura —repuso Annie, mirando a su alrededor con gesto de sorpresa. Tenía la impresión de que en aquellas circunstancias era la actitud apropiada.

—Capitán Downtly, Madame Lai alegra mucho que usted venga a vela. Enseguida viene. Pol favol, espele aquí —dijo el señor Chung y, con gran ceremonia, condujo a Annie a través de una puerta baja. El propio señor Chung tuvo que agacharse un poco, Annie casi tuvo que encogerse. Se dobló por la cintura para evitar el ahumado techo y dio gracias al ver unos bancos colocados junto a las paredes de la estancia. Estaba en la sala del timón, que, además, servía de cuarto de derrota. La caña del timón no era más que un palo unido a la pala por sogas y poleas para que un solo hombre se bastase para gobernar la nave si era necesario. Ese hombre debía responder como un motor a las órdenes que le gritaban desde la cubierta del

castillo de popa donde, durante la navegación, iba el *lio-dah*, el capitán.

Una lámpara de aceite oscilaba sobre un giroscopio. Junto a la mesa de navegación había un armario lleno de cartas marinas y una vieja brújula inglesa colocada sobre un armazón de bronce, todo lo cual constituía un equipo muy raro en un junco chino*. Asimismo, había dos estanterías que contenían un fusil Lewis y varios cargadores. «Este barco es un polvorín flotante», se dijo Annie.

En los mamparos de popa había otras dos puertas correderas lacadas en rojo. Conducían a los camarotes de la propietaria y del capitán. Una se abrió y tras ella apareció Madame Lai.

Ahora no necesitaba adoptar ninguna pose. Parecía cambiada, en su elemento. No llevaba ninguna joya ni adornos de jade y vestía una levita y pantalones, ambos de algodón negro y bien cortados, pero no muy distintos al traje de los domingos de cualquier culi cantonés. Además, iba descalza, como sus hombres. Detrás de ella iba una muchacha, su doncella, o *amah*, vestida casi igual pero con la cabeza envuelta en un chal. La chica se puso en cuclillas y miró a Annie con ojos nerviosos y casi perfectos. Su ama no se sentó. Prefería moverse y sentir el océano bajo sus pies.

— Buenas noches, capitán Dowlty. ¿Le apetece tomar té? ¿Prefiere aguardiente? —preguntó, con una pronunciación perfecta.

— Tomaré ambas cosas, gracias —respondió Dowltry, y añadió—: Perdona que no me levante.

Madame Lai sonrió, era algo que a Annie no le costaba conseguir, y se disculpó por la larga travesía en el sampán. No importa, repuso él, la había disfrutado. Sentía curiosidad, añadió, por saber cómo le había seguido la pista con tanta precisión. (En realidad, sabía que era fácil para alguien con los recursos

* Los juncos chinos solían llevar unas brújulas de fabricación artesanal. En el mejor de los casos, consistían en una piedra imantada que oscilaba sobre un pivote colocado en una caja de madera. No habían cambiado en más de dos mil años. Los chinos fueron los inventores de la brújula pero, al parecer, no estaban interesados en mejorarla.

de Madame Lai, pero también sabía que cierta adulación nunca venía mal). Madame Lai respondió con uno de sus pequeños ademanes, un gesto diminuto capaz, no obstante, de transformar los acontecimientos.

—Sigo la pista de muchos barcos, de muchos. Barcos grandes y barcos pequeños. Pero seré sincera: he venido aquí para hablar con usted. Mi barco, este barco tan magnífico que mi padre llamó *Tigre del mar de hierro*, salió de Macao esta mañana temprano para que yo venga a verle.

Una segunda *amah*, más robusta y no tan guapa como la primera, les llevó té y Stummelpfennig (la misma botella que anteriormente: una nota económica a la hospitalidad de Madame Lai). Mientras Madame Lai y Annie intercambiaban cortesías, entró el capitán Wang Ho, patrón del barco. No tenía más de cuarenta años y era un hombre guapo y tranquilo que, en el cuarto de derrota, también debía encorvarse. Vestía levita de teniente de la Marina Real británica a la que, muy cuidadosamente, una de sus esposas había añadido dos barras para denotar su grado, el de capitán. Se había calado una gorra de coronel del ejército portugués, en buen estado y con visera, y llevaba su máuser en una cartuchera de cuero y madera. Le faltaban varios dedos de la mano izquierda y apenas hablaba inglés. Madame Lai se lo presentó a Annie de manera muy formal. El capitán saludó a Doultry con una reverencia y, sin más, se retiró.

Durante todas estas ceremonias, Annie siguió sentado en el banco. Tenía las manos apoyadas en las rodillas y se esforzaba por mantener una actitud abierta y receptiva. Pero cuando volvió a quedarse a solas con Madame Lai (y con la preciosa *amah* que se sentaba en cuclillas), Annie dijo:

—Madame Lai, me gustaría que me dijera lo que quiere que haga, cuándo quiere que lo haga y cuál es la paga.

Madame Lai adoptó su actitud más dulce.

—A los chinos nos gusta tomar tiempo antes de hablar de negocios —dijo, dando un sorbo a su tercera taza de té. Era té *pao-li*, negro como el café etíope—, pero como tiene usted la costumbre de hablar los asuntos con prisa, yo haré igual

—añadió, y le dijo que era propietaria y capitana de dieciséis juncos armados—. El *Tigre del mar de hierro* es el más fuerte, pero no el más rápido. Tengo dos juncos muy rápidos, de quilla muy, muy suave —afirmó, con un movimiento de la mano.

Annie Doultry estaba cautivado por aquella mano y notó el raro y apremiante deseo de sentir sobre su piel aquellos dedos.

—Soy ladrona de barcos —dijo Madame Lai, con un susurro—. He robado muchos, muchos barcos. Éste es mi trabajo y era el trabajo de mi padre, así que sé lo que hay que hacer —aseguró, con una sonrisa—. Soy la mejor ladrona de este mar —añadió, con un ademán hacia el sur y otro hacia el este. «Eso es mucho decir», se dijo Annie. Madame Lai prosiguió, sin mirarlo. Mientras explicaba su posición, frunció el ceño ligeramente—. Hago muchos negocios de menor importancia, mantengo este mar en orden para los pescadores. Antes había muchos piratas en Macao, en Hong Kong, pero yo los eché —explicó, con una leve sonrisa—. Tuve que matar a muchos, tuve que hundir sus juncos. Después, todos se fueron, todos esos piratas pequeños. Yo cuido a los pescadores, así que los pescadores me pagan. Todos los patrones me pagan. Cuido de cuatro, cinco o seis mil juncos.

Annie asintió educadamente. Madame Lai disfrutaba explicando su esfera de influencia como cualquier otro hombre de negocios de Hong Kong. Interrumpirla habría sido una falta de educación imperdonable.

A continuación, Madame Lai dijo que en 1924 había comenzado a robar los barcos del hombre blanco. Era una decisión puramente empresarial, aseguró, esforzándose para que Annie entendiera que en absoluto la impulsaba el odio hacia los extranjeros.

—Los barcos de los *gwai los* —añadió, casi inadvertidamente— han quitado los mares y los ríos a mi pueblo.

A continuación ordenó a su criada que fuera a buscar más té. *Gwai lo* era el término del lenguaje coloquial que los chinos empleaban para denominar a los blancos. Un término absolutamente despectivo al que no era educado recurrir en una conversación formal. Resultaba extraño oír esta palabra en labios

de Madame Lai. Era, pensó Annie, como observarse a sí mismo en un espejo chino de metal hablando de los *chinitos* del mismo modo informal e inofensivo.

Annie bebía aguardiente ya sin medida. Por un lado, su última resaca acababa de remitir; por otro, deseaba concentrarse. Tenía la impresión de que, muy pronto, se vería obligado a tomar una decisión —o a hacer una apuesta, lo cual, en su opinión, era una forma más sencilla de abordar las decisiones más importantes.

Madame Lai dijo que durante el año anterior había robado cinco barcos de los *gwai los*. Entre ellos, presumiblemente, el *Sunning*, en cuyo asalto había intervenido el pirata Li Weng-chi, a quien habían ahorcado bajo la ventana de la celda de Annie en el penal Victoria. Sin duda, su fracaso —desliz poco frecuente entre los piratas bien organizados— había conducido a una disputa con el señor Hai Sheng, «maestro de navegación de uno de mis barcos». A Annie le habría gustado preguntarle a Madame Lai acerca de este asunto, pero le pareció absurdo interrumpirla. Al fin y al cabo, le contaría lo que quisiera, ni más ni menos. Por lo demás, parecía obvio que para Madame Lai era muy importante que Annie comprendiera que se trataba de una mujer poderosa y de gran éxito. En este extremo era muy precisa y no desperdiciaba palabras ni gestos en ello. Todas sus frases iban al grano, y también cada uno de sus gestos, por sutiles que fueran, como las olas que bañan una playa de Tahití.

—Al final de la luna que ustedes llaman junio, robaré el *Chow Fa*.

El capitán Doultry se acarició la barba. Era hombre de mar y odiaba la idea de la piratería tanto como sus recientes triunfos. Pero, además, era un aventurero y no podía negar el arrojo de los criminales del mar. En el mismo año 1927 los piratas habían asaltado ya catorce barcos de vapor. Como casi todos los barcos atacados desde 1919, los catorce buques de 1927 habían sido llevados a Daya Wan, un enorme laberinto de islas y marismas situado a unos cien kilómetros al este de Hong Kong. En Daya Wan, los piratas descargaban el botín, desembarcaban y echaban a los muertos en las aguas cenagosas.

Daya Wan era una región de aldeas de pescadores y refugio de piratas desde hacía siglos. Los jefes de las bandas de piratas, los que organizaban y financiaban los ataques, vivían en otros lugares. De ninguno se sabía su paradero, a ninguno se le había intentado localizar. Sus identidades eran materia de interminable especulación.

Annie encendió otro cigarrillo. Madame Lai Choi San se paseaba por el cuarto de derrota del *Tigre del mar de hierro*. No quería sentarse, aunque, enfrente de Annie, había otro banco.

—¿Ha oído usted hablar del SS *Chow Fa*, capitán Doultry?
—preguntó por fin.

—Sí.

—¿Sabe su desplazamiento?

—Unas diez mil toneladas —respondió Annie—. Es de bandera británica, pertenece a la línea Indo-China y hace la ruta Manila-Hong Kong... o la hacía.

—Conoce usted este negocio, capitán. ¿Sabía usted que ese barco lleva plata?

—No —respondió Annie, aunque eso había oído.

—Creía que sí lo sabía. No importa. El *Chow Fa* lleva plata a Hong Kong cuatro, cinco o seis veces al año. La plata procede de Loofang, de las islas Filipinas, y es de muy buena calidad. El Banco de Shanghai y Hong Kong compra muchas toneladas para fabricar dólares hongkoneses. El noveno día de la tercera luna sale de Manila un cargamento de plata. Lo voy a robar.

Se hizo el silencio, un largo silencio. Madame Lai se quedó mirando su té. Annie se sirvió un pequeño trago de Stummelpfennig.

—Eso es muy interesante —murmuró—. Ha dejado usted de beber té.

Madame Lai respondió con un tono bastante maternal.

—Capitán Dowlty, el señor Chung, mi administrador, cree que usted es una persona excelente, un hombre magnífico. Eso cree y yo creo igual. Ha investigado por todas partes. El señor Chung es una persona muy cuidadosa, muy escrupulosa.

—Estoy seguro de que, si trabaja para usted, no puede ser de otra forma.

—Gracias. Entonces, es usted un marino de primera categoría y es usted, ¿cómo diría?, dueño de su propio corazón. Me gusta. Y ha ido a la cárcel, eso también me gusta. La policía ha jugado con usted porque usted no paga a la policía. Los policías de Hong Kong son mala gente, roban a todos.

—Cometí una estupidez —explicó Annie.

—La próxima vez no la cometerá —dijo Madame Lai, con una de sus pequeñas sonrisas—. Entonces, no necesito decir que quiero hacer negocios con usted. Yo no soy policía, yo soy una ladrona, quiero robar. ¿Me ayudará a robar la plata?

Madame Lai tenía una gran personalidad. Su franqueza era impropia de un chino. Annie supuso que era un rasgo adquirido por fuerza de voluntad, como su dominio del inglés. Qué poder podría haber tenido aquella niña en el mundo de los negocios, pensó, pero en lugar de dar muestras de su admiración, suspiró y se rascó la cabeza.

—Madame Lai —dijo—, gracias por sus amables palabras, pero me temo que me ha juzgado mal. No sé qué papel puedo desempeñar yo dentro de su plan. Siempre he sido reactivo a ponerme nervioso. Me gusta hacer negocio, pero me gusta hacerlo de la forma más sencilla. Me basta con escucharla y con ver este barco para darme cuenta de que, en fin, de que para usted la violencia es una forma de vida. Por mi parte, creo que ya he sido testigo de suficiente violencia. He de admitir que ya no soy el tipo salvaje y tenaz que fui. Ahora me inclino más por la vida tranquila. Me gusta tocar el piano, ¿sabía usted?

Fue una gran declaración, tácticamente magnífica, sabia desde el punto de vista de cualquier jugador. Un comentario que mereció la aprobación de Madame Lai. Por lo demás, fue incluso parcialmente cierto, lo cual lo situaba dentro de un porcentaje muy pequeño en el conjunto de las grandes declaraciones públicas de Annie Doultry. Pero Lai Choi San no dejó de ver la gran mentira que se retorció en mitad de sus brumas como una cucaracha en un tarro de miel. A Annie le gustaba tocar el piano, cierto, pero había llegado a una etapa de la vida en que sus dedos codiciaban acariciar un piano mejor que el viejo Brinkerhoff que no duraba afinado más de una semana.

Desde la posición de Annie, un piano decente y un lugar estable donde colocarlo quedaban todavía demasiado lejos del lóbrego horizonte de la desolada vida del océano. Una paga medio decente era lo que más deseaba, y Madame Lai sabía esto con la misma seguridad con que sabía que los *gwai* los llamaban «junio» a la sexta luna del año.

—Capitán Downtly, creo que gustaría ganar algún dinero.

Annie podía ver lo que sucedía al otro lado de la puerta. Era una puerta corredera y baja, la noche oscura y la bruma densa pero, a la luz de un farol, se fijó en que unos hombres arrastraban a otro por la cubierta, tirándole de los cabellos. Estaba desnudo y atado. No se escuchaba el menor ruido.

—¿Cuánto? —preguntó Annie, sin que su semblante se alterase, y escuchó golpes sordos, los del hombre atado que caía por las escaleras de la escotilla del castillo de proa.

—Tres o cuatro toneladas de plata —respondió Lai Chon San— y quizás otras cosas. Además, en el *Chow Fa* siempre van algunos ricos, es un barco magnífico.

—Lo que estoy preguntado es cuánto dinero va a pagarme. Eso lo primero. Además quiero saber: segundo, qué quiere que haga y, tercero, quién es ese hombre al que su tripulación acaba de arrastrar por cubierta.

—Un hombre muerto.

Annie evitó mirar a Madame Lai, pero advirtió que se enfriaba igual que si se estuviera envolviendo en una capa de hielo.

—¿Quiere usted hablar de negocios, capitán, o quiere usted ir a casa?

—Quiero ambas cosas, señora. Y ahora, seamos francos o, al menos, finjamos serlo. Como sin duda sabe, sólo los idiotas o los muy desinformados no han oído hablar por estas tierras de Montaña de Riqueza. Yo siempre me había figurado que esa montaña era un hombre y no recuerdo haber oído ese nombre en chino. En fin, ¿qué clase de montaña es usted aparte de una montaña muy bella? —dijo Annie, con la mejor de sus sonrisas, porque quería derretir el hielo.

—Da usted en el clavo —respondió Madame Lai—, yo soy Montaña de Riqueza.

—Encantado de conocerla, señora Riqueza.

El hielo se evaporó al instante y Madame Lai prosiguió con entusiasmo casi infantil. Annie no la interrumpió. A su inevitable modo dijo que sólo la plata, a razón de cincuenta mil dólares por tonelada, convertiría la acción en el mayor robo acaecido en el mar de China. Además, el *Chow Fa*, con una tripulación de trescientos hombres, sería el barco de más tonelaje y velocidad jamás asaltado. Llevaba doce guardias de élite. Para tomar aquel barco «como de costumbre» —éstas fueron las palabras de Madame Lai— le haría falta contar con cincuenta hombres a bordo. Con cincuenta hombres armados. Esto, en realidad, era el problema: embarcar las armas. El *Chow Fa* era un barco de lujo, la línea Indo-China era una famosa línea internacional y la carga de sus barcos era registrada con detalle, sobre todo desde que el miedo a los piratas había aumentado tanto. Al decir esto, Madame Lai sonrió por unos momentos, lo cual le dio un aspecto encantador. Sin embargo, muy al estilo de los chinos, no tardó en volver a su relato y a la seriedad.

—He pensado mucho en este negocio —dijo, pasándose la mano por la frente— y tengo la conclusión de que, para este grande y magnífico robo, necesito que me ayude un blanco. Además he pensado que usted quizás quiera trabajar conmigo.

Annie se vio obligado a admitir que Madame Lai le había planteado el asunto de una forma también majestuosa. «Conmigo» era el remate perfecto, justificaba el hecho de que aquel hombre blanco no supiera aún cuánto le correspondería en aquella empresa audaz.

—¿Me está diciendo que quiere hacer negocios con un *gwai lo*?

—Sí —respondió Madame Lai, muy serena—. No me gustan los *gwai los*, pero no son diablos extranjeros, como dicen los chinos. Ustedes son una enfermedad, la enfermedad extranjera de China.

Annie se abstuvo de hacer comentarios. Tranquila y suavemente, Madame Lai entró en los detalles de la operación, en la cual, al parecer, habría de ser fundamental la habilidad de

Annie con la radio. No era ningún secreto: en 1923 había instalado una de las primeras radios náuticas privadas del Pacífico Sur, su Marconi de tres válvulas, de lo cual se había jactado suficientemente. Poco después, todos los buques de vapor de más de quinientas toneladas se vieron obligados, por norma, a llevar una radio, y el miedo a la piratería acabó por imponerlas. Pero por cada radio que estuviera en servicio las veinticuatro horas hacían falta tres operadores, y los operadores eran un bien escaso. Dominar el código morse requería cierto tiempo, por no hablar de la habilidad necesaria para transmitir los mensajes, y el mantenimiento de una radio también exigía ciertos conocimientos. Por lo demás, los chinos habían demostrado gran interés por aquel invento occidental y muchos aprendían inglés con la única intención de aprender a utilizar una radio.

Annie confirmó sus habilidades y experiencia con gesto mayestático.

—El año pasado instalé un transmisor nuevo —dijo—: un Igranic neutro regenerativo de onda corta al que, además, he añadido unos receptores de onda media y onda larga. Tengo una radio que vale mil doscientos dólares —afirmó, sin confesar que su proveedor había sido cierto intendente de la compañía de señales del buen Cuerpo de Marines de los Estados Unidos de la isla de Mindanao. Pero lo cierto es que Madame Lai tampoco le preguntó.

—El *Chow Fa* lleva tres operadores de radio —dijo—. Uno va a enfermar dentro de poco y usted va a ocupar su puesto.

—¿Piensa envenenarlo?

—Oh, no. Es chino, voy a pagarlo, así recomendará a usted para que ocupe su puesto —dijo Madame Lai, trasladando a Annie una prematura enhorabuena con la mirada—. Después, quizás lo envenene.

Annie se levantó, bajando la cabeza hasta tocar el pecho con la barbilla, y sugirió que salieran a cubierta para tomar un poco del aire fresco de Aberdeen. La mano de Madame Lai describió un gesto encantador. En el cuarto de derrota, parecía querer decir, olía demasiado a queroseno.

Annie se apoyó en la borda que daba al puerto y contempló las luces titilantes que moteaban el canal al otro lado de la franja de mar abierto. A proa, varios miembros de la tripulación de Madame Lai dormían ya, echados en unos colchones colocados en la cubierta. Sus ronquidos se mezclaban con el crujido de las jarcias y proporcionaban la base rítmica para la melodía que traía la brisa de igual modo que el fuelle de la gaita emite su ronco y armonioso sonido por debajo de la melodía del gaitero.

Madame Lai se sentó en la cureña de un Schneider chino de setenta y cinco milímetros y apoyó las manos en las rodillas. Su *amah* más joven —no podía tener más de dieciséis años— se sentó a sus pies con los ojos fijos en el enorme *gwai lo* de la rellena gorra azul y cabellera hirsuta. La otra doncella, que llevaba la botella de aguardiente y la taza de porcelana, se apostó junto al palo mayor como un centinela de piedra.

—Supongo que si no llegamos a un acuerdo —dijo Annie—, también yo acabaré envenenado.

Madame Lai lo miró con tranquilidad.

—Oh, no. Yo me fío de usted, capitán Downtly. Me fío de usted. Nos hemos presentado, hablamos del juego, hablamos de perros. Y yo sé que usted quiere negocios. Puede usted apostar mil dólares a que me fío de usted. Fiarse de usted es muy difícil, por eso yo me fío de usted.

—¿Dónde aprendió a hablar inglés?

—En la misión de los Sagrados Corazones de Macao. Mi padre quería. Mi padre no era cristiano, pero era un gran hombre, un gran hombre tanka. Quería que su hija aprendiera a leer, a escribir, matemáticas, inglés. Era un hombre muy moderno. Un gran hombre, un gran tanka y un gran ladrón de barcos.

—Señora Riqueza... espero que no le importe que la llame así. A mí me parece un nombre adecuado, a su padre le habría gustado, créame. En todo caso, deje que le explique algo. En esta operación correrá riesgos a los que está acostumbrada. Es posible que a usted no le importe acabar colgada de un gancho del penal Victoria, pero yo le tengo un gran aprecio a mi pescuezo —dijo Annie, y se frotó la nuca. Estaba algo

nervioso y no quiso disimularlo. Al diablo con la impresión que pudiera dar—. Estamos en el siglo XX, señora. Habrá oído hablar del *Irene*. Como sabrá, un submarino lo interceptó cuando los malditos piratas, y perdone la expresión, lo llevaban hacia Daya Wan y le lanzó una andanada que lo incendió. Creo que fueron ocho los hombres que acabaron colgados de una cuerda. Supongo que usted no tuvo nada que ver, porque, al parecer, todo se hizo con gran desorganización... pero he de decir, señora Riqueza —añadió Annie, mirando los cañones de doce libras—, que tiene un largo camino que recorrer en lo que respecta a la modernización de sus métodos. Para empezar, es imprescindible que cuanto antes instale una radio en este cascarón. ¿Cuál es su velocidad con buen viento? ¿Seis nudos?

—Diez, fácil —repuso la señora Riqueza, con un brillo en la mirada.

—¡Mierda! Con perdón —dijo el capitán Doultry, que ahora se sentía en un terreno mucho más firme o, al menos, no tan peligroso—. Quiere usted tomar un gran barco guardado por una docena de buenos soldados británicos cuando sabe que la están esperando, que están inquietos, que aguardan un nuevo asalto. El *Chow Fa* es un buque muy bien protegido, señora —insistió. El sudor le corría por debajo de la barba. «¿Estoy tratando de subir las apuestas o es que estoy muerto de miedo?», se dijo—. En todo caso, ¿cómo piensa poner a cincuenta de sus asesinos a bordo?

—No hacen falta cincuenta, suficiente con veinte. Porque usted, capitán Dowlty, vale por treinta. —Annie no supo qué decir. Había llegado el momento crítico y Madame Lai no optaba por rebajar a su oponente, sino por acrecentar su vanidad. Más y no menos viento en las velas—. Capitán Dowlty, usted es un hombre que conoce su profesión. Sin embargo, si no se equivocara jamás, no nos habríamos conocido, porque, si no se equivocara jamás, no habría usted pasado medio año en una cárcel británica. —Un pelo en las plumas de este pequeño dardo: los británicos. A Annie no le pasó desapercibido. ¡Los malditos ingleses! Annie se dijo: «Lástima de táctica, pero esta diablesa no sabe que, para mí, la venganza es una palabra vacía. ¡Qué

Dios bendiga al rey Jorge! Aunque no hay duda de que darle por culo ha de ser un gran placer».

—Tuve muy buenas compañías en esa cárcel, señora. Todos los sábados antes del partido de *cricket* había una ejecución... casi siempre de un pirata —dijo Annie. Madame Lai parecía aburrida, lo cual era bueno—. La cuestión es que yo estoy aquí, en la cubierta de su magnífico junco, y usted me está diciendo que tiene un trabajito para mí. Pero ¿quiere decirme, por favor, qué piensa hacer? El balance final es el balance final —preguntó Annie. Podía ver el cerebro de Madame Lai como a través de una máquina de rayos X, rellenando uno o dos de esos balances finales para su uso futuro.

Madame Lai se levantó y lo mismo hizo Annie, poniendo en juego todo su peso y altura. La pequeña *amah* estaba a sus pies, el señor Chung los miraba con ojos de espectador atento desde el castillo de popa y un número sorprendente de rostros duros observaban a su señora y a su invitado desde diversos puntos de aquel junco de guerra suspendido en la bruma en algún lugar al sur del siglo XVIII. El fantasma del dragón estaba presente. El aliento de la bestia se presentía en el agua.

—Puedo robar el *Chow Fa* —dijo por fin Madame Lai— sin que me ayude ningún hombre blanco, amarillo, rosa o azul. Tengo dieciséis juncos de guerra y mil hombres que, si murieran, en un abrir y cerrar de ojos tendría otros mil hombres más. Robaré el *Chow Fa*. Meteré a cien hombres con cuchillos entre sus soldados y esperaré detrás de una isla para saltar como un «tigre del mar de hierro» y dispararé todos mis cañones. Tengo artilleros muy buenos, ya verá. Mataré a los guardias, mataré a los pasajeros y colgaré por las tripas a su capitán del palo mayor de este barco. Ya verá, capitán Annie Downtly —dijo Madame Lai, con un tono no excesivamente vehemente, pero con extraordinaria firmeza. No era una declaración, ¡era una película!

Dio por un momento la espalda a Annie y pronunció un nombre. Se oyeron unas pisadas precipitadas y un hombre se acercó al castillo de popa. Poco después, un hombre bajito y desnudo salvo por un paño rojo que le cubría las partes salió por una

escotilla. Madame Lai palmeó y habló con impaciencia; parecía muy alterada. Annie encendió otro cigarrillo y la pequeña *amah* desapareció como una polilla nocturna.

Por la misma escotilla salieron dos hombres arrastrando un bulto grande: un prisionero. Se trataba de un hombre corpulento y con el pelo largo y recogido en una trenza, según el estilo, ya pasado de moda, impuesto por ley por la dinastía manchú hasta su derrocamiento, en 1911. Llevaba el cuello atado a los pies y a las muñecas por la espalda y le habían golpeado con cañas de ratán, según prescribían las leyes chinas para los culpables de delitos graves —lo mismo sucedía con las leyes británicas del penal Victoria—. Daba la impresión de que aquel hombre había recibido diversas palizas a lo largo de varios días pero, por lo demás, no merece la pena detenerse en el estado de su espalda. A Annie le bastó una sola mirada para decidir que era absurdo dedicarle un solo pensamiento: era hombre muerto; así que, dando media vuelta, optó por admirar las luces del puerto de Aberdeen. En la cima del Pico Victoria observó un nuevo punto de luz, rojo: señalaba la antena de la nueva emisora de radio, la más potente al este de India. Decidió que subiría al pico en tranvía para visitar al ex sargento de señales de la Marina Real británica, que estaba a cargo de la emisora.

Annie oyó varios ruidos a su espalda, pero no se volvió. El capitán Wang Ho salió de su camarote, que estaba situado a popa, al lado del de Madame Lai, y comenzó a dar órdenes. La mayoría de los miembros de la tripulación, que ya estaban dormidos, se despertaron en medio de gemidos y protestas que, cuando comprobaron que iba a comenzar la diversión, pronto se transformaron en manifestaciones de júbilo. Entonces, bruscamente, el capitán Wang Ho los mandó callar. Annie oyó el sonido de una respiración parecida a la de un perro enfermo.

A continuación, oyó que Lai Choi Sang hablaba con calma y determinación en su propia lengua y la curiosidad le impelió a volver la cabeza.

El hombre estaba en el suelo, de costado, mientras Madame Lai se dirigía a su tripulación, que la escuchaba en silencio. Un hombre gordo que llevaba dos Luger sobre el pecho, una faja

con un estampado de flores y botas del Ejército británico sostenía al prisionero por la trenza, para que contemplase el juicio que se desarrollaba en cubierta. El hombre había perdido los ojos a manos de sus torturadores, pero todavía conservaba la mayor parte de la boca. Escuchaba con atención las palabras de la mujer que lo había castigado y de quien esperaba que pronto lo liberara de aquellas circunstancias implacables.

Lai Choi San pronunció otro nombre. Un personaje bajito, enjuto y con ínfulas, que llevaba varios cuchillos atados a sus varios cinturones, escuchó las órdenes y se acercó al prisionero, le cogió el pie izquierdo, lo colocó sobre su rodilla y le amputó el dedo de en medio, lo que no le llevó más que unos momentos. A continuación, trató de meter el dedo en la boca del prisionero. Éste se negó a abrirla, así que el hombre bajito le obligó a abrirla con la ayuda de un cuchillo, y ya no tuvo dificultad en meter el dedo. El prisionero se negó a masticar su propio dedo, y el hombre bajito habló con él. Con qué le amenazó, nadie lo supo, pero el chino torturado cambió de opinión y se puso a masticar su dedo. Comerse un dedo crudo es duro incluso para un hombre fuerte; el prisionero estaba muy debilitado, de modo que a él le resultó más difícil todavía.

Al cabo de un minuto o dos de espectáculo, el público comenzó a dar señales de cansancio. La propia Madame Lai estaba muy aburrida, como Annie podía adivinar por su actitud. Se dirigió con dureza al hombre bajito y enjuto, cuyo nombre era Ti Tsai, y éste hizo una reverencia muy formal y se volvió hacia un niño que estaba sentado a su lado, con un objeto largo envuelto en un trapo rojo. Muy solemnemente, el niño desenvainó una espada de hoja curva y afilada, un arma magnífica de estilo Mukden que había pertenecido a la vieja guardia de la emperatriz viuda.

El hombre de la faja roja agarró al prisionero por el pelo, tratando de mantenerlo erguido, pero el prisionero no dejaba de encogerse.

—Déjalo, así vale —dijo Tsai con gran impaciencia, en dialecto cantonés, y con su espada ensayó el golpe antes de asestar sobre la víctima un mandoble que estuvo a punto de seccio-

narle el cuello por entero. El hombre del paño rojo se rió y debió de decir «Prueba otra vez», porque el hombre bajito, con una mirada suspicaz provocada sin duda por su pequeño fallo, lo intentó de nuevo. En esta ocasión, su golpe no sólo dio por concluida la decapitación, sino que no rozó al irritante hombre del paño rojo por un pelo. La tripulación saludó con vítores y murmullos de admiración la gesta, de la que Tsai hizo ostentación cogiendo la cabeza para mostrarla. La sangre goteaba de las arterias moribundas de su dueño salpicando a los que estaban alrededor, que huían entre risas como los niños huyen de un aspersor.

Annie, que se sentaba en la cureña del mismo cañón en el que se había sentado Lai Choi San, cogió la botella de aguardiente —la había dejado en el suelo— y echó un buen trago. Madame Lai se acercó a él con aire de disculpa, como si lo que les hubiera interrumpido hubiera sido una llamada de teléfono a la que no había tenido más remedio que atender y volviera dispuesta a reanudar una reunión de negocios.

—Lo siento mucho —dijo—. Ese perro asqueroso era un hombre mío. En nuestro idioma lo llamamos «hermano», ¿lo ve? Hizo tratos con unos rusos, dio información. Es una historia larga. Lo que importa es que, por su culpa, otro hermano recibió cuatro balas durante un negocio de opio y murió. Así que ahora éste —añadió, con un ademán dirigido a cuanto quedaba del hombre: un charco de sangre cada vez más oscuro— lo hemos enviado al otro mundo sin ojos y sin un dedo del pie. Volverá a la tierra en forma de gusano ciego. Es lo que creen mis hombres —explicó, y tuvo la frialdad de añadir una risita, para dar a entender que no compartía tan bárbaras supersticiones—. ¿Quiere una taza de té, capitán Downtly?

—Me parece que no.

Entraron en la etapa final de la negociación, en la que los consejos de cualquier empresario o abogado, por experimentado que fuese, de poco habrían servido.

—Soy un ser humano —declaró Madame Lai con dulzura. A Annie le tembló la barba.

—¿Le importa que me ría? —preguntó. A Madame Lai, por supuesto, le importaba—. Está bien, volvamos a la cuestión del cuánto para mí —añadió, dándose golpecitos en la nariz.

—Todavía no he decidido. Piense; yo también tengo que pensar.

—Creo que ambos hemos pensado ya lo suficiente, señora. Si va a mostrarme sus cartas, adelante, éste es el momento. Si no, me da la impresión de que mi orgullo puede separarnos para siempre. —«¡Dios del Cielo! ¿Qué invento es ése del orgullo?», se dijo Annie. ¡El orgullo de un hombre! ¿Y dónde se alojaba esa fantástica criatura? ¿Dónde la guardaba él? ¿En el escroto? ¿En la banda de su gorra, como Barney, entre un fajo de pagarés arrugados? ¿En el metal bruñido de su espejo?

Madame Lai decidió tomar la iniciativa.

—Nuestra costumbre es dividir el botín. Esa costumbre tiene mil años. Pero no he pensado nada.

—Pues yo creo que sí ha pensado, yo creo que tiene una ligera idea. Puedo verlo en el fondo de sus chispeantes ojos —dijo Annie, e hizo una pausa para mirarlos. No tenían fondo, no eran más que superficies lisas y brillantes—. ¿Qué le parece cincuenta y cincuenta? La mitad para usted y la mitad para mí.

Madame Lai se rió estentóreamente. La pequeña *amah* se rió como un insecto y Annie pudo oír la débil risa que provenía desde el castillo de popa. Se volvió y miró al señor Chung.

—Señor Chung —dijo—, tiene usted la manía de flotar anodinamente detrás de mí y ligeramente a mi derecha. La única persona que tiene mi permiso para hacer eso es el negro de mi barco, ¿comprende?

Annie volvió a dar la espalda a la cubierta de popa, pero pudo oír que el maestro de escritura se desplazaba hasta la borda más alejada de él. «Ha perdido relevancia —se dijo Annie—, voy a tener que observar a ese individuo». Madame Lai sonreía, como si le hubiera gustado que Annie hubiera puesto en su sitio al señor Chung.

—Al cincuenta por ciento, cariño. Por menos de la mitad no me excito.

—Tenemos una ley —repuso Madame Lai—. Somos los lobos del mar, y como todo el mundo sabe en los bosques de Sechuán, los lobos tienen leyes. Yo soy el jefe, me llevo la tercera parte de todo. El resto se divide a partes iguales entre mis hombres, aunque la ley dice que mis capitanes reciben dieciséis partes, mis maestros de navegación y mis jefes artilleros siete, mi *tou-mou* recibe cuatro, igual que mi... ¿cómo se dice *to-kung*? —preguntó.

—Timonel, piloto —respondió Annie.

—Eso. A usted le daré... cien partes.

Annie también podría haberse reído, pero le pareció más eficaz fruncir el ceño, consultar el reloj y murmurar:

—Señora, no tengo la menor intención de poner mis intereses en manos de su contable. Pero, por curiosidad, ¿cuál es el número de partes más probable?

—Quizás utilice doscientos hombres, así que tal vez sean trescientas.

—¿Después de que usted haya retirado la tercera parte del total? —dijo Annie y, ahora sí, lanzó una risotada que despertó a un artillero que dormía a un metro de él, al abrigo del cañón en que se sentaba, y que gruñó como un perro—. Señora Riqueza, esta conversación demuestra que esa afición de los chinos por el regateo sólo supone una pérdida de tiempo. Es algo muy poco moderno. Además, tengo un hambre voraz. Usted sabe y yo sé que no voy a participar en su plan por menos de lo que usted se lleva, ¿o no lo sabe? Un tercio para usted, un tercio para mí y el resto para los chicos —sentenció Annie dirigiendo una sonrisa al artillero gruñón. El joven escupió y rodó bajo el cañón.

—No puedo dar tanto. Mi gente no lo permitiría —repuso Madame Lai, refugiándose en el carácter democrático de sus instituciones.

—Madame Lai —dijo Annie—, quiero volver a mi barco.

—Váyase —dijo Madame Lai, asomándose por la borda para llamar al viejo del sampán, que seguía en el mismo lugar donde había dejado a Annie—. Lo siento, capitán. Lo siento mucho, así que voy a dar mi última oferta: le daré un cinco del total.

—¿Un cinco del total? ¿Quiere decir una quinta parte del total?

—Sí, del total.

—Gracias, encanto, pero sólo me interesan los quintos cuando están de aguardiente hasta los bordes —dijo Annie, echando una pierna por la borda y buscando con el pie el pedazo superior de la escala—. Es usted un hueso muy duro de roer, señora Riqueza —añadió, y desapareció de su vista.

Madame Lai se acercó al costado del barco y se asomó. Las cuerdas de la escala crujían bajo el peso de Annie, pero era un hombre acostumbrado al mar y a los barcos y bajó como si no fuera la primera vez. Se sentó en el centro del sampán, levantó la vista y saludó. El viejo también miraba hacia arriba, esperando que Madame Lai le diera una señal para marcharse.

—Puedo aceptar un cuarto del total —dijo Annie.

—Una quinta parte —repitió Madame Lai.

—Adiós, señora Riqueza.

Annie no percibió la señal para marcharse que, evidentemente, sí advirtió el viejo, que se alejó del *Tigre del mar de hierro* con un empujón. Annie, como el caballero que pretendía ser, se despidió con un saludo propio de una reina que dijera adiós a los habitantes de una colonia lejana y el sampán fue arrastrado por la leve corriente mientras el viejo se colocaba en el remo. Estaban a unos diez metros del junco, sumergiéndose en la bruma cada vez más oscura que les ocultaba a la vista a unos de otros, cuando Madame Lai dijo, con voz melódica pero estridente:

—¿Quiere jugar a *fan tan* la cuarta parte?

Hubo una pausa. Madame Lai oyó que el remo golpeaba en el agua dos veces y Annie comprobó que la noche se había tragado al *Tigre del mar de hierro* mientras se acariciaba la barba, murmurando:

—¿Por qué no?

El viejo del sampán dejó de remar. El remo goteó sobre la estela antes de que se volviera y gritase, con su aguda voz, las tres sílabas que en cantónés significan: «¿Por qué no?». A continuación volvió a meter el remo en el agua y, con golpes rápidos

y diestros, hizo girar la embarcación en un círculo poco más amplio que su eslora.

Lai Choi San se sentaba sobre los talones en la cubierta de popa. A la luz de un farol que sostenía Wang Ho, el capitán del *Tigre del mar de hierro*, abrió una bolsa de tela y echó sobre una mesa un montón de monedas de cobre ennegrecidas por el afán indomable por el juego. El señor Chung, maestro de escritura, encendió uno de sus cigarros japoneses baratos. El capitán Doultry se sentaba frente a Madame Lai, con las piernas estiradas sobre cubierta formando una gran «V». La desgastada puntera de sus Oxford marrones señalaba a las estrellas y su espalda reposaba en el palo de mesana. No estaba acostumbrado a sentarse en las cubiertas. La mesana se agitaba suavemente. Madame Lai cogió el bol del arroz de su capitán y le dio la vuelta, colocándolo sobre el montón de metálico. Algunas monedas quedaron en el borde, pero Madame Lai movió el recipiente, como hacen los crupieres, para incluir o excluir a las indecisas.

—¿Qué apuesta, capitán? —dijo Madame Lai, soltando el recipiente.

Annie miró el recipiente invertido, pensando en sus secretos. Una cucaracha entró en el círculo de luz que el farol dibujaba sobre la cubierta, rodeó el campo de batalla y salió del escenario por la derecha.

—Jugaré *kwok* al uno y al cuatro.

Madame Lai cogió una moneda y la colocó a la izquierda y lo mismo hizo con otras cuatro, que colocó a la derecha. Era el modo en que se marcaban las apuestas en el *fan tan* que se jugaba en los patios de los templos y en las esquinas de Macao.

—Yo gano con dos o tres —dijo Madame Lai y, sin más preámbulos, levantó el recipiente.

En el montón revelado no había demasiadas monedas. Madame Lai extendió su inmaculado dedo para comenzar la cuenta, pero su oponente chasqueó la lengua y le ofreció un lápiz amarillo que sacó del bolsillo de la chaqueta. Madame Lai cogió el lápiz sin hacer comentarios y con la punta afilada fue separando las monedas y colocándolas, como exigía el juego,

en líneas gemelas. Y empezó a contar: cuatro, y cuatro, y cuatro, y cuatro, etcétera.

Quedaban exactamente catorce monedas cuando el señor Chung tosió delicadamente y Annie llegó a la conclusión de que había perdido. Y quedaron sólo diez. Y luego seis, y entonces estuvo completamente seguro. Se dio un golpecito en la nariz. Y Madame Lai retiró otras cuatro monedas.

—¡Ah, usted gana! —dijo ella, con gesto solemne. En la mesa que tenía delante no quedaba más que una moneda.

El señor Chung se encorvó sobre la mesita, mirándola fijamente. No había la menor duda de que el contable también había contado catorce monedas, y luego diez, y luego seis. Pero no dijo una palabra mientras Madame Lai cogía la solitaria moneda y la soltaba entre las piernas de Annie. Rodó hasta su entrepierna y allí se quedó, sin llegar a caer.

—Usted tendrá una cuarta parte, capitán Annie Downtly —dijo Madame Lai, alegremente—, pero para mí me quedo con el lápiz.



LA CASA DE LOS RECTOS HÉROES

Mientras regresaban al *Sea Change* en el sampán, empezó a caer una llovizna cálida y diáfana. Annie reflexionaba sobre el milagro de las seis monedas que se habían quedado en dos y transformado en una. Era evidente que, con gran habilidad, Madame Lai había hecho desaparecer una de ellas. Sin embargo, lo verdaderamente inquietante eran sus motivos. Tal vez también habría hecho trampas si él hubiera ganado, porque ésa era la única manera de vencer, de imponerse. Su acción no venía dictada por la codicia, sino por el deseo de invertir el destino. En realidad, lo de menos era el resultado del juego. Lo importante era demostrarle a él, un *gwai lo*, que ella dominaba la situación, que era ella quien estaba al mando. Era su voluntad, y no las leyes arbitrarias del azar, la que decidía quién ganaba y quién perdía.

Otra posibilidad era que Madame Lai quisiera que él, el capitán *gwai lo* se sintiera a gusto. Lo que su decisión, o capricho, habría de costarle en dinero contante y sonante aún estaba por determinar pero, de momento, ya lo tenía a su lado, en su bando.

Al llegar a su barco, Annie encontró a Barney en estado de gracia, tumbado sobre el alcázar, hinchando condones como si

fueran globos. Tres de ellos ondeaban en el palo de la bandera, contra el que rebotaban impulsados por la brisa. En el puesto del timonel se sentaba una chica gorda y morena, que los contemplaba con admiración. Annie se retiró a su litera sin comentar los acontecimientos de la noche con su primer oficial, en todo caso, demasiado anesthesiado para haber seguido su relato.

Al día siguiente, que era jueves, cargaron veintiséis toneladas de material pirotécnico fabricado por Lin Huang Chang e Hijo, Aberdeen, y zarparon hacia Cantón antes de la puesta de sol. Arribaron a los muelles de Whampoa a la mañana siguiente y allí descargaron. A continuación, Annie fue a visitar las oficinas de Crawford and Perry, sus agentes, para ver qué se estaba cociendo. El boicot, que duraba ya un año, al comercio británico organizado por los sindicatos comunistas de Cantón había remitido del mismo modo que sucedía en China con otras protestas del mismo tipo. Demasiada gente había perdido demasiado dinero por mantener bien alimentada su conciencia política y puesto que los rojos se habían divorciado de los nacionalistas sólo quedó para sostener el boicot el orgullo patriótico. Y los chinos eran muy patriotas en un sentido profundo y místico, pero no en el día a día, no en cuanto se veían afectados sus asuntos económicos.

Pese a todo, los barcos que, como el *Sea Change*, llevaban la bandera de las barras y las estrellas se veían muy favorecidos. Podía elegir carga y destino, sobre todo sedas para Indochina y Singapur; pero Annie carraspeó y vaciló y se decidió por un pequeño cargamento de utensilios de cocina con destino a Macao, esto es, por una travesía de tan sólo sesenta millas náuticas. Barney aulló y gimió, porque las ganancias serían mínimas —¿cómo podía nadie rechazar cargamentos tan jugosos con buen tiempo cuando bastaba con estirar la mano para que se los dieran?—. Todo lo que a Annie se le ocurrió decir fue que tenía una importante cita en Macao el lunes por la tarde, la oportunidad de hacer un negocio, dijo, con un «gran» antes de «negocio». A continuación, dejó a Barney y se internó en Cantón para entrevistarse con una persona relacionada con el comercio de armas a pequeña escala. El trato con Madame

Lai era para él poco más que un espejismo en el horizonte y bien podría convertirse en una pesadilla de la que despertar en cualquier momento. Así pues, Annie hizo las averiguaciones necesarias, buscó alternativas: nada de sedas, ni material pirotécnico, ni ventiladores eléctricos, sino artículos con gran margen de beneficio: ametralladoras y piezas de recambio para la artillería de Chiang Kai Chek —cañones de doce libras de construcción americana—, de las cuales conocía, por casualidad, la existencia de una cantidad considerable en el arsenal de la policía filipina, situado a pocos kilómetros de Manila.

«¡Ah, Manila! Esa bella excusa de ciudad posee una concesión permanente en el ancho territorio de mis estrellas», se dijo Annie. Pero ¿por qué? ¿Por qué Manila, Manila todo el tiempo, pasado y futuro, yendo y viniendo, cuando Manila era el último lugar que habría deseado ver en toda su vida?

La noche del domingo, el *Sea Change* amarró en el modesto puerto de Macao y el lunes a primera hora de la tarde, Annie visitó de nuevo la casa de *fan tan* Yung Chung. El señor Chung estaba allí, charlando con el encargado, a quien le remitieron, y le saludó con gran cordialidad. Vestía un *canotier* inglés y un *blazer* azul marino con botones de latón y pantalones anchos de gabardina de un beis muy delicado, que contrastaban voluptuosamente con unos zapatos negros de piel rematados por pequeños lazos de color púrpura. Annie llevaba su segunda mejor camisa de seda, con su extraño surtido de botones, y unos pantalones amplios de cuadritos y confección francesa que había comprado en Seúl y que sabía que le quedaban muy bien. Se había recortado la barba y desempolvado la gorra, y no se había molestado en coger su Walther; hacía demasiado calor.

Macao es una isla de sólo seis kilómetros de anchura. El señor Chung y él avanzaron en una calesa por la Praia Grande, el paseo marítimo, pasaron ante el palacio del gobernador, el Ma Kok Miu o templo de A-Ma, diosa del mar, a quien Macao debía su nombre, el viejo castillo de Barra y el gran casino flotante de *fan tan*, llamado Sun Tais. Y llegaron a un callejón encerrado entre altos muros.

En uno de los muros se abría una puerta con un timbre. Un ojo miró a través de un postigo de hierro y un hombre con unas botas negras muy extrañas les abrió la puerta. Aunque no era viejo, el hombre caminaba con dificultad. Saludó al señor Chung con una reverencia. Cuando el maestro de escritura guiaba a Annie a través del jardín, dijo, alegremente:

—Ese hombre es un artillero de primera clase, pero durante una pelea perdió los pies. Madame Lai cuida de su gente. Ella le curó, encargó para él unas botas especiales en Jobson's, una tienda de Queens Road, en Hong Kong.

El jardín, adornado con rocas y árboles de formas arcaicas, al estilo de los viejos jardines chinos, era exquisito. Cruzaron un estanque de flores de loto por un puente convexo y llegaron a una casita prácticamente oculta por la vegetación. Las esquinas de sus tejados se curvaban hacia arriba y las cañerías de desagüe terminaban en bocas de dragones verdes de bronce.

Esta vez, Madame Lai llevaba un vestido violeta pálido de corte tradicional, como el blanco, aunque más frívolo. Estaba adornado con un laberinto de flores, como jazmines y jacintos, y tenía el cuello alto. Bajo el vestido llevaba pantalones blancos. Era el tipo de mujer que ni muerta se habría puesto un *qipao*. Todas las joyas que llevaba aquella tarde eran de jade de color azul turquesa, todas menos el enorme zafiro que adornaba una de sus sortijas. El zafiro estaba cortado de tal forma que no emitía destellos, sino un resplandor latente. Madame Lai y Annie se pasearon por el borde del estanque, bajo los árboles. El día no era particularmente caluroso, pero Madame Lai empleaba el abanico constantemente.

—El jardín es precioso —dijo Annie.

—No traigo a mi casa a la gente para tratar negocios.

Annie le dijo, de forma muy elaborada, el gran honor que para él suponía.

Para los negocios, dijo ella, prefería los pisos que poseía en un edificio contiguo a la casa de juegos Yung Chung, de la cual era propietaria sólo en parte. Tenía muchos contactos en Macao, dijo. Y dijo también que su padre había tenido una es-

pecie de título oficial: Honorable Protector de la Industria Pesquera, o algo así. En todo caso, un título muy apropiado para un gánster.

La casa era espléndida. Era tradicional porque consistía en un conjunto de pabellones unidos por pequeños patios rodeado por un jardín, pero poseía algunos detalles propios en exclusiva de la arquitectura de Macao: diversos colores, pese al predominio del rosado, y ventanas de inconfundible inspiración mediterránea con cristales de lo más caro. En el interior, el mobiliario portugués se mezclaba con piezas de palisandro y otras lacadas en negro, y había divanes, biombos y porcelanas; enormes fotografías de familia de personas acaudaladas colgaban orgullosamente junto a las altas y sedosas olas que se elevaban en los mares de las espectaculares marinas que, al parecer, aquella familia tanto apreciaba.

Había también una biblioteca muy bien surtida. Madame Lai se la enseñó con uno de sus ademanes.

—Es la sala de los poemas —dijo. A Annie le parecía muy improbable que los hubiera leído, pero no cabía duda de que Lai Choi San era una criatura de contrastes. Annie oyó voces de niños a quienes no pudo ver. Con gran cortesía, preguntó a Madame Lai si tenía hijos o hijas. Ella respondió:

—Vamos a hacer como los *gwai los*. Primero hablamos de negocios y luego hablamos de otras cosas.

En el jardín, entre dos sauces, había una celosía de piedra blanca. De ella colgaba una jaula en cuyo interior había un gran pájaro gris. Madame Lai le dio de comer unos trozos de coco.

—Otra cosa, capitán Doultry. Tiene que comprender qué pensamos nosotros, la gente del Estandarte Amarillo, de alguien que traiciona a sus hermanos, que traiciona a su propia gente. Tiene usted que pensar esto con mucho cuidado.

Annie estaba esperando algo así desde que vio cómo los hombres de Madame Lai ofrecían al grandullón de la trenza uno de los dedos de su propio pie como última cena. Muy posiblemente, lo habían mantenido con vida un día o dos con la intención expresa de que al *gwai lo* con quien querían aliarse le quedase claro este extremo.

—Creo que pienso con mucho cuidado muchas cosas, señora Riqueza —repuso Annie, mirando los ojos púrpuras del pájaro gordo—. Pero la verdad es que ni me molesto en pensar en la traición. No está en mi naturaleza. —Si Madame Lai se tragaba esto, se tragaría cualquier cosa.

Madame Lai lo miró de reojo.

—Usted es un hombre blanco. Un hombre de raza blanca. ¿No está usted traicionando todo eso... —preguntó, con uno de sus delicados ademanes— ...todo ese mar de blanco?

Annie sonrió y, cogiendo unos trozos de coco de la cesta de Madame Lai, dijo:

—Sólo existe una raza a la que un hombre pueda traicionar: la de las dos patas. Y no me refiero a los babuinos. Desde mi punto de vista, la mayor parte de esa raza es asquerosa se pinte del color que se pinte. Pero no creo que la haya traicionado jamás, al menos conscientemente. No, no lo creo —afirmó. Madame Lai guardó silencio—. Seguro que sabe, nena, lo que he estado haciendo —añadió, en cierto sentido por probar—. Seguro que sus sabuesos me siguen desde que salí de la trena.

El pájaro gris abrió su bruñido pico y graznó con estridencia.

—Es mejor —dijo Madame Lai— que usted se convierta en uno de nosotros.

—¿Mejor para usted o mejor para mí?

—Es mejor.

La organización se llamaba la Casa de los Rectos Héroes del Estandarte Amarillo. Era una suerte de tríada, o sociedad secreta, y guardaba relación con o descendía directamente de la Casa del Cielo y la Tierra, que había fundado Chang Pao, hijo adoptivo y amante de Madame Lai Cheng I. Madame Lai Cheng I era la esposa de Cheng I Sao, llamado «emperador de los mares». Un pirata.

Se decía que, en el cenit de su poder, Cheng I Sao había llegado a comandar siete mil juncos de guerra. Cheng I llegó a pensar seriamente en derrocar a Chia Ching, el emperador Dragón. En Occidente, Napoleón Bonaparte se coronó a sí

mismo emperador de Francia. Entre los dos, Nicolás I era emperador de Rusia.

En cualquier caso, como Lai Choi San, la Montaña de Riqueza, contó a Annie, el cuartel general de Cheng I Sao se encontraba en la isla de Lantau, próxima a Hong Kong. En una guerra con otros piratas de Hainán, el emperador de los mares capturó al chico, que tenía quince años, y se enamoró de él. El muchacho no sólo se convirtió en el amante más querido de Cheng I Sao, sino que éste también lo adoptó y lo hizo su hijo, llamándole Chang Pao.

Cheng I Sao murió en la guerra. Para honrarle, y sin duda para satisfacer sus deseos, su viuda tomó como amante a Chang Pao. Chang Pao tenía veinticuatro años y ya era el jefe del Escuadrón Rojo. Madame Lai Cheng I sucedió a su esposo como emperatriz de los mares y ella y su joven y hermoso amante extendieron el poder de la Casa del Cielo y la Tierra en todos los mares de China.

—Chang Pao es mi antepasado —dijo.

Estaban en su casa, tomando té y comiendo galletas exactamente iguales a las que vendían en el callejón contiguo al Bar Restaurante Stoffer's. No era casualidad: Madame Lai era minuciosa y el señor Chung tenía espías en todas partes.

Madame Lai hizo uno de sus gestos, hacia el cielo amarillo. Eran casi las siete en punto.

—Chang Pao era el padre del padre del padre de mi padre. Se casó con Madame Lai Cheng I, pero tuvo muchas amantes. Era tanka. Algún día le enseñaré a usted su tablilla*. Chang Pao es mi antepasado más honorable —dijo, ofreciendo el plato de galletas a Annie, que aprovechó para coger otra—. Pero no vivió mucho. Madame Lai Cheng I se cansó de él. Chang Pao estaba en su cama con una mujer cuando comió unos pasteletos. Murió envenenado, aunque el veneno tardó varios días en matarlo. Ni el opio más potente pudo apagar los fuegos que le quemaban y su carne se volvió negra y cayó de sus huesos.

* En la China tradicional, todas las familias tenían una tablilla que conmemoraba a sus antepasados. (*N. del T.*)

«Una familia bien avenida», se dijo Annie, asintiendo, y cogió otra galleta.

—Usted se convertirá en uno de nuestros hermanos —dijo Madame Lai. No era una pregunta.

—¿Significa eso que tendré que llamarla «hermana»?

—No —repuso Madame Lai—, pero yo también seré su hermano.

Annie no sentía la menor inclinación al misticismo. Había conocido a algunos chamanes en Mindanao y a personajes relacionados con el vudú en Haití, y sólo le habían inspirado lástima. Bostezó y cogió un espejo de bronce. Se lo había regalado Madame Lai, simplemente porque él le había dicho que le gustaban los espejos. Se miró en su tenue y reluciente reflejo y se colocó un rizo de la barba.

—Madame Lai —dijo, con fatiga—, me está tomando el pelo. En toda mi vida no he conocido a un chino que no haya considerado a un blanco como poco más que un cerdo.

—Eso da igual —replicó Madame Lai, con gesto de impaciencia—, no es importante. Estamos tratando negocios. Hará usted un juramento de sangre. Como los papeles que firman los *gwai los*, pero más importante.

—En ese caso, me encantará firmar, nena. Pasaré por el aro, pero estoy seguro de que sabe que el único juramento que cuenta es el muy serio y anticuado compromiso con la codicia. Yo me fío de su codicia y usted puede fiarse de la mía —dijo Annie, y levantó su taza de té en honor de Madame Lai.

Como demostraba su sonrisa, con la que enseñó todos sus dientes, Madame Lai no se dejó convencer.

—Yo no soy ambiciosa, capitán, y me fío de los juramentos. Nosotros decimos: violar la Ley de la Casa es morir y cumplir la Ley de la Casa es morir. Yo me fío de esas palabras.

Annie asintió, muy serio. Le parecía que no era el momento de poner en duda los atractivos de aquella declaración. Con frecuencia, los chinos consideraban la muerte con gran frivolidad.

El espejo era un disco de bronce de quince centímetros de diámetro. Tenía la cara pulida y reflejaba el color del mar justo antes del crepúsculo. En el centro del dorso, que estaba

recubierto de una pátina verde oscuro, tenía un asa rodeada de los Animales de los Cuatro Cuartos: al norte, una tortuga negra, alrededor de cuyo caparazón había una serpiente enroscada, llamada «guerrero oscuro»; al este, un dragón verde; al sur, un pájaro escarlata; y al oeste, un tigre blanco. Además, el borde estaba decorado con los doce signos del zodiaco chino que, por otra parte, se correspondían con los puntos de sus brújulas.

A Annie le gustaba el espejo. Le gustaba su peso y la forma en que lo reflejaba todo como si fuera la sombra de un tiempo ya pasado. Reflejaba, por ejemplo, su rostro con enorme perspicacia. Lai Choi San le dijo que había sido fabricado en la época de la dinastía Han, «antes del nacimiento de Cristo».

Barney sabía que ocurría algo, algo que tenía que ver con la china, y Annie decidió que con eso tenía suficiente. Se habría puesto nervioso, se habría asustado, habría armado un gran lío, habría puesto en duda el resultado de la operación. En realidad, Barney había sido testigo del fracaso de Annie varias veces y todo cuanto deseaba era una vida tranquila, el orgullo de ser primer oficial de un barco tan magnífico y orgulloso como el *Sea Change*, la satisfacción de mangonear a los muchachos que contrataban como marineros, la seguridad de que Annie podía comprarle una dentadura nueva cuando fuera necesario y algún Edward Lear de vez en cuando. Deseaba confiar en Annie y esperar una prolongada vejez de dignos recuerdos junto a una hoguera y con un piano de cola en el salón.

Pero Annie convertía estos planes en mera especulación, por no decir otra cosa. Annie estaba loco. Por eso, cuanto más loco era un plan, más le atraía. Un hombre muy especial, el tal Annie.

No era de extrañar que Barney se estuviera quedando calvo.

Estaban amarrados en el mismo muelle destartado en que atracaba el *ferry* de Hong Kong y cenaban en cubierta, porque la noche era espléndida. El viejo había hecho pescado, gambas y arroz al estilo de Tahití, la cubitera estaba llena de Tsingtao y sobre la pequeña mesa plegable, tapada con un mantel de cuadros rojos y blancos, había una botella de excelente vino

rosado portugués. Una escena ciertamente doméstica. Annie probó el vino, llenó el vaso de Barney y puso quinientos dólares hongkoneses en billetes nuevos junto a su plato.

—Toma —dijo—, una pequeña parte de tu sueldo, muchacho. Voy a dejar que te las ingenies solo por un tiempo. Aquí tienes una carta en la que te cedo el barco hasta que yo vuelva. No cojas la gonorrea y recuerda: combustible de sesenta y ocho, nada de ochenta, ¿de acuerdo?

—Mierda —repuso Barney—. ¿De dónde has sacado el dinero?

—He conseguido un poco de dinero. Un asunto personal, nada más.

Era cierto. El señor Chung le había vuelto a ofrecer, y esta vez él los había aceptado, los cien soberanos en oro. Annie explicó que, en esta ocasión, se trataba de un adelanto legítimo a cuenta de un negocio y no de un soborno ni una propina ni nada parecido, los cuales, desde el punto de vista de los chinos, colocaban a una persona en situación de servidumbre o de compromiso.

—Tienes que entender la psicología de los chinos, Barney. Tienes que comprender mis idas y venidas, mis movimientos estratégicos, muchacho.

En vez de aplaudir, Barney lanzó una batería de preguntas molestas y estúpidas a las que Annie respondió con leve desagrado y respuestas irónicas o insultantes. Así que Barney no tardó en cansarse. Apaciguó la sensación de soledad y abismal inseguridad que se abría ante él rogando, con ahínco y gimo-teos, más dinero: había que reparar la bomba principal, había que dar a los chicos unos cuantos dólares, la hermana de Sock se casaba en Singapur y había que enviarle una pulsera de plata, etcétera, etcétera. Annie le dio cincuenta dólares más, que llevaba doblados en el bolsillo. Dijo a Barney que se limitase a la seda y, quizás, al té de calidad con destino a las colonias de los estrechos, que se dirigiera a los puertos pequeños en los que los vapores no recalaban. Y nada de maldito opio. Sería el divorcio.

—Y nada de armas —dijo Barney—. Y si acabas otra vez en el trullo, Annie, voy a llevar este maldito barco, que es mío,

directamente hasta mi casa, hasta Nueva Orleans y hasta mi pantano. Y no volverás a verme el pelo, cabrón.

—Barney —dijo Annie—, no te preocupes. Estoy harto de sacar malas notas, estoy harto de estar en las esquinas y estoy seguro de que no quiero volver a pisar una celda en mi vida. Estoy cansado de jugar, tengo muchas cosas en que pensar.

Un rayo de luz apareció en el horizonte de Barney.

—Annie, esas palabras alegran mi negro corazón. ¿Por qué no aceptamos ese cargamento a Bombay, ese cargamento de tejidos? Con un cargamento así podemos ir muy ligeros. El barco volará, volará como un pez volador, capitán. El viento sigue soplando en esa dirección, así que esos nororientales no nos cogerían y haríamos doscientas millas al día por el Índico, capitán —dijo. Los ojos le daban vueltas. Llenó su vaso hasta los bordes con vino portugués. Cuando su corazón cantaba alguna canción dedicada al mar, Barney siempre llamaba a Annie «capitán»—. Y esto no tiene nada que ver con jugar, Annie. Es la primera vez en un año que te oigo algo con sentido.

Annie lo miró con lástima.

—Ya. Estoy cansado, Barney. No sé, estoy cansado de correr grandes riesgos por casi nada.

—Annie, somos ya demasiado viejos para esa mierda. Podemos conseguir mil pavos en un mes con esa mercancía y luego ir a Rangún llevando carne en conserva o lo que sea. Algo fácil. Y luego nos quedamos en esa parte del mundo por un tiempo. Allí nos respetan. Al oeste de Singapur nos respetan.

Annie no dijo nada. A veces, Barney tocaba su fibra sensible. Era cierto, las gentes que vivían al oeste de los mares de China eran mucho más amables con Barney que los chinos. Los chinos no comprendían a los negros, que no les gustaban en absoluto.

Había habido vastas regiones y largos viajes en los que Anatole Doultrey y Bernardo Patrick Hudson se habían hecho compañía sin necesidad de hablar una palabra, salvo por las ocasionales discusiones acerca de los méritos de Bix o de Louis como trompetistas.

Annie consiguió dominarse.

—¿Mil pavos? —dijo, mirando la magulladura que tenía en el nudillo del dedo corazón de la mano izquierda y cerrando el puño, para recordar lo que Fred Olson había sufrido por tan mísera suma—. Barney, eso no da ni para tabaco de mascar.

—¿Y desde cuándo te gusta el tabaco de mascar, cabrón?

—Voy a hablarte claro. Volver a la vida de comerciante... Tú llévate esas telas a Bombay, y asegúrate de que no se mojen. Yo hablaré con los agentes. Pero será mejor que estés de vuelta antes de finales de mayo, muchacho. Más te vale.

—¿Y tú adónde vas, cabrón? ¿Adónde vas?

—Todavía no lo sé.

Annie dijo que quizás visitase Tientsin, lo cual no era verdad, por supuesto, pero sabía que Barney sabía que, según se decía, el mariscal Sun Chuan-fang se había refugiado en esa ciudad (Tientsin está en la costa, cerca de Pekín, a cinco días de vapor) para negociar y que se proponía reorganizar a una división de rusos blancos refugiados y, probablemente, a dialogar con los japoneses. De modo que cuando se enterase (lo cual sucedería más tarde o más temprano) de que se había embarcado como operador de radio en el SS *Chow Fa*, supondría que andaba en tratos para organizar el traslado de un nuevo alijo de armas desde las Filipinas. A Annie le bastaba tenderle el anzuelo a Barney para que éste dedujese lo que él quería que dedujese. Además, Barney se quedaría muy satisfecho de sus cavilaciones y, era de esperar, no buscaría otros motivos, con el peligro de remover mucho barro con sus enormes pies.

Mientras apuraban la segunda botella de vino, Annie se inclinó sobre la mesa. Barney estaba muy lacrimoso y nostálgico.

—Barney, tengo un importante encargo que hacerte. ¿Me prestas atención, cariño?

Barney apoyaba el mentón, fuerte y marcado como si fuera de madera africana tallada con hacha, en su nudosa mano. Tenía los ojos, húmedos, fijos en los potentes rayos del faro de Guia, que giraban torvamente sobre sus cabezas, apuntando a las acerradas nubes que se cernían sobre el horizonte.

—Tendría que haberme casado con aquella niña de Samoa —dijo—. Sara Barney. Era tierna como la mantequilla y tenía la piel suave como el culo de un bebé. Era brillante y hermosa y el aliento le olía a leche de clavel. Era muy tierna. Qué tierna era.

Annie optó por un respetuoso silencio. Pero después de una pausa, dijo:

—No es más que una cosa, que tendrás que repetir unas cuantas veces. Barney, me veo obligado a confiar en ti —dijo, dando unas palmadas en la mano que su amigo apoyaba en la mesa—. Tienes que escuchar la radio todos los días, la emisora de la oficina de radio de Hong Kong, todos los días en torno a esta misma hora, para ver si te he dejado algún mensaje. Además, cuento contigo para que estés a un día de navegación de Hong Kong durante toda la primera semana de junio. Porque a primeros de junio tendrás que recogerme en algún lugar de por aquí. Cuento con ello. Cuento con ello hasta el extremo de apostar mi vida, Bernardo. Es una apuesta que me va a reportar grandes dividendos, así que no me falles, amigo, o iré en tu busca con una ametralladora entre los dientes.

—¿Tu vida? ¿Tu asquerosa vida? ¿Y cuánto vale tu maldita vida? Tu vida no vale ni un céntimo, cabrón. Pero más te vale conseguir tanto como dices, o vamos a tener metido el culo de este asqueroso nido de chinos hasta que las vacas tengan alas.

La noche siguiente un sampán recogió a Annie en el muelle situado frente al Ma Kok Miu, o templo de A-Ma, diosa del mar, y lo trasladó al *Tigre del mar de hierro*, que estaba fondeado a una distancia prudencial de la fábrica de pólvora. Llevaba su maleta mediana, un par de mantas enrolladas en un saco de hule y un impermeable bajo el brazo.

A bordo del junco se desarrollaba gran actividad. Amarrados a él había media docena de sampanes y la tripulación almacenaba suministros y provisiones. Cuando Annie pisó la cubierta, unos marineros subían con un cabrestante unas cajas de metal que no le costó reconocer: era munición de setenta

y cinco milímetros para los cañones Schneider. Las cajas llevaban el sello del arsenal del Ejército chino en Fuzhou. Un ruido, o una mezcla de ruidos, llegaba desde el agua acompañando a un sampán de luminosos faroles que llevaba a un sacerdote del templo de A-Ma. Varios subalternos hacían estallar algunos petardos y tocaban un enorme gong para anunciar la encarnación de la diosa. El sacerdote (llamado *hsiang-ku* porque era sirviente de la diosa del mar) vestía de amarillo y llevaba un sombrero puntiagudo. Iba sentado ante la imagen de A-Ma o, por su nombre tanka, Tin-Hau: diosa del mar y de los pescadores, que la adoraban para que favoreciese sus capturas (y para esto mismo la pagaban). La efigie regresaba a su santuario del junco después de un día de ceremonias y oraciones en el templo (sus buenos dólares le había costado a Madame Lai, pero eran inevitables). La caja que protegía a Tin-Hau era de casi un metro de alto y estaba cubierta de paños rojos que se movían con la brisa que había llevado hasta la nariz de Annie el perfume de su llegada, y es que a bordo del sampán ceremonial se quemaba incienso, según dictaba la tradición cuando un gran barco como el *Tigre del mar de hierro* se hacía a la mar.

En el palo mayor del buque ondeaba el Estandarte Amarillo. Era una enorme y vieja bandera de seda y oro con dragones negros en los gallardetes y diversas cicatrices de bala y metralla que con gran cuidado habían arreglado las esposas de los hombres que componían su tripulación: los Rectos Héroes*.

El sonido del gong resonó sobre Macao con la caída de la noche y ascendió hasta los montes Lappa, que se elevan a espaldas de la ciudad. Unos marineros levantaron la caja donde iba Tin-Hau y la subieron al junco; otros la devolvieron a su santuario del cuarto de derrota. Annie se fijó en la imagen. Era de madera de peral y se sentaba como es lo adecuado en las diosas, con una sonrisa hierática y expresión comprensiva.

* Estas mujeres, esposas de toda condición, concubinas, cortesanas, abandonaban el barco en aquellos momentos. En puerto, los buques siempre estaban llenos de mujeres, aunque, a diferencia de otros propietarios de juncos de guerra y de comercio, Lai Choi San no permitía a las mujeres viajar en su flota, salvo a las esposas de los capitanes y, por supuesto, a sus sirvientas.

El monje que había golpeado el gong la siguió y otros asistentes quemaron más incienso. A Annie se le contrajeron los testículos una fracción de segundo al escuchar la detonación ensordecedora de unos petardos que estallaron en el templo del sampán cuando cerca de él, a muy pocos metros, había otro sampán cargado a rebosar de pólvora y munición.

En el momento culminante, Madame Lai salió de su camarote. Parecía serena, altiva y distante. Dos o tres de los monjes de inferior rango, que por sus harapos parecían mendigos, entonaron una canción muy peculiar pero de tono elevado cuando Madame Lai encendió un bastón de incienso —de gran calidad— y lo colocó en la copa cuadrada de bronce que había delante del altar. A continuación, Madame Lai murmuró una oración inaudible mientras derramaba unos capullos de jazmín junto a la copa.

La luna creciente se elevaba por el sureste cuando el *Tigre de hierro* (así lo llamaban sus tripulantes) levó anclas y fue remolcado fuera de la rada del puerto por un grupo de marineros que entonaban una canción inventada por ellos mismos, acompañados por un gong que marcaba cada golpe de los negros remos. Luego, con una suave brisa del suroeste, Annie observó el izado de las velas. Eran doradas y estaban hechas de fina lona de algodón y yute, aunque su dorado era apagado y sucio y no podía compararse con el dorado de la bandera. Para izar la mayor empleaban un cabrestante que movían cuatro hombres, porque los listones de esas grandes velas al tercio (al sexto en los barcos de Kuantung) eran de enormes cañas de bambú atado de quince metros de largo.

Madame Lai no volvió a salir de su camarote. Apoyado en el pasamanos del castillo de popa, Annie siguió con atención los trabajos que se desarrollaban en el navío («junco» se le antojaba una palabra inadecuada, porque aquél era, en efecto, el junco más grande que había visto en su vida). Los marineros hablaban y bromeaban mucho entre sí, demasiado para el gusto de cualquier capitán occidental, pero parecían muy experimentados y su eficacia no tenía parangón. De los mástiles colgaban

faroles que manchaban de zonas de luz la cubierta. La cubierta era negra debido al aceite de *tung* y estaba calafateada con ese material blancuzco muy resistente y elástico que los tanka llaman *chunan*.

A unas dos millas al sur de Macao, el capitán Wang Ho viró para colocarse a favor del viento y puso rumbo sureste. La luna y la luz del mar tenían un extraordinario color verdoso y bajo su resplandor hipnótico, Annie observó una imagen extraordinaria. Desde Macao y directamente hacia ellos provenía una enorme canoa en la que remaban cuarenta hombres. Era un barco dragón, es decir, una canoa de guerra de unos veinte metros de eslora. Annie había visto una varada en una isla y se acordó de cómo, en la pulida y barnizada superficie de su quilla, había podido ver el reflejo perfecto de su rostro.

La canoa debía de viajar a no menos de quince nudos, rompiendo el mar picado como una serpiente con pico. A su popa, el agua salpicaba en una espuma luminosa. La potencia y el ritmo de los remeros recordó a Annie a las tripulaciones polinesias que, cuando volvían de los bancos de pesca partiendo el mar en dos con su destreza y valor, conseguían que todos dejaran lo que estaban haciendo para observar con asombro.

El capitán Wang Ho fijó sus binoculares nocturnos en la canoa. Eran unos Bausch and Lomb, sospechosamente parecidos a los que solían llevar la mayoría de los patrones de la Marina mercante británica. Al cabo de un momento, el junco viró hacia la otra embarcación y aguardó el mensaje. Porque era un mensaje lo que le llevaba la canoa.

Madame Lai invitó a Annie a su camarote, que se encontraba a popa del cuarto de derrota, detrás de unas puertas correderas de madera de alcanforero lacada en rojo. Era pequeño pero lujosamente decorado, con tallas de madera y dos lámparas de latón que brillaban a través de la neblina que se desprendía de un incensario de madera de sándalo y del humo del tabaco del pequeño narguile de Madame Lai. El catre de la propietaria, de aspecto muy confortable —en realidad, más parecía un diván—, ocupaba la mayor parte del espacio. Las camas de los

juncos solían ser estrechas y espartanas, pero Madame Lai no era como los demás *lao-pan* (esto es, propietario del barco). Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas y a sus pies estaba su doncella más joven, tumbada. Había un arcón con refuerzos de metal contra el mamparo de popa, bajo unas ventanas. Al otro lado había otra puerta corredera que daba a un pasillo, como en los navíos de línea europeos del siglo XVII.

—Siéntese, por favor —dijo Madame Lai. Annie se sentó en el arcón. El camarote no tenía más de uno setenta y cinco metros del suelo al techo—. Esta mañana, la Marina británica ha volado mi casa. Mi casa de la aldea de Hai Chan, en Daya Wan.

Parecía muy molesta y era comprensible. Annie se preguntó si no sería conveniente recordarle que él era americano.

—Tengo muchas casas —prosiguió Madame Lai—, pero esos británicos son mala gente. Mandaron dos cruceros, el barco con aviones y han destruido muchas casas de pescadores. Cincuenta juncos han saltado por los aires. Buscaban piratas, pero sólo han encontrado mujeres, niños y viejos pobres. Y los cerdos no han pedido permiso al gobierno chino.

—¿Qué gobierno chino?

Madame Lai hizo caso omiso. Estaba furiosa con los británicos.

—Odio ese nombre: «Gran Bretaña» —murmuró, encendiendo la pipa con soplidos vengativos—. Cuando mis antepasados, los británicos trajeron opio a China. Opio muy barato. Los chinos siempre han sido débiles con el opio, el emperador luchó contra muchos pueblos para que dejaran de cultivar las flores amarillas, pero los barcos británicos eran demasiado fuertes. Los chinos son demasiado... —dijo, con un gesto vago, de loco—. El opio destruye China.

—Yo creía que admiraba usted a los pueblos fuertes —dijo Annie.

—Odio ese nombre: «Gran Bretaña». Escupo veneno sobre ese nombre.

En Macao, Madame Lai vivía a pocas calles de una fábrica de opio oficial del gobierno portugués que exportaba anualmente millones de dólares de opio refinado a comerciantes

chinos «autorizados». Lo que después ocurriese con la mercancía no era asunto de Macao. Los alemanes habían creado, con enorme diligencia, un enorme mercado de morfina y heroína y los japoneses habían construido una factoría de heroína en su concesión de Tientsin. Pero Madame Lai no estaba de humor para oír razones que pudieran disculpar a los británicos.

Personalmente, Annie no sentía mayores simpatías por el opio. Considerado desapasionadamente, era evidente que había devastado a la sociedad china, que, por otro lado, ya se estaba desmoronando, hasta el extremo de que su ciudadanía más formada se había enganchado colectivamente. Pero la verdad es que los chinos deseaban esa droga. Tal vez un gran dolor colectivo, o la desesperación, habían suscitado aquel apetito. En cualquier caso, los inglesitos, con la inestimable ayuda de los yanquis, habían favorecido esta tendencia*. El negocio es el negocio. Gran Bretaña fue la primera nación en convertir la venta de drogas en industria nacional, pero no la última.

Annie preguntó a Madame Lai qué sabía del ataque de Daya Wan. Muy poco, respondió ella, tan sólo que el gobierno británico estaba harto de los actos de piratería que sufrían sus barcos y se estaba preparando para, en caso de que fuera necesario, invadir territorio chino como muestra de indignación. Habían evacuado a los habitantes antes de destruir sus hogares, habían procurado no herir a nadie. Una de sus casas, pequeña, bonita y ocupada por unos parientes pobres, había sido destruida. No era más que irritación. Enviar portaaviones contra poblaciones de pescadores, arrasar aldeas y destruir embarcaciones pesqueras suponía, quizás, un estupendo efecto simbólico, pero era nulo a efectos prácticos.

* En realidad, el primer opio no indio que llegó a China era de procedencia turca. Lo hizo en 1809, en el bergantín americano *Sylph*. La Guerra de Secesión interrumpió los esfuerzos americanos por hacerse con una parte del mercado chino, pero los comerciantes americanos —los *hwa-ke*, o «diablos de la bandera estampada»— no dejaron de aferrarse a un trozo del pastel, y lo mismo hicieron los portugueses —los *se-yang kwae*, o «diablos del océano occidental»—. Desde 1816, la Samuel Russell & Co., de Connecticut, gestionó una gran parte del sector del opio en Cantón.

Pese a todo, el ataque no era un buen presagio para los piratas que iniciaban una operación que oscurecería a todas las efectuadas hasta la fecha. Madame Lai no dijo exactamente esto, pero Annie sabía que lo estaba pensando. Delante del pequeño altar, con su pequeño farol rojo, que adornaba el camarote ardía un manojo de palos de incienso. En el altar había dos tabillas funerarias de madera negra; una era muy vieja, la otra no tanto. Se trataba de los símbolos terrenales de Chang Pao y de su padre.

¿Quién creía en los presagios? Desde luego, Annie no. Dijo a Madame Lai que estaba muy cansado y que quería dormir un poco y la dejó fumando ferozmente e insultando a su pequeña *amah* porque el té estaba frío.

Bajo la luna verde surcaba el océano.

El capitán Wang Hao había puesto rumbo este y sur en dirección a la isla de Lantau, como Madame Lai había tenido la bondad de informarle sin extenderse demasiado. Madame Lai estaba de tan mal humor que Annie no quiso preguntar más detalles.

Annie estaba impresionado por la forma en que el navío navegaba a barlovento, apartándose muy pocos grados del viento en cada bordada, virando con limpieza y sencillez, sin bambolearse. Era común entre los marinos occidentales la opinión de que los juncos eran torpes, pero Annie, que los había contemplado con detalle, no había observado torpeza alguna en su comportamiento marineró. Sólo parecían torpes cuando estaban anclados. El estilo chino de aparejar se había desarrollado a lo largo de muchos siglos de navegación costera en mares famosos por la anarquía de sus vientos, traicioneros bajíos y devastadores tifones. El velamen de un junco sacrificaba alguna eficacia con vientos leves en aras de una mayor firmeza y maniobrabilidad en condiciones mucho más duras. Y lo mismo sucedía con los cascos: la navegabilidad se imponía a la rapidez. Las gabarras de fondo plano de Nueva Inglaterra eran sus parientes occidentales más próximos, pero el timón retráctil, una invención plenamente china, y una vela de mesana,

que los timoneles de los juncos utilizaban como el alerón se emplea en los aviones, eran soluciones más sofisticadas a ciertos problemas náuticos. Otra cosa que impresionó al marino que había en Annie era el riguroso diseño estructural del casco, que estaba dividido en cuatro o más compartimentos estancos por gruesos mamparos. Para hundir un junco había que horadar su casco por muchas partes. Qué extraño que en Occidente nadie hubiera adoptado seriamente este sistema hasta el desarrollo de los acorazados.

El capitán Wang no era muy comunicativo. Tampoco lo era su piloto, un personaje formidable de mirada intolerante que parecía inclinado a mirar directamente a los ojos del *gwai lo*, a lo cual Annie no tenía nada que objetar. Annie podía desplazarse a sus anchas por la popa y entrar cuando quisiera en el cuarto de derrota, pero la segunda *amah* de Madame Lai, que parecía seguirlo a todas partes, le desanimaba educadamente a adelantarse a otras zonas o a bajar a las cubiertas inferiores.

Empezó a llover y se levantó una borrasca primaveral que sopló hacia la costa, en dirección al delta del río Oeste. El capitán Wang se puso un impermeable de la Marina Imperial japonesa; al parecer, le gustaba ofrecer una imagen internacional. Por lo demás, lidiaba con el viento (que debía de ser de fuerza seis o siete) con facilidad y sin alterarse. Cuando ordenó arriar la mayor, Annie pudo comprobar de qué modo esta vela, sujeta a sus listones, se plegaba como un acordeón con rapidez y de forma práctica.

Madame Lai no volvió a aparecer. El mar estaba picado y el viento era racheado, pero el junco apenas se bamboleó y se mantuvo bastante seco. Al cabo de un par de horas apareció, al fondo de una bruma lunar, la isla de Lantau. Para cuando el capitán Wang puso el barco al abrigo de un islote llamado Chep Lak Kok, la borrasca había amainado. Los acantilados caían a pico en el espumoso mar. Hacia el norte, los tejados escalonados de un monasterio trapense se recortaban simétricamente bajo la luz de la luna.

Annie nunca se había molestado en desembarcar en la costa norte de Lantau. A pesar de su tamaño, la isla estaba escasamente

poblada: algunas aldeas de pescadores y, en los montes del interior, unos pueblos que no había pisado el hombre blanco. El lugar era una famosa guarida de piratas ya antes de la llegada de los británicos y, en 1927, era todavía refugio de muchos fugitivos que habían infringido la ley en Hong Kong. Annie se acordó del relato de Madame Lai sobre Chang Pao, su honorable antepasado. Las ruinas de su fortaleza todavía se alzaban en Tung Chung, en la isla de Lantau. Cuando el junco echó el ancla en la pequeña bahía situada al oeste del monasterio, Annie concluyó que la tradición estaba todavía muy viva en aquellas regiones.

Era poco después de la medianoche. Algunas luces oscilaban en los botes que pescaban crustáceos en la bahía, pero la aldea, Cheung Sha Lan, que se asentaba desordenadamente sobre las grises arenas, parecía oscura como la garganta de un pirata. Y sin embargo, estaba a poco más de veinte millas de Hong Kong.

No había dejado de llover y Annie se había puesto su viejo impermeable. El capitán Wang y su primer oficial guiaban a su invitado por la calle principal, una avenida llena de barro. Hasta los cerdos y las gallinas dormían. Pasaron junto a algunas tiendas cerradas y ante una puerta tenuemente iluminada al otro lado de la cual se adivinaba un fumadero de opio. Dejaron atrás un templo diminuto pero bien conservado y llegaron a una casa con muros de piedra y una puerta con huellas de disparos. En el patio dormía un novillo y el delicioso aroma a pollo recordó a Annie cuán apropiada sería una buena cena.

Le dejaron en una pequeña habitación con suelo de azulejos y pobremente amueblada. Una niña que no se atrevía a mirarlo le llevó una botella de vino de arroz caliente y una elegante copa. Vestía como una campesina. Luego, también ella se fue.

Poco tiempo después, cuando Annie comenzaba a acostumbrarse al vino, entró sin llamar Lai Choi San, seguida de la más seria y mayor de sus doncellas. Annie tenía los pies en el diván y trataba de acomodarse en un par de cojines bastante

duros. Por educación, hizo ademán de levantarse, pero Madame Lai le detuvo con un gesto y se sentó en una silla. Tenía el cabello mojado por la lluvia y llevaba un atuendo marinero de color negro que le sentaba muy bien. Su expresión era amable, casi compasiva.

—¿Y si tomásemos algo? —dijo Annie.

Madame Lai negó con la cabeza.

—No puede comer, nadie puede comer antes de que le entreguen el anillo de la Casa. Beba vino, es bueno para el corazón —dijo, dándose unas palmaditas en el pecho—. No coma, olvide su estómago. —Si era broma, Madame Lai no dio la menor señal de ello.

Annie protestó ruidosamente. Dijo que lo había pensado y que le parecía absurdo unirse a la Casa de los Rectos Héroes.

—Yo no soy uno de ustedes y no quiero serlo. Podemos hacer negocios juntos, pero ¿por qué tengo que unirme al club? No pienso seguir adelante con esto, lo siento, nena, pero no puedo.

—Sí puede —repuso Madame Lai con serenidad— y podrá. Porque quiere dinero, mucho dinero, y porque debe hacerlo por mi gente, porque mi gente espera que lo haga. Mis hombres no aceptarían que no lo haga.

—No lo haré.

—Sí lo hará —repitió Madame Lai, sin perder la calma.

Annie bebió más vino. Madame Lai no le acompañó, se limitó a quedarse sentada, con actitud reflexiva, observando a Annie de vez en cuando. Annie guardó silencio y aparentó estar tranquilo. Pero no lo estaba.

—Me muero de hambre. Quiero comer un poco y, luego, quiero dormir. Mañana tenemos muchas cosas que hacer.

—Usted no se muere de hambre, quiere comer por aburrimiento o porque está nervioso —dijo Madame Lai, con mirada de desprecio y con gesto altivo—. Usted no sabe lo que es el hambre. Sus niños nunca han pasado hambre, sus hijos no han comido tierra para llenar su tripa hinchada —añadió, y dibujó una imaginaria tripa hinchada con un gesto de la mano—. Ahora soy rica, pero he sido pobre. En la época de la gran hambruna

vi a mi padre matar a un granjero y a sus esposas para que mi familia pudiera comer. Mi padre quitó a otro hombre un niño y dos niñas y pidió treinta dólares por ellos. Un niño, diez dólares. El hombre no pagó. Mi padre cortó un dedo al niño, que tenía seis años, y lo mandó. El hombre pagó diez dólares, dijo que había vendido su último cerdo. Dijo a mi padre: «Quédate con mis hijas, oh, pirata, son mi regalo para ti. Si me las das, tendré que venderlas para dar de comer a mi hijo».

Madame Lai se interrumpió. Annie esperó. Aún no había escuchado la parte más interesante de la historia, suponía. Pero Lai Choi San no prosiguió.

—En China siempre ha habido gente que se muere de hambre —dijo Annie—. La había antes de que llegaran los diablos blancos.

—Es verdad. Pero morían de hambre con orgullo. Los traicionaron sus emperadores y los ricos; chinos, no los diablos extranjeros.

Madame Lai empezaba a sumirse en uno de sus estados emocionales, xenófobos. Tal vez fuera debido a la pérdida de su casa de Daya Wan, una casa «poco importante», pero lo cierto es que había ampliado el alcance de sus andanadas, que incluían ya a todos los extranjeros. Por decirlo con suavidad, Annie comenzaba a sentirse prescindible. Pese a su admiración por la China moderna, Madame Lai estaba, como cualquier aristócrata de la China feudal, atrapada en su odio al resto del mundo habitado. Creía que el mundo entero había destruido China por conspiración o accidente. En realidad, estaba en lo cierto en muchos sentidos, pero se negaba a admitir el hecho de que China no sólo había contribuido a su destrucción, sino que la había deseado.

—Ese odio a los extranjeros es una pérdida de tiempo —dijo Annie con cordialidad—. ¿Desde cuándo han tenido las naciones fuertes piedad de las débiles? Las naciones blancas están habitadas por personas duras y ambiciosas. Y están bien organizadas. China, por el contrario, no está organizada. China está llena de cabrones duros y codiciosos, pero no les preocupa otra cosa que salvar el culo, su propio culo, y joder al chinito más

próximo. Tiene que conjurarse, Madame Lai, tiene que encontrar algo en qué creer. Para empezar, es usted la persona más cínica y estirada que habita la faz de la tierra.

Palabras fuertes pero irrefutables. «¿Qué podía decir?», se preguntó Madame Lai.

—No hay nadie en este inmenso país suyo a quien no se pueda comprar —continuó Annie, que estaba en magnífica posición para intuir tales cosas—. Los diablos extranjeros no tuvieron que luchar contra los chinos para coger lo que querían coger. Han sobornado a gobernadores y a comerciantes y a grandes personajes durante cientos de años. Son ustedes un país de quinientos millones de habitantes destruido por quienes, supuestamente, deberían gobernarles. Ahora mismo hay más de dos millones de malditos soldados peleando en el barro de la Tierra Celestial y la mayoría de ellos están fritos en opio. Son un país que se devora a sí mismo, como el griego aquel. Se están ustedes comiendo su propio hígado. Y todo lo que, ricos o pobres, hacen al respecto es paliar su dolor con opio.

Madame Lai no le contradijo, pero espetó:

—Usted no admira al pueblo chino.

—El pueblo chino no existe —dijo Annie. Había bebido ya tres cuartos de una botella de vino de arroz con el estómago vacío—. Chinos hay un montón, pero el pueblo chino no existe.

—Usted es igual que todos. Usted es un *gwai lo*. Ustedes llegaron a la Tierra Celestial con los brazos abiertos, como amigos —dijo Madame Lai, imitando un apretón de manos—, pero en la mano de atrás llevaban un cuchillo envenenado y han hincado, hincado, hincado hasta dar en el hígado —añadió, poniéndose la mano en el costado—. Ustedes han envenenado esta tierra. La han envenenado, envenenado, envenenado con oro y con opio. Ahora los *gwai los* se sientan como buitres en el cuerpo del gran dragón y roen hasta los huesos con sus afilados picos.

Con una pequeña punzada de culpa, Annie se acarició la nariz, su nariz de guerrero. «No hay nadie —pensó— más racista que un chino furioso».

—No soy muy aficionado a ningún ser humano o raza en particular —dijo, con paciencia—. Pero éste es un terreno que ya hemos pisado, nena. ¿Puede mencionarme a algún grupo digno de admirar?

Annie esperó a que Madame Lai dijera «los americanos», pero no lo dijo. Abandonaba ya sus invectivas para retomar su vieja astucia. Annie estaba preparado para resoplar con sorna y condenar a los viejos Estados Unidos de América, y también a los escoceses, ¡ah, qué satisfacción poder meterse con los malditos escoceses! Pero Madame Lai comenzaba a tranquilizarse y sin duda el señor Chung, el maestro de escritura, había averiguado hacía tiempo que él había nacido en las amargas tierras del norte, al abrigo de la gran roca de Dunedin.

La lluvia retumbaba sobre las tejas con su redoblar de malévolos tambores.

—¿Qué admira *usted*? —preguntó Madame Lai.

Annie tardó varios segundos en contestar. «¿Cómo consigue introducir tanta pólvora en sus preguntas?», se preguntó Annie mirando la taza de porcelana vacía que tenía en la mano. En su borde azul, unas garzas alzaban el cuello entre unos lotos.

—Admiro a los chinos —respondió—, más de lo que acierto a explicar, pero están llenos de mierda —dijo, mirando fijamente a Madame Lai con fingida desesperación—. ¿Por qué esos pueblos a los que tanto admiro, por qué los blancos, los amarillos, los negros y los azules están tan llenos de mierda? Y sin embargo, yo me descubro ante esos pueblos —dijo y, quitándose la gorra, cálida y seca, la puso suavemente sobre la elegante cabeza de Madame Lai.

Guiados por un hombre que llevaba un farol, ascendieron por un camino que se internaba en los montes. El capitán Doultry, que andaba con las piernas bastante separadas, iba acompañado de ocho hombres. Varios de ellos llevaban fusiles máuser, otros pistolas Luger y máuser de cañón largo, consideradas las mejores del mundo y muy apreciadas en China. Había algo ceremonial en el modo en que aquellos chinos llevaban estas armas, su gusto por llevar dos o tres cartucheras cargadas de munición

pese al peso que esto suponía y cuchillos de gran tamaño. Eran hombres mayores, más de uno superaba a Annie en edad, y se comportaban de un modo muy especial. Todos lucían una variedad asombrosa de cicatrices y algunos llevaban gorras que antaño habrían formado parte de su uniforme de la infantería china o que habían cogido a algún soldado muerto. Uno o dos llevaban el pequeño y duro sombrero de paja sujeto a la barbilla por una correa de cuero que los tanka llevaban desde hacía siglos. Estos sombreros podían absorber golpes muy fuertes, incluso mandobles de espada. El *to-kung* del *Tigre de hierro* era un hombre alto y poderoso, con brazos gruesos, como los de Annie, gracias a sus muchos años de trabajo en los timones de juncos pesados. Alrededor de su cráneo afeitado llevaba un trapo rojo atado con seda roja. Era un tocado por el que se decantaban, en diversos tonos de rojo, varios miembros de la tripulación, particularmente los artilleros. Mandar un cañón para Lai Choi San era un papel en la película de la vida que parecía exigir una demostración de valentía. Estos hombres eran orgullosos, hablaban con atrevimiento y lanzaban grandes escupitajos. Los perros ladraban en la oscuridad al oírles pasar.

Annie caminaba detrás del hombre del farol. Por delante, a cierta distancia, se oyó un gong. Llegaron a un lugar donde el camino avanzaba por un cañón en el que había un templo y otros edificios de piedra. Se abrió una puerta.

Annie estaba sentado sobre una alfombra y se apoyó en la pared de piedra de una sala completamente vacía salvo por la piedra imantada que colgaba del techo en la esquina orientada al norte. La piedra era grande y estaba sujeta en un marco de madera cuadrado en el cual estaban marcados los doce puntos de la brújula. Colgaba a menos de un metro del suelo de un fino cordón. Annie, que llevaba media hora en la sala, se había fijado en la mínima rotación de este instrumento, que se empleaba en la ciencia china del *feng shui*, o de la geomancia, para determinar las energías y corrientes de la tierra, los espacios que contenía y también los espacios contenidos en el interior de los seres vivos y, sobre todo, de los seres humanos. Era una

ciencia difícil y arcana, pero en ella se basaban muchas de las decisiones más importantes de la vida.

Annie no podía explicar aquella rotación, que no pasaba de los tres o cuatro grados hacia el este. Quizás fuera la rotación de toda la sala, se dijo. Estaba de muy buen humor: el alcohol que impregnaba su cerebro no le daba otra opción. Afuera, un gallo se puso a cantar. El cielo que se divisaba a través de los barrotes de la ventana octogonal se había teñido del color del hierro recién forjado, el mismo que adoptaba el océano antes de un tifón.

El gallo cantó una segunda vez, y una tercera. El silencio que siguió inquietó a Annie sin que supiera el motivo, hasta que se dio cuenta de que estaba aguardando la respuesta de otros gallos. Sin duda, en aquélla, como en todas las aldeas chinas, debía de haber muchos gallos. Pero ninguno respondió.

Tres hombres entraron en la habitación. Se habían desprendido de las armas y llevaban montones de plumas blancas de la cola de gallos adultos. Uno de ellos era el *to-kung*. Se acercó al imán del *feng shui* y lo examinó. Lo que vio, fuera lo que fuese, le complació. «Quizá —pensó Annie— mida mi virtud, o mi impiedad, o quizá el porcentaje de alcohol de la sangre que pronto voy a derramar». Había oído hablar de aquellas ceremonias.

Entonces entró el geomante. Vestía ropas negras de gran ornato. No era viejo, ni tenía ojos penetrantes, sino vacuos e indecisos. Tenía la frente ancha y llevaba un gorro adornado con una joya de color rojo, según la moda de los funcionarios de la época imperial. En el cuello tenía un enorme lunar como un escarabajo del que salían tres pelos larguísimos que se mecieron cuando, con movimiento decidido, se inclinó para, al parecer, examinar el imán. Pero no lo miró, se limitó a acercar los dedos. Y fue entonces cuando Annie se dio cuenta de que era ciego.

El geomante no dijo nada. Los hombres guiaron a Annie hasta la puerta.

Cruzaron un patio tapiado y entraron en un viejo edificio de piedra verdosa a través de una puerta gruesa y muy pesada que abrió un hombre bajo y fornido, el portero, que llevaba un cayado rematado en una pieza de bronce con forma de

demonio. Cada uno de los tres hombres que escoltaban a Annie entregaron al portero una pluma. Mientras cruzaban un vestíbulo con columnas de madera, la puerta chirrió y se cerró a sus espaldas. Más adelante había una estancia larga y de techo bajo, con vigas talladas con animales irreconocibles. Allí estaban, semidesnudos, los otros cinco hombres que habían acompañado a Annie. Llevaban fajas de varios tonos de amarillo: desde el de la flor de loto al de las boñigas de camello. Había en la estancia una mesa lacada en rojo y, sobre ella, varios quemadores de incienso, un hacha con la hoja en forma de media luna y la espiga en forma de pico de águila, y una bandeja sobre la que había nueve cuchillos y un *kuang*, o jarra de bronce, con la boca como la de un gato.

Annie se colocó frente a la mesa, meciéndose ligeramente mientras observaba la escena. Al fondo de la habitación estaba, de pie, un harapiento pero digno *hsiang-ku*, o sacerdote de Tin-Hau, la diosa del mar. Vestía de amarillo, como era costumbre, y tenía la cabeza afeitada, largas uñas y un bigote largo y deshilachado (cosa rara en un sacerdote). Los ocho hombres, que, presumiblemente, eran oficiales de la Casa de los Rectos Héroes del Estandarte Amarillo, se colocaron en dos filas a cada lado y dejaron sus plumas en la mesa. Annie se percató de que, en la mano izquierda, todos llevaban una sortija adornada con una piedra negra cuadrada. Todas las sortijas eran de hierro excepto la del *to-kung*, que era de oro. Annie tenía delante una copa de hierro con un asa en forma de serpiente que mordía el borde negro. Miró a su alrededor y dijo:

—Hora de tomar otra copa, supongo.

Nadie respondió.

Fue una ceremonia de gran peculiaridad de la que luego a Annie le resultaría muy difícil recordar los detalles. Le dieron una copa que previamente llenaron con el líquido oscuro y caliente que contenía el *kuang* y, como suponía, le pidieron que bebiera. El brebaje sabía a vino y a sangre, pero lo apuró hasta el final. La ordalía fue tanto más fácil por cuanto su estómago estaba deseando intervenir: exigía algo, lo que fuera, para aliviar su vacío.

Se abrió una puerta. Dos hombres entraron y llevaron a Annie a un espacio tapiado en el que ardía una gran hoguera sobre una especie de brasero metálico. En torno al brasero había muchos hombres sentados y de pie; entre ellos, la mayor parte de la tripulación de Madame Lai. Un gong de dos metros de diámetro colgaba entre dos columnas de madera. El *hsiang-ku* lo golpeó —«acarició» es una palabra más apropiada— con un martillo envuelto en seda amarilla hasta que el metal comenzó a cantar con una voz que parecía provenir de las entrañas de la tierra.

Fue entonces cuando Annie se dio cuenta de que la poción que estaba digiriendo contenía algo más que sangre, alcohol y opio, ingredientes que ya había imaginado. Su cerebro se fragmentaba bajo el cincel de una droga poderosa y volvió a unirse, pero adoptando una forma muy extraña. Se asustó.

El *hsiang-ku* se dirigió primero a él en chino. A continuación, uno de sus acólitos, un chico a quien llamaban Chen, le habló en un inglés imperfecto:

—Ahola usted lesponde «*hou*», sólo «*hou*», y así todas las veces.

Annie conocía el significado de *hou*, una palabra de uso corriente: «sí», «de acuerdo», «está bien».

El *hsiang-ku* le hizo varias preguntas. A todas ellas Annie respondió, alto y con claridad: «*¡Hou!*». Pronto, los hombres que le rodeaban respondían con él «*¡Hou!*», con una voz uniforme y áspera que resonaba en la cabeza de Annie como un gong.

Al cabo de unos momentos, lo único que podía ver era un túnel estrecho que conducía hasta el gong, que brillaba como si estuviera a punto de fundirse.

Colocaron una cesta delante de sus ojos, dentro de su campo de visión. El *hsiang-ku* la abrió y un gallo blanco joven salió de ella, miró a Annie a los ojos y cantó. Su canto burlón fue repetido por el sonido del gong y luego por todos los gallos de la aldea. El estruendo fue enorme y Annie se tapó los oídos y cerró los ojos. Pero le obligaron a abrirlos y le entregaron un cuchillo, o una daga. Estaba de pie con las piernas bien separadas y, al mirar el cuchillo, todo su miedo se evaporó con una oleada de confianza. La daga tenía la empuñadura de marfil y la hoja de brillante acero. Sabía lo que había que hacer. Agarró

al gallo por su grueso pescuezo y puso fin a su estúpido canto. La cabeza del animal cayó al suelo.

Los acólitos del sacerdote cogieron el cuerpo del gallo y derramaron su sangre en la misma copa de la que había bebido Annie. A continuación, lo destriparon con sus cuchillos coreados por el grito de todos los asistentes, «¡Hou! ¡Hou!», y con él, el de Annie, lleno de desvergonzada convicción. El *hsiang-ku* recibió el corazón, que seguía latiendo, en un plato de bronce. Habló, ordenó y a continuación, sin necesidad de recibir instrucciones, Annie se lo comió. Estaba delicioso. Quizá se debiera al efecto de la droga o quizá Annie tuviera tanta hambre que cualquier cosa le habría gustado.

El *hsiang-ku* bebió de la copa. Acto seguido, le entregaron una pluma blanca. El sacerdote abrió la boca, empujó dentro la pluma y la sacó, manchada de sangre. Miró con dureza a Annie, quien, ahora sí, comprendió sin dificultad lo que el viejo bastardo le estaba diciendo. Abrió la boca alegremente y el *hsiang-ku* le metió la pluma roja en la boca y la hizo rotar con destreza.

Annie vomitó. Dos de los ayudantes del sacerdote sostenían una palangana, pero el proceso había resultado de lo más asqueroso. Annie vomitó desde las profundidades de su honda y poderosa tripa y le sorprendió lo mucho que, al parecer, había bebido. Lo más extraordinario fue que el corazón del gallo no se encontraba entre los efluvios.

Dos hombres lo sostenían. Ahora, veía a través del bronce ardiente del gong y percibía una interminable llanura de barro. Comprendió que estaba solo en ese páramo y que el tiempo es eterno. A continuación, el tiempo se detuvo. Se convenció de que estaría allí siempre, rodeado por todas partes por un horizonte desolado en el que la abominable y yerma llanura se fundía con un cielo de fuego asfixiante, un cielo insoportable. Gritó. Aún sostenía la daga y le entraron ganas de cortarse el cuello, pero no tenía fuerzas suficientes.

El cielo que Annie percibía con ojos drogados y dementes debía de ser el del amanecer. Volvieron a llevarlo a la sala larga o, más bien, se vio en ella de pronto, sentado en una silla. Tenía

delante al gigante *to-kung*, el timonel de Madame Lai. Se había desprendido de su pañuelo rojo y su cráneo rasurado brillaba como los músculos planos de su pecho y de sus brazos. Con la mano derecha cogió uno de los cuchillos de la mesa, muy parecido al que Annie todavía tenía en la mano, y lo sostuvo en medio del humo de un quemador de incienso. A continuación, extendiendo su brazo izquierdo en dirección a Annie, se hirió en el punto en el que el deltoides se desliza bajo el tríceps. La sangre corrió por su pelado brazo. Sin vacilar, los otros siete cogieron los cuchillos de la mesa y repitieron el gesto. Annie vio que uno de ellos —el hombre bajo que había decapitado al prisionero de Madame Lai— tenía muchas cicatrices pequeñas en el hombro. Otro hombre tenía el brazo destrozado entre el codo y el hombro, probablemente por fuego de ametralladora, y se hizo el corte en el antebrazo.

Annie se levantó. Aunque se sentía firme como una roca, la sala y los hombres que le observaban giraron a su alrededor como el borde de una rueda mientras desabrochaba los botones de su segunda mejor camisa y se la quitaba. Su blanca piel, que con tanto cuidado evitaba exponer al sol, reflejó la luz de los faroles admirablemente. Los hombres de Madame Lai estudiaron su cuerpo y quedaron impresionados por su volumen, por el grosor de sus hombros y la inusual anchura de su torso, que parecía un cilindro envuelto en vello rizado (toda una curiosidad para los ojos de los chinos), por la arbórea verticalidad de su cuerpo. Es raro ver en el sur de China a un hombre de un metro noventa de estatura y ciento diez kilos de peso (aunque pueden encontrarse hombres así en el lejano norte, entre los mongoles).

El *to-kung* habló, y el joven Chen dijo:

—Ahora, jura. Jura tú cumplir la ley del Estandarte Amarillo.

Annie quemó la hoja de su daga en el incienso y, a continuación, se hizo el corte en el lugar preciso. Mientras su sangre daba fe de sus palabras, dijo:

—Juro cumplir vuestra ley, que, supongo, es una ley de honor entre los hombres... y cuya mención maldita sea si tiene algún sentido. No los traicionaré; ni a ustedes ni a su

Estandarte Amarillo. — Luego, a modo de epílogo poético, miró a los brillantes ojos del *to-kung* y dijo —: Violar la Ley de la Casa es morir.

No tuvo ánimo para repetir la segunda cláusula del acuerdo, «Cumplir la Ley de la Casa es morir»; no estaba dispuesto a firmar voluntariamente un contrato leonino.

Cuando Annie se despertó en la pequeña sala de suelo de ladrillo era ya por la tarde. Supuso que llevaba durmiendo desde el alba. No recordaba el final de la agotadora ceremonia, pero en el dedo anular de la mano izquierda llevaba un anillo de hierro con una ágata cuadrada negra grabada con un símbolo o una palabra. La examinó con cuidado. Se sentía muy débil, pero en absoluto hambriento. La pequeña herida del brazo se había cerrado y no le escocía ni le dolía. Estaba echado en el suelo, sobre una alfombra de lana, cubierto por una de sus propias mantas. El día era soleado y corría la brisa. Su camisa estaba doblada sobre la solitaria silla de cerezo en que se había sentado Lai Choi San.

La muchacha que le había llevado el vino la noche anterior entró llevando unos platos de becada asada sin desplumar, arroz y pasteles. Este ágape se le antojó a Annie una obra maestra del arte culinario. Recuperó el apetito con pequeños y exquisitos dolores de salivación en la maquinaria de su mandíbula, y se lo comió todo, apuró su té y trató de recobrar la normalidad. Pero era difícil. Luego, la chica lo condujo a un patio y, ayudada por una de las cocineras del templo, lo bañó con agua caliente. Era deliciosa y atractiva y dedicó tiempo y atención a su tarea, enjuagando cada uno de sus testículos individualmente, pero Annie no intentó nada, ni siquiera bromear. El sol bañó con su luz esta escena solemne.

De regreso a la sala pequeña, se tumbó de nuevo y, de inmediato, volvió a dormirse.

Cuando se despertó, vio un farol en el suelo y, al lado, una carta marina.

Era una carta del mar de China Meridional del Almirantazgo británico. Madame Lai Choi San estaba en cuclillas, al

estilo culi, y medía las distancias con un compás que sostenía con sus inolvidables dedos como si fueran unos palillos chinos. Annie la observó con considerable agrado por unos instantes.

—Ésta es la ruta de Manila a Hong Kong —dijo Madame Lai sin levantar la vista.

—Sí, ya lo veo —dijo Annie.

—En junio, el mar de China Meridional suele estar en calma. El monzón frío de Tai Hung está cansado y se queda al oeste de Taiwan. El monzón del sur todavía no tiene fuerza.

Su *amah* número uno estaba sentada en una esquina, preparando té. Acercó una taza a Annie. Era de jazmín, su favorito. También le llevó sus Woodbine, que cogió del bolsillo de su camisa. Le encantaban los Woodbine, eran largos e intensos, el típico cigarrillo de clase media que gustaba a los inglesitos. Extendió la mano izquierda, completa con su magulladura, su cigarrillo y su sortija.

—¿Qué significa este símbolo? ¿Es una palabra?

—Significa Gran Oso Blanco —respondió Madame Lai, y aprovechó la carta de navegación para mostrar el lejano norte con uno de esos ademanes que eran música para el ojo—. De los mares de hielo. Gran Oso Blanco. Usted.

Annie se esforzó por no dejar traslucir nada, pero lo cierto era que el nombre le agradaba. Era largo y tenía la dignidad y el honor de la naturaleza. Era absurdo. Era apropiado. Pero, como todos los nombres, tenía sus limitaciones: tenía un lado engañoso.

—No me gusta el frío —señaló—. No me gustan los países fríos.

—Hay un país frío en su corazón de *gwai lo* —repuso Madame Lai, y se rió. Era evidente que estaba de muy buen humor.

Annie volvía a sentirse bien (todo lo bien que se había sentido anteriormente), pero sus oídos eran todavía muy sensibles. La risa de Madame Lai le molestó e hizo una mueca. Madame Lai se compadeció de él.

—Oso Blanco —dijo—, tienes que guardar el anillo en un lugar secreto. Nadie puede verlo. Ahora eres uno de los Rectos Héroes. Dije a mis hombres: «Decidan, ustedes decidan

si podemos confiar en este *gwai lo* o no». Mi gente, mis hombres. ¿Comprende?

—Claro. Y estoy seguro de que nueve de cada diez veces sus hombres están de acuerdo con usted, ¿o no?

Madame Lai sonrió e hizo un gesto que significaba «a veces sí y a veces no», aunque poniendo el énfasis en la parte afirmativa.

—Son hombres —dijo, con cierta frivolidad. Su tono era al mismo tiempo de respeto y de menosprecio por quienes la servían. Quizá fuera su hermano, pero también era su señora.

Para entonces, Annie estaba asombrado de su feminidad. Se veía a sí mismo, toda la escena, como en un espejo. Se veía tendido medio desnudo bajo su manta sobre el suelo de ladrillo de aquella casa de piedra de aquella isla escarpada y siniestra; sobre el suelo de una de las innumerables casas de Madame Lai, a la luz de un farol. Tal vez su corazón fuera un país frío, pero su sistema endocrino vivía en climas más templados. El brebaje que le habían dado era complejo. La elegancia de la cabeza de Madame Lai, la belleza de su cuello y de sus brazos, actuaban en él. Pero, por supuesto, no permitió que ella vislumbrara este estado biológico de cosas. La manta lo ocultaba.

—No —dijo—, no lo comprendo. ¿Por qué iba a comprenderlo?

—Sí que lo comprende. Las gentes del Estandarte Amarillo tienen una ley, una ley breve pero muy, muy dura. Y usted lo comprende muy bien.

—La única ley que usted sigue —dijo Annie— es la que le permite ser todo lo cruel que quiere ser.

Tras decir esto, Annie se quitó el anillo y lo puso en una caja de cerillas vacía que había contenido una cucaracha y que todavía llevaba en el bolsillo de los pantalones. Madame Lai volvió a reírse de él.

—Sus hombres comen ratas —dijo Annie—. He visto a uno de sus famosos artilleros destripando a dos ratas en el barco. Anoche. Todos ustedes, la gente del mar, comen ratas.

—Y cucarachas. En el mar, cuando el estómago está vacío, se come de todo —dijo Madame Lai, riendo—. Las ratas están

muy buenas. Mañana cenaremos ratas en su honor. ¡Demonios! —dijo, dándose una palmada en las rodillas—. En Shanghai he visto a franceses comer ranas y caracoles. Las ratas saben mejor. Capitán, ¿qué ley sigue usted?

La *amah* más joven llenó la taza de Annie.

—Mi ley —dijo Annie— es hacer todo lo posible para no acabar en la cazuela junto a otras ratas.

A Madame Lai le encantó la ocurrencia. Se rió tanto que estuvo a punto de caerse de espaldas.

—¡Rata! ¡Rata! No, usted no es una rata —afirmó—. Ahora usted es un hombre, Oso Blanco. Comerá carne de rata, pero no acabará en la cazuela —dijo y, con su típica brusquedad, dejó de reír y, con el semblante muy serio, miró a Annie fijamente a los ojos—. Usted es un Gran Oso Blanco, pero usted no es un animal. No somos animales. Somos personas sociales, capitán Doultry. Tenemos responsabilidades.

—No le importa que cobre mi porción de risas, ¿verdad? —dijo Annie, pero se rió con demasiada suavidad.

Madame Lai no comprendió lo que había querido decir.

—¿Su porción? ¿De risas?

—Sí, mi porción. ¿Y usted?

Madame Lai no llevaba anillos, así que se tocó el prendedor de jade que le sujetaba el pelo.

—Me río. Oh, sí, me río.

Con la cabeza apoyada en el puño, Annie, seguro bajo su manta y sosteniendo en equilibrio un cigarrillo con la boca, observó a Madame Lai detenidamente. Madame Lai se tocaba el pelo, acariciándolo hacia arriba suavemente en la parte de la nuca.

—Quizás no haya cuidado de mí —dijo, de pronto—, quizás haya olvidado algunos de placeres de la vida. Pero hago lo que hay que hacer. Tengo responsabilidades. Con mi padre, con mi gente.

—Su padre ha muerto y su marido también, ¿o no? —Era de suponer.

Madame Lai le dijo que su padre se había convertido en un esclavo del opio. Cuando se dio cuenta de que le habían

retirado a la tierra de los sueños para siempre, convirtió a su hijo mayor en líder del Estandarte Amarillo. Un año después, su hermano murió, asesinado «con las zapatillas puestas». El segundo hijo tomó el mando, pero al cabo de tres años murió en un tifón con toda su tripulación. El viejo, su padre, seguía vivo, había vivido lo suficiente para ver cómo su tercer hijo «perdía su alma». Un padre jesuita que era profesor en el colegio de la misión (padre Texeira se llamaba) le había lavado el cerebro y el chico se había hecho cristiano e ingresado como novicio en el seminario jesuita. Se había hecho fraile.

Cuando el más pequeño de sus hijos varones le pidió permiso para ingresar (como él) en otro mundo, el viejo salió por última vez de su pequeño camarote —no era más que la pequeña caja de un *ton-mu**— a bordo del *Tigre del mar de hierro*, en el que había permanecido cuatro años, acompañado únicamente por su pipa de opio y un criado, y, con un enorme esfuerzo de voluntad había recuperado el mando de sus juncos de guerra, que por aquella época habían quedado reducidos a siete. Llevó a bordo del *Tigre de hierro* a su hija (a su hija favorita, porque tenía varias), que en aquellos días era conocida por todos con el nombre de Jazmín Secreto. Tenía diecinueve años y había recibido una educación extraordinaria para una niña tanka; su padre siempre le había tenido un gran aprecio y, aunque era un hombre muy tradicional, tenía una idea propia de la China moderna. Una idea, muy probablemente, inspirada por el opio. Su intención era que su hija se casase con un hombre rico, con un hombre educado. Aunque había descuidado el negocio, el viejo todavía era rico y mantenía sus contactos con las organizaciones secretas de Macao y Shanghai, los *tongs*, que arbitraban el reparto de artículos, actividades, territorios y esferas de influencia en los mares del submundo chino en los últimos días del imperio. En el colegio del Sagrado Corazón, Madame Lai había aprendido sus lecciones con tal energía que la hermana Agnes habló con

* *Тон-му*; en este caso, máxima autoridad en los juncos piratas chinos, por encima incluso del *lao-pan*, o patrón. (N. del T.)

su padre acerca de su futuro. Temeroso de que siguiera el mismo camino que su hijo pequeño, el viejo la sacó del colegio definitivamente.

—Trece lunas navegué con él en el *Tigre de hierro* —dijo Madame Lai— y no bajé a tierra ni una sola vez.

Otros dos varones, uno mayor y otro más joven, un sobrino y el hijo de una esposa menor competían también por el liderazgo de la Casa de los Rectos Héroes del Estandarte Amarillo. Pero su padre le confesó lo que tenía en mente y, por supuesto, su voluntad y su palabra eran ley. Así fue como Madame Lai abrió su corazón al mar y, además, lo endureció ante ciertos aspectos del negocio que el viejo no intentó ocultarle. Le explicó que había un arte y una moral implícitos en la práctica de la violencia, con fines que definió de un modo positivamente confuciano.

—En la decimotercera luna, antes de morir, me dijo: «Tú eres, mi Jazmín Secreto, el corazón más fuerte y la cabeza más aguda. Ahora tienes que encontrar otro nombre».

Y se convirtió en Montaña de Riqueza.

También se había casado. Con su primo, el sobrino. No tenía por él el menor interés. Se separó de él, pero él insistió en volver y en buscar problemas. Luego, de repente, murió. Ella se casó con otro hombre y tuvo tres hijos —dos varones y una mujer—. Más tarde, el hombre se marchó; algunos dijeron que a Mei Kwo —Estados Unidos.

—Ahora tengo veintiséis juncos de guerra. Y dos hijos, de doce y siete años. ¿Cuántos años tienen sus hijos, capitán Doultry?

Annie trató de recordar.

—Tengo un hijo francés. Su madre era francesa, se lo llevó a su país —dijo, esforzándose por concentrarse—. Lo último que sé de él es que está en el Ejército, en el Ejército francés, en Argelia. Y tengo otro hijo. —Resultaba agotador, no quería hablar del tema. No podía recordar cuántos años tenían, ni siquiera dónde estaban.

Madame Lai debió de darse cuenta de ello, era una mujer muy despierta, pero dijo:

—Y tiene una hija.

—Sí —dijo Annie, y bostezó—. Sí, eso creo. Claro que podría equivocarme. Tendrá cuatro años —recordó y, de repente, su sensación de fatiga se evaporó. Lai Choi San tenía los ojos fijos en él. Deseaba mantener su distanciamiento del tema, pero, bruscamente, se vio invadido por una oleada de sentimientos. Estaba confuso, pero encontró su vía de escape en una risa.

—¿Dónde está su casa? —preguntó—. ¿Dónde está su mujer?

—Mi casa es mi barco. Soy marino. Y mi mujer es mi barco.

—¿Y su hija?

—Mi hija está en Estados Unidos. Si va alguna vez a San Francisco, tiene que hacerle una visita.

—Yo nunca pisaré Estados Unidos —dijo Madame Lai, apartando la mirada. Quizás se diera cuenta de que Annie estaba mintiendo, ¿quién sabe? Annie no era ningún estúpido. Nunca le habría dicho a un pirata chino dónde vivían sus hijos, no era ese tipo de hombre. Pero Madame Lai no se lo tomó a mal, y tampoco se lo tendría en cuenta.

Si alguien le hubiera preguntado a Annie cuáles eran sus sentimientos respecto a Madame Lai Choi San, no podría haberlo dicho. Habría dado una respuesta, pero la habría ido elaborando a medida que contestaba. Puesto que no estaba presente como una idea seria antes de pronunciarla —o, digámoslo así, antes de irse pronunciando—, sin referencia a ningún punto visible de la realidad, Annie se alegró de decirlo. Por supuesto, a veces elaboraba respuestas que resultaban ser ciertas.

Pero no se fiaba de ella. De esto sí estaba seguro.

—Está pensando —dijo Lai Choi San—. Está pensando: no me fío de ella.

—Sí —replicó Annie— y no.

—Algo nos une. Quiero decir, algo más aparte de lo primero, que es la codicia, y lo segundo, que es el juramento de sangre. ¿Que qué es lo tercero? Yo se lo diré. Es el amor.

La franqueza de Madame Lai lo desarmó. Se quedó sin palabras. Pero Madame Lai precisó su afirmación.

—Quiero decir, usted y yo tenemos el mismo amor. Tenemos el mismo amor. Por las mismas aguas profundas, por el océano. No amo los grandes ríos, no amo la tierra. Amo el mar.

—Una vez alguien me dijo —repuso Annie— que en chino no hay palabra para el amor.

—Eso no es verdad. Eso es una tontería. Hay muchas palabras para el amor. —Annie tenía la vista fija en el fondo de su taza de té—. ¿Qué ve, capitán Doultry? ¿Su futuro?

—A mí me parecen unas colillas.

La doncella estaba acurrucada en el suelo. Se había dormido. Lai Choi San extendió el pie (estaba descalza) para despertarla, pero Annie la disuadió con un gesto.

—No quiero más té, cariño.

—¿Qué significa ese «cariño»?

—Sólo es una forma de hablar. —«Que le dé vueltas», se dijo Annie, que la devoraba con los ojos; al menos, eso se decía él. Se decía: «Annie, te estás comiendo a esta muñeca china con los ojos». En efecto, veía a Madame Lai como algo comestible. Ésa era la cuestión. Era una mujer apetecible. ¿Tendría alguna objeción si supiera lo que le pasaba por la mente? Probablemente ninguna. Que la llamara «muñeca», sin embargo, no le habría gustado. Por otro lado, ella era profundamente consciente de lo que sólo puede describirse como magnetismo animal. No, mejor, magnetismo *mecánico*: era una hermosa pieza de maquinaria. Su relación peso-potencia era formidable, su estructura delicada y muy tensa. Sus movimientos eran ágiles y autoritarios sin ser brutales: un equilibrio que el propio Annie jamás había logrado.

La carta de navegación se había enrollado hacia donde él estaba. Madame Lai se estiró, cogió uno de sus zapatos y lo utilizó como pisapapeles.

—Coja esta esquina, por favor —le ordenó a Annie, que así lo hizo, con un dedo, feliz de ser su esclavo. Ella tenía ese olor seco, intenso, picante, mezcla de perfumes naturales y artificiales, de fabricación femenina para olfatos masculinos. La nariz de Annie reaccionó con una profunda sensación de placer y su pene emuló a su órgano hermano con todo cuanto tenía a

su disposición. La manta se movió, se arrugó visiblemente. Annie movió la pierna para ocultar la reacción, pero no lo consiguió. Madame Lai se dio cuenta de lo que ocurría; daba la impresión de que estaba mirando la manta en el preciso momento en que ocurrió. Pero fingió no ver nada.

Annie no sintió necesidad de hablar. Ella se sentaba a su lado tranquilamente, admirando la carta como si fuera un objeto muy hermoso. Tenía la espalda pegada a Annie, a su pierna o, más exactamente, a la parte interior de su rodilla derecha. Annie estaba echado sobre el lado izquierdo, en esa postura que tan frecuentemente adoptan las figuras en los banquetes de las pinturas clásicas romanas. Era una postura que le gustaba mucho. Apoyaba la cara en la mano izquierda, y el peso de la cabeza y de sus cálculos. Acomodó el cuerpo para que, llegado el momento de actuar, su movimiento fuera lánguido pero inexorable.

—Sí —dijo por fin—. Cuando estás en el mar no hay que decidir nada. Nadie te molesta salvo la madre naturaleza cuando le da por fornicarte.

—¿Qué quiere decir «fornicar»? —preguntó Lai Choi San.

—Joder —dijo Annie—. Cuando a la naturaleza le da por joderte. Cuando se levanta y te jode. Entonces no hay nada que pensar excepto en que todo puede acabar, y en seguir vivo para contarlo.

Con este pensamiento tan profundo, Annie rodeó el compacto cuerpo de Madame Lai con el brazo derecho y puso la mano sobre uno de sus senos, con decisión. En sus brazos, Madame Lai se sintió pequeña como una niña. Por un momento, Annie la apretó, o la abrazó, luego relajó el brazo y lo apoyó en su cintura, para que pudiera librarse de él, como de una gran tela de araña, fácilmente; si eso quería.

Madame Lai no apartó el brazo de Annie.

—Bueno, capitán, esa vida me parece absurda. Querer que la madre naturaleza te joda.

Desde luego resultaba muy interesante oírsele decir de esa manera. Madame Lai se permitía hablar con la libertad y la mala lengua con que los chinos hablan con tanta frecuencia con

los amigos y familiares y las personas de la calle. Era una forma de hablar estupenda, rica en obscenidades y expresiones barriobajeras, aunque también llena de posibilidades para las imágenes sublimes y la metáfora metafísica.

—Señora Riqueza —dijo Annie—, a mí no me parece una vida absurda. Tengo mi música y tengo mi... —añadió, e hizo una pausa, vacía como el almacén de sus posesiones—. Tengo mi libertad. Mi vida es mejor que la de algunos, aunque tal vez no tan buena como la de otros. Cuando miro a mi alrededor, no sé, siempre me sorprende ver lo que la gente amontona y llama vida. No creo que lo que hago sea tan malo. Lo hago libremente y es todo mío. En el mar no quedan huellas.

—No quedan huellas, el mar no está hecho de arena —dijo la señora Riqueza—, es agua, pero el agua es un espejo —añadió, y levantó la carta de navegación. Debajo estaba el espejo de bronce, el espejo con sus doce puntos, como un imán o una brújula. Quienes vivieron durante la dinastía Han lo llamaban «espejo cósmico». Estaba boca abajo. Su asa formaba bajo la carta un abultamiento que parecía un maremoto. Madame Lai lo cogió y se miró en sus oscuras profundidades—. Antes de que en el Reino Medio hicieran espejos de metal, se utilizaba agua. El agua en un cuenco de cobre era el espejo de la cara. No hay huellas, ninguna imagen de la cara. Sólo tú, pero al revés. ¿Sí? —Su «sí» vino acompañado de un gesto de la mano, que pasó sobre la luz del farol que reflejaba el reflejo invertido de dos de las tres dimensiones de lo que fuera revelado o visto.

Quitó la mano de Annie de su cintura y colocó en ella el espejo.

Annie dejó el espejo en el suelo después de un breve vistazo y volvió a poner el brazo donde estaba, tocando con la punta de los dedos el pecho de Madame Lai. No quería entrar en una discusión china sobre espejos. Aceptaba que Madame Lai era más que una adepta a las metáforas universales, pero ésta era una especialidad de los chinos. Así que dijo:

—Señora Riqueza, entre los amantes que ha mencionado *en passant*, como dicen los franceses, ¿había algún demonio extranjero?

—No.

—¿Nunca ha hecho el amor con algún *gwai lo*?

—No, pero he matado a muchos —repuso Madame Lai, con la misma ligereza. Entonces, bruscamente, puso su mano sobre la de Annie y la apretó contra sí. La palma desprendía una sequedad eléctrica. La sacudida fue inmediata—. Yo mato a los *gwai los*. Mato a los perros *gwai los* y mato a los perros chinos. Mato a los matones, a la escoria. A la escoria de Shanghai. Escoria, escoria. —Le gustaba la palabra. Decir que el deseo sexual le incitaba a pensar en matar sería una simplificación excesiva—. Chiang Kai Chek —dijo, con voz suave pero metálica— pagó a la mayor banda de matones de Shanghai para que mataran a los rojos. Mataron a cinco mil, a diez mil rojos. Puede que algún día yo mate a Chiang Kai Chek.

Annie le acariciaba el pecho con la mayor suavidad y respeto cuando Madame Lai hizo este comentario con una voz que exudaba un ronco erotismo. Sintió el temblor de sus hombros. No le interesaban sus opiniones políticas. Estaba caliente como el infierno. Quería follársela. Estaba dominado por la lujuria más pura y simple, aderezada quizás con las especias de la fatalidad. Pensó: «Tienen que haber echado algún afrodisíaco en ese brebaje repugnante». Y de pronto se sumió en un agujero de pérdida de confianza. No podía llamarlo miedo, pero se adhirió a su piel desde la entrepierna y hacia arriba, como un lagarto. El lagarto llegó a su oreja y le susurró: «¿Qué demonios estás haciendo, Doultrey? Antes de que acabes, esta dama se va a poner tus huevos por pendientes. Engastados en jade, naturalmente».

Y, naturalmente, esto cambió el curso de las cosas.

—¿Tiene miedo? —preguntó Madame Lai.

—Puede que un pelo —respondió Annie, y es posible que el hecho de que, por una vez, le hubiera dicho la verdad la decepcionara.

—Sí, capitán Dowlty —dijo—, tiene miedo. Demasiado miedo. Bueno, tengo que aprender a comprenderle. Y usted tiene que comprenderme a mí. Tenemos que ser buenos amigos, pero en mi corazón... no, diré «vida», usted no lo va a entender

si digo «corazón»... en mi vida, el amor y los negocios son dos cosas que no deben cruzarse nunca. Nunca, nunca. Por favor, quite la mano.

Annie hizo lo que le pedían. No tenía opción. Madame Lai se lo había pedido con tanta modosidad como si fuera monja. Tenía los ojos fijos en la carta de navegación. A Annie se le ocurrió que tal vez no la entendiera. A continuación, en silencio, se disculpó por pensar así. Quizás Madame Lai le estuviera leyendo el pensamiento.

—Madame Lai, no la voy a engañar en asuntos del corazón. Para mí, el corazón es esta bomba roja y grande que está aquí e impulsa el resto de mi cuerpo. Para mí, el amor forma parte de mi cuerpo, que por otra parte es muy grande, así que no creo que me falte amor. Me gustaría ser su amante porque, a mis ojos, a mis poco honorables ojos, es usted una mujer muy bella —dijo Annie, y entonó suavemente una canción:

*¡Oh, preciosa muñeca,
grande y preciosa muñeca!
Deja que te rodee con mis brazos,
porque no podría vivir sin ti.**

Madame Lai no pudo evitar una sonrisa. Annie cantó con una voz agradable, dulce y perfectamente entonada, y su cara brilló con sinceridad. Jamás había tenido mejor aspecto. Lai Choi San debió de pensar esto también, porque se levantó y se alejó. Al llegar a la puerta, dio media vuelta e hizo una reverencia del modo tradicional, juntando las manos. Cuando salió, Annie iba por la tercera frase. Madame Lai se dejó la carta y el espejo, pero su doncella la siguió con la tetera y las tazas. Annie se despidió de esta joven encantadora tirándole un beso, lo cual hizo que se volviera con gran confusión. Su señora podía o no estar observando la escena. Con Madame Lai uno nunca estaba seguro.

* Letra de una canción de 1911 que fue muy popular durante la Primera Guerra Mundial, «Oh, you, beautiful doll», de Nat D. Ayer y Seymour Brown. (N. del T.)



TIFÓN

Desde Hong Kong a Manila se tardaban dos días en vapor. El monzón del noreste soplabá con firmeza, así que a última hora del cuarto día, 27 de abril, y tras haber alcanzado una velocidad media superior a los ocho nudos, el junco hizo escala en el cabo Bojeador, situado en la esquina noroeste de la isla de Luzón.

Aunque durante aquellos cuatro días no había ocurrido nada en particular, sí habían sido jornadas importantes. Fue entonces cuando Annie comenzó a sopesar seriamente las posibilidades del trato. Se resumían en lo siguiente: si en el mes de junio un barco iba a trasladar tanta plata como Madame Lai afirmaba, la naviera Indo-China, especializada en el transporte con vapores, tomaría todas las precauciones posibles. Los piratas habían asaltado varios de sus barcos mercantes y la compañía era grande y rica y estaba ojo avizor. Era igualmente cierto que el plan de Madame Lai para capturar las diez mil toneladas de plata del *Chow Fa*, un barco que podía navegar a dieciséis nudos, tenía una probabilidad de éxito calculable. Lo tercero que era cierto es que él, Dandy Annie, era la clave del plan, el *sine qua non*, sino el *deus ex machina*. Lo que

tenía que hacer era muy duro, pero él era un hombre duro. La suma de sus cálculos, que le ocuparon los cuatro días del viaje, daba unas probabilidades de victoria que podían cifrarse en más del setenta por ciento pero en menos del ochenta o, dicho de otra manera, las apuestas estaban tres a uno. Y estando así las apuestas, Annie tuvo que decirse: «Querido, estás dentro».

Le cedieron un camarote en la cubierta superior de popa, justo sobre los de Madame Lai y el capitán Wang. El *ton-mu*, un hombre pequeño y de un mal humor perpetuo, de quien podría decirse que era el oficial en jefe, se alojaba en el camarote contiguo, y el artillero jefe en el de enfrente. Durante cuatro días Annie vivió codo con codo con sus pares chinos, por así llamarlos. Estos camarotes, los cuartos de oficiales, tenían un metro setenta y cinco de alto y uno treinta de ancho, y eran apenas lo suficientemente largos como para tumbarse en ellos completamente estirado; era como dormir en una caja. A Annie le divirtió reanudar su amistad con las cucarachas: una especie china muy marinera y con un estupendo sentido del humor. Eran los purasangre de una amplia selección de bichos, por no hablar de las amistosas ratas, a las que la tripulación alimentaba hasta que estaban lo bastante gordas como para llenar la cazuela, y de una rara especie de pequeño ratón, que no merecía la pena coger, porque no merecía la pena comerlo.

Annie deseaba estar cerca de aquellos cuarenta ladrones en toda su bajeza, depravación y dureza, y también en su camaradería y buen humor. Es más, incluso fingía compartir sus absurdas supersticiones. Por ejemplo, cuando estaban todavía próximos a la costa y la brisa del noreste cesaba de pronto, un fenómeno, como todo el mundo sabía, muy frecuente en aquellas latitudes en el mes de abril y de poca duración, los chinos se ponían a cantar y el verdugo echaba al mar, muy suavemente y por el lado de sotavento, un barco de papel decorado con oraciones escritas sobre papel de oro y papel rojo. También tocaban un gong que seguía el ritmo lento y ondulante con que el barco se alejaba hacia el sur arrastrado por la corriente.

Entonces un golpe de viento levantaba el vistoso juguete y lo empujaba como un pájaro sobre el agua cincelada. Luego otro hinchaba las velas del *Tigre de hierro* y volvían a navegar.

De acuerdo con las costumbres occidentales, la tripulación era sucia, pero no más que la mayoría de los hombres de tierra de este mundo. Los marineros del *Tigre de hierro* no se lavaban nunca, pero la naturaleza se encargaba de fregarles bien con agua de mar: estaban encurtidos en agua de sal. Sus pieles, de color caoba, eran magníficos mapas de las inclemencias que habían sufrido. Sus rostros podían contar historias que rizaban el vello de la nariz. Sin embargo, Annie se sentía cómodo con ellos, porque eran hombres de mar y, como todos los hombres de mar, tenían mal carácter y eran emotivos, pero también tolerantes y de mente más abierta que los moradores de tierra; en pocas palabras, eran más realistas. Perseguían, por ejemplo, a los piojos de sus escasas y remendadas prendas con constante buen humor. Cuando sabían que Annie estaba mirando, se comían a veces a los desgraciados sólo por provocar su reacción, porque, por supuesto, él no ocultaba su repulsión, ¿por qué iba a hacerlo? Divertía con ello a la tripulación. Hacía payasadas. Se convirtió en un payaso, en el Gran Payaso Blanco. Era un trabajo realmente duro, pero al fin y al cabo, Annie era un profesional y todos los tanka disfrutaban con sus interpretaciones. Se reían y le ofrecían sus pipas y una parte de lo que pescaban. Pescaron durante toda la travesía, siempre había anzuelos en el agua y a los dos días las capturas se hicieron muy abundantes.

El difícil era Tang Shih-ping, artillero jefe del *Tigre de hierro*. Corría el rumor (filtrado, probablemente, por el señor Chung) de que Annie tenía conocimientos sobre armamento. Por su parte, Annie no hizo nada por afianzar este rumor: se mantenía a distancia de los setenta y cinco y de la interminable limpieza y exhibición general de armas de fuego. La tripulación de Madame Lai estaba tan loca por las armas de fuego como las pandillas de bandidos mexicanos de las películas. El caso es que Tang Shih-ping no quitaba los ojos de encima de Annie. El hombre se había pasado la vida casado con un harén de cañones; era un veterano con veinticuatro años de lucha feudal

y piratería a sus espaldas. En aquellos momentos, tenía una aventura con los Schneider de imitación de setenta y cinco milímetros de Madame Lai.

Un día, un joven fuerte pero poco brillante se acercó a Annie con un Colt de 1911, un modelo del ejército, modificado para munición de nueve milímetros Luger Parabellum. Ayudándose con gestos —era muy expresivo—, el muchacho le explicó que el arma se amartillaba e hizo unos cuantos disparos para demostrárselo. Al cuarto disparo, en efecto, el revólver se amartilló.

Annie se percató de lo que ocurría al instante. Además, sabía cómo solucionarlo. Incluso observó lleno de comprensión cómo el chico desmontaba su arma. Entonces, dirigiéndose a Chen, el único marinero que hablaba inglés, le dijo:

—Dile al chico que lo siento, que yo me limito a vender armas. Las compro y las vendo, pero no sé muy bien cómo funcionan.

Tang Shih-ping se acercó. Se percató del problema enseñada y, después de una sonora carcajada, dijo que el trinquete de arrastre, diseñado para un cartucho de calibre 45, más grueso, no había sido suficientemente limado para las balas de marca Luger, más delgadas. Annie le dio unas palmadas en la espalda y le felicitó. Cuando llegaron a Manila, se llevaba perfectamente bien con aquel hatajo de *boy scouts* y el artillero jefe ya no le vigilaba de cerca y se portaba con él con mucho más civismo.

Ya en la isla de Lantau, Lai Choi San no habló con él durante las primeras treinta horas de su estancia. Igual que el Pico Victoria, hundido bajo la bruma del horizonte a muchas millas de ellos, Madame Lai habitaba su propio mundo de la forma en que estaba acostumbrada e ignoraba del todo a su invitado. Annie había oído hablar de esta estratagema; había leído sobre ella en algunos libros, en relatos de excéntricos duques ingleses que jamás hablaban con sus invitados hasta el tercer o cuarto día de estancia en su casa de campo. Madame Lai tenía una actitud similar. Pero a Annie no le importaba. No se aburría.

Tampoco le importaba estar sucio. Sabía adaptarse. Lo que sí le preocupaba era el aspecto de su barba. Todos los hombres de mar sienten por sus cabellos un aprecio especial. A bordo

había un barbero capaz de afeitar una cabeza en diez minutos en mitad de un vendaval. Así pues, Annie le pidió el favor.

La tarde acababa ya y la brisa dispersaba el olor de la cena que se asaba en las estufas de carbón. La mayoría de la tripulación giró la cabeza para asistir al espectáculo. Annie se sentó en la banqueta. Se había envuelto la cabeza al estilo pirata en un pañuelo viejo de seda estampado con hojas de sauce. Su intención era proteger sus cabellos, que crecían de forma errática y enmarañada. Sin embargo, no quería que el barbero le cortase el pelo de la nuca ni de los lados. Así pues, recurrió a su espejo de bronce: la barba, por favor; sólo recortarla.

El barbero estudió el objeto de su trabajo con ojo crítico y desde todos los ángulos. Finalmente, tras recibir no pocos consejos de los espectadores de la escena, le hizo una indicación a Annie con los dedos: veinte céntimos. Esto era demasiado a todas luces y Annie no estaba dispuesto a que se burlaran de él en un tema tan serio, así que protestó. Se inició una discusión. No se trataba ni mucho menos de una mera formalidad. Llegaron a un acuerdo: dieciséis céntimos. El barbero no tardó mucho. El corte fue clásico, esto es, clásico al estilo chino: con dos puntas.

Madame Lai observaba la escena desde el castillo de popa. Sonrió, pero no se rió; así que tampoco se rió ninguno de sus hombres. Annie estudió los resultados en su espejo, apoyado en uno de los cañones más viejos. Se palpó las puntas con los dedos. Dio al barbero dieciséis céntimos más dos de propina y se levantó. Se acercó al joven Chen, que estaba pintando las tallas del castillo de proa, en realidad, una sola talla que repetía un único símbolo llamado «bienestar» (el cual, vuelto del revés y conocido por su nombre en sánscrito, *svástica*, era empleado también por el demente pero joven y carismático líder del Partido Nacionalsocialista alemán).

—Chen, permíteme —dijo Annie y, cogiendo el bote de pintura, metió en él las puntas de la barba. La pintura era de color rojo.

El efecto fue tremendo y puesto que ahora todos tenían permiso para reír, todos lo hicieron. Por encima de todas, destacaron las conspicuas y animalescas carcajadas de Madame

Lai. Annie había sacrificado la integridad de su barba para hacerla reír. En realidad, su barba había tenido muchas formas y tamaños. Era más una prolongación de la barbilla que una barba. Incluso el pequeño y malévolo *tou-mu* se rió — con una risa que más parecía un claxon ronco —. Pero Annie lo había hecho todo por ella. Le gustaba verla reír, y la gran exhibición de su boca, adornada con oro, con orfebrería china. Pero no se acercaron; no estaban solos.

Pese a todo, en la popa, bajo el gran resplandor del mediodía, mantuvieron una conversación. Fue al final de la mañana, cuando el viento abandonó el mar durante algunas horas y navegaban con rumbo este-sureste empujados por los tibios restos del monzón invernal que soplaba ya moribundo por babor desde los estrechos de Formosa (o Taiwan, como los chinos llamaban a esta isla). Era evidente que se dirigían a la isla de Pratas*. Madame Lai iba sentada donde siempre, sobre un arcón que estaba al lado de la barandilla de babor con una de sus *amahs*, o las dos, a sus pies. El capitán Wang se paseaba fumando y discutiendo sobre caballos de carreras con el piloto en el cuarto de derrota. Era muy curioso que todos aquellos que estaban bajo el hechizo de Hong Kong, o de su zona de influencia, hablasen de caballos y apostasen a las carreras.

Madame Lai nunca hablaba con el *to-kung*, sólo hablaba con el capitán Wang, y éste hacía el resto. Pero aquella mañana le dijo a la criada número uno que le dijese a Annie que esperaba que no estuviera demasiado cansado para fumarse un cigarro. A ella le gustaría probar uno de sus cigarros, fue el mensaje.

Annie se lo encendió. La doncella número dos se sentaba bajo un parasol negro. Annie dijo:

— Ha ordenado poner rumbo a la isla de Pratas.

— Sí. — Automáticamente, volvió la vista hacia el cielo —. Esta noche habrá poco viento. Y luna llena. Yo conozco la isla de Pratas muy bien.

* Es el nombre que le dieron los portugueses. Actualmente: Dongsa Qundao. (N. del T.)

Annie no hizo comentarios. No conocía a ningún capitán occidental capaz de acercarse a menos de cinco millas de la isla de Pratas de noche aun con el mar en calma. Con tiempo incierto no se acercarían ni a veinte millas; ésta era la norma de Annie, que no era ni mucho menos conservador.

También miró al cielo y luego a la superficie del mar. Y olió el aire. Tenía un aparato olfativo notable.

—Si me pide mi opinión, apuesto a que, si yo tuviera un barómetro, fallaría. Hay tormenta en el norte y me parece que está pensando en bajar en esta dirección.

El sol brillaba con esplendor. Lai Choi San dijo:

—Un *Tiet-Kiey* viene, pero está muy lejos. Viene de la isla de Bataan, y el capitán Wang y yo creemos que vamos a cruzar delante de él. Vamos deprisa y él pasará por detrás. Pero nos dejará un fuerte viento del norte que nos llevará a Manila.

Annie estuvo a punto de preguntarle dónde obtenía la información, puesto que no tenía radio. En vez de ello se acercó al capitán Wang, que estaba hablando con el piloto; y le preguntó, con educados gestos, si podía coger prestados sus binoculares. El capitán Wang se los cedió al instante. Annie miró al este, en dirección a Bataan, que estaba a cuatrocientas millas. El horizonte aparecía claro, brumoso, benigno. Entonces notó que el capitán le daba una palmadita en el hombro y le indicaba un punto situado un grado o dos hacia el norte y muy por encima del horizonte. Y allí, titilando en el objetivo de los poderosos binoculares, sobre los cúmulos de color verdoso, se elevaba una espiral de vapor que debía de estar al nivel de los estrato-cúmulos, a unos diez kilómetros en vertical sobre las aguas de los estrechos de Luzón y de la isla de Bataan.

—¿Qué significa *Tiet-Kiey*? —preguntó Annie a Madame Lai.

—Es nombre de *Torbellino de Hierro* —dijo ella.

Annie nunca había oído ese nombre, pero lo sabía todo sobre tifones. Conocía bien la furia de ese viejo llamado viento, la furia que se medía a sí misma, gramo por gramo, frente a terremotos, volcanes, frente al Monte Pelado, frente al Krakatoa, frente al gran toro sobre cuyo lomo reposa el universo. Cuando

la arena es tan ancha como las aguas, y un pirata y un embustero se sientan juntos en el banco de piedra de Nerón, uno podría esperar ver un gesto de violencia de ese viejo de majestad suficiente para dar plena resonancia a la palabra «catástrofe».

—Madame Lai Choi San —dijo Annie—, creo que su maestro de navegación, o *lio-dah*, o como quiera que lo llame, es un hombre muy competente. Ésa es mi impresión. Pero, en mi opinión, lo mejor que podríamos hacer es efectuar una larga bordada hacia el suroeste ahora mismo y dejar que esta estu-penda brisa del noreste nos empuje tan lejos de las faldas de ese tifón como pueda, y lejos también de los arrecifes de la isla de Pratas. Intentar pasar por delante del tifón es una locura.

—El capitán Wang no es mi *lio-dah*, es mi *tou-jeu*, mi gran ojo. En el Estandarte Amarillo llamamos a los maestros de navegación «grandes ojos». —En aquel preciso momento, el gran ojo estaba recuperando sus Bausch and Lomb del cuello de Annie, aunque, al parecer, no los necesitaba para ver el «aliento del dragón» que avanzaba hacia ellos—. Mi *tou-jeu* dice que podemos cruzar por delante con facilidad. Iremos en línea recta, nos protegerá la isla de Pratas, y aprovecharemos el viento para llegar a Manila mañana por la mañana.

Tras decir esto, Madame Lai se echó a reír. Fue la señal para que la *amah* número uno se pusiera también a reír y a dar palmas y para que el capitán Wang sonriera. También el piloto se rió, con voz grave.

Una ola de risa se extendió simétricamente hacia delante, modificando el humor de la tripulación, que comenzaba a orientar las vergas y a cerrar la escotilla principal y a asegurar los cañones a la cubierta con cabos y cadenas. Algunos incluso se quitaron el sombrero y lo tiraron por la escotilla delantera. Y el junco cabeceaba pesadamente contra el viento, con rumbo este.

A Annie se le ocurrió que, tal vez, aquel gesto suavemente histérico le tenía a él por objetivo —de un modo inofensivo, por supuesto—. Madame Lai y su gran ojo y su tripulación habían llegado al acuerdo —porque eran, según la tradición de las grandes figuras de la piratería, un grupo democrático—

de que había que echarle porque sí una carrera al *Torbellino de Hierro*. Tal vez fuera cuestión de orgullo, o de prestigio. En cualquier caso, les impulsaba el carácter, porque no había ninguna prisa y llegar a Manila al día siguiente por la noche era perfectamente satisfactorio. Pero Annie no dijo nada más. Si había que seguir adelante, entonces, adelante.

Entonces, la joroba de un dragón negro de ciento cincuenta kilómetros de anchura y de la altura de la estratosfera se alzó por el este y avanzó hacia ellos. Seguía a la lujuriosa espiral de su lengua, que giraba alejándose del *Torbellino de Hierro* por su impulso cíclico. El océano comenzó a adoptar los reflejos del acero, el mismo color que Annie había visto en el bronce de su espejo redondo. Se levantó un fuerte oleaje y el junco comenzó a mecerse en la cuna del mar. Había poco viento, pero el que corría sobre la piel del agua —el aliento del *Tiet-Kiey*— parecía moverse como una navaja sobre la superficie.

El piloto mantenía el rumbo. El junco desplegabá todas sus velas como un dorado desafío mientras el sol caía a sotavento como si quisiera ceder el paso. Luego, allí donde la lengua de vapor negro captó la luz durmiente, se volvió de un vívido color amarillo.

Annie pensó que si el viento viraba y cambiaba de dirección, de noreste a norte, el frente de la tormenta se echaría directamente sobre ellos. Los tifones son como los ciclones: sus vientos giran en torno a un centro de bajas presiones que, con frecuencia, no tiene más de veinte kilómetros de diámetro. En el hemisferio norte, el giro se produce en el sentido contrario a las agujas del reloj (al revés que en el sur). De modo que, con cierta experiencia, no es difícil saber dónde se encuentra el tifón; lo malo es que, en un barco de vela, cuando esto sucede suele ser demasiado tarde. Los vientos soplan a ráfagas, a ráfagas temibles. Los hombres de mar llaman a esos vientos tormentosos chubascos. En un tifón, los chubascos alcanzan velocidades de más de ciento cincuenta kilómetros por hora, incluso en su límite exterior.

Annie se puso el impermeable, se ató el sueste bajo la barba, y adoptó un semblante serio. Sabía lo que les aguardaba. Miró

al este y vio el primer chubasco sobre la superficie del mar. Era como una cuña negra bordeada de espuma. El capitán Wang estaba preparado. Sus hombres se situaron en los cabrestantes de los penoles. Al arriar la mayor, chasqueó el bambú de los listones. Plegaron la vela bajo el azote del viento y la estaban atando cuando una ola sacudió el junco por el costado. El barco se inclinó hacia el otro lado, hundiendo en el agua la verga del trinquete. Luego arriaron la mesana. El capitán dejó que el buque se desplazase impulsado únicamente por la vela de trinquete, arrizada en tres partes. Si podía, el capitán quería mantener alguna vela izada. Es imposible mantener un barco de vela de proa durante un tifón, porque el viento puede cambiar de dirección con tanta rapidez que la nave acabaría por volcar.

Una gran ola levantó el barco. El junco se inclinó como si se asustara del viento y la ola creció hasta convertirse en una pared que se estrelló contra los baos de barlovento y zarandéo el barco. Cuando parecía a punto de volcar, la nave recuperó la vertical y se deslizó sobre la superficie negra del agua, cayendo en el seno de la ola, abierta para recibirlos. Annie no oía nada excepto el rugido del agua, pero mientras se sostenía en pie a duras penas, pudo ver la cara de Lai Choi San, que, aferrada a un estay de la mesana, sonreía como una posesa. Cuando el agua las empapó a ella y a la más joven de sus doncellas, que se cogía a su cuerpo como podía, Annie tuvo la impresión de que reía.

El junco pareció elevarse, aunque, en realidad, era difícil estar seguro, porque el chubasco lo sacudió horizontalmente, como una pared de lluvia. El piloto trataba de mantener la popa sobre el agua. La vela de trinquete se henchía y se tensaba, tirando de la proa hacia abajo y levantando la popa, preparando al barco para recibir el impacto y el peso de la siguiente ola. El casco de madera de aquel viejo junco era tan recio como cualquier casco de hierro. Aquella nave vivía en un mundo de nombres metálicos, en un mundo en el que el «torbellino» y el «hierro» eran antagonistas hechos de un metal al que los chinos admiraban y aborrecían. Estaban en el «mar de hierro» para el que aquel barco había sido construido y al que debía

sobrevivir. El *Tigre de hierro* gemía y rugía como una bestia en una cueva de agua y el mar barría sus cubiertas. Cabeceaba y se escoraba, pero enseñaba su proa sobre el agua, aguantando el azote de los elementos.

Madame Lai seguía aferrada a un cabo, junto a una esquina del castillo de popa, presta a refugiarse en la borda ante el azote de una nueva ola. Se colgaba de los estays del palo de mesana, tenía el cabello suelto, flotando al viento como las crines de un caballo enloquecido. Annie tenía las piernas sujetas contra uno de los listones colocados en la cubierta para tal fin. Ojalá se hubiera quitado sus Oxford marrones, ojalá hubiera pensado en llevar sus botas de goma. Se agarraba al soporte de metal de uno de los cañones de menor calibre. El tubo del cañón, de bronce decorado con serpientes, estaba atado con una soga a la que se sujetaba. Había sobrevivido a vientos peores que aquél, pero los odiaba como odiaba al miedo, y por las mismas razones. Esto a algunos les parecerá difícil de creer, pero así era. Por eso trató de no pensar, de olvidar el temporal. «Esa puta sólo intenta impresionarme — se decía —. Estamos aquí a propósito, me hace esto a propósito».

En fin, así es como Madame Lai utilizaba al *Torbellino de Hierro*, para sus propios fines, sin permitir que el tifón la utilizase a ella — lo que, evidentemente, habría ocurrido más de una vez, porque había pasado más de la mitad de su vida en el mar —. Le gritaba algo en chino. «¡Lo he hecho a propósito! ¡Mira lo que he hecho!». Eso probablemente, porque tenía una mirada salvaje, triunfal, como la heroína de una película de Cecil B. DeMille, con la diferencia de que ella no estaba fingiendo. Era una puta arrogante, pero esto sólo formaba parte de su atractivo.

El viento cesó de repente, como el zumbido de un proyectil de cañón al caer al suelo. Pero en mitad de una tempestad, ése es siempre un momento horrible, porque se oye entonces el rugido lejano del siguiente chubasco, de la siguiente pared de aire, que en esta ocasión se encontraba a cinco millas y se dirigía directamente hacia ellos. Los alcanzó en menos de cuatro minutos. El capitán Wang, que seguía allí, en la baranda

delantera del castillo de popa, gritó a los hombres de proa que arriaran hasta el último listón de la vela del trinquete. Mientras lo hacían, la cubierta se inclinó bajo sus pies, elevándose por la proa, que apuntó hacia el cielo impenetrable, porque el junco se deslizaba ya sobre una de aquellas olas inmensas. Por un momento, Annie pudo ver con claridad el horizonte a sus espaldas. Pudo ver también el frente del temporal, que se aproximaba como una franja blanca de espuma a través de un paisaje de colinas grises e iguales. Pero en medio del rugido cada vez mayor del viento y en mitad del agua, que se desmenuzaba en moléculas divergentes antes de la sacudida del siguiente chubasco, esta impresión no pudo durar más que unos instantes.

El *tou-mu* estaba con los hombres que rizaban el trinquete. Su voz asombrosamente penetrante fue lo último que Annie oyó. Luego, el trozo de vela que no habían conseguido plegar todavía se rompió con un chasquido que pareció un cañonazo, y el garfio de bambú se dobló totalmente sobre sí mismo antes de romperse. El tifón se abatió sobre los mástiles desnudos y ululó entre los obenques, empujando al junco sobre el mar de hierro. Madame Lai estiró el brazo y cogió a Annie por la mano.

— ¡Vamos más deprisa que el *Tiet-Kiey*! — gritó, y mantuvo en alto el brazo, envuelto en algodón negro mojado. El junco se escoró violentamente. Había virado de nuevo y aullaba ahora en dirección noroeste.

Como Madame Lai y su capitán habían predicho, el caldero del tifón iba a pasarles por la popa. Sólo se iban a ver afectados por los márgenes exteriores del torbellino. El *Tigre de hierro* había cruzado por delante con tiempo suficiente para evitar el vórtice, que pasaría al menos a treinta millas. Sin embargo, estaba lo bastante cerca como para permitirles hacer otra cosa que huir por delante del tifón. Por supuesto, el barco avanzaba en la buena dirección, que era, presumiblemente, lo que mantenía el buen humor de Madame Lai y de su tripulación. Dejaron correr la nave. El *to-kung* estaba con otros dos hombres en el cabrestante del timón y el capitán Wang les gritaba órdenes, porque desde cubierta sólo podían ver una cortina de agua y oscuridad.

Avanzaban contra un huracán. Emitía un sonido, una llamada aguda como la de una jauría de coyotes, pero con un fondo hueco, sin el chillido de dolor de algunos vientos que Annie había oído. Recordó a un marino chino que había llamado a un mar como aquél de una forma muy hermosa: «los perros blancos de la caza». Sonrió al ver que la *amab* más joven seguía en su sitio como una lapa, aferrada a la estrecha pero recia espalda de su ama. La cresta de un mar entero acababa de atravesarles, en parte por debajo y en parte por encima del casco, pero la nave seguía inclinada por la popa, como si colgara de una montaña, apta para un telescopio. Molesto pero lleno de admiración, Annie no podía apartar la vista de Lai Choi San, a quien merecía la pena mirar. Estaba fascinado por su comportamiento, porque, obviamente, Madame Lai era consciente de lo que les aguardaba y no se guarecía ni torcía la cara. Annie vio cómo se ponía en pie, agarrándose con sus pequeñas manos a los estays de la mesana, y cómo estiraba el brazo, con uno de esos gestos imperativos suyos tan inimitables, y señalaba con una expresión de diabólico júbilo en la única dirección que ahora importaba: la del viento, y la de la nave, y la de sus ocupantes. Al instante, el vigía de proa lanzó un aullido terrible que, más que oír, Annie pudo sentir. Se giró para ver de qué se trataba y lo que vio le heló la sangre.

Allí donde alcanzaba la visión, muy reducida en aquellas condiciones, se divisaba una cresta blanca como la nieve y parecida a las cumbres de una cordillera. Se trataba del arrecife de la isla de Pratas, en el que rompían olas como montañas. Cuando, siguiendo el movimiento del mar, el junco se hundió en el seno de otra ola, Annie dejó de ver el arrecife. Su mente, sin embargo, no podía olvidar lo que había visto y sus ojos permanecieron fijos en aquella cresta de espuma blanca situada a una milla o dos del punto donde se encontraban. Era evidente que no tenían espacio suficiente para pasar a barlovento del arrecife, aunque tal vez no tuviera más que diez millas de largo, porque en aquellos momentos el vórtice del tifón cruzaba por su popa —a unas treinta millas, pero justo por su popa—, y los chubascos que dejaba a su paso, y que caían sobre ellos con

fuertes vientos y a un intervalo cíclico de cinco minutos, les empujaban hacia el oeste sin que pudieran hacer nada por impedirlo. No había forma de izar siquiera una vela y luchar contra aquellas ráfagas salvajes. Se precipitaban sin remedio contra un arrecife que se había cobrado la vida de más barcos y hombres que cualquier otra barrera o fenómeno natural del mar de China. Con suerte, algunos barcos sobrevivían a un tifón, pero si el viento los empujaba contra la isla de Pratas, su fin era seguro.

Dando la espalda al temporal, Annie llenó de aire sus pulmones y gritó al oído de Madame Lai:

—Vamos directos hacia la isla de Pratas, nena. —Madame Lai lo miró. Lo más probable era que no le oyera, pero sonrió. Al ver aquella sonrisa, Annie supo que había perdido el juicio—. ¡Estúpida! ¡Hija de puta! ¡Lo has hecho a propósito! —aulló, aunque no pudiera oírle. Pese a todo, Madame Lai asintió con la cabeza y acompañó este gesto con unos ademanes tan violentos que estuvo a punto de soltar el cabo y de salir despedida por la fuerza del viento.

—¡El *Tigre de hierro* vuela! —gritó con euforia.

El capitán Wang gritó por la escotilla al *to-kung*, pero éste ya se había percatado de lo que se avecinaba. En el cabrestante que levantaba el timón había cuatro hombres. Las poleas crujían mientras los marineros elevaban la gran pala y la introducían en una cavidad que a tal fin tenía el culo del junco hasta que dentro del agua no quedaron de ella más que unos treinta centímetros. Las órdenes habrían sido las mismas en cualquier idioma, en cualquier barco empujado por un tifón contra una masa de coral negro.

Veían el arrecife de vez en cuando, al otro lado de las olas, cada vez más cerca. Era ancho y lleno de picos y aristas y con el mar en calma asomaba tan sólo poco más de medio metro. Como la muralla de una fortaleza carente de simetría, protegía una laguna salpicada de rocas de coral negro que los marinos llamaban «cabezas negras» y que podían verse con total claridad, porque la laguna, aunque sacudida por un leve oleaje, tenía muy poca profundidad y, en comparación con el rugiente

océano, parecía plácida como un estanque. Cuando un barco encallaba en el arrecife de la isla de Pratas no lo hacía sólo una vez: tras el primer impacto rebotaba o era absorbido por el mar, para volver a estrellarse contra el coral una y otra vez. Incluso un junco tan resistente como el *Tigre del mar de hierro* se desintegraría en poco tiempo, y aunque los hombres vieran su salvación a pocos metros, lo normal sería que, azotados por un temporal, murieran ahogados o aplastados contra las rocas.

—Saltaré por la borda antes de chocar. Pienso sobrevivir a esta loca y estúpida aventura —se dijo Annie tranquilamente, resistiendo las sacudidas del viento. A través de la cegadora y oscura cortina de agua divisó a Madame Lai. Se ataba con un cabo a los obenques de la mesana sin prestar atención al *gwai lo*, que sin duda iba a convertirse en otra de sus víctimas. También vio a su gran ojo, quien, con las piernas bien separadas —iba descalzo— gritaba en su idioma la única orden que en aquellas circunstancias podía dar un capitán.

—¡Aguanta el timón!

—¡A la orden, capitán!

—¡Mantén el rumbo, mantén el rumbo!

El junco fue succionado por una nueva ola. En cuanto la ola lo expulsase de su seno, se estrellaría contra el arrecife.

«En fin, ya está», se dijo Annie y se preparó para saltar. Porque el barco se precipitaría contra el coral a la velocidad de las olas, es decir, a unos treinta nudos. Iban a sufrir un accidente de coche, un choque que daría con sus huesos en el infierno. Pero cuando el negro arrecife se asomó a la borda con ferocidad y espanto y Annie, ayudándose en el cañón, se encaramó a la madera de teca, sintió que algo le empujaba hacia arriba, como si se hallara en un ascensor del Waldorf Astoria. Era el barco, que se elevaba y elevaba impulsado por la gran ola. Así que esperó, sin saltar, porque la lentitud de pensamiento no era uno de sus defectos precisamente. La ola se elevó por encima, muy por encima del arrecife, y con ella, el *Tigre de hierro* y sus doscientas cincuenta toneladas. El barco no tardó en inclinarse de proa, rompiendo en dos la ola, y salió disparado

directamente sobre la pared de coral. El casco golpeó las rocas, pero no se desniveló. La quilla sufrió un golpe seco y un crujido y el barco tembló de proa a popa, hundido en una nube de agua y espuma. Cuando la nube se disipó, Annie miró hacia abajo y comprobó que habían encallado en una roca reluciente y plana. Plantado sobre ella estaba la ancha panza del junco, que también era casi plana. El barco se balanceaba suavemente de un pantoque a otro, estremeciéndose como una bestia.

Annie experimentó una extraña sensación de vacío y abismo. El crujido del barco le pareció lejano. Frente a él no había otra cosa que los cielos cubiertos, la nada y espuma. Instintivamente, giró la cabeza hacia atrás. Lai Choi San estaba colgada de las jarcias de su nave como un lémur. También ella miraba hacia atrás. Al cabo de un instante, profirió un grito, anunciando lo que todos podían ver: otra ola masiva, alta como una casa, se elevaba contra la negrura y, barbada de espuma, se precipitaba hacia ellos.

Annie se agachó, aferrándose a la borda con ambas manos. El mar cayó sobre ellos desde unos diez metros de altura. El fragor del agua se oyó sólo a través de la misma agua, aplastando a Annie contra la cubierta. Tras él llegó la masa rompiente y arrastró el junco hacia delante sobre la superficie de coral, elevando el casco lo suficiente para evitar que las rocas lo engulleran, y volviendo a levantarlo como una cáscara de coco antes de depositarlo en el borde de las rocas. El *Tigre de hierro* se quedó colgando como un gran tronco durante unos segundos interminables antes de caer sobre la espuma al otro lado del arrecife.

El último retazo de la ola lo empujó hacia la laguna, alejándolo del caos de los rompientes, haciendo girar al navío sobre su eje como un juguete. Por ambos costados, las fieras manos del coral se elevaban desde el suelo de la laguna, salpicado de espuma. Pero un poco más adelante había un canal hacia el que las olas ridículas de aquel agua protegida arrastraron al junco y en el que lo abandonaron intacto. El viento ululaba entre los mástiles y las jarcias como si no quisiera soltarlo.

Annie se levantó. Comprobó que el capitán Wang también se había agachado. Parecía herido, pero sonreía con orgullo, con la vista fija en su ama. Madame Lai estaba enredada en los obenques como un murciélago negro, con la cabellera flotando al viento. Reía con esas carcajadas ruidosas que los occidentales a veces confunden con la histeria. Su pequeña *amah* había desaparecido (según Annie supo luego, se había introducido por la escotilla para refugiarse en el cuarto de derrota), pero Lai Choi San no parecía preocupada por esa insignificancia. Annie la quería y quería matarla.

Un viento cálido y húmedo sopló del norte siguiendo la estela del tifón. Era un residuo del *Torbellino de Hierro*, pero era tan firme que parecía imitar al monzón del noreste. Madame Lai trataba de ordenar su cabellera mientras señalaba al arrecife, sobre el cual las olas todavía rompían monótonamente. En el punto en que se encontraban, era un metro más bajo y algo más plano y formaba un canal de tres brazas de profundidad, suficiente para acoger el casco de un junco.

—Por ese sitio —dijo Madame Lai señalando hacia atrás—, por ese mismo sitio pasó con un junco el hermano de mi padre en una tormenta. Hace muchos, muchos años. Antes de él, otros lo hicieron. El sitio se llama Puerta del Mar Furioso. Hoy, yo también conquisto este sitio —afirmó. Tenía un aspecto desastroso, pero transpiraba orgullo y satisfacción. En cubierta, sus hombres gritaban con euforia por la renovación de la vida. Algunos cantaban.

Madame Lai tenía motivos para sentirse satisfecha, se dijo Annie. Estaba cansado y todavía aferraba la borda con la mano izquierda. Tenía la garganta reseca, por lo cual, se temía, era muy posible que hubiera gritado a los cuatro vientos sus opiniones y sentimientos. Pero ahora se limitaba a mirar a Madame Lai y a asentir. Mientras, la corriente de la laguna los empujaba suavemente por el canal que discurría entre las cabezas negras del coral y los ayudantes del piloto volvían a bajar el timón.

Soltaron el ancla en la laguna y descansaron allí durante unas tres horas, reacomodando el barco y reparando

y aparejando el trinquete. El tifón seguía su camino por el mar de China Meridional. La noche cayó y, aunque el viento seguía soplando y las olas rugían contra el arrecife de la isla de Pratas, la luz de las estrellas bastó para orientarse.

El arrecife, que describía una elipse imperfecta, rodeaba un pequeño montículo de arena cubierto de arbustos que parecían repollos gigantes y algunas palmeras. Era la isla de Pratas. Los convólvulos lo cubrían todo y sumían aquel cementerio en sus rancios olores. En aquel refugio de flores, náufragos y piratas se erigía un templo a Tin-Hau; un templo a la diosa del mar construido en madera: madera de mascarones de proa de muchos barcos condenados, montantes y balaustres de teca tallada y erosionada por los vientos y el agua, pasamanos de bronce, espejos de antiguos camarotes, muebles de arce, e incluso plata y peltre de los salones de algunos barcos. Y cuando las recias figuras de náufragos y pescadores no la atendían, una tribu de ratas se convertía en sus sirvientes junto a alcatraces y lavanderas.

Mientras impulsaban con pértigas al *Tigre de hierro* a través de este templo ayudados por la luz que reflejaba la superficie del mar, los hombres de Lai Choi San entonaban un himno de alabanza a su diosa y golpeaban sus gongs siguiendo un ritmo incomprensible. Prendieron grandes manojos de palos de incendio y los soltaron en el mar que bañaba la isla de Pratas. Precisamente en el momento que exigía su sensibilidad estética y sus ritos religiosos, tan profundamente frívolos, salió la luna y se elevó por el oeste, sobre el nítido horizonte, como una emperatriz de plata, como una humilde servidora de Tin-Hau.



«¡CIERREN ESA MALDITA PUERTA!»

Al alba, el capitán Wang pilotó el junco a través de la salida oriental del arrecife y navegó con viento favorable durante otros dos días antes de desembarcar en el cabo Bojeador, en la punta noroeste de Luzón, la isla más septentrional de las Filipinas.

El gran junco entró en la rada de los pesqueros con la puesta de sol, pero su presencia era demasiado evidente para que Madame Lai pudiera quedarse a bordo. Annie bajó a tierra con su maleta. Le trasladaron en taxi de motor al Oriente, un lujoso hotel para ricos que muchas veces había soñado honrar con su presencia. Allí, el señor Chung, llegado en vapor desde Macao, se unió a él un par de días después.

Annie reflexionó intensamente, aunque sólo a intervalos irregulares, en la impulsiva decisión y casi catastrófica de Madame Lai de interceptar el trayecto del tifón y superarlo. ¿O su decisión había sido, más bien, la de adelantar al *Torbellino de Hierro* para así verse obligada a saltar la barrera de coral de la isla de Pratas? ¿Era ésta una deuda de honor con sus ancestros? (En China, las únicas deudas de honor verdaderas se contraen con los ancestros).

Annie decidió que sólo por una sucesión de circunstancias que sin duda había considerado fortuitas había aceptado Madame Lai una apuesta tan arriesgada como jugarse el barco y la vida contra los elementos, y ganar. Recordaba con claridad la única conversación que había tenido con ella al respecto, mientras navegaban rumbo al sureste, tras abandonar la isla de Pratas.

—Ha tenido suerte —le había dicho.

—Claro, un poco de suerte. Pero conozco mi barco, conozco a mis hombres y conozco ese sitio en que el arrecife es plano y luego hay un canal.

—Madame Lai, es usted caprichosa. No hay motivo para correr tantos riesgos en un mar como éste.

—Sí hay motivo —había dicho ella, que, tras dejar los Woodbine, fumaba en su narguile de plata—. Cuando el viento trae buena fortuna, tenemos que aprovecharlo, aunque no haya nada que ganar. Las señales han dicho a mi astrólogo, y Tin-Hau me ha dicho a mí, que en este viaje tendremos suerte. Yo siempre gano, porque soy fuerte por el espíritu de mis antepasados.

Cuánta lógica, pensó Annie con un cinismo vacuo y desperdiciado.

—Yo no tengo fe en sus ídolos —dijo— y tampoco creo que usted la tenga, señora. Su religión es una mezcla de dioses y diosas que han tomado prestados de todas partes. Es pura superchería, un maldito juego. Yo no tengo religión, no más que usted, pero tampoco me presto a bromas con unos ídolos.

Madame Lai asintió con el semblante muy serio. Y tomó una suave calada de su pipa.

—Es verdad, yo juego con mis ídolos. ¿Sabe por qué? Deje que se lo diga. Es mejor decirle al mar que somos niños. Mejor enseñarle... —dijo, haciendo un ademán para señalar las velas, el blanco cielo, el universo.

—¿Creen que a sus diosas les gusta que les ofrezcan trocitos de papel de plata fingiendo que es dinero, dólares de plata auténticos?

Annie siempre había querido una respuesta directa a esta pregunta de un chino sincero. O de una china. Pero tampoco

en aquella ocasión la obtendría. Madame Lai no abordaría el tema con lógica.

—Sí, les gusta —dijo, alegremente—, porque saben que todo es un juego de niños. La Reina del Cielo ve muy bien que somos tontos como niños, y que le tenemos miedo. Y que somos pobres, pero no estúpidos. ¿Por qué hay que tirar dólares de verdad al fondo del mar? ¿Por qué?

Annie no supo qué responder y se limitó a proferir un prodigioso bostezo. Madame Lai se inclinó hacia delante y le rozó la rodilla con la boquilla de la pipa para despertarlo.

—Mejor jugar a un juego, capitán Downtly, y no ocultar que somos niños. La voluntad del cielo no es tan severa, tan cruel con los niños. ¿Cómo se llama su hija pequeña?

—Maima, se llama Maima —respondió Annie. Se sentía traspasado.

Anatole Doultry, patrón de sus propias embarcaciones durante catorce años, volvió a encontrar empleo en la marina mercante el 10 de mayo de 1927 como el operador de radio más veterano del SS *Chow Fa*. El plan de Madame Lai de colocarle en este puesto fue llevado a cabo con tan impecable precisión que le dejó asombrado, algo que, por supuesto, trató de que no notaran ni el señor Chung, a quien veía con frecuencia, ni el señor Ting, residente en Manila, que se ocupaba de los negocios de Madame Lai en esta ciudad y que había arreglado la repentina enfermedad del joven operador de radio Chou Ah So.

Chou Ah So era un muchacho inteligente. Pertenecía a una sólida familia de telegrafistas de Hong Kong y había recibido clases en la Escuela Estatal de Telegrafía Sin Cables. Tras un curso de operador de radio de nueve meses y practicar mucho el inglés, había obtenido su diploma con matrícula de honor. Chou Ah So era un magnífico ejemplo de una nueva generación de chinos nacidos en la Real Colonia que, brillantes y técnicamente muy capaces y tras haber adquirido conocimientos de las técnicas modernas, eran muy bien recibidos en el mercado de trabajo internacional de la industria naviera. El mundo de la radio se expandía rápidamente. El joven señor Chou —no

tenía más que veinticuatro años — se llevaba muy bien con sus jefes británicos. ¿Por qué no iba a ser así? Sin embargo, las diligentes indagaciones del señor Chung le habían catalogado enseguida como propiedad negociable. Su cooperación, sus informaciones y su repentina enfermedad (¿el cólera, quizá?) habían costado a la caja de guerra de Madame Lai menos de tres mil dólares.

El *Chow Fa* seguía la siguiente ruta: Manila-Hong Kong-Shanghai, y vuelta, con escalas ocasionales en Amoy. Era un magnífico barco construido en Birkenhead, Escocia, en los astilleros Cammell Laird*. Había sido botado en 1921 y tenía ciento treinta metros de eslora, diez mil toneladas de desplazamiento, motores propulsados por gasolina y dos hélices. Sus turbinas Brown-Curtiss desarrollaban seis mil quinientos caballos de potencia, que le permitían alcanzar una velocidad de crucero de dieciséis nudos. Era un barco bien construido y elegante, con dos chimeneas gemelas y alojamiento para doscientos diez pasajeros en primera y segunda clase, amén de cuatro bodegas de carga, una de las cuales estaba refrigerada. Transportaba regularmente ocho mil toneladas, porque Manila era uno de los puertos que mayor expansión estaban experimentando en todo el mundo y el comercio entre China y Filipinas pasaba por un momento de gran auge.

La sincronización era esencial. Normalmente, el *Chow Fa* solía atracar diez o doce días en Manila, donde cargaba casi todas su mercancías. Si uno de sus tres operadores de radio hubiera caído enfermo durante la travesía, o en Shanghai o Hong Kong, el capitán se las habría arreglado con los otros dos, pero estando en Manila no. Las regulaciones dictaban que para manejar una emisora de radio durante veinticuatro horas eran necesarios tres hombres, y en el puerto filipino no había excusa para no sustituir a uno de ellos. El hecho de que Annie Doultry contara con un certificado internacional de operador de larga distancia y con amplia experiencia le convirtieron en una opción obvia en cuanto la empresa estuvo informada, por boca

* Los astilleros eran propiedad de la familia de Donald Cammell en 1927. (N. del T.)

del propio Chou Ah So, de que estaba en Manila y buscaba empleo. Que fuera blanco y bien conocido en los círculos navales zanjó el asunto. Su pequeño roce con la ley por tráfico de armas no suponía gran tacha, y mucho menos en Asia, donde los blancos hacían piña y un desliz por contrabando no pasaba de ser una trivialidad. Resultó además que un viejo conocido de Annie se había enrolado recientemente en el *Chow Fa* como primer oficial. Se llamaba Stoddart McIntosh. Annie había compartido con él una travesía de setenta y un días entre Brisbane y San Francisco en el clíper *Thermopylae*, que transportaba dos mil quinientas toneladas de lana. Eso debía de haber ocurrido en el año 96 ó en el 98, pensó Annie; en todo caso, antes de que el siglo XX amaneciera sobre nosotros.

Annie era a la sazón tercer oficial de aquel velero de leyenda, el *Thermopylae*, y McIntosh, que le llevaba algunos años, segundo oficial. Se recordaban, aunque no habían vuelto a verse después de que Annie bajase a tierra en Frisco para dirigirse al Klondike.

—Así que al final has vuelto a enrolarte, Stoddy —dijo Annie, que recorría los camarotes del *Chow Fa* con aquel pequeño lobo de nariz roja oriundo de Aberdeen—. Dijiste que nunca más.

—En este cascarón el rancho es bueno —repuso McIntosh—. Aquí, éste es el tuyo —dijo, abriendo una puerta con llave. A continuación se dejó caer en la litera, comprobando el estado de sus muelles para su viejo camarada, y miró a Annie. Llevaba una gorra mugrienta y padecía una ligera bizquera—. No has adelgazado ni un gramo, amigo mío. —Estaba fumando uno de los Woodbine de Annie—. Tengo familia en Melbourne. Tres chicas estupendas. Era capitán del *James Dollar*, ¿sabes? Un barco de cuatro palos propiedad de Robert Dollar, una corbeta con casco de hierro construida en el puerto de Glasgow. Transportábamos azúcar desde Hawai, pero no cubríamos gastos, así que desguazaron el barco —explicó McIntosh.

Salieron al puente y se quedaron observando el puerto de Manila y el bosque de negras chimeneas que poblaba sus once muelles.

—Si no puedes vencerlos, únete a ellos.

La escena se avivaba con la iridiscencia y el perfume del aceite de coco, los humos que desprendían los grandes motores y las proezas del imperio americano en construcción.

Annie hizo el viaje dos veces: Manila-Hong Kong-Shanghai-Hong Kong-Manila; nueve días de ida y ocho de vuelta. Era un trabajo fácil: operador de radio, cuarenta y dos dólares a la semana. No era raro, especialmente en Asia, que antiguos oficiales o patrones de veleros importantes que no habían conseguido, o deseado, adaptarse a los tiempos se beneficiaran en sus últimos años de alguna sinicura en un vapor. Annie había trasladado su residencia oficial al Instituto del Marinero de Manila. Imaginaba que a Barney jamás se le ocurriría buscarlo allí, en una dirección que era sinónimo de gentes venidas a menos y marinos en bancarrota.

Para el tercer trayecto, Annie conocía el *Chow Fa* de proa a popa y con cierto detalle. McIntosh le gustaba más entonces de lo que le había gustado treinta años atrás. Recordaba muchas cosas de los viejos tiempos que él había olvidado ya (que ese olvido fuera deliberado o no, ¿cómo recordarlo?) y se figuraba que lo mejor era invitarle a beber algo y escuchar sus divagaciones. Lo mejor era ganarse su confianza, se decía. Formaba parte del plan.

Fueron a un bar de Escort Street, una calle próxima al puerto —Annie recordaba Manila de cuando esa calle ni siquiera existía—. McIntosh sólo bebía cerveza, su estómago había empezado a darle problemas. Annie pidió un par de aguardientes con jugo de limón —brebaje que el barman llamaba «Cañón Krupp»— y, mientras Stoddy hablaba de San Francisco, su memoria se encendió de pronto y lo vio todo como si hubiera ocurrido el día anterior.

Era una sensación muy extraña. Se dio cuenta de que, desde que había bebido toda aquella mierda con los muchachos de Madame Lai, no era el mismo. Sí, sin duda era eso, se dijo. Entretanto, Stoddy McIntosh hablaba del viejo que había hecho pedazos al *Highland Glen* en un mar infernal al oeste y al sur

del cabo de Hornos. Sucedió en octubre y aquellas olas omnipotentes, veinte metros entre la espuma de sus barbas y los hondos senos de su malevolencia, se precipitaban contra el cabo de Hornos y chocaban contra su rocas negras y heladas clamando venganza.

Y Annie podía verlo. Podía ver que el mar se retiraba como una mano inmensa. Podía ver, a través de una neblina de agua como la del arrecife de la isla de Pratas pero mucho más fría, que el clíper se elevaba sobre el seno de la ola, y que las aspas del *Highland Glen* se hacían trizas, y que lo mismo sucedía con los botes, y que la escotilla del puente se destrozaba y el piloto salía despedido hacia delante más de diez metros sacudido por esa gran mano gris, aullando porque se había roto la pierna y aferrándose a un estay para que el mar no se lo tragase. El oleaje barrió la nave de popa a proa. Dos hombres se cobró la sacudida y el mastelero del trinquete cayó unos minutos después, y las velas se hicieron jirones y se agitaron al viento como los pendones blancos del barco del mismísimo diablo. Pero sesenta y ocho días después arribaron a Liverpool todavía de una pieza y descargaron, Annie lo recordó en esos instantes, las dos mil quinientas toneladas de mineral de cobre que transportaban. Sí, Annie se acordaba, lo veía todo, claro como si hubiera ocurrido el día anterior.

En China la situación se volvía más enloquecida cada día que pasaba. La 4ª División del Sexto Ejército nacionalista, formada por comunistas, había ocupado Nanking, y el general Cheng Chien había alentado a sus tropas a saquear todos los consulados, misiones y comercios extranjeros. El cónsul de Estados Unidos había hecho señales a los destructores *Noa* y *Reston* y estos buques habían abierto fuego sobre la ciudad desde el río. Una lluvia de metralla había caído sobre las calles. El HMS *Emerald*, un destructor británico de gran tamaño, había sido atacado con fusiles en su atracadero. Había muerto un casaca azul, así que el barco había bombardeado la ciudad con sus cañones de 4,7 pulgadas. Los diarios comunistas afirmaron que hubo miles de víctimas, los Diablos Extranjeros que no más

de una docena. Una semana más tarde, en Shanghai, ocupada ya por el 24º Cuerpo del Ejército nacionalista del generalísimo Chiang Kai Chek, el gran líder había atacado a la milicia comunista que recorría las calles de la ciudad con fusiles máuser y ametralladoras y matado a buena parte de sus componentes. La batalla rugió en la calles durante días. Las camarillas de comunistas más duros se hicieron fuertes en las sedes de los sindicatos y en las fábricas y lucharon hasta el último hombre.

A Annie, que el 29 de mayo, primera noche fuera de Manila, jugaba al dominó con el jefe de máquinas del *Chow Fa* (David Mogden era su nombre) en la sala de oficiales, todo esto le parecía remoto e irrelevante. El comercio continuaba. Los buques británicos y americanos no habían dejado de navegar y los mares no estaban en manos de China, Occidente se había apoderado de ellos. Además, eran las once menos cuarto, hora de irse a la cama en el sur, y él podría no llegar a Shanghai. Un par de horas antes de zarpar había visto personalmente la carga de cuatro toneladas y tres cuartos de plata (en cajas de doscientos kilos de peso) en el muelle 9. También habían subido a bordo muchos pasajeros, pero no les había prestado atención. Estaba concentrado en el trabajo.

El tercer oficial del *Chow Fa*, «el ladrón de menudencias», y sin duda el personaje más detestable de la tripulación, era un joven llamado Peter Storch. Respondía en todo a la típica caricatura del inglesito estirado menos en una cosa: era australiano, nacido en Adelaida. Su impecable chaqueta blanca quedaba ridículamente disminuida por el correa de la Marina Real y por una cartuchera en la que enfundaba un enorme Colt 44 de cartucho largo, un revólver más propio del Lejano Oeste. Era, más o menos, el arma personal de mayor tamaño que era posible llevar en aquellos días, anteriores a los Magnum. Annie tenía la sensación de que el joven Storch estaba un poco tarado. Y además era bobo.

Justo después del desayuno, una hora antes de la hora de zarpar (las diez), Storch iniciaba su trabajo: se ponía a buscar *menudencias*. Era el segundo oficial de cubierta y el calificativo «ladrón de menudencias» aludía a uno de sus deberes:

buscar los pequeños artículos de cubierta que los estibadores metían en el barco a cambio de algún soborno y que, como no figuraban en la relación de mercancías, no pagaban tarifa alguna. Para combatir esta práctica, el «ladrón de menudencias» tenía el deber de echar un ojo a todo lo que se subía a cubierta, que era lo último que se hacía antes de la partida. Era el momento, además, en que subían a bordo los pasajeros de tercera clase y, por tanto, la confusión y las discusiones sobre qué cabía catalogar legítimamente como «equipaje» y qué como «carga» eran habituales.

A Storch le agradaba el ejercicio de su autoridad, ¿y qué había de malo en ello? Con su enorme pistola atada a su pulcra cintura blanca y la tablilla en la que llevaba la relación de mercancías declaradas, se paseaba por la zona de carga pinchando paquetes e indescifrables cajas de cartón y empujando esos cajones de gallinas que por aquel entonces la clase trabajadora china solía llevar a todas partes. Discutía sobre todo con mujeres: abuelas, niñas; porque eran sobre todo las mujeres quienes cuidaban del equipaje familiar.

Aquel día, Annie también estaba en cubierta, más concretamente, apoyado en el pasamanos de la cubierta A. En el muelle 9 y ayudados por dos policías filipinos, cuatro de los guardias sijs del *Chow Fa* cacheaban a los pasajeros de tercera clase que subían al barco en busca de armas. Era tarea inútil y todo el mundo lo sabía. No registraban a las mujeres, por ejemplo. Y si alguien había querido meter armas en el barco, sin duda ya estarían allí, escondidas entre la carga o en la sala de equipajes. En aquellos días, ningún pirata profesional se habría arriesgado a que un «ladrón de menudencias» honrado hubiera descubierto un puñado de armas oculto en una jaula de gallinas o entre las faldas de una vieja.

A las ocho y cuarto dos furgonetas enormes llegaron resoplando al muelle precedidas por un par de policías subidos a una moto con sidecar y seguidas por un Ford con un par de tipos de un banco. La cabalgata se detuvo junto a la bodega número 2, pero no era allí donde el contenido de las furgonetas se iba a almacenar. Para cargar la plata emplearon las poleas del

propio barco y no las nuevas grúas eléctricas de las que la Luzon Stevedoring Company estaba tan orgullosa.

Madame Lai también tenía razón acerca de la plata. No figuraba en la relación oficial de mercancías. Según Butterfield and Squires, los agentes, su transporte estaba programado para el 10 de junio, fecha de la siguiente salida del *Chow Fa*. Se trataba de una medida de seguridad ideada para confundir a las redes de espionaje de los piratas. Los metales preciosos y las especias rara vez se fletaban en las fechas programadas y si lo eran, también esto era una medida de seguridad, una excepción que burlaba la conformidad entre los planes y la práctica. Sin embargo, el acopio de información que hacía la red de Madame Lai sobrepasaba cualquier disimulo. En aquel caso, había sabido la fecha real de traslado de la plata y no se había equivocado.

Estaba en cajas de madera de casi doscientos kilos, así que la lógica indicaba a Annie que cada una contenía unos seis lingotes. Había veintiocho cajas. Annie las contó para cerciorarse, porque Madame Lai le había dicho que serían unas cuatro toneladas y media en total y los señores Chung y Ting habían confirmado este dato. Y en efecto, allí estaba la plata.

Las veintiocho cajas se depositaron en la cubierta principal y una vez en ella se trasladaron en carretillas a la cámara acorazada, que se encontraba justo debajo del puente. La ciudadela era una sala grande sin ojos de buey y con dos conjuntos de puertas de acero en su único acceso. La plata la llenó casi a la mitad. También se guardaban en ella otros artículos: objetos de valor de los pasajeros y cosas así.

Annie bajó y estuvo un rato observando cómo almacenaban la plata. El primer oficial McIntosh estaba allí con el sobrecargo, Harry Stokes; ambos tenían el deber de estar presentes. Annie compartió su tiempo con ellos y luego se marchó. Pero seguía concentrado en su trabajo.

La importación y exportación de plata era un gran y misterioso negocio en China. Según un buen número de personas, la economía china se basaba —si es que se basaba en algo— en la plata. Para los chinos, la plata siempre había sido un metal mucho

más valorado que el oro, tanto desde un punto de vista práctico como en sus aspectos místicos. La onza china de plata, llamada «tael», constituía la base de todas las transacciones importantes.

Curiosamente, en China apenas había minas de plata. Pese a ello, los emperadores Dragón habían considerado, durante cinco mil años, que la acumulación de este metal era de importancia primordial. La primera Guerra del Opio se libró contra Gran Bretaña sobre todo porque los emperadores estaban preocupados ante la enorme fuga de plata destinada a pagar la droga. China era el mayor mercado del mundo del metal blanco, del «metal de la luna». A ojos de los chinos, el oro nunca jugó en la misma división.

En Manila, la plata se fundía, específicamente al gusto de los chinos, en lingotes de mil tael de Shanghai, es decir de unos treinta kilos la pieza, y de novecientas noventa y nueve milésimas de pureza. Cada uno de esos ladrillos gigantes tenía un valor de unos mil seiscientos dólares hongkoneses, esto es, ochocientos dólares americanos. Vistos en una pila luminosa, como Annie los veía con el ojo de su mente, eran de una belleza extraordinaria. En realidad, ese ojo procuraba que esa radiante imagen fuera como una luz sobre el mapa de sus movimientos, mapa que trazaba en el techo de su pequeño camarote, mientras estaba tumbado en su litera. Le gustaba pensar que era buena plata americana y no material mexicano lo que estaba guardado en las cajas de la ciudadela del *Chow Fa*, sobre la cubierta principal, justo debajo de la sala de radio, que estaba al lado.

Los otros dos operadores de radio, chinos ambos, ocupaban un camarote con dos literas situado a babor. El de Annie estaba a estribor. Chou Ah So había sido el operador jefe, directamente responsable ante el capitán Bristow, patrón del *Chow Fa*, de todas las emisiones del aparato, que era como lo llamaban. Tanto el transmisor como el receptor eran Marconi, el primero un Poulsen de doce kilovatios, el segundo un cacharro de tres válvulas. La sala de radio estaba en la parte central del buque, entre los camarotes de los operadores. Una y otros

daban a un pasillo transversal. La sala era una estancia oscura y sin ventanas con un ventilador que emitía un zumbido constante, lo cual demostraba la extraña idea, compartida por algunos expertos, de que la reclusión, e incluso la oscuridad, contribuían a la excelencia de la telegrafía morse.

Por delante del pasillo estaban los camarotes del segundo oficial de cubierta y del tercer jefe de máquinas. Encima estaban los del capitán, el jefe de máquinas y el primer oficial, que, en comparación, eran mucho más espaciosos. Sobre ellos estaban el puente de mando y el cuarto de derrota. Las tres cubiertas del puente recibían los nombres de cubierta A, cubierta superior y puente, y constituían tanto el centro neurálgico como un enclave caucásico, el corazón y la mente del buque. Esta zona podía aislarse por completo de los alojamientos de primera y segunda clase situados a popa (con su suntuoso restaurante decorado con un friso de roble, paredes de papel pintado e iluminación central coronada por una bóveda de vidrio, y una sala para fumadores con ventanas *de campo* y paneles con escenas de caza ambientadas en Inglaterra). También estaba aislado de la cubierta principal, situada por debajo, donde se alojaban los camareros, hacia la proa, y el pasaje de tercera clase (que a menudo sumaba dos mil personas pero nunca aparecía en la lista oficial de pasajeros) tenía su maloliente dormitorio en las regiones ulteriores, esto es, en el culo del barco.

A Annie le parecía curioso y divertido que tres chinos hubieran llegado a formar parte de la ciudadela sólo porque sabían manejar una radio y aceptaban un salario inferior. Pero debían compartir aquel alojamiento privilegiado porque constituían una parte indispensable de la estructura de mando, que el Informe de la Comisión de la Piratería integraba en lo que denominaba «concepto ciudadela» de defensa contra los lobos del mar.

Stoddy McIntosh le había enseñado el barco la mañana después de que se uniera a la tripulación. El puente y la cubierta A estaban protegidos por pesadas puertas de acero a prueba de bala y había rejas de acero en la parte delantera y en las escaleras que conducían al puente de mando e incluso a lo largo de

los costados en la parte de la superestructura. Había más rejas en las dos puertas del puente y planchas de acero de más de un centímetro de espesor unidas a la estructura por unas bisagras que podían abrirse y colocarse en posición para proteger a los oficiales del puente del fuego procedente del castillo de proa, donde se alojaba la mayoría de la tripulación (ciento veinte chinos y filipinos).

McIntosh había entregado a Annie su arma reglamentaria: un bonito revólver Smith & Wesson de calibre 38, enfundado en una cartuchera con cinturón más tres docenas de cartuchos. Annie se la metió en el cinturón, como hacía la mayoría de los oficiales, que siempre estaban maldiciendo el arma, como si se avergonzaran de ella. Además, estaban aburridos de tener que llevarla a todas partes hiciera el calor que hiciese, pero las últimas normas de Prevención de la Piratería eran tajantes en este sentido. Todos los oficiales guardaban un Winchester de repetición de calibre 300 en su camarote y había más rifles en un armario del puente con munición suficiente para mantener a raya a un batallón en aquella fortaleza improvisada, en aquella «ciudadela».

Se esperaba que los piratas intentasen sobornar a los miembros de la tripulación para facilitar las operaciones y aquí es donde el sistema tradicional de guardias indios cobraba relevancia. Los indios de Hong Kong estaban en la ciudad para trabajar para los británicos. Jamás se relacionaban con los chinos salvo si éstos eran también policías, guardias carcelarios, soldados o personal de seguridad en *ferrys* y trenes. Casi todos ellos eran ex soldados del Ejército indio y su lealtad se daba por garantizada. Era asombroso, pero no se dio en Hong Kong ningún caso en el que un soldado indio hubiera traicionado a sus empleadores.

Los guardias que iban a bordo del *Chow Fa* eran sijs, como los guardias del penal Victoria. Verlos caminar estólidamente arriba y abajo, con sus fusiles Greener al hombro como si fueran Lee-Enfield del Ejército, tocaba en Annie la triste fibra del recuerdo de la prisión. Sus turbantes eran blancos, inmaculados, y envolvían la masa inmensa de sus cabellos y de su barba, partida

en el mentón y enganchada con limpieza y suavidad detrás de las orejas. Los doce se turnaban para hacerse la comida en la cocina del barco. Para los cocineros chinos suponía una gran inconveniencia que estaban obligados a soportar.

—¿Has estudiado alguna vez la ciencia de la psicología, Stoddy? —preguntó Annie.

—He oído hablar de ella, pero nunca me he planteado estudiarla.

—Los chinos no tienen psicología —afirmó Annie. Estaban en la sala de oficiales bebiendo limonada. Annie empezaba a trabajar a las nueve. Había escogido el turno de noche y nadie había puesto objeciones—. Por eso no se fían los unos de los otros, ni de nadie más. —Una declaración absurda, sin duda, con la intención de la broma solemne.

—Creen en los demonios. Son paganos —dijo McIntosh, llenando su pipa, la última antes de irse a dormir. Una brisa fresca entraba por la puerta que daba a la cubierta A y el mar brillaba a pesar de que la luna todavía no había salido. Era la luz de las estrellas, pura y simple. Ninguno de los dos personajes era ajeno a la belleza de la escena.

—Los chinos —dijo Annie— me resultan muy interesantes, Stoddy.

McIntosh gruñó. A él no le interesaban, pero era un hombre aburrido, aburrido pero sólido, y nunca había conocido a una mujer china como es debido. En realidad, a los chinos solían gustarles los hombres como Stodart McIntosh, hombres sin imaginación ni fe en los demonios, personas que creen que hay causas y efectos, un sistema de leyes naturales dictado por Dios o de gran importancia para todo.

—¿Sabes en qué creen? En el poder de la voluntad —dijo Annie con énfasis—. Las diversas voluntades de la naturaleza no son distintas a las de un hombre o un diablo, pero sí un poco más poderosas. Ahora tú y yo tenemos una voluntad. ¿Hay alguna ley que la gobierne? —Ahí estaba, el escocés que llevaba dentro hablando otra vez—. ¿Puedes responder a eso, Stoddy?

—La naturaleza humana se rige de acuerdo a unas leyes, Annie.

—Si crees eso, es que eres un psicólogo, Stoddy.

McIntosh se sintió complacido, aunque por su expresión nadie lo habría dicho.

Más adelante, Annie dijo:

—Si hay algo que veneran es la volubilidad absoluta, el destino ciego, el azar. Puede que sea una inclinación que todos tenemos, blancos, rojos, amarillos y azules... ¿A ti qué te parece, Stoddy? ¿Qué opinas de venerar esa ceguera? ¿Es una idea con alguna base?

—Yo mismo apuesto de vez en cuando —dijo el viejo lobo de mar—, pero dicen que también en eso hay leyes. En las apuestas, quiero decir, hay probabilidades. Si no, no habría corredores.

—Muy cierto, Stoddy, muy cierto. Me he metido en un callejón sin salida, amigo, sin duda —dijo Annie, sacudiendo la cabeza, y salió a cubierta. Se apoyó en el pasamanos y se quitó la gorra para dejar que la brisa le acariciase la cara y el pelo.

Peter Storch, el tercer oficial, estaba a cargo de la guardia nocturna, que comenzaba a las nueve. Annie subió al puente a saludarle antes de comenzar el turno, como era costumbre. El barco estaba a casi catorce horas de Manila y el tiempo no podía ser mejor. Storch estaba en el cuarto de derrota, anotando el inicio de la guardia en el diario de a bordo.

El relevo del piloto estaba ya en el puente.

—Hay una nueva emisora en Shanghai —dijo Annie, dirigiéndose a Storch— que emite música de baile, señor. ¿Quiere bajar y escuchar un poco? Esta noche la recepción es excelente.

El «señor» era irónico, por supuesto. Annie no sentía ningún aprecio por el tercer oficial Storch, pero el hombre no tenía ninguna culpa, eran cosas de la naturaleza. Storch le dio las gracias educadamente y le dirigió una sonrisa vacía. No le importaba lo más mínimo el límpido romance de las ondas.

Annie volvió a bajar a la cubierta A. Se metió en su camarote y cerró la puerta. Sacó su arma reglamentaria del cinturón,

la descargó y la desmontó. Luego sacó su navaja suiza del ejército y con ella dobló el percutor algunos grados. Era difícil de hacer, pero después, por mucho que se apretase el gatillo, el revólver no dispararía. El percutor no golpearía el fulminante del cartucho.

Annie volvió a colocar el revólver en el cinturón y a continuación abrió su maleta, sacó su Walther y la escondió en sus calzoncillos, unos calzoncillos especiales. Eran muy antiguos, y en lugar de elástico llevaban un cordón, lo cual resultaba ideal para sostener una bonita automática justo debajo del barril de cerveza. La boca del cañón se apoyó suavemente en la ancha raíz de su verga y todo el conjunto quedó invisible bajo sus voluminosos y «doultriescos» pantalones caquis transoceánicos.

Annie sacó también de la maleta su espejo de bronce. (Dedujo que era suyo, al menos temporalmente, porque Madame Lai no había vuelto a pedirselo). Se miró. La penumbra del camarote, cuya portezuela daba justo debajo de la cubierta de paseo, resultaba perfecta para el espejo. Innecesario es decir que Annie se había recortado la barba otra vez y por sí solo. Había sacrificado sus formidables puntas no por razones estéticas, sino para volver a parecer un capitán y no una especie de mefistofélico demiurgo chino. A decir verdad, esas hirsutas puntas le gustaban, aunque quedase en ellas un residuo de pintura roja que parecía una mancha de sangre. Pero no podía, dadas las delicadas circunstancias de su misión, permitirse el lujo de inspirar asombro y temor en los demás.

Dejó el espejo y se dirigió a la sala contigua para coger su reloj.

El señor Peter Justice, uno de los dos segundos operadores de telégrafo del *Chow Fa*, era chino sólo a medias. Era un joven cordial, educado y con una forma de hablar muy agradable, a muchos les recordaba al actor Warner Olano, aunque sin su malicia. No llegó a conocer a su padre, que podía ser cualquier cosa pero que probablemente era marino. El motivo por el que su madre (¿o él mismo?) había escogido el

nombre «Justicia» era un asunto por el que, al parecer, nadie salvo Annie se había interesado jamás. El operador mestizo le había respondido:

—En realidad no es un nombre, era una esperanza, una vana esperanza.

Peter Justice aceptó un par de los Woodbine de Annie, que siempre los tenía a mano, al firmar el relevo del turno y le informó de que acababa de enviar la señal «negativa» de la noche a cabo de Aguilar, Hong Kong. Además, indicó la emisora de radio de Cantón en mil ochocientos metros con motivo de las pruebas. Le dijo que recibía una señal muy débil de Cantón. Peter era un hombre concienzudo, siempre impaciente por comprobar las condiciones de transmisión.

Annie le dio las buenas noches y se sentó a la mesa. La sala de radio siempre estaba inundada de aquel olor a rancio y a ácido procedente de las baterías de emergencia apiladas en un rincón.

Tiró de la máquina de morse. Tenía una barra de latón, un muelle con ajuste de tensión, una separación entre sus puntos también ajustable (los profesionales solían dejarla en dos milímetros) y un pomo de baquelita negro. Era un instrumento de gran elegancia y mayor significado.

Annie se puso los auriculares. Giró el dial para ver si Swatow estaba allí, a mil ochocientos metros. Swatow había sido gestionada durante un tiempo por el mariscal Sun Chuan-fang, formaba parte de sus dominios. Al retirarse, los nacionalistas se habían hecho cargo de ella y, después, la emisora emitía o no de acuerdo a una caprichosa irregularidad. Las facciones comunistas la utilizaban como símbolo de la intransigencia anti-imperialista. Pero Hong Kong sí se podía sintonizar, alto y claro. La mayor parte del tráfico era con barcos mercantes, para confirmar posiciones y emitir telegramas que los pasajeros remitían a la oficina de correos. Los pasajeros de primera clase se habían abonado a este servicio rápidamente: enviar telegramas desde un barco por asuntos de trabajo o negocios tenía un toque de distinción, un tinte de modernidad; algún día, decían, la gente tendrá teléfonos sin cable en sus Buicks y Bentleys.

Annie procedió a ajustar la máquina del telégrafo. Una pequeña pero importante ceremonia: la separación entre los contactos, apoyados en delicados muelles. Annie modificó la altura de la tecla girando el tornillo. Se guiaba por su sensación, por el tacto, por el olor. La separación entre contactos en una máquina de morse es como la cuerda de un violín, como la ranura en el plumín de oro de la pluma del poeta, es el ritmo del gran abanico del esclavo en el salón del sultán, en definitiva, un asunto de persuasión personal pero de ecos potencialmente globales. Annie la situó en la mitad de un milímetro. Un hueco menor, mucho menor, del que el operador Peter Justice podía manejar. Pero a Annie le gustaba así. Podía enviar veinticinco palabras por minuto. Tal vez fuera esto lo que mantenía su dedo índice en una forma tan ágil y en una condición tan rítmica.

Los guardias sijs cambiaban cada cuatro horas, como los relojes del barco, pero a las medias, para evitar confusiones. Tenían su propio y extraño sistema de rotación, lo cual significaba que seis de ellos siempre estaban de servicio fuera de día o de noche. Un cabo llamado Jamal Singh, que había sido cabo con los lanceros espahis en un regimiento de caballería punjabí, era su comandante. No era joven —ninguno de ellos era joven y todos eran duros— y llevaba tres o cuatro años prestando servicio en buques. Había sobrevivido al asalto pirata al *Tung Chou*, que había tenido lugar en 1925 y se tomaba su trabajo muy en serio. Pero los sijs siempre se toman su trabajo muy en serio, son gentes extraordinariamente concienzudas. La Unidad Antipiratería de la Policía de Hong Kong se había convertido en una institución bien organizada y había fomentado la incorporación a sus filas, que en 1927 casi sumaban dos mil efectivos, de un pequeño movimiento inmigrante de soldados indios retirados. Pero esta impresión de eficacia, del Imperio levantándose para hacer frente a una emergencia, se empañaba a causa de continuas disputas de naturaleza paranoica que por cuestiones de competencia provocaba el sindicato chino de guardacostas: ¿a quién debían lealtad los guardias, al capitán superintendente de policía o al capitán del barco en que servían? Desde un punto de vista disciplinario, la cuestión nunca

se zanjó, pero los hechos hablaban por sí mismos. Los piratas siempre iban primero por los guardias y una proporción asombrosamente alta de ellos resultaban heridos o morían. Era el capitán quien decidía cuándo se rendía el barco. Hasta que lo hacía, los indios luchaban con todas sus fuerzas.

Un sistema de seguridad vale lo que valen los hombres que lo ponen en práctica. Pero el sistema del sistema es importante; sus tácticas, su astucia, son relevantes. La experiencia había demostrado que el momento de mayor vulnerabilidad era el que estaba a punto de producirse. Annie consultó su Rolex. La guardia estaba a punto de cambiar.

La debilidad de aquel sistema guardaba relación con los hábitos de alojamiento. Hasta que alguien diseñase barcos con espacio para que un destacamento de guardias indios se alojase junto a los oficiales, los guardias tenían que dormir con la tripulación, a proa, o (como sucedía en el *Chow Fa*) con los camareros y el personal de cocina, a popa. Alojar a los operadores de radio chinos en el lado interior de las puertas de acero, detrás de las rejas, en la ciudadela del puente, ya había vencido las convenciones hasta límites insospechados. Sencillamente, no había sitio también para los guardias, así que cuando cambiaba la guardia, los relevos tenían que entrar y quienes estaban de servicio tenían que salir. A través de las puertas de acero. En el *Sunning*, en el *Seang Bee* y en otros muchos barcos, era ése el momento que los bastardos de los piratas habían escogido para asaltar el puente en medio de una lluvia de balas.

Annie dejó la puerta de la sala de radio abierta. Por el pasillo transversal le llegaban las pisadas de los hombres, que ocupaban sus puestos. Había observado sus movimientos; podía visualizar su barbada y sólida cautela. No revelaban qué puerta usarían, la de babor o la de estribor, hasta que los cuatro guardias del relevo iniciaban la marcha y ocupaban posiciones junto a ella con sus fusiles Greener cruzados sobre el pecho. Detrás de la puerta, un hombre descorría el cerrojo —no había cerradura en el lado *no seguro*, como ellos lo llamaban—, mientras dos de sus compañeros lo cubrían desde detrás de las planchas de acero que protegían el pie de las escaleras del

puede. El cuarto hombre se quedaba en la parte de arriba, junto a la puerta enrejada del puente, cubriendo a los que estaban abajo. Junto al sij estaría el oficial de guardia —aquella noche, el tercer oficial Storch, con su 44 al cinto, esperando en el fondo de su corazón que hubiera un poco de acción—.

Annie escuchó las educadas órdenes del cabo Singh, que abandonaba la guardia. Escuchó las pisadas y el ruido metálico de las puertas, la entrada y salida de los guardias. Hubo intercambio de saludos en punjabí, generalmente alegres, y luego todo volvió a la calma en el *Chow Fa*.

Un nivel por debajo, en la cubierta principal, tenía lugar una maniobra similar a las puertas de la sala de máquinas. Éste era el detalle menos popular entre los indios, por estoicos que fueran. El calor de la sala de máquinas era la carga del maquinista, que también tenían que compartir los guardias, por turno, naturalmente. Sin embargo, existía la creencia general de que la rigurosa protección de estas regiones del averno era, aunque fueran vitales para el barco, superflua desde un punto de vista estratégico. La sala de radio se había convertido en el objetivo vital. Si una partida de piratas no conseguía neutralizarla al instante, bastaba un SOS para que acudiera la Marina. Como es lógico, la Marina tardaba un tiempo en moverse y, cuando lo hacía, el barco capturado también lo habría hecho, con su jefe al timón y sus chicos por toda la nave, en pleno saqueo. Pero que la Marina de Su Majestad te pisara los talones no era ninguna broma, ni siquiera para un pirata chino.

Annie puso los pies sobre las mesa y continuó escuchando las emisiones de Hong Kong por los auriculares. A eso de las diez menos cuarto, el grumete le llevó una taza de café. Annie tomaba su primer sorbo, con la lengua un centímetro fuera de la boca, tocando el esmalte caliente, cuando alguien llamó a la puerta. Era Harry Stokes, que asomó la cabeza.

—Hola, Annie —dijo.

—Hola, Skroff —repuso Annie, desde su cómoda posición. «Skroff» significaba «sobrecargo», el empleo de Harry. Era contable, como el señor Chung, pero Harry era un firme, cordial

e industrioso jalandrón de unos treinta y cinco años y muy respetuoso con la ley que tenía un chico en cada puerto. Annie se había esforzado por trabar una buena relación con él, manteniendo al mismo tiempo las distancias. Labrarse nuevas amistades y afectos no formaba parte de sus planes; en realidad, sólo podía suponer un engorro, como demostraba la presencia de Harry en la sala de radio. Annie se maldijo:

—Jódete, Annie —dijo, en voz más bien alta. Había desarrollado la costumbre de hablar con Skroff en el comedor, y de tomar té con él y con McIntosh y hablar del mundo del espectáculo. «Y mira adónde te ha conducido esa jodida costumbre», se dijo.

—He pensado que te vendría bien un poco de compañía, amigo. He decidido apiadarme de tu soledad —dijo Harry Stokes, entrando. Annie clavó sus ojos en él—. ¿Puedo tomarme aquí el café?

Harry era un hombre muy guapo, rubio y con un bizquera muy leve, inapreciable si no te miraba directamente a los ojos, cosa que hacía a menudo. Solía mirar así a la gente, que quedaba cautiva de la asimétrica mirada de aquellos ojos azules, redondos y magníficos. Pero era un tipo duro, muy duro, y no dejaba de destrozar a la gente si tenía oportunidad. Era imposible no quererle.

Annie no dijo nada. Harry se sentó tranquilamente en su mesa, que era pequeña y tenía toda la parafernalia de la radio. El zumbido del ventilador era cada vez más irritante. Harry sorbió su café con expresión fatigada.

—¿No tendrás un cigarrillo, compañero? —preguntó.

—Que te jodan —dijo Annie.

—¿Perdón?

—Jodete, jodete, maricón —insistió Annie—. Antes te destrozo la cara. Si vuelves a intentar meterte en mis pantalones, te corto el capullo y te lo pongo de primer plato.

Harry lo miró como si estuviera loco. Aquel hombre joven y fuerte, en la flor de la vida y en perfecto estado de salud, estaba demasiado perplejo para enfadarse. Levantó las cejas.

—Vaya, veo que estás de buen humor. ¡Jesucristo! —dijo, y sonrió, quizás un poco abochornado, pero sólo un poco, y miró en torno a la sala. En el tablón de los boletines había un cartel de una señorita en paños menores. Y nada más, sólo aquella putita morena. Harry fijó en ella su ácida mirada.

Annie siguió sentado sin moverse. Se rascaba la sien con el dedo y tenía la mirada fija en la pantalla del dial, el dial de la pantalla de su máquina eléctrica. Llenaba con su presencia todo el espacio disponible. Así que Harry se levantó y cerró la puerta sin hacer ruido. Se sentía muy atraído por Annie, pero se daba cuenta de que era un hombre muy peculiar.

Annie escuchó una vez más las emisiones de Hong Kong. Un buque japonés de gran tonelaje, el *Manshu Maru*, informaba de su posición junto a la costa de los Pescadores y de que había niebla y mal tiempo. La recepción era regular. La niebla beneficia a los malhechores, y la Casa de los Rectos Héroes del Estandarte Amarillo, «a la que yo pertenezco —se dijo Annie—, no constituye una excepción. Allá vamos».

Conectó su transmisor. Tardaba algunos segundos en calentarse. A continuación, lo sintonizó en mil trescientos cincuenta metros y transmitió su mensaje: «*Humpty Dumpty sat on a wall*»*. Lo repitió un par de veces y escuchó. Sin la menor duda, una señal respondió desde el más allá.

El grumete llamó a la puerta y entró.

—¿Quiere más café? Hay de sobra.

—No, gracias —respondió Annie, mientras escribía unas palabras absurdas en su libreta. El grumete se fue. Annie se quitó los auriculares y sacó su Walther de los pantalones para comprobar el seguro. El problema de las Walther es que nunca se sabe si tienen el seguro puesto sólo con meter el dedo debajo de los pantalones. Luego, Annie volvió a meter el arma en su nicho, se levantó, sacó el transmisor de su caja y, con ayuda de un destornillador, le quitó un componente pequeño pero vital. Metiéndose el chisme en el bolsillo, abrió la puerta y salió.

* Verso de la popular canción infantil inglesa: «Humpty Dumpty se sentó sobre un muro». (N. del T.)

Había dos guardias. Charlaban, apoyados en la borda. La cubierta estaba razonablemente bien iluminada. Los dos miraron a Annie. No había necesidad de ponerse tensos, pero siempre estaban algo tensos, incluso en los momentos de mayor relajación. Aunque tampoco había necesidad, uno de ellos se atusó el bigote. Luego el otro, que acunaba su arma como si fuera un bebé, se alejó hacia la proa. Ésas eran las órdenes: uno en el puente a todas horas, otro en cada puerta principal de la cubierta A y otro haciendo la ronda, comprobando las puertas de proa y todo lo demás. Como eran centinelas experimentados, intercambiaban sus puestos y hablaban de sexo. Los sijs son un pueblo muy aficionado al sexo. El que se alejó miró a Annie a los ojos (Annie estaba en la entrada del pasillo, supervisando la escena con actitud de almirante) y le saludó apresuradamente.

El gesto resultó muy gratificante para el oficial de radio, que devolvió el saludo. Luego, cuando el primer guardia desapareció, Annie se acercó a la borda y se apoyó en ella de espaldas al mar, para mirar el mástil.

En lo más alto oscilaba una luz, pero no era esto lo que le importaba: estaba interesado en una radiación más misteriosa. Frunciendo el ceño con una expresión de furia ingobernable, lanzó una cuantas maldiciones dirigidas a la antena de radio. Tan sólo un cable, un cable desnudo de unos treinta metros colgado entre el palo de trinquete y la chimenea número uno. En su mitad, un segundo cable descendía hasta el puente y desde ahí, por una ruta invisible, hasta la sala de radio.

—¡Jódete! —bufó—. ¡Jodete, cabrona! —maldijo, y miró a Mohan, el guardia, un hombre fornido y narizotas, de aspecto semita pese a su nombre—. ¿Quién de ustedes, vagos, ha estado follando con mi antena? —Su dedo, grueso y suave, señalaba hacia arriba; su mirada era violenta, vituperante, vengativa.

Mohan estaba acostumbrado a los insultos, pero lo de Annie era otra cosa. Por su parte, los sijs mantenían la compostura y miraban tranquilamente hacia lo lejos. El alambre, como decían los ingleses, o antena se veía con claridad, reflejaba la luz

con irisaciones. Mohan no sabía de qué demonios estaba hablando Annie y quiso dejar esto claro.

—No, señor —dijo, con cara de decir: «A mí no me pregunte».

Annie subió la escalera que conducía al puente.

El chino que estaba en la rueda del timón y su número dos habían advertido irritación en sus pisadas y evitaron mirarle a los ojos. Peter Storch estaba fuera, en el ala del puente, contemplando la noche a través de unos binoculares exactamente iguales a los del capitán Wang. Annie se dirigió a él:

—Algo le pasa a la maldita antena —dijo, señalando con el destornillador.

Desde el puente, la antena quedaba mucho más cerca. El cable bajaba hasta una caja de empalmes atornillada junto a la puerta del cuarto de derrota. Annie procedió a atacar la caja con el destornillador, mascullando, mientras el joven Storch observaba, haciendo preguntas absurdas. No sabía una palabra de radios, circunstancia de la que Annie se había informado hacía algunos días.

—Tiene que haber un cortocircuito —dijo Annie—. No me da señal —añadió, dando golpecitos en el interior metálico de la caja de cables—. Esto está bien. Aquí no veo ningún problema —afirmó, volviendo a atornillar la tapa—. Tiene que ser el aislante del mástil o el de la chimenea. ¿Tú qué opinas, Peter?

Annie miraba a la chimenea. Bajo la luz que reflejaba la cubierta de paseo, podía verse el aislante de vidrio donde el extremo posterior de la antena estaba sujeto a la parte anterior de la chimenea, a un metro de la superficie pintada de negro.

—Peter —dijo Annie—, voy a comprobar ese aislante. Puede que esté roto.

—Ah, Doultry —dijo Storch—. Dime una cosa. ¿Podría ser un sabotaje?

Annie, que bajaba ya por las escaleras, lo miró con el ceño fruncido.

—Podría ser, Peter. Hay al menos una posibilidad entre un millón de que sea un sabotaje —dijo, y se acercó a la puerta de acero que daba paso a la cubierta A—. ¡Abre, abre! —se dirigió

a Mohan. El otro guardia, el grande, también estaba allí—. La radio está *caput*. *Caput*, ¿comprendes, espabilado? *Caput*.

—Hablo inglés, señor —dijo Mohan, sacando un manojo de llaves del bolsillo del pantalón. Las pesadas llaves de las seis puertas de acero.

—Pues ven conmigo, camarada —dijo Annie—. Tienes que escoltarme. Puede que se trate de un sabotaje.

Mohan comprendía muy bien el significado de esa palabra. Abrió la mirilla redonda de la puerta y miró. Podía ver la cubierta de paseo en toda su extensión. Estaba bastante bien iluminada. En el otro extremo, a unos veinte metros, dos o tres pasajeros asiáticos de segunda clase deambulaban por la zona de su comedor. Pese a todo, la apertura de la puerta debía ser un ejercicio de cautela. Mohan siguió a Annie, pero el otro guardia cubría a su colega desde detrás.

Annie subió los escalones que conducían a la cubierta superior seguido de su escolta y de ahí pasó al techo del puente de mando por una escalera que tenía el letrero «Prohibido el paso». Se acercaron a la chimenea. Parecía grande. Su azul pálido se hacía más pálido todavía a la luz de la luna. El humo ascendía en espiral y describía a causa de la brisa una curva hacia la popa.

Annie desenganchó la soga que ascendía desde la chimenea hasta la antena y la bajó rápidamente. Fue como bajar una cuerda con ropa tendida. Oía el sonido del gramófono de los salones de primera clase, que abrían sus puertas a la cubierta de paseo justo por debajo de donde se encontraba, y la horrible voz de Al Jolson, que entonaba alguna cancioncilla. También oyó risas. El barco llevaba unos cincuenta pasajeros de primera clase, blanquitos en su mayoría, británicos y americanos y alemanes, y algunos comerciantes filipinos que, como siempre, vestían con escrúpulo. Con algunos de ellos viajaban sus esposas. También iban media docena de chinos del mismo tipo, pero sin sus mujeres. Incluso los chinos de clase acomodada viajaban en segunda clase: ¿por qué malgastar el dinero? (Pero entre ellos solían decirse que lo que querían era evitar tener que mezclarse con los blancos).

Naturalmente, al aislante de vidrio de la antena no le pasaba nada. Era como un donut y, estrictamente hablando, por completo innecesario. Pero Annie jugueteó con él y con el cable de la antena, maldiciendo en voz baja para impresionar a Mohan.

—Solucionado —dijo—. ¿Ves esto? —le preguntó al soldado mostrándole un trozo de cable que previamente se había guardado en el bolsillo—. ¡Sabotaje! —dijo, entre dientes.

Tras estas reparaciones ficticias y después de colocar la antena de nuevo en su sitio, Annie volvió a la cubierta A apresuradamente. Continuó, a beneficio de Mohan, profiriendo maldiciones, diciendo que alguien había estropeado la antena deliberadamente. Entretanto, el sij quitó el seguro de su fusil y cubrió su retirada conjunta con mirada vigilante. Es preciso decir que los Greener, fusiles de repetición de calibre doce cargados con cartuchos de perdigones, eran una elección estupenda para enfrentarse en una lucha cercana a los piratas chinos. Eran similares a los Winchester de trinchera con los que el general Pershing equipó a treinta mil de sus hombres en Francia en 1917.

Annie llamó a la puerta de acero. Mohan estaba detrás de él. Le daba la espalda, para cubrir la cubierta de paseo. La mirilla de la puerta se abrió. Peter Storch miró a Annie.

—Sabotaje —dijo Annie, suavemente.

—Santo Dios —dijo Storch—. Qué cerdos.

El ruido metálico de la cerradura. La puerta de acero se abrió. Annie estaba entrando, cuando se oyeron dos disparos, casi en su oreja, y Mohan cayó sobre la cubierta sin decir una palabra, con dos agujeros en la cabeza.

Annie giró sobre su eje con una pirueta exquisita y sacó el revólver con rapidez. Había un chino suspendido cabeza abajo del pasamanos de la cubierta superior. Sostenía con ambas manos una enorme automática que descargó sobre Annie. Pero erró el tiro —a propósito, por supuesto—. Annie apuntó a la cara que veía del revés a dos metros de él y apretó el gatillo, pero sólo se oyó el clic del percutor doblado, y luego otro clic, y otro más, mientras disparaba a los otros dos hombres que

colgaban del pasamanos como si fueran monos. Llevaban pistola. Se acercaron corriendo y disparando hacia la puerta. Las balas rebotaban en el acero sin dar a Annie.

—¡Mierda! —gritó Annie no obstante, y se derrumbó como la torre de Babel, preocupándose de aterrizar sobre el cuerpo de Mohan y, por tanto, de atravesarse cuan largo era en el umbral de la puerta mientras el otro sij trataba de cerrarla sin dejar de disparar.

La sincronización fue perfecta y la caída de Annie, de circo, digna del amante favorito de su madre, un acróbata de ascendencia italiana.

Mientras Annie caía tan magníficamente, Peter Storch asomaba su 44 a través de la mirilla y apuntaba a los primeros asaltantes. Hizo blanco en uno y el guardia dio a otro —¿cómo podían fallar a tan poca distancia?—, pero los otros dos llegaron hasta la puerta. Annie se retorció para que el sij no pudiera cerrarla. Pero le aplastaba la pierna. Annie juraba, diciendo que su revólver no había disparado. Un pirata de corta estatura con aspecto de viajante de comercio llegó corriendo y murió en la misma puerta por los disparos del sij. Cayó encima de Annie con un aullido ensordecedor. Con gran presencia de ánimo, Annie agarró el cuerpo contorsionado del hombre y lo aprovechó como obstáculo adicional para impedir que cerrasen la puerta. El sij se vio obligado a intentar cargar con los dos, con Annie y con el pirata caído con el que fingía luchar, pero era una tarea imposible y el sij recibió un disparo mientras intentaba llevarla a cabo. El ensordecedor ruido de los disparos se propagó por todo el barco, pero Annie pudo oír la voz de McIntosh.

—¡Cierren esa maldita puerta! —bramaba el primer oficial.

Cuerpo a tierra, pero a unos quince metros, en el paseo de la cubierta A, Ying Kou, el jefe de los hombres de Madame Lai, apuntaba con cuanta precisión podía con su máuser automática, apoyando la muñeca en el montante de la baranda del barco. Metió una bala justo por la mirilla de la puerta de acero, que no tendría más de diez centímetros de diámetro y que ocupaba en su mayor parte la boca del cañón del enorme Colt del

tercer oficial Storch, que ya había hecho por lo menos tres blancos. La bala vengadora, fabricada en Alemania, golpeó en el tambor de la 44 y rebotó para introducirse a mil kilómetros por hora en la boca de Peter Storch, abierta a causa de su esfuerzo de concentración para apuntar. El proyectil salió por detrás de su oreja y se dirigió girando hacia el mar. El espectro del muchacho lo siguió a corta distancia.

En la puerta de la ciudadela del *Chow Fa*, y a ambos lados de ella, había una pila de hombres. Algunos estaban muertos, como Peter, otros heridos, como el sij de la puerta, pese a haber recibido dos balazos, y el del hombre que le había disparado, aunque había recibido un disparo que le había arrancado parte del brazo. Y al pie de la pila había uno vivo y a salvo; su nombre: Annie Doultry.

Stoddy McIntosh, primer oficial, salió como un ciclón de su camarote de la cubierta superior en calzones y con su Winchester, sin dejar de gritar:

— ¡Cierren esa maldita puerta!

Miró al pie de la escalera y vio la carnicería del umbral. Bajó a toda velocidad para unirse a la defensa. No vaciló ni un instante y tampoco dejó de disparar su Winchester de repetición. Uno de sus disparos rebotó en la puerta de acero a dos centímetros de la cabeza de Annie, que seguía apoyado en ella, pero eso fue lo más cerca que estuvo Stoddy de hacer un blanco importante. Para entonces, seis piratas vivos habían atravesado la puerta, algunos con una pistola en cada mano y todos con el cerebro bañado en adrenalina. Dos habían llegado ya a la sala de radio. Otro disparó al primer oficial en la barriga.

Stoddy se sentó en la escalera, sacudiendo la cabeza con gesto autocrítico.

Peter Justice se sentaba medio dormido y completamente desnudo delante de la radio tratando de hacerla funcionar cuando los piratas irrumpieron por la puerta. Levantó las manos, pero fue un milagro que no recibiera un disparo.

Tumbado de espaldas, Annie miraba las estrellas a través del humo de la pólvora y del acre perfume de la cordita. Sobre él yacían dos hombres muertos a quienes no intentó mover.

Ying Kou, que vestía un elegante traje de Shanghai, le sonrió al pasar. El tiroteo continuaba, sobre todo abajo, en la sala de máquinas, donde uno de los guardias se comportaba como un héroe con una manguera de vapor. El segundo maquinista, que era quien estaba de servicio, había conseguido que le dieran un tiro en la mano, pero mantenía las puertas cerradas a pesar de las horribles amenazas. Dos de los piratas habían sufrido graves quemaduras de la manguera de vapor. Donde Annie se encontraba todo estaba tranquilo, salvo por algunos gemidos y juramentos, algunos en la lengua de los sijs, porque el guardia grande seguía vivo y a un metro de la puerta de acero que tan valientemente había tratado de cerrar. Annie estaba cubierto de sangre. La mayor parte de ella pertenecía al pirata que primero había recibido los disparos de los defensores. Pero su aspecto era malo. Parecía herido, sus ojos eran los de un hombre próximo a la muerte. Es posible que la sonrisa que le dirigió Ying Kou fuera de aliento.

Annie podía ver a Stoddy McIntosh, sentado en la parte de arriba de la escalera que subía al puente, con la barbilla hundida en el pecho. Ying Kou, que no tendría más de veinticinco años, subió por esa misma escalera, que sus hombres ya habían tomado, y pasó junto a McIntosh sin dedicarle ni una mirada, porque era evidente que ya no podía oponer ninguna resistencia.

Annie salió de debajo de los cadáveres que lo aplastaban y se abrió paso hasta la baranda, en la que apoyó la espalda. Otros dos chinos armados cruzaron la puerta, pisando los cuerpos de sus camaradas. Miraron a Annie, pero nada más. Tenían órdenes estrictas de dejar solo al *gwai lo* de la barba, tanto si estaba vivo como si había muerto. Uno de ellos recogió las armas esparcidas por ahí, incluidos los fusiles de Mohan y del otro guardia, que estaba inconsciente, o tal vez muerto. Annie esperaba que no sucediera esto último, porque eso le supondría un problema grave, un problema de falta de testigos, puesto que desde luego Peter Storch ya no se levantaría nunca más. Annie reflexionó acerca de esta cuestión por un momento, mientras escuchaba todavía algún que otro tiro lejano

procedente de la sala de máquinas y otros más próximos del salón de primera clase, donde los piratas estaban congregando a los pasajeros, asustándolos con tiros a los espejos y a las escenas de caza. También oía el mar y la trabajosa respiración de McIntosh. Y tomó una decisión. Se metió la mano en los pantalones y, encogiéndole la tripa, sacó su Walther de los calzoncillos. A continuación, se desabotonó la blanca camisa de su uniforme y con mano firme cogió un buen trozo de su carne o lo que algunos podrían llamar un gran pedazo de grasa. Era un trozo macizo, situado bajo el grueso tejido de su enorme músculo oblicuo, que, en sus años de juventud, le había dado una silueta helénica. Así pues, pensando en esto, apuntó su pistola a esta brazada de carne, con el cañón a no menos de veinte centímetros para evitar una quemadura, y apretó el gatillo.

La bala atravesó limpiamente la carne. Su salida provocó más sangre y dolor suficiente para hacerle exclamar:

— ¡Ah, carajo! — Le oyeron sólo los cadáveres que tenía a su alrededor. A continuación deslizó su arma por debajo de la baranda y la vio caer al espumoso mar.

David Orden, el jefe de máquinas, londinense y cadavéricamente delgado pero con el buen humor propio de un gordinflón, se perdió la mayor parte de la acción. Era un bebedor con una taquilla llena de ginebra en el camarote y cuando se despertó con el cañón de una pistola en el gaznate pensó que se trataba de una nueva llamada del *delirium tremens*. Hombre de contrastes, Harry Stokes, el sobrecargo, ocupación pacífica donde las haya, estaba despierto y fue a buscar su Winchester dos segundos después de los dos tiros que mataron a Mohan.

Harry tuvo la prudencia de subir al puente en lugar de, como hizo McIntosh, ir escaleras abajo y recibir un disparo. A raíz de la ausencia obligada de Peter Storch, se percató de que era el único oficial disponible, así que cerró las dos rejas del puente en la parte alta de las escaleras. Estas puertas eran de barrotes, no macizas como las de abajo. Desde la puerta de estribor podía ver la escalera que conducía a la cubierta A y, desde aquí, disparó a discreción sobre los asaltantes. Dio a uno en

una pierna. Pero puesto que ninguno de los hombres del cuarto de derrota podía ayudarlo (mantenían la cabeza agachada), no podía cubrir el lado de babor y no tardó en ser el blanco de una lluvia de balas procedente de dos piratas que disparaban a ciegas desde la reja de ese lado. Y ya que en semejantes circunstancias no tenía la menor esperanza de salir con bien, se rindió cuando aún estaba ileso.

Los seis guardias sijs que no estaban de servicio fueron sorprendidos en los dos camarotes que compartían en la parte posterior del barco por una descarga que reventó las cerraduras de sus puertas. Uno de ellos fue acribillado en su catre sin más motivo aparente que la exuberancia pirática. Los otros cinco fueron atados con cable y encerrados en uno de los camarotes.

El capitán Bristow vestía un extraordinario —al menos para un patrón de la marina mercante— pijama de seda a rayas verdes y blancas. Se rindió, sabiamente, después de disparar algunos tiros simbólicos. Los dos ayudantes chinos del piloto habían hecho lo mismo. El tercer oficial Storch, Stoddy McIntosh y el oficial de radio Doultry eran las únicas bajas entre la oficialidad del puente de mando del *Chow Fa*.

Los defensores de la sala de máquinas mantuvieron el desafío hasta que Ying Kou arrastró al capitán hasta la puerta y gritó que estaba dispuesto a volarle la cabeza. El capitán Bristow, que no era ningún cobarde, no dijo una palabra, pero el tercer maquinista se dio cuenta de que ya habían hecho suficiente y abrió.

Como la mayoría de los hombres que lo acompañaban, Ying Kou había viajado en segunda clase. Todos ellos se habían presentado en el barco bien vestidos y con un aspecto respetable. Tres viajaron en primera: un venerable *comerciante* con su secretario y su concubina, con tacones altos y muy generosa con las propinas para lo que era normal en los chinos. Inspeccionaron su equipaje, pero siguiendo el procedimiento y sin una sola posibilidad de encontrar las numerosas pistolas escondidas en el doble fondo de sus baúles.

Condujeron a los oficiales al cuarto de derrota. El cuerpo de Peter Storch yacía en el mismo lugar en que había caído.

Annie, que estaba cubierto de sangre y tenía la camisa rasgada y abierta, para que se le viera bien la herida, ayudó a Harry Stokes a llevar a McIntosh a su camarote, donde le dejaron en su litera. Entre el pasaje no había ningún médico. En el salón de primera clase, la esposa de un hombre de negocios americano hablaba a gritos a un pirata que jugaba con el ojo de cristal de su marido, haciéndolo rodar sobre la barra. Los demás piratas registraban sistemáticamente los camarotes de los pasajeros y acumulaban los objetos de valor que encontraban en el comedor, haciendo una pila bajo la bóveda de vidrio. Tenían un sistema de reparto democrático: cualquier cosa valiosa que encontraban la echaban al montón y nadie escondía nada. Con la ropa era distinto: un par de ellos se habían puesto ya sombreros de paja nuevos y otro se había puesto un esmoquin: era bonito, pero le quedaba demasiado grande.

En el cuarto de derrota, el capitán Bristow hablaba con Doultry.

—Será mejor que se haga ver esa herida. Ha hecho lo que ha podido, viejo, todo lo que ha podido.

Ying Kou dijo al piloto que mantuviera el horario y el rumbo previstos hacia Hong Kong. El *Chow Fa* siguió su travesía a una velocidad estable de dieciséis nudos. Eran alrededor de las once menos cuarto de la noche. Luego el joven entró en el cuarto de derrota, apuntó un Greener al rostro de Annie y dijo:

—Ahola tú bajas y dices por el ladio que todo bien a Hong Kong.

—Vete al demonio —repuso Annie.

Harry Stokes estaba vendando a Annie. El capitán Bristow dijo:

—Doultry, haz lo que dice. Es una orden.

Annie bajó a la sala de radio escoltado por tres hombres. Allí, sacó del bolsillo el componente del transmisor que previamente había quitado, lo colocó en su sitio, se sentó y envió la señal «negativa», tras la cual recibió el reconocimiento de Hong Kong, que aún estaba a quinientas millas de donde se encontraban.

—Lo he enviado correctamente, como si nada pasara —le dijo a Ying Kou—, porque se supone que uno de ustedes, vagos, entienden el morse, ¿de acuerdo? Tienes que decirle al capitán que uno de ustedes entiende el morse, es la forma de cubrirme.

—Yo entiendo molse —dijo Ying Kou—. ¿Quieles que mande pol ti? ¿Ti-pi-ti-pi-tap? ¿Quieles que mande en chino?

Estaba de un humor excelente. Era un canalla muy guapo, con cara de aristócrata mongol y cuerpo de guepardo. Cuando no sonreía, tenía un semblante duro y cruel, con los pómulos muy marcados. Harry Stokes no le quitó ojo de encima en cuanto, tras dejar a Annie, Ying Kou regresó al cuarto de derrota. Pero no hay que sacar conclusiones apresuradas. En el momento oportuno, Harry sacó su llavero del bolsillo, lo hizo oscilar delante de las narices de Ying Kou.

—¿Ves esta llave? ¿Y esta llave más grande? Son las llaves de la cámara acorazada, cabrón —dijo, y el llavero salió disparado por la ventana y cayó al mar.

Ying Kou se rió y regresó al cuarto de radio, donde había encerrado a Annie bajo ostensible vigilancia. En realidad, Annie estaba enviando otra señal:

—*Humpty Dumpty had a great fall** —decía. Envío este mensaje dos veces, en la longitud de onda prefijada, antes de obtener respuesta: «Te recibo alto y claro» decía ésta, en chino. Después, en deferencia a la remota posibilidad de que alguien pudiera estar escuchando, el nuevo operador de radio de Madame Lai, un chico de dieciocho años que transmitía desde el *Tigre del mar de hierro*, no dijo nada más desde su flamante Marconi recién estrenada.

Madame Lai había tomado el *Chow Fa* con veintinueve hombres escogidos más Annie Doultry, que se había escogido a sí mismo. De ellos, cuatro habían muerto y cinco estaban heridos —de éstos, dos murieron al día siguiente—. La tripulación había perdido al tercer oficial Storch, a dos guardias sijs y a un fogonero malayo que falleció a causa de una bala perdida que le dio

* Más o menos: «Humpty Dumpty sufrió una gran caída». (N. del T.)

en la cabeza durante el tiroteo en la sala de máquinas. De los heridos, tanto el primer oficial McIntosh como el sij grandullón estaban graves.

El botiquín del barco no tenía morfina, toda una ironía en una China anegada en droga. Dejaron a Stoddy en su litera y Annie se sentó a su lado. Tenía muchos dolores y parálisis en las piernas. Era evidente que la bala del máuser le había atravesado el vientre y se había alojado en la columna. El capitán Bristow también estaba junto a él.

Uno de los piratas, un muchacho, entró con algo de opio y una pipa. Annie derritió el opio con su encendedor nuevo y logró que McIntosh, que se resistía a hacerlo, se lo fumase. El herido se sintió mejor.

Naturalmente, los piratas confiscaron el revólver inutilizado de Annie junto con las otras armas que encontraron a bordo. Pero él consiguió recuperarlo; descargado, por supuesto. El lugarteniente de Ying Kou, un forajido gordo pero nada jubiloso vestido con un traje azul y llamado Li Yung Fen, se lo devolvió en el camarote de McIntosh.

—Pistola no buena —dijo Traje Azul con una sonrisa.

Annie lo desmontó allí mismo. Que el percutor estaba doblado era tan obvio que Annie dijo:

—¡Ah, miren esto! Cerdos. ¡Cerdos!

El capitán Bristow lo miró y negó con la cabeza.

—Lo ha dejado por ahí, supongo —dijo. Annie lo miró un instante y agachó los ojos—. Sólo en el camarote —murmuró—. En el armario con llave —dijo Bristow, sin dejar de mover la cabeza.

—Ese chico chow, Fong —dijo Stoddy McIntosh—. Nunca me he fiado de los chicos chow. Nunca me gustó ese Fong.

—El sabotaje de esa antena —dijo el capitán—, ése es el anzuelo que nos ha condenado.

—Ah, ha sido eso —dijo McIntosh, estirando el brazo para tocar la mano de Annie—. Eres un cabrón con suerte, Annie. Un cabrón con suerte. —El opio le había hecho efecto—. La verdad es que nunca me han gustado estos viejos cascarones.

Annie odiaba la visión de la sangre. En el ring especialmente, un corte en la cara de un púgil le provocaba una mueca de piedad y una náusea. Así que cuando le escoltaron de nuevo a la sala de radio a las tres de la madrugada, aprovechó la oportunidad para pedirle a Ying Kou que por favor limpiase con una manguera la parte de la cubierta que estaba junto a la puerta A. Su petición fue satisfecha.

Envío otra vez la señal «negativa» bajo espeluznantes amenazas de muerte para impresionar a los oyentes. En realidad, esta precaución era una estupidez, porque ningún capitán habría permitido que un operador de radio, aunque semejante héroe existiera, se negase a cooperar con un pirata chino a riesgo de sufrir las consecuencias de sus frustrados cuchillos.

Stoddy McIntosh murió a eso de las cuatro de la madrugada. Quiso la casualidad que se encontrase a solas con Annie, porque Harry Stokes había salido a buscar al chico del traje azul y la pipa de opio, que había sido de lo más considerado. Stoddy apretaba con fuerza la mano de Annie, así que éste sintió como aflojaba la mano gradualmente y observó su cara en primer plano en el momento en que su alma se separó de su cuerpo.

Como muchos han dejado escrito, fue como una exhalación, como un abandono, como la salida de un escenario. Aunque es necesario precisar que Anatole Doultry era ateo y no daba crédito alguno a las ideas místicas o religiosas, fueran éstas cristianas o paganas, no hay forma de saber si esta falta de fe era o no fruto de sus reflexiones y una convicción verdadera y aquilatada. Al fin y al cabo, le gustaba meditar. Las capas de sus decepciones eran como las capas de una cebolla pero, pese a todo, le gustaba soñar con un núcleo de verdad. Ahora bien, como sabe todo aquel que ha pelado una, dentro de la cebolla no hay cebolla, sólo las múltiples capas de su sustancia, necesariamente finita; y luego no hay nada.

A las tres de la madrugada, fue el propio Ying Kou quien envió la señal «negativa», sólo para demostrar que no estaba bromeando. Ni siquiera preguntó a Annie cómo funcionaba el transmisor, cuál era el código. Había observado al oficial de radio

dos veces y comprendido el mensaje sin necesidad de verlo escrito, como un profesional. Era un joven muy inteligente.

El guardia sij con dos balas en el tórax no murió. Tenía una constitución excepcional y sobrevivió muchos años con un solo pulmón. Lo pusieron en el camarote de Peter Justice y se turnaron para hacerle compañía. Ying Kou dio a los oficiales, que parecían sensatos y cooperaban, libertad de movimientos. Cuando se detuvo su hemorragia, el sij ofreció al capitán Bristow un relato coherente de lo que había sucedido en las puertas de la ciudadela conquistada del *Chow Fa*. Se esforzó por elogiar, de un modo muy masculino, la valentía del oficial de radio Poultry por tratar de vérselas con una banda de piratas con un revólver que no disparaba (secretamente, el sij atribuía la hazaña al loco exhibicionismo del hombre blanco, pero era demasiado caballero para manifestarlo en voz alta). Tampoco quiso señalar que con su caída, a raíz de un tiro en el costado, Annie impidió que se cerrase la puerta de acero, sellando con ello el destino del barco.

Después de esta conversación, el capitán Bristow dijo a Annie que le recomendaría para una medalla ante el gobernador de la Real Colonia de Hong Kong.

A la mañana siguiente el *Chow Fa* mantuvo el rumbo y, a plena luz del día, hizo señales a un mercante y al HMS *Athena*, un destructor que estaba de patrulla. Las absurdas señales de radio —muy negativas, en efecto— se enviaron de acuerdo al procedimiento y así las recibió la emisora de cabo de Aguilar (aunque durante el día la recepción no era tan buena como por la noche). El pasaje se alimentó como correspondía y se divirtió con uno de los piratas, que se había puesto el atuendo del camarero jefe, rematado por una gorra con cordones dorados (una gorra que más tarde se vendió y que, finalmente, acabó en la cabeza de uno de los artilleros de Madame Lai).

Como era de esperar, varios pasajeros manifestaron su deseo de remitir un telegrama para decir que llegarían con retraso. No se les permitió, pero Ying Kou manifestó que sí permitiría el envío de mensajes normales, personales o de trabajo, e

incluso mensajes que ofrecieran motivos plausibles de un cambio de planes que efectivamente pospusiera las reuniones ya concertadas o complicara siguientes viajes. A Annie le encargaron la tarea de explicarles esto a los interesados, porque fue él quien sugirió esta concesión a fin de mantener un flujo de mensajes normal desde el *Chow Fa*. El silencio completo habría despertado sospechas. Varios pasajeros aprovecharon la oportunidad, dando efusivamente las gracias al joven y apuesto diablo chino que apuntaba con su Luger a los riñones de Annie en uno de los extremos del salón donde los habían reunido a todos. Ninguno adivinó las razones de tan graciosa concesión, hasta ese extremo era la importancia de la radio tan poco comprendida en aquellos días. En todo caso y como Annie apuntó al capitán Bristow, los piratas podrían haber inventado toda suerte de mensajes falsos —o mensajes incluso reales para enviarlos a sus propias y atribuladas familias.

A las dos de la tarde, Ying Kou ordenó al piloto que arrumbara ocho puntos hacia el norte. Hacia las siete, bajo la luz del crepúsculo, en el horizonte del noroeste, Annie divisó desde el puente, en el que estaba fumando un cigarrillo en compañía del capitán Bristow, el refulgir del arrecife de la isla de Pratas.

Cuando caía la noche, el *Chow Fa* echó el ancla en un mar plácido, a una milla de la isla, donde la profundidad era de unas doce brazas (es decir, de unos veinte metros). Había tres juncos anclados en la laguna, dentro del arrecife, donde sólo un junco podía soñar con entrar. Dos de ellos habían empezado ya a moverse y salían por un canal. Sus velas tenían un aspecto majestuoso en la penumbra del ocaso. El *Tigre de hierro* se quedó en la laguna, oculto en parte por la isla de Pratas. Pero Annie reconoció al instante sus altos mástiles. Vio incluso su antena; emitía destellos de puro nueva, suspendida entre el palo mayor y el de mesana.

La herida de Annie no era ninguna broma. Le dolía de veras. Como todos, había dormido muy poco. Nadie había hablado mucho tampoco. El propio Annie casi no había dicho ni palabra, excepto en las emisiones de radio, desde la muerte de McIntosh.

Los dos juncos se acercaron por babor. Eran los dos barcos más rápidos de Madame Lai. Eran la mitad de grandes que el *Tigre de hierro*, pero con las esbeltas quillas que Madame Lai había descrito con uno de sus ademanes. Los piratas se intercambiaron saludos llenos de júbilo. Luego, Ying Kou ordenó a la tripulación del *Chow Fa* que tendiera las escalas y otros cuarenta hombres de Madame Lai subieron a bordo.

Estos muchachos eran, por su panoplia, todo lo que cabe esperar de un pirata. No iban disfrazados de pasajeros de segunda clase. Llevaban pañuelos rojos, bandoleras y cuchillos y se pusieron a disparar por pura diversión, sobre todo contra las chimeneas. Metieron el miedo en el cuerpo a los pasajeros, pero sólo buscaban una cosa por la que sentían una pasión devoradora, sólo una cosa: ¡la plata!, ¡el metal de la luna!



LAS PERLAS DEL JUICIO

Los verdaderos piratas, los tradicionales, los del pañuelo rojo, se acercaron a los costados del *Chow Fa* resueltos y sedientos de sangre como hormigas rojas. A punto de derrumbarse a causa de su estado, Annie cobró conciencia de su dilema y sintió una punzada de simpatía. Porque aquellos eran muchachos que se tenían por piratas y que, probablemente, habían visto a Doug Fairbanks o a cualquier otro aventurero de película colgarse de un cabo, encaramarse a la borda, enarbolar la bandera pirata y pasar a cuchillo a una chusma protestona. Sabían lo que se esperaba de ellos. En realidad, era lo mismo que ellos esperaban de sí mismos. Y aunque Annie había desarrollado un gran respeto por la disciplina y por la perspicacia de Madame Lai, advertía en aquellos jóvenes y salvajes chinos una energía no gastada y un deseo que podría acarrear muchos problemas. Cruzó los dedos lo mejor que pudo para que todos y cada uno de ellos recordara quién era Annie Doultry.

Por extraño que pudiera parecer, los hombres del *Tigre de hierro* eran superfluos. El trabajo difícil y peligroso de tomar el *Chow Fa* había sido posible gracias a unos cuantos piratas

enmascarados, la artera intervención de Annie y el estricto y predecible procedimiento de vigilancia del propio *Chow Fa*. Era natural que, sin una pelea a la vista, los chicos del pañuelo rojo se sintieran un poco perdidos. Como no podía ser de otro modo, era nada menos que un personaje como Tang Shih-ping, el artillero jefe de Madame Lai, quien más sufría este agravio. Ni un solo disparo iba a salir de los cañones del *Tigre de hierro*. ¿Dónde estaba el *Tigre*? ¿Qué necesidad había de *hierro*? Así pues, Tang estaba allí, entre los piratas que abordaban el barco capturado, sólo que en su caso lo hacía con un buen puñado de dinamita (recurso muy natural en el departamento del que era responsable) y un deseo irresistible por hacerla estallar.

Su objetivo, naturalmente, era la cámara acorazada y los lingotes de plata. En efecto, tal vez las puertas pudieran haberse desatornillado recurriendo a la paciencia, o sacado de sus goznes con una fracción de la carga empleada por Tang, pero el maestro artillero quería una gran explosión y, como es lógico, todo el mundo confiaba en sus conocimientos y suponía que emplearía una cantidad proporcionada. Pero, ay, utilizó mucha, demasiada dinamita: cuatro cartuchos cuando uno habría bastado. Los tres sobrantes indicaban una necesidad emocional y fueron la mecha que prendió el fervor de los piratas. Annie advirtió de pasada que los cartuchos de dinamita eran casi del mismo rojo que los pañuelos de los hombres de Madame Lai, o de la sangre que corría por sus atolondradas cabezas.

El estruendo de la explosión fue tan inesperado que Annie no tuvo tiempo de agacharse o de apartar la mirada. Dos de los piratas, desesperados por ser los primeros en entrar en la cámara acorazada (algo digno de contar a sus nietos), volaron por los aires como muñecos de trapo (adiós a los nietos). Desde donde estaba, Annie no sólo pudo ver sus restos abrasados, sino sus partes dispersas, suficiente para eliminar toda posibilidad de reproducción y, en realidad, de vida propia. El ruido de la explosión y la pérdida de dos piratas en lo que dura un chasquido de dedos podría haber apaciguado a los otros; al contrario, sólo sirvió para acrecentar su audacia, o su locura.

En medio del humo se veían manos que querían rasgar las planchas de metal, sin reparar en los restos de sus camaradas. Y entre el humo que se disipaba por efecto de la brisa llegó la primera visión de las cajas que guardaban la plata. Fue entonces cuando Ying Kou, que todavía llevaba el elegante traje a rayas que le había permitido hacerse pasar por pasajero, dio un paso adelante con alguno de sus «lobos secretos» y empezó a sacar las cajas a la luz.

Fue el momento culminante de la operación. Madame Lai se asomaba al puente como una emperatriz que supervisara el botín de sus guerras extranjeras. Ying Kou la miró esperando la orden crucial y Annie observó que la mujer palidecía y se agitaba. Era una señal, pero también un movimiento impulsivo, como si en la emperatriz habitase la mismísima codicia y quisiera romper las cajas ella misma.

Pero fue Ying Kou y una barra de hierro de medio metro de largo los que acometieron la salvaje destrucción de la primera caja. Fue Ying Kou quien rompió la delgada madera y la delicada protección de varias capas de papel de periódico.

Y fue Ying Kou, con su atildado traje gris a rayas, quien primero vio los lingotes de hierro, los ladrillos de metal en bruto, ni mucho menos de tanta calidad como el de la barra con que había abierto la primera caja. Cogió uno de los lingotes de aquella cosa como si fuera el corazón de un animal sacrificado y el alboroto cesó, como un viento que se detuviera de inmediato. En realidad, se produjo un momento de silencio tan fúnebre, tan extraño, que Annie oyó el golpeteo del mar contra el casco del barco. Tardaron unos instantes en comprender la verdad. A modo de comprobación, rompieron otras cajas, llevados por un frenesí que pronto clamaría venganza: otras siete cajas y todas llenas de hierro en lingotes. Annie levantó la mirada por un momento y vio la cara aterrada de Madame Lai. En el mismo instante, ella lo miró a él y en sus duros rasgos advirtió una pregunta — «Doultry, ¿es esto cosa tuya?» — y supo que ninguna otra persona del mundo (ni siquiera la madre de su esposa) le daría más miedo que le persiguiera.

Se daba cuenta de que los piratas estaban muy cerca de amotinarse, o peor, de sentir que, cuando todas las leyes del destino habían sido violadas, las posibilidades de su venganza no tenían límites. Muy rápidamente, los piratas reunieron a la tripulación superviviente del *Chow Fa* y a la mayoría de sus pasajeros ricos. Como si alguien fuera a culparle por haber sido el primero en revelar el odioso metal, Ying Kou gritaba su intención de matar a todos los oficiales del barco. Por su furiosa mirada, era evidente que esto incluía también a Annie Doultry. Pero sobre todo, declaró, se proponía sacarle las tripas al capitán Bristow y ofrecerle dichos órganos a Madame Lai. Por un momento, sin embargo, nadie supo qué había sido de Madame Lai. ¿Había decidido que en un momento de crisis como aquél lo mejor para una autoridad omnisciente como ella era pasar a un discreto segundo plano?

Podría haberse desencadenado una orgía de asesinatos de no ser por Tang Shih-ping, el escarmentado artillero jefe. Era un hombre consagrado al deber, un amante de la precisión, como todo buen artillero. Su previo exceso de celo le horrorizaba. Él más que nadie lamentaba la pérdida de dos piratas de su cuadrilla y ahora, como buen marino, quiso dar un paso adelante. Se subió a una de las cajas abiertas y alzó su espada, una espada que había encontrado en cubierta.

—¿Se han vuelto locos? —bramó a sus propios hombres—. ¿Ya no se acuerdan del resto de la cámara acorazada? ¿Son idiotas? ¿No han pensado en que la plata puede estar escondida? ¿Que puede estar en alguna otra parte del barco?

Así pues, fue la codicia la que apaciguó la sed de sangre de los piratas y la vergüenza lo que les impulsó a registrar el buque como ratas en busca de queso. La apuesta de Tang dio sus frutos. En la cámara acorazada, detrás de donde habían estado las presuntas cajas de plata, los piratas descubrieron oro por valor de diez mil dólares. Lo llevaban a Shanghai para sobornar a un caudillo. Era algo; tal vez una propina, de acuerdo, pero algo, y, además, incitó a los piratas a investigar a los pasajeros más exhaustivamente. La búsqueda se saldó con más joyas, algún dinero en efectivo y una fina selección de

cajetillas de cigarrillos de Tiffany (amén de con algunos pasajeros ensangrentados).

Fue entonces cuando Madame Lai apareció en la cubierta del *Chow Fa*, tanto para felicitar a sus hombres por sus hallazgos como para hacer, de memoria, un escrupuloso recuento de los mismos. No hizo el menor esfuerzo por hablar con Annie Doultry, quien, por otra parte, no era la mejor compañía en aquellos momentos. Tenía una pequeña pero importante herida de bala en el costado (se la había infligido él mismo, el muy idiota). Había corrido el riesgo de que le condenaran a la horca por la cuarta parte de unas cajas de hierro, más unos dos mil quinientos dólares y algunas piezas de joyería. Además, era responsable de la muerte de Stoddy McIntosh, no tanto un viejo amigo como uno nuevo y alguien que le había recordado cómo podían haber sido las cosas. Fue Annie quien había recogido en el camarote de Stoddy lo poco que había dejado una vida en el mar. Entre sus objetos personales, el más notable parecía una fotografía vieja y ajada, ya sepia y oscurecida, del *Thermopylae*, el barco en el que él y Stoddy habían navegado cuando eran jóvenes; el maravilloso *Thermopylae*, el rival más próximo al gran *Cutty Sark* en el Índico. Annie empezó a sentir horror —era más que remordimiento— de que su juego hubiera terminado tan mal para otros.

Pero entonces fue arrastrado a la fuerza hasta la cubierta, donde Ying Kou (que por fin se había quitado su traje gris) estaba reuniendo a algunos rehenes. El pirata había escogido a tres chinos ricos y calculaba que podrían conseguir que sus socios les dieran otros cien mil dólares, y mientras lo hacía había decidido llevarse a dos oficiales: al sobrecargo Stokes (¿había advertido Ying Kou su constante y ávida mirada?) y... a Annie, a quien había señalado con el dedo, diciendo «¡Tú, *gwai lo!*», sin el menor matiz de malicia que permitiera lugar a la duda.

Así pues, Doultry y Stokes y los tres chinos fueron llevados a uno de los juncos piratas cuando la noche estaba próxima. Los «lobos secretos» destruyeron metódicamente la radio del *Chow Fa* e inutilizaron el motor, lo cual dejó al paio el buque. Pero la tripulación conseguiría hacer las reparaciones

necesarias para que el barco llegara a salvo a puerto, para que sus pasajeros pudieran contar y vender la historia de cómo aquellos demonios les habían arrebatado hasta el último dólar y estado a punto de cortarles el cuello. La leyenda de la piratería nunca palidece.

Entretanto, mientras la noche caía sobre el mar tranquilo, los juncos regresaron a su buque insignia y anclaron de madrugada junto al *Tigre de hierro* en la laguna de la isla de Pratas. En aquella época, la más agradable del año, era un lugar plácido, aunque Annie no podía evitar sentir que se hallaba en el umbral de su condenación.

—¿Y entonces qué opinas, Annie?

Era por lo menos la décima vez que Harry Stokes le hacía la misma pregunta. Allí estaban, confinados en un pequeño camarote, y a Stokes no le habían entrado ganas de acariciar a Annie ni una sola vez. En lugar de ello, no dejaba de dar lata con la repetida e insoluble pregunta con la que un hombre trata de convencerse de que se encuentra en la antesala de la muerte.

Annie estaba a punto de darle una respuesta brutal cuando llamaron a la puerta de su camarote y dos piratas le señalaron con el dedo de un modo que no dejaba lugar a dudas: tenía que acompañarlos.

—Que Dios te ayude, Annie —murmuró Harry.

—Y a ti, cariño —gruñó Annie.

Lo condujeron al camarote de la propia Madame Lai. Lai Choi San lo esperaba a la tenue luz de una lámpara. En su aspecto no había nada seductor.

—Capitán —dijo Madame Lai con un suspiro—, no hemos tenido suerte. ¿Me ha traicionado?

—¿Yo?

—Todos preguntan.

—¿Porque yo soy el *gwai lo*, el blanquito del plan? ¿Cree que me pondría la soga al cuello?

—Quizás. ¿Habló con la compañía? ¿Les avisó?

—Si lo hubiera hecho, ¿qué podría ganar? ¿Una medalla, una recompensa? ¿De cuánto? ¿Cinco mil dólares? ¿Y por eso

iba a arriesgarme a que sus hombres colgaran mi cabeza del palo mayor? ¿Por eso en lugar de una cuarta parte de cuatrocientos mil dólares? ¿Cómo es posible que a alguien tan lista como usted se le pase por la cabeza algo así?

Madame Lai lo miró fijamente por unos instantes, como si sopesara en una balanza a aquel hombre extraño frente a los hechos.

—Quizás. Yo creía que yo le gustaba, capitán.

—¿Que me gustaba?

—¿Le gustan las mujeres chinas?

Annie reflexionó.

—No sé si «gustar» es la palabra apropiada.

La conversación podría haberse hecho más cálida y más interesante. Sobre una mesa había vino. Pero en ese preciso momento, el señor Chung entró en el camarote con un maletín de piel. Tenía el semblante helado, y no sólo porque prefiriera no reaccionar a la presencia de Annie en el camarote de su ama.

—¿Qué ocurre, Chung? —preguntó Madame Lai sin ocultar su impaciencia—. ¿No hay plata?

—Cleo que la plata ela tapadela.

—¿Una tapadera? —preguntó Madame Lai—. ¿Una tapadera de qué?

—De esto —susurró Chung, y puso el maletín en la mesa—. Encontlé esto debajo de litela de segunda clase. Vi que piel es muy nueva. Piel inglesa muy buena. Y milé mejol.

Tras decir esto, el señor Chung abrió el maletín y acercó la lámpara. La luz reveló un lecho de algodón blanco y encima de él, como globos oculares, dispuestas en ordenadas filas, estaban las perlas. Madame Lai, cuya tensión era palpable, soltó un largo suspiro. Aquéllas no eran perlas corrientes. Había perlas blancas, perlas grises, perlas color crema, perlas del tamaño de la yema de un dedo, de un nudillo, de bolas de ruleta y lo mejor de todo, había una docena de grandes perlas negras, las más caras que el mar ofrece.

—¿Cuántas? —preguntó Madame Lai, que sabía bien que Chung ya habría hecho el recuento y que se habría guardado una o dos como recuerdo.

—Tlasecientas ocho —respondió Chung—. Yo he contado dos veces.

—¿Cuánto valen? —preguntó Annie, que volvía a ser socio de aquella empresa.

—Pol lo bajo —dijo Chung, y era evidente que era un hombre cauteloso—, cuatlocientos mil dólares —concretó, e hizo una pausa— ...amelicanos —añadió.

Madame Lai y el señor Chung estaban ocupados con sus planes y cálculos, por no mencionar el puro gozo físico de coger cada perla, valorar su peso y relamerse. Annie tenía sentimientos encontrados. Subió a la cubierta del *Tigre de hierro* y pisó con la mayor delicadeza entre los cuerpos de los muertos y los heridos. Él no contaba. Él no tenía la mente de clérigo del señor Chung. Prefería no saber exactamente cuántos piratas, cuántos blancos, cuántos sijs habían muerto por el *error* de trescientas ocho perlas.

Se sorprendió sentado en el coronamiento a la altura de una mesa de guarnición, un lugar en que a Madame Lai le gustaba sentarse. No se había molestado en tomar una decisión, se había limitado a quitarse el uniforme que había llevado en el *Chow Fa* y lo había tirado al mar. Llevaba ropa vieja, ropa de pirata, que no le quedaba bien. Era mucho más corpulento que la mayoría de los hombres de Madame Lai, pero así se sentía más a gusto, como un barco que hubiera navegado demasiado tiempo bajo una bandera falsa, así que se apoyó en la borda y se fumó uno de los últimos Woodbine que le quedaban.

Más pronto o más tarde iba a necesitar tabaco o dejar de fumar —o exhalar el último suspiro—.

—¿Está melancólico, capitán? —preguntó Madame Lai. Ni siquiera de noche y en el ventajoso lugar en que se encontraba la había oído Annie reptar hacia él. Lo mismo podría haber sido un fantasma. Aunque, allí, bajo la luz de la luna, su vestido rojo y algo suelto insinuaba demasiado su sustancia corpórea.

—Siento mucho la muerte de McIntosh —le dijo.

—Hace tres meses ni siquiera le conocía.

—Hace tres meses tampoco a ti te conocía, muñeca.

—¿Quiere decir que estaría triste si me hubiera herido una bala?

Annie miró a Madame Lai con detenimiento. Siempre era igual. Madame Lai era bella, o atractiva, pero también letal; miraba como miran las serpientes cuando fijan sus ojos en uno.

—En cuanto a eso —repuso por fin—, tendría que verlo para creerlo.

—Así que ahora cree que siente lástima por ese McIntosh —dijo Madame Lai, como si estuviera hablando de una gabardina vieja*—. Usted siente lástima por usted mismo, capitán.

«Tienes razón», se dijo Annie sin lástima ni resentimiento. Sabía que le faltaba la frialdad de Madame Lai, su manera de desear algo, de estar loco por algo, y conseguirlo a toda costa. Pero con toda aquella naturaleza oculta, ¿por qué le seguía considerando atractivo?

—Cien mil dólares, capitán Downtly —dijo Madame Lai, marcando su acento chino. Annie sabía que lo hacía para atormentarle. «¿Qué son cien mil dólares?», se dijo, «visto uno, vistos todos»—. ¿Quiere venir al camarote? ¿Quiere coger las perlas?

—No gracias, cariño. Prefiero fumar. Y pensar.

—Puede que nadie vuelva a pleguntal.

Al alba, cuando la tripulación del *Tigre de hierro* tomaba su desayuno (ceremonia que no habría superado los estándares de la etiqueta moderna), Madame Lai Choi San salió a cubierta y pidió silencio. Llevaba un vestido rojo con la figura de un tigre rampante bordada en oro y tuvo el cuidado de situarse justo entre sus hombres y el sol naciente. Era difícil rehuir la impresión de que era un nuevo día, o una fuerza capaz de competir con el mismísimo sol. Annie pensó: «¡Qué gran estrella se ha perdido Broadway, o Hollywood!».

—Hijos míos —comenzó, y un gemido de aprecio se extendió sobre el cuerpo colectivo de aquellos broncos piratas.

* En realidad, una *mackintosh* es, en inglés, una gabardina. (N. del T.)

Era como si recibiesen una seráfica cura, como si, en lo más profundo de sus sentidos, más allá de sus seres conscientes, supieran que Madame Lai era su madre—. Hijos míos, han pasado por mucho.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—Se han entregado con todo su valor y capacidad en esta gran aventura... y han sentido una gran decepción. He llorado por ustedes. Ni siquiera podía hablar, la tristeza me embargaba. Pero hoy estoy aquí, ante ustedes, hijos míos, sin el menor rastro de tristeza.

Fue algo inesperado. Era la madre que verdaderamente sabe más de lo que sus hijos han llegado siquiera a imaginar. Los piratas empezaron a sonreír, sus semblantes llenos de cicatrices a iluminarse. Era como si su madre estuviera allí para decirles que era su cumpleaños. Sentían que les iba a comunicar algo maravilloso.

—¿Cómo puede haber espacio para la tristeza ante semejante *triunfo*? —Madame Lai gritó la última palabra. Annie observó que los piratas se miraban unos a otros con un «¿Qué ha dicho? ¿Cómo es posible?». Era una palabra temeraria, completamente inesperada—. Los dioses están con ustedes, yo estoy con ustedes. Anoche no podía dormir —dijo Madame Lai, y en este punto deslizó un discreto guiño a Annie— y me puse a rebuscar en el equipaje de los pasajeros. Y encontré lo que ha de rescatarnos, hijos míos. Porque en una humilde maleta encontré perlas, perlas extraordinarias.

Nada más decir esto, Madame Lai metió sus manos, sus suaves y ágiles manos, en un cuenco que había colocado delante de ella la segunda de sus doncellas y las sacó rebosantes de perlas tan grandes que, años más tarde, en su retiro, muchos piratas dirían que eran como pelotas de golf. Los hombres de Madame Lai se volvieron locos de júbilo, asombro y euforia. Volvían a ser una unidad, una familia, una fuerza y los niños de su gran madre.

—Me han dicho —dijo Madame Lai— que valen por lo menos ¡trescientos mil dólares americanos!

¡Pandemonio!

El sol siguió levantándose. Parecía impulsado por el histérico entusiasmo de la tripulación del *Tigre de hierro*, que tocaba todos los gongs y tambores del barco (suficientes para formar una orquesta modesta, se dijo Annie). Por supuesto, aquella música no guardaba el menor compás, salvo el de la satisfacción que al unísono sentían todos los hombres de Madame Lai, que, finalmente, les hizo aunarse en el mismo ritmo. Annie se quedó impresionado, más que en toda su vida, al ver cómo un grupo de individuos podía transformarse en una muchedumbre con una fuerza única y más potente que la suma de todos ellos.

Estalló la pólvora y la efígie de Tin-Hau, diosa de los piratas —que se postraban a su paso—, fue paseada por las cubiertas. El espartano desayuno se convirtió en festín y algarabía. Se formaron pacientes colas de piratas rebeldes que deseaban asomarse al cuenco de perlas y ver su rostro reflejado en aquellas glorias opalescentes, y muchos metieron la mano para tocar el tesoro —aunque allí estaba el señor Chung, con sus impolutos anteojos, para vigilar que no mermara—.

En medio de este motín espontáneo y festivo, Madame Lai encontró a Annie en cubierta.

—¿No bebe, capitán?

—El día es joven —respondió Annie, con una media sonrisa.

—Complendo —dijo Madame Lai. Allí estaba de nuevo, su agria voz china, como si quisiera mofarse del inglés de Annie, con un acento suspendido en algún lugar entre Edimburgo y la costa del Pacífico—. Quielo enseñal algo que puede intesale.

Annie siguió a Madame Lai al cuarto de derrota. Había mucho menos espacio que antes por la sencilla razón de que, sobre una mesa que ocupaba la mitad del camarote, estaba la radio Marconi más moderna y avanzada que podía comprarse con dinero.

—Legalo pala usted, capitán —dijo Madame Lai.

—¿Para mí?

—Si va usted a venil con nosotlos... Yo quelía que tuviela una ladio pala jugul. La mejol. A vel si gusta.

Oh, claro que le gustaba. Se sentó en la silla, también nueva, y no tardó en comprobar que era el nuevo modelo del que le habían hablado. Pero ¿cómo había conseguido Madame Lai hacerse con él?

—Capitán —dijo ella antes de que él tuviera tiempo de decir algo—, quería hacerle un legalo bueno, bueno. Pala amigos nada es demasiado.

Annie sonrió. Había tenido una idea, una muestra de verdadero humor dedicada a Madame Lai.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el aparato.

—Clalo —repuso Madame Lai. Levantó una mano y un chico pálido y no mayor de dieciséis años apareció y saludó a Annie con una reverencia—. Éste es Mai Ying —le presentó—, de la Escuela de Teleggrafía de Hong Kong. ¿La conoce?

—Es la mejor —dijo Annie.

—Él númelo dos en la ladio. Usted enseña a él, capitán.

Así que de eso se trataba, de un regalo de Madame Lai. Al mismo tiempo, claro, Madame le colocaba a aquel niño prodigio para vigilar lo que estaba haciendo, para asegurarse de que no sobrepasase sus atribuciones. «De acuerdo —se dijo Annie—, si quieres jugar, vamos a jugar.»

Encendió el transmisor y lo sintonizó en la longitud de onda reservada al *Sea Change* (este relato no piensa descuidar ningún detalle). A continuación, pensando en todas sus recientes emociones y heridas, tecleó:

*Se hicieron a la mar
en un birrioso cedazo,
con un pañuelo por vela
y un mondadientes por palo...*

—¿Qué dice? —preguntó Madame Lai a Mai Ying.

—Teclea demasiado rápido para mí —respondió el chico.

—No es más que un disparate del señor Edward Lear —explicó Annie—. Se titula *Las mezclas*.

—¿Un disparate? —preguntó Madame Lai, que desconocía el concepto. Annie sonrió para sus adentros. No había espacio

en el alma china de Madame Lai para el mero juego, que, en cambio, para él era la vida.

—El señor Lear era un maestro de los juegos de palabras —dijo—. Ideal para las pruebas de transmisión. Le gustaba componer poemas sin significado.

—¿Cómo puede hacerse eso? —preguntó la suspicaz china. Para ella, el juego era una práctica que requería un gato y un ratón. Por lo demás, sólo le divertía cuando ella hacía de gato.

—Bueno, supongo que es cosa de los británicos: parecer que se habla con gran sensatez, pero no decir más que frases absurdas. Sé algunas más —dijo Annie, y tecleó a la velocidad del rayo. Nunca había manejado una radio con tanta habilidad.

*Se hicieron a la mar
en un astroso cedazo,
que les llevó a Chep Lap Kok,
raudos como trueno y rayo,
empujados por el viento,
el lunes habrán llegado.*

Mai Ying fruncía con perplejidad su virginal semblante.

—Esto no lo hicimos en la escuela —dijo.

—No te preocupes, hijo, yo te enseñaré —repuso Annie—. Este muchacho es mi compañero —dijo, dando un abrazo al chico. Estaba ya un poco borracho por la pura música de las palabras y, una vez que el ritmo se introducía en su cabeza, podía continuar así durante días.

—Mai Ying —dijo Madame Lai con severidad—, tienes mucho trabajo por delante.

El muchacho, ruborizándose y aún maravillado por las rápidas manos de Annie Doultry, hizo una reverencia. Para Annie no fue ningún engorro sentarse con él durante horas —era un estudiante voluntarioso y educado— y recitar kilómetros y kilómetros de las sublimes majaderías del señor Lear. Y así, el *Tigre de hierro* y los juncos que lo acompañaban iniciaron su travesía por el mar de China Meridional en medio de un jolgorio que no remitía y con brillantes cuentos sobre una tarta

de algodón y una lechuza y un gatito emitidos en morse a través de las ondas hertzianas.

Y así, en cuestión de pocas horas, la flota pirata divisó la isla de Lantau, situada junto a las costas de Macao. Era un magnífico lugar de reposo, porque en aquella época del año, descendían sobre esa costa brumas densas como la resaca de un borracho. Se borraban las formas, se movían, desaparecían. Aunque Annie estaba seguro de que, por un instante, había visto la extraña silueta de Chep Lap Kok, una pequeña isla entre Lantau y la costa.

Incluso entre la niebla, muchos supieron que la flota de Madame Lai había echado el ancla. Comenzaron a aparecer sampanes desde Lantau, traían mujeres que iban a unirse a la fiesta que se desarrollaba a bordo del *Tigre de hierro*. El festejo de las perlas no había cesado, ni siquiera había disminuido su intensidad, y muy pronto las cubiertas comenzaron a llenarse de cuerpos, cuerpos inmersos en la furiosa acción del amor —si así lo prefiere el lector, la cubierta parecía una lata llena de cebos vivos—. En su camino al camarote de Madame Lai, Annie Doultry tuvo que ir pisando con mucho cuidado para no espachurrar ningún miembro sensible y, pese a mantener una relativa frialdad en medio de aquella crisis, no pudo permanecer enteramente impávido al ver que muchas mujeres, mientras estaban de espaldas y siendo folladas con frenesí, le sonreían a él, el *gwai lo*, como si dijeran: «Eh, blanquito, ¿quieres ser el siguiente?».

En el camarote de la capitana de aquella excepcional banda de piratas, Annie dijo a Madame Lai:

—Sus hombres van a dormir muy bien esta noche.

—Se lo han ganado —repuso Madame Lai—. Todos nos lo hemos ganado. ¿Usted también va a dormir, Annie Dowlty?

No es de extrañar que nuestros lectores y nuestro duro protagonista hayan suspirado al mismo tiempo en este punto —porque ¿no se habían dado cuenta ustedes, como él, que Anatole Doultry (así llamado por el famoso novelista) y Madame Lai Choi San (esa gran mujer fatal) estaban destinados a su propia noche de amor? Si es que «amor» es la palabra más

apropiada... Annie no había llegado a decidirse, así que es posible que lo mejor sea dejar la cuestión en manos del lector. Sin embargo, una advertencia, si manifiesta usted aprensión, o escrúpulos, o remilgos, ante las cosas que un hombre adulto y una mujer madura pueden llegar a hacer dentro del camarote de un juncó anclado en el mar de China Meridional, lo mejor es que se salte unas cuantas páginas. Si no...

Estaba desnuda bajo la luz de la lámpara, lo cual, francamente, sorprendió a Annie. ¿O tal vez fue que la verdad por fin salía a la luz? Porque mientras la desnuda Madame Lai era espléndida y prometedora hasta lo inefable, el hombre de mundo que era Annie Doultry advirtió el siguiente y delicioso contraste: mientras que por sus pechos, sus hombros, su culo (oh, Dios, aquel culito de magdalena), Madame Lai era evidentemente china, por sus piernas, en la larga llanura de su estómago y en la curva de su cuello, podría ser... ¿europea? Y así, Annie advirtió por fin la siguiente posibilidad: aquella guerrera china auténtica podía ser una mezcla (igual que él), una especie de euroasiática, una compota de todas las habilidades y pecados del mundo que ardía en deseos de ser follada por el *gwai lo*, por su *gwai lo*. Y esto dio ánimos a Annie, porque nada le gustaba más que la receta de una sucia mezcla.

A través del ojo de la cerradura, la inexperta mirada de Mai Ying (tenía tanto que aprender) vio a Annie desprenderse de sus toscos ropajes como si asistiera al primer descubrimiento de una gran estatua. Dio un respingo —y es posible que después de aquella visión no volviera a ser el mismo— al ver la otra estatua, la torre inclinada del pis, la virilidad, la hombría, el quiquiriquí del capitán Annie. Por su parte, Madame Lai no pudo apartar los ojos de ella. Se sentó en la cama como una niña dispuesta a decir sus oraciones, agachó la cabeza hacia el gran falo y —el chico de la cerradura no podía creer lo que estaba viendo— la pequeña ciruela de su boca pareció abrirse como una válvula para engullir muchos centímetros de aquel tronco de Escocia.

Annie no tardó en echarse sobre el diván. Madame Lai era como una planta que creciera sobre él y su pequeño puño, con

una gran perla negra, entró por el agujero de su culo y plantó la gema en el lugar máspreciado.

—Oh, Dios —exclamó Annie—, ¡me corro!

Madame Lai no pudo responder. Es el gran inconveniente de felaciones tan concienzudas como aquélla, que eliminan toda posibilidad de poesía o comentarios. Pero no hay nada perfecto en esta vida y, en Annie Doultry, la delicada pero firme presión en sus partes traseras estaba en completa armonía con la erupción de su verga. Se corrió y se corrió —recuerde el lector que se trata de nuestro héroe—. En cierto momento, su amante se retiró para inspeccionar aquel chorro inalterado. Parecía una cañería diciéndole a un fontanero: «A mí no me mire. El agua parará cuando el pozo se vacíe».

Por fin, Annie se secó. Madame miró su menguante pene con satisfacción —no con entera satisfacción, todavía no— y con la barbilla resplandeciente por la magnitud de su semen.

—Capitán Annie —dijo—, tiene agua para inundar un desierto.

—Y tú también, preciosa —repuso él.

—¿Me quieres?

—¿Yo? —dijo Annie, sorprendido—. ¿Que si te quiero?

—Sí —dijo Madame, con un suspiro.

—Y dígame, señora, su madre...

—¿Sí?

—¿Su madre era de Liverpool, de Marsella o de Galveston, Texas?

Madame Lai lo miró primero con asombro y luego con ira, porque era ésta una inquietud de la que no se había librado, y era posible que su posición como capitana de unos piratas se viera en peligro si algún rumor llegara a difundirse.

—Te lo he visto en el coño —dijo Annie.

—Y yo te he metido una perla en el culo —le reveló ella con una sonrisa descarada.

El ojo ya desvirgado de Mai Ying vio que Annie se levantaba y se acercaba a la mesa en la que estaba el cuenco de las perlas. Cogió un puñado de aquel gigantesco caviar y regresó al diván, donde soltó unas cuantas perlas.

—Y ahora, nena —dijo y, bajo la incrédula mirada de Mai Ying, se abrió paso entre las piernas de Madame y llenó su preciosa cavidad vaginal con las gemas robadas. Madame Lai dio un gritito —hubo dolor amén de sorpresa— pero en un par de segundos estaba gimiendo y retorciéndose, porque Annie la había dado la vuelta como a una tostada y, tras meter la mano en su pasaje trasero, masajeaba la colección de perlas. Madame Lai, que las oía chocar, no sabía si podría resistir con vida tanto insano placer. Pero Annie sabía lo que hacía. El molimiento de las perlas encontró por fin el clítoris de aquella dama autoritaria y la redujo a un éxtasis y rendición que era el cielo y el infierno: el cielo porque ella jamás había experimentado aquella facilidad o abandono, el infierno porque ningún hombre la había visto perder así el control. Y Madame Lai Choi San mataría a un hombre, a cualquier hombre, antes de cederle el control.

¿Cuántas horas más tarde? ¿A quién le importa? ¿Alguien las contó? Era de noche todavía. Annie Doultry se despertó y pudo sentir el suave balanceo propio de un barco anclado. Sin duda estaba todavía en el camarote de Madame. Sí, seguro, porque a la izquierda pudo ver la lámpara bajo cuya tenue luz habían hecho el amor. De esto tampoco había duda. Sentía un vacío en su verga y un estupendo bullir en el ano. Pero ¿qué demonios era esa otra cosa? ¿Qué demonios estaba oliendo? En algún sitio, muy cerca, había algo al mismo tiempo dulce como las rosas y podrido como la muerte.

Sus ojos tardaron algunos momentos en adaptarse a la penumbra. Y allí, mirando directamente a su propio pecho, vio, justo al norte del ombligo, un artístico montón de... ¿de chocolate? ¿Qué demonios...? A continuación oyó un leve y tierno ronquido. Giró la cabeza y vio a Madame Lai hecha un ovillo, en un sueño extasiado. ¡Santo Dios! Annie se dio cuenta. La dulce y pequeña puta le había dejado una encantadora porción de sí misma.

No sabía si indignarse o echarse a reír. Baste decir que le llegó la inspiración. Miró a su alrededor buscando algo, cualquier cosa, con que coger aquel montón de mierda —tenía

forma de espiral, una espiral exquisitamente femenina—. Sólo pudo encontrar un cuchillo. Nada mejor, porque era de hoja muy ancha, salvo que no pudo levantar el regalito sin llevarse varios zarcillos de su propio vello, lo que le obligó a ahogar unos cuantos gemidos de dolor. Después de cumplir su tarea con primoroso cuidado, Annie se levantó con el cuchillo en la mano y el sólido racimo de mierda de Madame. Con mayor atención que cualquier chef y sin dejar que perdiera forma, dejó el postre en un plato. Después de mirarlo unos instantes, se acordó. Se metió la mano en el culo y allí estaba, como la cereza de un pastel de chocolate: una hermosa perla negra. Sí, le gustaba el gesto, estaba impregnado de elegancia y de ofensa.

Todo lo que le quedaba por hacer, valiéndose de uno de sus grandes calcetines de lana del Ejército y la Marina, era coger cuanto quedara en el camarote que pudiera necesitar.

Subió a cubierta sigiloso como un fantasma, un fantasma con un solo calcetín, aunque poca atención habría atraído en aquel paisaje de durmientes desnudos después de una orgía. Se encaramó a la borda del *Tigre de hierro* y utilizó una soga —con cuidado de no quemarse los huevos— para bajar a las cálidas aguas del mar de China Meridional. Una vez allí no tenía otra cosa que su lenta y torpe brazada para salir de allí, una brazada que, una y otra vez, continuaba desviándole hacia un lado y que, por tanto, exigía una constante corrección.

Con las primeras luces del día, Annie salió del agua en una playa de piedras de Chep Lap Kok. Se detuvo, como si cobrara conciencia de que estaba solo, desnudo y sin comida ni armas en una playa solitaria. Pero entonces vio las velas del *Sea Change*, que se abrían paso entre la bruma. Sonrió e inició su doloroso camino a través de las piedras.

A bordo del *Sea Change* era Barney quien estaba al timón, y se mantenía tan cerca de la orilla como era razonable. Algunas aves marinas sobrevolaban el barco. A continuación, nada más adentrarse en una cala, advirtió una figura familiar que

salía a gatas del agua. Annie y él se saludaron agitando los brazos y en silencio y Annie hizo el último tramo a nado hasta su barco. Nada más subir a cubierta, la herida volvió a supurarle. Esto bastó para que Barney se convenciera de que había pasado por la peor de las aventuras.

— ¡Joder, Annie! — exclamó —, ¿otra vez de perdedor?

— Sólo me quedan los calcetines, Barney — repuso Annie.

— ¡Pensé que te habías vuelto loco con toda esa mierda de Lear!

— Te gustó, no mientas.

— ¡Estás loco!

— Bendita locura — dijo Annie y sacó el segundo calcetín, cargado y panzudo y tan pesado que le había impedido nadar en línea recta. Lo abrió y le mostró a Barney un enorme montón de perlas. Las perlas del juicio.

— ¡Dios mío, Annie! ¿Cuántas hay?

— Trescientas siete, aproximadamente.

Barney agachó su curioso hocico y miró las gemas.

— ¡Puedo oler la ostra, Annie! — dijo.

— Ya sabes, Barney — suspiró su capitán —, que la frescura lo es todo.

Transcurrieron unos momentos antes de que Barney levantara la cabeza para mirarlo, con una severa sonrisa.

— Annie, lo has hecho muy bien, tío.

— Muchas gracias, Barney. Y tú has acudido cuando te dije. Y ahora, me gustaría ponerme algo de ropa, salir pitando de aquí y desayunar un poco.

— ¿Nos persiguen? — preguntó Barney.

— Si no lo hacen, no tardarán.

En aquellos momentos, una belleza profundamente satisfecha, una mujer de orígenes inciertos, despertó del sueño del placer sexual sin saber cuán cerca estaba de la ruina y la ira. Hay veces que lo mejor es seguir durmiendo.

Madame Lai Choi San abrió primero un ojo y luego el otro. Descruzó las piernas y sintió el lento goteo de sus fluidos corporales. Estaba en paz... hasta que se apoyó en un codo para

mirar a su amante dormido. Conocía bien a los blancos, después de practicar el sexo, dormían durante días. Pero Annie Doultry no estaba allí. Vio entonces su desayuno, el más recomendado para un capitán pirata. ¿Era una broma pesada o el presagio de un crueldad mucho más sutil? A continuación, advirtió sobre la mesita el cuenco de las perlas vacío y supo sin necesidad de cerciorarse que ni siquiera quedaba una perla dentro de su cuerpo.

Reflexionó.

Gritó.

Rugió.

Aulló.

Sus oficiales se congregaron a la puerta de su camarote, demasiado temerosos para entrar o para llamar. Hay en el grito humano profundidades de dolor y cólera en las que no conviene inmiscuirse.

Pero Ying Kou ordenó al chico de la radio que mirase por el ojo de la cerradura. A continuación él y los demás oyeron el susurro aterrorizado del muchacho.

—Madame... —dijo Mai Ying— ...desnuda. Está arrodillada ante la diosa Tin-Hau. Tiene un cuchillo y, ¡ah!, ¡se ha cortado! Jura venganza eterna.

Y allí mismo, Ying Kou, sin duda a punto de tomar el mando, regresó a cubierta y dio la orden de zarpar a toda vela.

El día era espléndido y un fuerte viento empujaba al *Sea Change* a través de los estrechos de Hainán. ¿Destino? Tal vez Haiphong. O quizá Singapur. De momento, Annie disfrutaba de la velocidad de su barco y del montón de perlas que llevaba bajo la camisa. El piano estaba en la cubierta y Barney cantaba:

*¡Oh, preciosa muñeca,
grande y preciosa muñeca!*

Desde abajo, la llamada de un joven marinero les interrumpió. La radio hacía ruidos. Annie se levantó, sonriendo, y miró hacia el horizonte que quedaba a popa. Nada. Cogió los binoculares.

Nada. Entonces bajó, porque sabía que debía hacerlo, para tomar su medicina. Sus conocimientos de morse eran tan buenos que distinguió el tosco teclear de Mai Ying, un Mai Ying con Madame pegado a su hombro. El chico mejoraría muy pronto pero, por el momento, su mensaje se interrumpía y estaba plagado de errores. Pese a ello, Annie no dudó de lo que decía:

«Annie Doultry, allá voy. No te dejaré escapar nunca».

—Annie, ¿nos persiguen? —preguntó Barney.

—¿Que si nos persiguen? —dijo el flemático aficionado a jugar con la vida y con el viento.

—No te preocupes, capitán. ¡Escaparemos!

—Barney —dijo Annie Doultry—, así ha de ser el resto de nuestras vidas. Somos hombres muertos.

—¿Hombres muertos? ¿Qué demonios quieres decir?

—Es como siempre termina el juego. Nunca fue de otro modo, así que, ¡jocemos mientras podamos!

Tras decir esto, Annie transmitió su respuesta: «Buenos días, perlita. Voy rumbo oeste».

A bordo del *Tigre de hierro* el mensaje fue recibido con confusión.

—¡Es evidente que es mentira! —dijo Ying Kou entre dientes, pendiente de la reacción de su capitana.

Madame Lai Choi San sonrió. ¿Una mentira evidente o una insolente admisión? Poco importaba. Si optaba por el rumbo equivocado, la redondez de la Tierra enmendaría su error. Más pronto o más tarde lo encontraría, porque se pasaría el resto de su vida en el barco para cortarle la cabeza —sólo, naturalmente, después de haberle cortado otras partes—. Pero si Annie era de verdad el hombre que conocía...

—¡Rumbo oeste! —gritó al viento.



EPÍLOGO

Los misterios de la colaboración

David Thomson

Más de veinte años después de escribirse, aparece esta novela, *Fan Tan*, tan vívida como inesperada. Sería difícil precisar cuál de sus dos autores era más carismático o temerario, o cuál tuvo una vida más compleja. Pero tenían cosas en común, incluidos su tendencia a una estilizada autodestrucción y el gusto por los experimentos creativos, y, pese a su espíritu competitivo, disfrutaban mutuamente de su compañía. En general, los lectores que se interesen por este libro pensarán que saben quién fue Marlon Brando y dirán: «Cuénteme algo de Donald Cammell». Como si hablar de Cammell fuera tarea fácil. Haré lo que pueda, pero no se sorprendan si su extraña historia sólo nos sirve para volver al enigma de Brando.

Donald Seton Cammell nació en Edimburgo en 1934. Era hijo de Charles Richard Cammell (1890-1969), que había heredado la fortuna que los Cammell habían acumulado construyendo barcos. Charles se marchó con su primera esposa a vivir a Francia y a Suiza, en espléndidos castillos en los que reunió una gran biblioteca, y tuvo tres hijos. Tras el *crash* del 29 y su divorcio, regresó a Edimburgo, en 1932, donde se casó

con Iona Macdonald, la joven y hermosa hija de un médico de las Highlands. Donald, uno de los tres vástagos de este segundo matrimonio, era brillante, guapo e inquieto (además, sufrió un grave episodio depresivo cuando era niño), y su educación se vio ricamente coloreada por los círculos artísticos y literarios que su padre cultivaba.

Obligado a trabajar a causa de su situación económica, Charles se convirtió en escritor y periodista y, más tarde, en director literario de *The Connoisseur*. Fue campeón de esgrima escocesa en 1937, amén de colaborador regular del diario *The Scotsman* antes de pasarse a los libros: *Faeryland*; *Verses for the Centenary of Lord Byron*; dos libros de memorias: *Castles in the Air* y *Heart of Scotland*; y *Aleister Crowley: The Man, the Mage, the Poet*.

Crowley (1875-1947) era, según proclamaba él mismo, un «bestia» o «el peor hombre del mundo». Como tal, profesaba la práctica de la magia negra, la magia ordinaria, la vida disipada y la poesía, aunque no necesariamente en este orden. Crowley y Charles Cammell eran amigos, y su influencia sobre Donald fue enorme. Algunos decían que Crowley era un charlatán de ánimo jovial, otros afirmaban que creía en lo que predicaba. Lo cierto es que fue uno de los motivos de la temprana fascinación de Donald por la belleza, el sexo, la locura, la muerte y las ciencias ocultas —aunque no siempre en este orden—. Además, Crowley fue uno de los vínculos más extravagantes entre la decadencia victoriana y el narcotizado esteticismo del Londres de los desinhibidos sesenta, el país de las hadas donde Cammell cobraría vida con la dirección de su extraordinaria película *Performance*. Crowley y Donald Cammell compartían muchos gustos, incluido el de trabajar por las noches.

Al parecer, la infancia de Donald fue segura y feliz. Tenía un padre cariñoso y excéntrico, una madre que le adoraba y a quien adoraba, y un hermano menor, David, que acabaría por convertirse en una especie de discípulo y en colaborador de sus alocados proyectos. (Tenía otro hermano, Diarmid, más joven aún, pero también muy brillante, que se convertiría en campeón de ajedrez). Fue educado en Devon (durante la

guerra), en las Highlands, por religiosos, en un colegio privado de Fort Augustus (del que se escapó), y luego en Shrewsbury House, cerca de Thames Ditton, y en Westminster. Dibujó y pintó durante la mayor parte de su infancia y recibió en esto el aliento de sus padres, que lo enviaron a la Royal Academy a los dieciséis años. Pero ¿no era todo demasiado fácil? Cuando su padre escribió un nuevo libro, sobre Piero Annigoni, retratista realista capaz de «hacer» la luz del Renacimiento que se hizo famoso por su favorecedor retrato de la joven reina Isabel, Donald marchó a estudiar con Annigoni a Florencia, ciudad que, al parecer, resultó fervientemente bohemia y alentó las exploraciones sexuales del joven.

A los veinte años (en 1954), Donald Cammell triunfaba en Londres. Era un pintor de sociedad reconocido y solicitado, un seductor y un hombre de mundo, pero sufría ataques que le sumían en el pesimismo y la oscuridad — 1954 fue también el año de *La ley del silencio*, y a Donald empezaba a interesarle el cine—. Se casó con una actriz griega, Maria Andipa, y tuvo un hijo, Amadis, pero el matrimonio no duró y Donald tomó la decisión de no ver a su hijo y de no saber de él. Le diagnosticaron como maniaco-depresivo, mal para el que buscaría varios tratamientos. Pese a todo, tomó la firme decisión de no tener más hijos. (Habrían de pasar décadas para que Donald se sentara a comer con Amadis en Londres. La reunión fue agradable, pero no se repitió).

Donald fue incansable en el Londres de los años cincuenta, un mundo que todavía no conocía la revolución sexual, la Nueva Ola y el abanico de ideas literarias que pronto llenarían la cabeza de Cammell. La pintura le daba dinero. Se mudó a Nueva York durante un tiempo y visitó París con frecuencia. Fue en esta ciudad donde, en 1957, un amigo, el actor Christian Marquand, le presentó a Marlon Brando (que llamó Christian a su primer hijo por este actor francés). Brando estaba en Francia para interpretar a un rubio oficial nazi en *El baile de los malditos*. Donald quedó tan impresionado por la belleza de Marlon y por su espíritu cómico como por su talento como actor. Un vínculo se formó en la mente de Donald,

por mucho que Brando tuviera tantos admiradores que había aprendido a ser superficial o cínico con ellos.

En aquella misma época, Donald inició una larga relación con la modelo texana Deborah Dixon. Vivían en París, pero como el fermento de la novedad creció en el Londres de los sesenta, sus visitas a esta ciudad se hicieron cada vez más frecuentes y allí se relacionaron con marchantes y escritores, con Brian Jones y con Mick Jagger, y con el floreciente mundo del cine británico. París y Nueva York le habían dado un aire de sofisticación extra — el actor James Fox le llamaría «el bohemio más atractivo de París» —. Donald se había enamorado de los textos de Genet y de Borges y le atraía la idea de ser un marginado de la sociedad (mientras residía en Chelsea). También tenía algo de libertino: Marianne Faithfull, en aquel tiempo una pálida niña-flor y la compañera de Jagger, atestiguaría su gusto por los tríos.

Fue más o menos por esta época cuando abandonó la pintura y comenzó a obsesionarse por el cine. Algunos observaron que pareció aliviarle verse libre de esa obligación paternal de hacer retratos glamourosos de la gente rica. En Nueva York había investigado el expresionismo abstracto, pero la urgencia por pintar le estaba abandonando. Comenzó a frecuentar a estrellas del rock, delincuentes y personas que vivían en los márgenes de la sociedad. Un amigo del East End, David Litvinoff, le presentó a gánsteres de verdad.

Una mujer que le conoció en aquel entonces, Caroline Upcher, señala que tenía un «gran encanto», y añade: «Era dulce y, al mismo tiempo, un caballero, muy amable y de modales impecables. Además, era turbio, enormemente atractivo y le gustaban mucho las mujeres, pero también le interesaba la homosexualidad. Era un liante y tenía mucho de *voyeur*. Sospecho que a veces podía ser cruel. Y su voz era muy importante: clase alta con un deje de la zona de Virginia».

Al entablar amistad con los Stones, Donald disfrutó de su actitud insolente hacia la sociedad y de sus admiradores. Los Stones estaban varios pasos más cerca de la anarquía, el surrealismo y el rechazo de lo establecido que la mayoría de los

grupos de rock. Cuando Mick Jagger se quejó de que conseguía *Satisfaction* (un éxito del año 65), se jactaba de una compulsiva cacería sexual, al tiempo que advertía a sus seguidores que no se fiaran de él ni le mirasen con buenos ojos. Jagger explotaba deliberadamente un aire de depravación, una especie de orgasmo público, lo cual resultaba evidente en el menos equilibrado Brian Jones (el Stone más contenido en el escenario, pero el más impulsado por el deseo en la vida privada). Cuando la novia de Jones, Anita Pallenberg, le dejó (e inició una relación con Keith Richards), Jones buscó refugio en el piso de Cammell en París. Jones fue el modelo de Turner, el cantante de rock que se esconde en *Performance*. Por su parte, Anita Pallenberg, que también se había acostado con Cammell, se convertiría no sólo en la protagonista femenina más evidente del filme, sino en su sensibilidad más amenazante. Precisamente en la personalidad de Anita y en sus devoradoras miradas, *Performance* da la impresión de que los actores están interpretando su propio psicodrama. En esa época, algunos supusieron que Donald era bisexual —ciertamente, tenía interés por aquellos que lo eran.

En 1968 se montaron dos películas que llevaban su nombre: *The Touchables* y *Duffy*. En la primera, basada en una historia de David Cammell escrita primero por Donald y por Anita Pallenberg pero que los títulos de crédito atribuían a Ian La Frenais, una estrella de rock es secuestrada por algunas seguidoras, que acaban por someterla a suaves torturas. En la segunda, dos hermanos planean estafar a su rico padre y arrebatarle todo su dinero. Los ayuda un norteamericano, Duffy, interpretado por James Coburn. El papel de los hermanos lo interpretaban James Fox y John Alderton.

Ninguna de estas películas era buena, pero Donald se ganó con ellas a una joven norteamericana que residía en Londres, Sandy Lieberman, antigua agente de Donald y, en la actualidad, productora. Fue ella quien le alentó a escribir y dirigir su siguiente proyecto. Al principio, pensó en rodar un relato largo titulado *Los mentirosos*, en el que un gánster norteamericano evadido de la justicia llega a Londres y se refugia en una casa

que pertenece a una estrella de rock ya retirada. Cammell deseaba que Mick Jagger interpretase a la estrella de rock y Marlon Brando al gánster. Marlon y él hablaron del proyecto, pero Brando se desentendió. A raíz de ello, el personaje del gánster se transformó en inglés y Cammell pensó en James Fox (el joven de clase alta de *El sirviente*), a quien ansiaba transformar de caballero en gánster.

Fox se involucró tanto en la realización de *Performance* que, más tarde, tuvo que alejarse de todo durante un tiempo. Después del estreno de la película, dejó la interpretación y se internó en una misión religiosa. Estuvo diez años sin actuar. Sin malevolencia ni la menor queja, cuando considera aquellos años dice: «Donald podía ser peligroso, tanto creativamente como a la hora de conseguir lo que quería de ti. No era el típico cineasta, pero por eso tantas personas del cine sentimos su atractivo. Tenía nuevas ideas y aunque poseía un lado diletante y parte de su obra no funciona en absoluto, había en *Performance* un tratamiento de la bisexualidad que resultaba completamente novedoso».

Cammell pidió a Nicolas Roeg que fuera su director de fotografía en *Performance*, pero Roeg buscaba su ascenso con impaciencia. Así pues, Cammell accedió generosamente a codirigir la película con él, que además firmó la fotografía. Para todos, sin embargo, resultaba evidente que el guión y las ideas pertenecían a Donald Cammell. Cuando digo ideas, no me refiero tan sólo a la poesía subyacente en la identidad intercambiable de Chas y Turner (Fox y Jagger), sino al hecho de situar la historia en el mundo del crimen londinense (derivado de los impredecibles y muy violentos hermanos Kray) y en esa casa de Powis Square que es un hervidero de sexo y drogas ajeno al mundo exterior. La elección de los actores le corresponde por entero a Donald, no en vano Sandy Lieberman le llamaba «gran orquestador de personas».

Performance es una película de culto que ha sobrevivido a su inmediata celebridad. Es violenta y sexual no sólo abiertamente, sino sobre todo en sus insinuaciones y concluye cuando la cámara actúa como la bala con la que Chas mata a

Turner, una bala que le atraviesa la cabeza para situarse frente al rostro de Jorge Luis Borges. Ningún miembro del público normal supo que se trataba de Borges o lo que eso podría significar, pero ésa es la gloria y el riesgo de *Performance*: era una diversión de estudio destinada al mismo tiempo a un público cómplice.

La película siempre ha suscitado reacciones encontradas, y así sucedió en la Warner Brothers, el estudio que la produjo. La Warner dejó de rodar durante un breve espacio de tiempo y llevó la copia de 1969 (montada por Donald) a Los Ángeles para aclarar las cosas. Cammell y Mick Jagger protestaron: «La película trata de la pervertida relación amorosa entre el Homo Sapiens y la Dama Violencia». En 1969 podía imprimirse algo así en el cartel de una película. Pero inesperadamente, Frank Mazzola, el nuevo montador, entabló una buena relación con Cammell y el montaje continuó bajo la supervisión de éste (que además accedió a que Jagger viajase a Los Ángeles para apaciguar al estudio). La película fue estrenada en Estados Unidos en 1970 con muy malas críticas y fue un fracaso comercial. Richard Schickel, de *Time*, dijo: «Es la película más asquerosa, más completamente despreciable que he visto desde que empecé a hacer crítica de cine». Sin embargo, cuando se estrenó en Londres, en 1971, fue saludada como el epítome de la modernidad y celebrada por *Time Out*, que iniciaba su publicación, como la constatación de que Gran Bretaña había alcanzado la mayoría de edad.

Para Marlon Brando fue exactamente la clase de película de vanguardia en la que había soñado intervenir y que no terminaba de materializarse en Estados Unidos. Por muchas razones, hacia finales de los años sesenta —Vietnam, los derechos civiles, el destino de los nativoamericanos de Norteamérica, más ese estado de Hollywood—, Marlon Brando estaba desencantado con su propio país y con su genio como actor. *Performance* no sólo manifestaba una gran audacia artística y era sincera en sus pretensiones (una mezcla que ya funcionaba en la personalidad creativa de Brando), también insinuaba el objetivo de llevar la interpretación más allá de los remilgados

límites a los que la sometía el negocio del espectáculo para acercarla a la personalidad del actor. Pocos años después, en *El último tango en París*, Brando encontraría el modo de canalizar su propia vida y sentimientos a través de su personaje y yo sospecho que su resolución encontró una nueva esperanza tras ver *Performance*.

Toda la experiencia impulsó a Cammell a volver a América, donde esperaba ser *descubierto* como director y dar mucho que hablar, pero también que la película fuera recibida como el mejor retrato de la romántica y elevada decadencia que hechizó Londres a finales de los sesenta y reflejo del arte que le había impactado por considerarlo mucho más seductor que la pintura.

Con Frank Mazzola como montador y con el cámara Vilmos Zdigmond, Cammell viajó en 1971 al desierto de Utah para rodar un corto sobre un viaje mental titulado *The Argument*. Estaba protagonizado por su última novia, Myriam Gibril, pero no tenía otra intención que la de ser un ensayo de fotografía —no se terminó hasta 1999, es decir, tres años después de la muerte de Cammell—. En 1977 y por encargo de Metro Goldwyn Mayer, dirigió *Engendro mecánico*, con guión de Robert Jaffe y Robert O. Hirson a partir de una novela de Dean Koontz. En esta película intervino Julie Christie, que hacía el papel de una mujer que es violada por un ordenador criminal y que, a consecuencia de ello, se queda embarazada. El filme fue un fracaso allí donde se estrenó, aunque cosechó algunas críticas buenas. Donald se quedó horrorizado al ver la estructura en comités en que trabajaba el estudio y pensó en borrar su nombre de los títulos de crédito. Si como pintor había hecho gala de una aburrida facilidad, como cineasta tenía muchas ideas innovadoras pero carecía de fluidez narrativa o de la voluntad de comprometerse con las necesidades de los estudios.

En Los Ángeles, en los años setenta, la amistad entre Cammell y Brando creció. Fueron los años del renacimiento de Brando —con *El padrino* y *El último tango en París*— y, más tarde, de un nuevo y más amargo regreso a la desesperación y el cinismo que culminaría con su virtual sabotaje de

Apocalypse Now. Pero, en 1974, tuvo un grave desencuentro con Cammell cuando éste inició un romance con China Kong, la exquisita hija de Anita Loo, que era menor de edad. La relación era ciertamente especial; además, Anita había sido, durante un largo periodo aunque con interrupciones, amante de Brando. Así que el actor sentía por China una gran simpatía. En la familia Kong era conocida la broma de que Brando era el *padrino* de la chica. La había llevado de paseo muchas veces y había jugado con ella, así que se puso convencional y extraordinariamente furioso cuando Cammell (que tenía cuarenta años) empezó a recoger a China a la salida del colegio para llevársela al desierto, donde se desarrollaban sus románticos idilios. Es preciso decir que, durante toda su vida adulta, Brando estuvo fascinado por las mujeres asiáticas y por las mestizas. Ésa es una de las razones de que, después de *Rebelión a bordo* (1962), que se filmó en Tahití, comprase una isla, el atolón de Tetiaroa, su retiro en el Pacífico.

Cammell se casó con China en 1978. Brando no tardó mucho en disculparse por su reacción anterior, y en darle la enhorabuena. Luego, en 1979, fue Brando quien propuso a Cammell un proyecto de colaboración. Era *Fan Tan*. La iniciativa, la historia y la idea de situarla en el mar de China fueron suyas. Tenía idea de rodar una película sobre un marino norteamericano de origen escocés y en torno a cincuenta años de edad (en 1979 Brando tenía cincuenta y cinco) que se enrola en una banda de piratas encabezada por una feroz mujer china. Brando quería que alguien en quien sentía que podía confiar convirtiera su idea en un guión y dirigiera la película. Pero deseaba que el proyecto se mantuviera en el terreno del cine independiente y no se convirtiera en una de esas producciones hollywoodienses que tanto detestaba.

No parecía darse cuenta de que *Fan Tan* era también una aventura a la vieja usanza, una historia sensacional probablemente, pero para un tipo de películas que se hacía en el periodo clásico de Hollywood. Aunque con una excepción: una mentalidad abierta a la atracción, sexual e intelectual, entre Oriente y Occidente. Cammell dijo que el proyecto le interesaba.

El trabajo que realizaron aquel año se saldó con un texto de ciento sesenta y cinco páginas fechado en mayo de 1979. Demostraba la intención de aprovechar Tetiaroa e incluía un amor ingenuo en los Mares del Sur. La acción de la novela que el lector tiene en sus manos se circunscribía al primer tercio del texto. En el resto de hablaba de un viaje a Tahití y se relataba el desarrollo de estas islas. Annie Doultry y Madame Lai compartían la acción con muchos otros personajes. La mayor parte de la trama procedía de las improvisaciones de Brando mientras trabajaban. En realidad, en la novela resulta evidente que Annie Doultry está inspirado en el actor: es travieso, pícaro, mediatundo y con sentimientos encontrados en lo referente a la lealtad. En *Missouri* (1976) puede verse a un Brando parecido a Doultry, que experimenta con acentos y disfraces, y que a veces finge ser mujer. La comprensión que Brando tenía de Annie Doultry fue siempre el motor que impulsó el proyecto.

A continuación transcribo un extracto de las cintas que grabaron Brando y Cammell. En él, el actor se convierte en Annie Doultry —la escena pertenece a la última parte del texto y no aparece en la novela—. Brando habla:

«Bueno, está bien, dice Doultry, esta noche me voy a emborrachar. Voy a pasarlo bien. ¿Quién sabe lo que nos depara el mañana? Por las gaviotas. Adiós, cariño, que pases buena noche. Ella se va. Así que ella es una especie de *el diablo dirá* respecto a la vida y piensa: ah, qué coño... Y aquí estoy yo, podría pasarlo bien. Y ella entra y yo creo que Doultry la ve sentándose y se acerca y dice, con un par de copas... Puede que no lo parezca, pero soy un paciente y tú eres justo lo que el médico me ha recetado... Él empieza con eso y ella dice: Me parece que no nos han presentado. Y él dice... Ella está un poco tensa y es algo recatada. Él dice: Esto es el Pacífico Sur... me llamo Doultry. Ella dice: ¿Cuántas veces te has presentado así? No lo sé, 328, ¿por qué? Ella dice: ¿Te han dicho alguna vez que eres un idiota? Mi madre no paraba de decirlo. Y seguimos con ese tipo de diálogo».

No hay mejor forma de describir Tetiaroa que tal y como recuerda China Kong al principio de este libro. China viajó a la isla con su marido para trabajar en *Fan Tan* y se quedó seis meses. ¿Dónde podían encontrar mayor inspiración que con la visión y el ruido del mar?

Brando fue un anfitrión muy generoso con la pareja. Donald firmó un contrato con la empresa de Brando, Penny Poke Farms, y éste le daba dinero. Pero el actor se mostró extrañamente reacio a entregar el texto a algún estudio. Odiaba la idea de que una compañía se hiciera cargo del proyecto porque decía que eso supondría una pérdida de independencia. Pero ¿cómo filmar aquella epopeya sin pedir dinero? ¿Es que todo aquel asunto no había sido más que un sueño, una forma de que Tetiaroa resultase divertida?

El caso es que Donald llamó por teléfono a su hermano David, que estaba en Londres, y le dijo: «No va a salir adelante, a Marlon le gusta torturar a la gente»; y a raíz de esta conversación David y Donald consideraron la posibilidad de, primero, recoger la historia en un libro. Pero ¿y el libro? ¿Contribuiría a la realización de la película? Marlon estuvo de acuerdo. Si la novela se convertía en un *best seller*, ¿podrían financiar la película!

David llamó a Caroline Upcher, la directora de ficción de la editorial Pan, y luego a Sonny Mehta, el editor. Carolina recuerda que Donald se tomaba el asunto con cierta jocosidad —lo llamaba «una buena aventura»—. Sonny se interesó. David reclutó al agente Ed Victor, un norteamericano que vivía en Londres, se llegó a un acuerdo y el 7 de julio de 1982 firmaron un contrato conjunto. El contrato decía: «Nosotros nos pondremos de inmediato a escribir un libro basado en el trabajo previo escrito por ustedes...». Estaba redactado en forma de carta, dirigida por Brando a Donald, y apelaba a la convocatoria de algunas reuniones editoriales: «después de las cuales tú [Donald Cammell] te encargarás de la escritura en el día a día. Tú y yo revisaremos juntos el manuscrito propuesto y yo [Marlon Brando] me reservo la última palabra en temas editoriales/creativos».

Al mismo tiempo, un contrato con Pan confirmaba un adelanto de cien mil dólares. (De los derechos en Estados Unidos no llegaron a tratar). Aunque Brando firmaba en igualdad de condiciones, parece que fue Donald quien recibió el total de la suma percibida a la firma del contrato (cincuenta mil dólares).

Y así, en algún momento de 1982 ó 1983, Donald Cammell escribió *Fan Tan*, la novela, o una versión incompleta de ella, de acuerdo con conversaciones anteriores y con el primer texto propuesto por Marlon Brando. Brando había interpretado algunas escenas y añadió notas a los borradores de Cammell. Cammell se documentó en la biblioteca de la UCLA y averiguó que había existido una mujer pirata real en la que basar el personaje de Madame Lai Choi San — Marlon había oído hablar de ella y había sentido una gran curiosidad —. Donald y China se trasladaron a Hong Kong para fijarse en los astilleros chinos y el permanente interés de Donald por la construcción de barcos le impulsó a incluir dibujos de corte arquitectónico del presunto buque gemelo del preciado barco de Annie Doultry, el *Sea Change*. China recuerda que Donald llamó varias veces a Brando desde Hong Kong para revisar páginas de la novela.

La novela está basada en las primeras cincuenta o sesenta páginas del texto de 1979, pero desarrolla ciertas escenas que éste no incluía o mencionaba sin más: la partida de *fan tan*, el rito de iniciación, el tifón (quizás la escena de la novela que más fuerza tiene); la captura del barco y, naturalmente, lo que se ha convertido en el capítulo 8 de este libro.

Cammell escribía a mano y remitía una copia mecanografiada a Brando. Los dos cruzaron varias conversaciones telefónicas. Más tarde, Cammell llegó a preguntarse si Brando se había molestado en leer el texto. No consta que se produjera ninguna respuesta detallada. Pasado el tiempo, Brando se limitó a dejar que Cammell supiera que no deseaba que *Fan Tan* se convirtiera ni en novela ni en película. Gracias a su acuerdo previo, Brando conservó la propiedad de los derechos creativos.

Donald Cammell se encolerizó, se sentía traicionado. Creía en los méritos del libro y después de tomarse el trabajo de

escribir una novela se percató de que el proceso le encantaba. Además, continuaba soñando con rodar una película. A veces llegó a pensar que Marlon había sido caprichoso y manipulador y que nunca había tenido intención de seguir adelante. Volveré sobre esto, pero por ahora lo importante es trazar la historia de *Fan Tan*.

Lo que conocimos en el verano de 2004 (después de la muerte de Marlon Brando) fue un manuscrito mecanografiado que China Kong entregó a Ed Victor con la esperanza de reactivar la idea de publicar la novela. Consistía en doscientas ochenta y tres páginas mecanografiadas más doce páginas que son «un BOSQUEJO de las treinta últimas páginas del LIBRO UNO» (la descripción aparece escrita a mano por el propio Donald Cammell).

En otras palabras, Donald había escrito todo salvo el último capítulo o episodio del libro, el clímax de la acción. Al mismo tiempo, al decir «LIBRO UNO» demuestra estar pensando en el resto del texto. Que no escribiera el último capítulo es también, pienso, una prueba de buen juicio: el bosquejo cojea sin la batalla entre Annie y Madame.

Las doce páginas de la sinopsis trazan el capítulo 8 de la presente edición de *Fan Tan* y yo las he seguido felizmente en casi todos sus detalles a la hora de completar el relato y de editar el texto en su conjunto. Me contrataron los herederos de Marlon Brando y los de Donald Cammell y a petición de Sonny Mehta (en la actualidad trabaja en la editorial Knopf de Nueva York), que una vez más resultó ser el editor de *Fan Tan*. Mi tarea ha consistido en terminar la narración siguiendo el bosquejo del capítulo final y en editar y organizar el texto existente. Había repeticiones que Cammell habría corregido. Había también unos cuantos lapsus, faltaba material y es evidente que Donald creía que Brando haría también parte del trabajo.

Espero que esto aclare cuál es la procedencia del texto y creo que el resultado se acerca mucho al libro que Donald Cammell habría deseado ver impreso. ¿Se puede decir lo mismo de Marlon Brando? Es más complicado. Por ejemplo, resulta difícil explicar el siguiente hallazgo en los archivos de Brando:

un *Fan Tan* en forma de guión escrito en 1993, basado en el bosquejo completo pero atribuido únicamente al actor y registrado en el Gremio de Escritores. Me pregunto si Cammell conocía su existencia.

Podría pensarse que Brando y Cammell no volvieron a dirigirse la palabra, pero no es tan sencillo. En enero de 1986, Marlon Brando devolvió a la editorial Pan los cincuenta mil dólares del adelanto. Ésta es la señal más clara de que aceptaba su responsabilidad en aquel lamentable embrollo y es posible que influyera en la reconciliación de los dos protagonistas de esta historia.

La trayectoria profesional de Donald Cammell no prosperó. En 1987 dirigió otra película, escrita con China, *El blanco del ojo*, en la que David Keith interpretaba el papel de asesino en serie y Cathy Moriarty el de su esposa. Es una película impactante, a la que enriquece el hecho de haber sido rodada en las minas de cobre de Globe, Arizona. Pero a pesar de obtener algunas buenas críticas, supuso un nuevo fracaso de taquilla —debido a la bancarrota en que se encontraba, el estudio que la produjo sólo pudo dedicar muy poco dinero a promoción—.

Marlon Brando vio *El blanco del ojo* y le impresionó su «originalidad, maestría y vigor». Es un comentario recogido de una carta del actor a Richard Hefner, presidente del organismo encargado de supervisar los índices de audiencia, en la que le ruega, con éxito, que rebaje su calificación moral de X a R. Donald Cammell poseía realmente el talento y la originalidad que Marlon Brando había deseado.

En aquella época, Brando acariciaba un proyecto que habría de titularse *Jericó*. Trataba de un ex agente de la CIA llamado Harrington (el nombre de aquel de sus psiquiatras por quien el actor sentía mayor aprecio), un hombre que está al corriente de los secretos más oscuros de la agencia y a quien tientan para que vuelva al espionaje. A medida que progresa, el relato se convierte en una carnicería, porque Harrington ejecuta a casi todos los demás personajes. En palabras de Cammell: «La imagen global de la película es la de un hombre que

sobrevive con la culpa de todo el horror que ha ocasionado. Me dio la impresión de que lo conocía como intérprete y de que podría ayudarle a orquestar esa interpretación, a ver cómo desnuda su alma por una vez».

Esta vez, Brando empezó por declarar que era un guión que tenía que escribir él mismo. En el pasado habían fracasado demasiadas aventuras — sin duda fue él quien permitió que *Fan Tan* fuera una de ellas — por dejar que otros las escribieran. Es una fantasía no infrecuente entre los grandes de Hollywood pensar que pueden escribir si tuvieran tiempo, paciencia, una pluma y no lo hicieran con faltas de ortografía. Luego vaciló. A primeros de 1988, la revista *Variety* anunció que Donald Cammell escribiría y dirigiría *Jericó*.

Qué pretendía o deseaba escribir Marlon Brando no está claro. En una ocasión anterior, con *El rostro impenetrable* (1961), ya había dado muestras de su deseo de ser un guionista y director independiente. De hecho, Stanley Kubrick se había apeado del proyecto al darse cuenta de que Brando lo tenía en realidad todo preparado para llevarlo a cabo él mismo. El rodaje se prolongó; una indecisión ruinosa se había apoderado del actor, pero no fue nada comparada con sus vacilaciones a la hora de montar la película. ¿Le fallaba la resistencia o la concentración? ¿O todo tenía que ver con los límites de su decisiva inteligencia creadora en todos los campos menos en el de la interpretación? Finalmente, Brando abandonó *El rostro impenetrable* y dejó que otros la terminaran.

A lo largo de su vida, fue un error que cometió muchas veces. Pero respecto a la escritura, pudo haber otro problema. Desde sus días de colegio en adelante, Marlon Brando sufrió una especie de dislexia, que nunca fue identificada o tratada, que tenía mucho que ver, y quizás motivara, su asombrosa forma de imitar o absorber a los demás. Una y otra vez, sus amigos decían que estar con él equivalía a ser estudiado hasta lo más profundo de su ser, hasta que era capaz de imitarlos, de hacer de ellos, de ser ellos. No me jacto de comprender esta condición, pero creo que respecto a la escritura Brando tenía sentimientos encontrados precisamente por eso. Y oigo un eco

que me confirma lo que digo en algo que Cammell dijo cuando Brando se opuso a publicar *Fan Tan*: «No podía leerlo si no lo había escrito él».

¿Estaba predestinada la tragedia? Si es así, más curioso resulta aún que Cammell convirtiera a Annie Doultry en un retrato cariñoso de Brando, en un solitario, en un pensador, en un soñador caprichoso y sensual, en un bromista y en un imitador, en un rey de los acentos, en un hombre resignado al destino y que jugaba pese a afirmar lo contrario, en un hombre loco por las mujeres asiáticas y en alguien condenado a traicionar sus pactos. Annie es también un hombre que adora navegar por los Mares del Sur y comparte con Brando la pasión del radioaficionado.

Jericó no llegó a rodarse. Dirá usted que se lo imaginaba. Según Cammell, Brando cogió un guión reescrito por él y lo echó a perder, expurgando todo lo bueno, añadiendo material defectuoso. En todo caso, se preguntará el lector, ¿por qué se prestó Donald a la posibilidad de que volviera a traicionarlo?

Hay muchas respuestas posibles. La primera es que, según el organigrama de Hollywood, Brando tenía el poder y Cammell era el eterno suplicante. Pese a su descomunal tamaño y a un récord de proyectos empezados y abandonados, el nombre Marlon Brando todavía podía encontrar muchos apoyos. Pero era más que nunca un amargo y burlón ermitaño que aborrecía y despreciaba la industria del cine y aguzaba los oídos al oír que se mencionaba su nombre. En palabras de China, «Donald era un maniaco-depresivo y Marlon no, pero Marlon podía ser cálido y ser frío y podía ser cruel. Formaban un matrimonio muy extraño, por eso se sentían atraídos el uno por el otro».

No es algo que nos guste o tranquilice encontrar en nuestros héroes, pero tanto Brando como Cammell estaban recorridos por vetas muy profundas de fatalismo y autodestrucción que afloraban bajo la siniestra luz del sur de California y de la industria. No haríamos bien en omitir la cuestión de la belleza y de lo que ocurre con ella. El Marlon Brando de *El tranvía* y el de diez años después era notable por su aspecto romántico. Siempre sintió el impulso de invertir su atractivo

en la conquista sexual. Donald Cammell no era tan famoso ni tan observado como él, pero era un seductor apuesto, un eterno perseguidor del sexo no confinado a las rígidas definiciones de lo que es y no es ser heterosexual.

No existen pruebas de que entre Brando y Cammell hubiera un vínculo homosexual —lo cual no es lo mismo que decir que ninguno de los dos pensó en ello—. Así pues, advirtamos lo siguiente: Cammell mantuvo su buen aspecto hasta después de cumplir los sesenta y hasta su muerte, mientras que Brando —famosamente— era ya a mediados de la década de 1970 alguien que había dilapidado su divina figura. Está también el problema de China Kong, una niña encantadora con la que Brando había jugado felizmente, la hija de una de sus amantes. Y entonces había aparecido Donald para robar a la ninfa cuando ésta era todavía menor de edad. ¿No merecía este gesto descarado una reprimenda? ¿No es la propia *Fan Tan* el relato de una gran traición, en la que el personaje de Brando abandona a una mujer oriental furibunda (después de haber gozado de ella)?

Jericó se derrumbó. Muchas otras esperanzas de Cammell se habían convertido en polvo con el paso de los años. Había pensado en adaptar al cine *Pálido fuego*, de Nabokov —¿puede haber mejor prueba de una ambición artística aliada con la imposibilidad?—, y Nabokov le había respondido dándole las gracias por sus notas, «fascinantes y tan bellamente presentadas». Con Kenneth Tynan trabajó en una historia sobre Jack el Destripador. Con David Cammell quería hacer una película sobre Emma Hamilton —que produciría Andrew Braunschweig—. Luego llegó *Machine Gun Kelly*, que coescribió con China. (*Machine Gun Kelly* y *Pálido fuego*, un cataclismo del siglo XX). Consultaron su opinión sobre una idea argumental que acabó por convertirse en *Pretty Woman*, pero sólo después de que él hubiera perdido contacto.

El episodio de *Pretty Woman* es un buen ejemplo de la fatídica suerte de Cammell. El proyecto llevaba por título \$3.000 y era una versión muy pobre de la película que todos conocemos. Cammell dio su opinión sobre el guión. Al mismo

tiempo y mientras hacía audiciones a algunas actrices para *Jericó*, conoció a Julia Roberts, a la que recomendó a los productores para el papel protagonista de \$3.000. Su intuición funcionó, pero sólo cuando él ya no formaba parte del proyecto y la película se convirtió en un filme romántico convencional.

Sabemos, más o menos, cómo murió Marlon Brando. Todos recordamos la sensación de pérdida que nos invadió tras la noticia y muchos lamentaron que no hubiera habido más buenas películas o más noches sobre un escenario. En el otro lado de la balanza está la lamentable lista de proyectos abandonados, como *Fan Tan*, por alguna necesidad de venganza de una industria que había decepcionado al idealista que había en Brando.

Donald Cammell hizo una última película, *El lado salvaje*, estrenada en 1996. Estaba protagonizada por Christopher Walken, Anne Heche y Joan Chen y no carece de interés —nada de lo que tocó carece de interés ni está libre de esperanzas no asimiladas—. Tiene sexo, intriga, traición y demasiada inteligencia, amén de algunas escenas de lesbianismo subidas de tono. Pero el estudio que la produjo, Nu Image, se apoderó de ella y controló el montaje. La estropeó, la echó a perder. Quitaron el nombre de Cammell, y fue un desastre desde el punto de vista comercial.

El 24 de abril de 1996, con sesenta y dos años, en su casa de Los Ángeles y en presencia de China, su esposa, Donald Cammell se pegó un tiro en la cabeza. Vivió otros cuarenta y cinco minutos más, pero cuando la ambulancia llegó a la cima de Laurel Canyon, ya estaba muerto. China nos describe lo que ocurrió:

«La depresión empeoraba. Yo estaba asustada porque sabía que quería suicidarse estando yo a su lado, para pasar por la experiencia con él.

»Durante veinte años viví con esa posibilidad, pero entonces el fin parecía cercano. Estaba aterrorizada. Traté de impedir que sucediera, lo cual le dolió muchísimo, porque yo siempre había apoyado todo lo que había querido hacer, sin juzgarle,

y porque, muchos años antes, yo le había hecho la promesa solemne de estar presente cuando llegara el momento.

»Donald tenía miedo a volverse completamente loco. Aunque en los últimos siete años las cosas le estaban yendo bien —demostraba interés por la edición de *El lado salvaje*, el montaje del director, y había conseguido financiación para un proyecto titulado '33—, su personalidad se estaba desintegrando.

»Empezó a cambiar, por las noches. Dejaba de ser el Donald que yo conocía y se convertía en una persona a la que yo llamaba «Don, Versión No Censurada», una persona que decía todo lo que se le pasaba por la cabeza, un Donald Cammell sin reservas. Esta persona era enérgica, talentosa y le encantaba actuar. Yo creo que Don, Versión No Censurada surgió de la frustración de Donald por no poder expresarse profesionalmente.

»Yo le contaba las gracias de Don, Versión No Censurada a Donald, que después no se acordaba de nada. Finalmente, llegó un momento en que Donald también se convertía en Don, Versión No Censurada por las mañanas y por las tardes. Donald se entretuvo durante años escuchando lo que había hecho o dicho mientras se encontraba en ese estado, pero el efecto adictivo de esas experiencias fue para él la señal de que había llegado el momento de desprenderse de su ropaje mortal.

»En su vida había hecho nada simplemente porque lo hacía todo el mundo y tampoco murió como los demás. Eligió el momento.

»Algunos han sugerido que Donald no pudo vivir mucho después de dispararse, pero deje que acabe con ese rumor. Donald estudió el cerebro y todas sus funciones durante la mayor parte de su vida adulta y sabía dónde colocar la bala a fin de conservar toda su conciencia en el momento de morir. Era un tirador experto, así que puso la bala en el lugar que quiso.

»Vivió durante cuarenta y cinco minutos en un estado de claridad y éxtasis que a mí me había resultado inimaginable. No dejó de hablar, recordando a personas, lugares, proyectos.

»Finalmente, la habitación pareció llenarse de luz y murió.

»La muerte de Donald Cammell no fue un acontecimiento triste. Fue exactamente lo que él quiso: un estallido de fuegos artificiales.

»La tristeza llegó después, para todos aquellos que le conocimos y amamos».

James Fox, con quien no había perdido la amistad, recuerda:

«Todos nos quedamos muy sorprendidos, no de que lo hubiera hecho, sino de la violencia del gesto. Cuanto más sabías, más espeluznante te parecía. Pero luego pensé en el final de *Performance*: tiro en la cabeza».

Más tarde, Brando se mostró arrepentido. Dijo que había un vínculo entre China y él: había perdido a Donald y, para entonces, había pasado por el juicio de su hijo Christian por el asesinato de Dag Drollet, novio de Cheyenne, otra de las hijas del actor, que más tarde se suicidó. Hubo un tiempo en que Brando y Cammell pensaron en Christian para interpretar un papel en su película *Fan Tan*, pero en 1994, Brando había publicado sus curiosas memorias —*Las canciones que mi madre me enseñó*— y en ellas no mencionaba a Cammell. (Resulta irónico que el capítulo 40 de esas memorias contenga una descripción en la que el actor navega por los Mares del Sur y encalla en un arrecife que es casi tan emocionante como el tifón de *Fan Tan*).

Hollywood es la historia de las películas que jamás rodó. Y eso es suficiente para un relato enloquecido y lleno de personajes. Pero es algo más. Es también la más oscura y desquiciada crónica de todos los grandes sueños y proyectos que nunca se concretaron. Y ya para terminar, es posible que los sueños no cumplidos —como *Fan Tan*— sean más románticos, o más *de ensueño*, que los que llegaron a puerto sin novedad.

NOTA

Al documentarme y redactar este epílogo he recibido la ayuda de muchas personas. Quiero dar las gracias a China Kong, David Cammell, Mike Medavoy (que también investigó en los archivos de Brando en busca de material), Ed Victor, Sonny Mehta, Sandy Lieberman, Caroline Upcher, James Fox, Chris Rodley y Kevin McDonald (por los excelentes comentarios que me hicieron sobre Donald Cammell), a Colin MacCabe (por nuestra conversación y por su libro sobre *Performance*), a Chris Chang, Sean Arnold (por sus trabajos de documentación en Londres) y a Sam Umland, coautor junto a Rebecca Umland de *Donald Cammell: A Life on the Wild Side*, que publicará Fab Press. También agradezco a Peter Manso su obra y nuestra conversación.



BOSTON PUBLIC LIBRARY



3 9999 06355 709 2

Fan Tan se terminó de imprimir en julio de 2006, en Impresora y Encuadernadora Nuevo Milenio, S.A. de C.V., calle Rosa Blanca núm. 12, col. Ampliación Santiago Acahualtepec, C.P. 09600, México, D.F.



Durante años, Marlon Brando trabajó junto con su amigo, el guionista y director Donald Cammell, en esta novela de aventuras en el mar a la manera clásica: la última sorpresa de un genio siempre sorprende.

Sin duda, el carismático actor hubiera encarnado como nadie al protagonista de esta historia: Anatole, "Annie" Doult, un singular aventurero de comienzos del siglo xx, cuya reputación se extendía por todo el Mar de la China.

En 1927, mientras está cumpliendo con una condena de seis meses en un infernal presidio de Honk Kong, Annie salva la vida de un prisionero chino, uno de los sicarios de la astuta y despiadada Lai Choi San. Cuando Annie sale de la cárcel, la mujer-pirata le agradecerá el favor con una inesperada oferta: si colabora con ella en el acto de piratería más arriesgado y ambicioso de su vida, le dará la mitad del botín.

Annie se embarca en la aventura y descubre que la poderosa Madame Lai es tan peligrosa como seductora y que si quiere vencerla con sus propias armas tendrá que saber apostar tan bien en la vida como en el fan tan, el juego de azar en el que ambos son consumados maestros.

